

Capricho de lo trivial

Luis de Orueta

El autor comienza diciendo que antes de nacer vivía con sus padres (claro) y termina su relato 86 años después con una despedida *evanescente*. En el intervalo: una vida sin huella. ¿Entonces por qué contarla? A falta de mejor respuesta, nos recuerda cierta frase de Goethe en la segunda parte del Fausto:

*We immer streben sich bemüht
Der können wir erlösen*

Esos *cuidados que se quedan en nada* abarcan ensueños tan dispares como convertir a media Castilla en bosque, dejar explicado cómo pudo ocurrir que medio mundo hable español, dotar al Ejército del aire de tecnología militar norteamericana de penúltimo nivel, sentir afecto por las reglas de cálculo, los tranvías y los teatros de papel... El libro atribuye aciertos profesionales a una mejor información y fracasos por idéntico motivo. Reconoce que atisbar mejor el futuro no basta cuando se expresa de forma inoportuna y no solicitada. El sujeto de esta biografía pasa de nombrar presidentes de empresas públicas a no superar entrevistas de caza-cerebros. Lo trivial del relato se redime gracias a una leve sazón de humor y algo de filosofía al estilo de Petrarca:

*Si vedrem chiaro poi come sovente
Per le cosa dubbiose altri s'avanza
E come spesso inarno si sospira*

Capricho de lo trivial

Capricho de lo Trivial

© Luis de Orueta 2023

Deposito legal M-3763-2023

Edición privada sin numerar

ISBN 978-84-09-48279-5

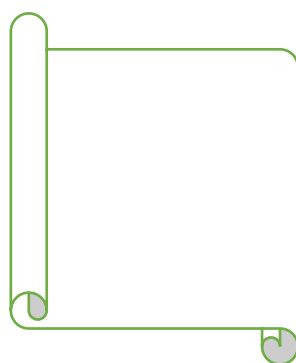
Cubierta *Los cuidados que se quedan en nada* diseño del autor

Prompt de I. A. <https://huggingface.co/spaces/stabilityai/stable-diffusion>

Tipografía: Georgia

Madrid 2023

Capricho de lo trivial



(memorias)

Luis de Orueta

Madrid 2023

But, on the contrary, the book is more perfect by wanting the chapter, than having it, as I shall demonstrate to your reverence in this manner - I question by the bye whether the same experiment might not be made as successfully upon other sundry chapters...

ΩΩΩΩ

Pero, al contrario, el libro es más perfecto a falta de ese capítulo que teniéndolo, como demostraré a su reverencia de esta forma- Me pregunto, ya de paso, si el mismo experimento no podría hacerse satisfactoriamente con unos cuantos capítulos más...

(Tristram Shandy, Sterne)

Capítulo I

Dos amigas

Meses antes de nacer, yo vivía con mis padres, claro, en la calle Alcántara de Madrid. Mi abuelo había sido vicepresidente de Hidroeléctrica Española y estaba muerto desde hacía tres años. Había dejado viuda con seis hijos, una pensión y unas rentas de tierras en Segovia. A cobrarlas viajaba desde Madrid su hijo Luis, que hacía noche en el Hotel Comercio y luego se las arreglaba como podía para llegar a la finca donde recogía el dinero. A veces lo acompañaba Inés, profesora de Literatura en un instituto madrileño, que estaba algo enamorada de él. Pero Inés cometió un error al presumir de amiga en la plaza mayor de Segovia, ciudad donde vivía María Eugenia, hija de Eugenio, coronel del Regimiento. Total: que Luis (mi padre) y María Eugenia se hicieron novios y se casaron.

La separación

Cuando por fin nací, la guerra civil separaba Madrid de Segovia por una línea infranqueable, según puede leerse en *¿Por quién doblan las campanas?* Algunos

pensaban que el conflicto duraría poco. Mi padre estaba obligado a no moverse, por su cargo en la misma empresa, que le permitía mantenernos y cuidar de la familia. Mi madre, en cambio, pensaba en mí y en la siguiente criatura que esperaba. Era duro tener que separarse, pero el hecho es que mi madre y yo mismo pasamos fácilmente a Francia, y de ahí a Segovia con los padres de ella. Mi hermana ya nació en la calle del Sol.

Las centrales térmicas

Cuando terminó la guerra, la Compañía Hidroeléctrica decidió mandar a Luis a Sama de Langreo, para que dirigiese la construcción de dos centrales térmicas, que hacían mucha falta, por las restricciones. Yo creo que a mi padre no le habría importado vivir en la cuenca minera, pero María Eugenia se aseguró otro domicilio, menos industrial. Sin mucho tiempo para pensar, alquilaron un chalé en el número 40 de la calle Uría de Gijón. Nada recuerdo de ese sitio, excepto que me entretenía en mirar a los viandantes por un roto oxidado del portón del jardín, anotación muy trivial, como a mí me gustan.

La mesa de mimbre

Mi hermana se acuerda de que en la calle Uría había una mesa de mimbre y que un día nos pusieron una comida que ya me tenía hartado. Parece que me metí debajo de la mesa y me levanté, tirando vasos y platos.

La Cubana

Ya que te has puesto a leer este libro, tengo que decirte cómo era *La Cubana*. Era, porque ya no existe. En la época en que la vendieron mis padres, las casas de indianos no estaban protegidas. Al revés, su estilo pretencioso ya no impresionaba a los asturianos, que gozaban derribándolas, una tras otra. *Cubana* la llamó su primer dueño, y el nombre puede leerse todavía en lo único que queda: Un portón de hierro que dejaba ver entre sus rejas los árboles del interior y constancia de haber sido construida en 1886. En las fotografías de la época, el jardín todavía era un nasciturus con plantas tropicales, apenas visibles. Cuando llegamos nosotros ya habían crecido tanto que, a pesar de ser muy alta la casa, los árboles la superaban en sus esquinas. Otros crecían de forma casi horizontal y mostraban cortezas muy extrañas, que se podían desenrollar como una tela, que parecía de saco. También los había más pequeños, como los caquis, obligados a sostener un columpio muy simple. Tan simple que había que acordarse de traer un almohadón para ponerlo sobre la cuerda. El hecho de que este detalle permanezca en mi memoria es porque solía haber caquis caídos del árbol y era casi imposible jugar sin mancharse. Y esas manchas, según se nos decía repetidamente, *son muy difíciles de lavar*. Pasaba lo mismo con la gigantesca morera.

El Sur

De la época de *La Cubana* tengo muchos recuerdos. Algunos olorosos, como el de los patos del estanque cuando los cogías en brazos, o el desván donde se podía

ver cuánta agua quedaba en el enorme contenedor. Otros melancólicos. Por ejemplo: me daban pena los habitantes de Oviedo, porque no tenían playa. No ya pena sino compasión mayúscula, fue lo que sentí la primera vez que salimos de Asturias rumbo al Sur. Aquellas tierras reseca, los pueblos donde parábamos y el calor dentro del coche, me hacían sentir bastante estupefacto.

Aldeallana

Íbamos a un caserío llamado Aldeallana, cuyas tierras, Pascual Madoz no duda en calificar *de ínfima calidad*. Ya puestos, yo añadiría que llenas de piedras. Plantada junto a la era, nos esperaba una casa bastante divertida, que el abuelo Serafín se había hecho construir porque la finca Colina, que era la buena, con río, ermita y casa, correspondió a sus hermanos Francisco y Alfonso. A juzgar por el aspecto de la suya, el abuelo debió contratar a los mismos que hicieron la estación de ferrocarril de Otero de Herreros, que era parecida, sólo que más alta.

El gasógeno

Hacíamos el viaje a Aldeallana en un coche cuadrado. Me gustaban todos, menos el nuestro. Que no era nuestro, sino de la empresa (nuestro padre la llamaba *Compañía*). En el sitio donde hubo un portamaletas trasero colgaban dos calderas para hacer gas. Con su peso, la parte de delante quedaba alzada y cansina. Lo conducía un chofer de nombre Ernesto, antipático con mi hermana y conmigo. En algunos pueblos parábamos

por culpa del coche y Ernesto hacía como que arreglaba cosas del motor.

La viña

Cuando llegamos a Aldeallana era de noche y había que usar velas. A la mañana siguiente salimos al campo, por las ventanas. Nos pusimos a andar sujetando una sombrilla cada uno y no paramos hasta llegar a la viña, porque su color más verde era atrayente. Vimos árboles raros, que al parecer se llamaban *encinas*. Y unos lobos debajo, comiendo, que no eran lobos, sino cerdos, pero no de color rosa, sino negros. Cruzamos el cauce de un arroyo seco y empezamos a subir la cuesta de las plantas verdes. Colgaban frutas redondas que parecían uvas, pero no podían ser, porque eran negras. Llevamos unas a casa. Nos dijeron que había uvas de ese color. Las probamos y decidimos volver a darnos un atracón, pero no nos dejaron porque no eran nuestras, sino de los colonos.

Los colonos

Todo era de los colonos, menos la ermita y la casa de las sombrillas con sus palmatorias y sus ventanas al campo. Los colonos vivían en el caserío y eran dos familias que no se hablaban para no tener problemas. Los Gila arriba y los Otero abajo. Rodeando la casa había un patio y alrededor estaban las paneras, un cocedero de pan, una fragua para herraduras, gallineros, pocilgas, y sitios para las vacas y los bueyes, distintos para cada colono. También había caballos, burras, perros y dos cijas para muchas ovejas con sus pesebres y sus pajeras. Y carros. Era un recinto cerrado

con dos portales, uno mirando a Levante y otro al Norte. Fuera quedaba el lagar. A pesar de que todo era suyo, me daban algo de pena los colonos por su manera de vivir. Sólo Gerardo Otero vivía bastante bien. Tenía criados. Hacía cigarrillos con una máquina. Hilario Gila no tenía criados porque sus hijos eran muchos y no necesitaba criados. Su caballo, *Careto*, era más apetecible y manso que el de Gerardo.

Las abarcas

Los hijos de Hilario y los criados de Gerardo se parecían en que no usaban zapatos sino abarcas. Estaban hechas con secciones de neumáticos de coche atravesados con cintas de cuero. Se podían comprar nuevas. Antes de calzárselas, rodeaban cada pie con telas, sacadas de los costales cuando se rompían de viejos con el peso del cereal.

La tía Antonia

En realidad, quien mandaba en la casa de abajo no era Gerardo Otero sino su suegra, Antonia de Frutos, la tía Antonia. Tenía unas faldas como las de las meninas de Velázquez y un moño en el pelo. Pasaba muchas horas junto a la chimenea, haciendo el cocido. En una esquina de aquella parte de la casa colocaba un fino látigo, con un cascabel pequeño en la punta. Dejaba que los gatos del patio se fueran acercando al hogar donde cocinaba. Les tenía cariño porque, gracias a ellos, los ratones no invadían las paneras, pero, cuando veía que eran demasiados, se levantaba con dificultad de la banqueta desde donde vigilaba la sopa, y se iba a la esquina del látigo. Solo lo tocaba para que sonase el

cascabel y todos sus gatos salían de estampida, tropezándose unos con otros. Luego volvían, poco a poco.

Los otros juguetes

Gerardo Antonio era el mayor de sus nietos. *La Milita* era su hermana. Se llamaba así porque su bautizo fue en la ermita, donde reinaba la Virgen Milagrosa. Mi hermana y yo jugábamos con ambos. Yo nunca había visto antes un *uvio* de juguete. Uno de los criados se lo había regalado a Gerardo Antonio. Estaba hecho con una navaja y era exactamente una miniatura de yugo, con cuerdas de cuero para atarlo a los cuernos de los bueyes.

Las navajas

Gerardo Antonio tenía su navaja. En casa, tuve dificultades para explicar su necesidad. Pero sin navaja no se podía hacer casi nada. No era lo mismo comer una raja de sandía a morro que con navaja. Se cortaba la raja en trocitos cuadrados y luego se pinchaban con la punta. O cortar una bellota en rodajas y hacer quesitos de juguete para las niñas. Todos los hombres tenían la suya. Algunos sabían tirarla al tronco de una encina para que se clavase muy derecha. Yo acabé teniendo la mía, que podría haber sido un poco más grande.

Las burras

El agua se guardaba en tinajas de barro. Las burras podían con cuatro, dos a cada lado de la albarda. Había que ir al pozo, que estaba en el arroyo seco, bastante

lejos, por lo que las hijas de los colonos se subían y quedaban con las piernas colgando. Mi hermana y yo las mirábamos con arrobo, tanto, que a veces se bajaban y nos dejaban montar.

Los trillos.

Entre el caserío y nuestra casa estaba la era. Las eras: una de Gerardo, la mejor y otra de Hilario, la menos lisa. Allí, los bueyes más débiles daban vueltas con menor esfuerzo, tirando de los trillos. Sentada en silla como trono, se pasaba horas al sol Ambrosia, la mujer de Hilario, guiando los bueyes para que dieran vueltas alrededor de la parva. Toda de negro y con sombrero de paja. Lo importante aquí es que no decía nada si nos subíamos al trillo en marcha, con cuidado de no molestarla. No era igual que ir a los caballitos de Gijón, pero casi.

La Cubana por dentro

De vuelta, sentía el dulzor de vivir en Somió. La vida real transcurría dentro de las paredes de La Cubana. Por fuera, cubierta de hiedra. Los dormitorios estaban arriba, con puertas que daban a una terraza muy alargada, sostenida por columnas de hierro. Recuerdo mi asombro cuando subimos a ver el cuarto que nos correspondía. Uno tenía las paredes y el techo pintados de rojo porque había sido el laboratorio donde el cubano revelaba fotos de Gijón, que ahora están en museos. Le tocó a mi hermana y luego lo pintaron de blanco, como los demás. Abajo, lo misterioso era el salón de invitados, donde no se podía entrar. En el comedor había sitio para una pianola. Y sobre la

chimenea del cuarto de estar, mi padre puso unas letras de bronce que decían PAX VOBISCUM.

Natacha

Además de mi padre, tocaba el piano Natacha. En la banqueta para cuatro manos yo me sentaba al lado de ella. El marido de Natacha se llamaba Fernando, de apellido Caballero de Rodas. Una mañana íbamos en coche por la carretera del Infanzón; conducía mi padre, Fernando iba en el asiento de delante y yo atrás. Por el arcén de la izquierda paseaba una mujer. El coche detuvo su marcha y luego siguió adelante muy despacito. Mi padre y Fernando hablaban en voz baja, pero llegué a entender que hacía mucho tiempo que no habían visto mujer tan guapa. Yo tenía la nariz pegada al cristal lleno de curiosidad y un poco de miedo. Ella miró al coche, se fijó en mi cara, me señaló con el dedo, y los miró sonriendo. Los de delante hicieron un gesto de resignación antes de volver a la velocidad normal.

Los huesos blandos

Por aquel entonces un médico dijo a mi madre que mis huesos estaban a medio hacer y que tenía que guardar cama varios meses. Cuando Natacha y Fernando venían a casa, ella subía sola a verme. Me preguntaba qué me gustaría de regalo y yo le decía que tebeos. Pero ella no se enteraba bien y me traía cuentos de Perrault, Grimm y Andersen. Un día, Natacha apareció con su hija Taluca (de *Nataliuka*). Cuando la vi me puse colorado como un tomate. Eso hacía mucha gracia a los demás, que procuraban estar presentes si Taluca y Natacha subían a hacerme compañía.

Manolito

Manolito era el nuevo chófer, Una de las hijas de Ramón, el jardinero, Socorro, se enamoró bastante de él. Socorro vivía con nosotros como niñera de mi hermano pequeño, Guillermo. Por las mañanas se la oía cantar la copla:

Manolo mío, Manolo de mis amores...

Y por las tardes, la canción cubana:

Manolo mío, desde muy niña tuve un amor...

Pero Manolito estaba casado con Olvido y vivían lejos, en Sama de Langreo.

El club Náutico

A nuestros padres los veíamos poco. Íbamos al colegio en tranvía. En verano, cuando los tranvías llevaban dos o tres jardineras, Socorro nos acompañaba a la playa con cubos y palas. No sabíamos nadar, el agua estaba fría y las olas asustaban. Por la noche yo oía las olas antes de dormirme, lo cual es imposible dada la distancia, pero las oía. Desde la arena, donde jugábamos con otros chicos, se veía a lo lejos el club Náutico. Allí se divertían nuestros padres con sus amigos. A la vuelta volvían a casa y mi hermana y yo los oíamos hablar y reír, sus voces mezcladas con la música. Salíamos de nuestros cuartos y en lo alto de la escalera nos divertíamos inventando torturas sádicas para cada uno de ellos. Los tormentos a Barbarina Cangas eran los peores.

Al colegio

Cuando cumplí cuatro años (en 1940) mi padre juzgó llegado el momento de llevarme a estudiar a un colegio y no eligió el de los jesuitas. Recordando la efeméride, mi padre decía que sintió tristeza al ver mi cara de perplejidad.

La peseta

Yo era medio pensionista. El pan estaba racionado y cada alumno debía llevarse su barra de pan al comedor. Costaba una peseta y yo recibía la mía antes de salir de casa, con la tarjeta. En el trayecto del Colegio a la panadería se pasaba por una tienda donde vendían dulces y tebeos. Pensaba yo que, si la peseta era mía, me sería dado poder decidir en qué gastarla. Distinta manera de ver las cosas, tenían otros. Cuando terminó la regañina en el colegio me atreví a preguntar, si a pesar de todo, me podía quedar con mi tebeo.

Los tranvías

Las cocheras estaban al lado del colegio. Eran muy grandes y oscuras. Yo veía las chispas del soldador y me acercaba. “¡Niño: ¿Qué diablos haces aquí?” “Estoy viendo cómo se hace el tranvía”. Cuando terminaba le ponían un número. El 45. Era como un bautismo. Luego, algunas veces, lo veía salir de la niebla por las mañanas, cuando iba al colegio en él. Olía a nuevo, por su barniz y pintura. Una de las cosas menos atractivas de Madrid eran sus tranvías comparados con los de Gijón.

Los baches

A partir de Segovia, la carretera hacia Aldeallana era de polvo y tenía muchos baches. En las cunetas se podían ver montones de tierra y sacos de piedras en espera de ocupar su sitio dentro de los baches, a paladas de los peones camineros. La sensación de lisura y suavidad duraba su tiempo y luego los baches volvían a hacer su aparición. Al menos para mí, tenían su encanto, porque me ayudaban a aprender a conducir.

Los pavos reales

La Compañía compró por fin un coche medio bien, y digo medio pensando en la mitad de delante. Manolito me dejaba conducir a su lado cuando íbamos a Segovia. Aparte de la impresión de ver el acueducto por primera vez -las piedras sin cemento y el diablo en su urna- a la vuelta pensaba en lo agradable que sería tener en Aldeallana pavos reales como los que se escondían en los fosos del Alcázar, aunque no sirvieran para nada.

El río Moros

Un verano se agotó el agua del pozo del arroyo. Mis padres alquilaron una burra para ir a por agua al río de Colina. El viaje duraba media hora de ida y media de vuelta. A pesar de que nuestra presencia había contribuido a disminuir las reservas, los colonos no se quejaban y hacíamos el viaje juntos, cada uno con su burra y sus tinajas. Decían, para animarnos, que de todos modos tenían que ir a Colina, a lavar la ropa.

El molino de viento

Mientras nosotros nos divertíamos, mi padre desempolvó una idea que le vino in mente cuando se vendió La Cubana. Adivinó que los nuevos dueños desaprobaban el molino de aire que sacaba agua para el estanque de los patos y se ofreció a desmontarlo y llevárselo a Sama de Langreo. La idea era hacer un pozo junto a la casa de Aldeallana y plantar el molino encima para tener agua corriente y olvidarse de las burras para siempre. La historia de lo que ocurrió después merece capítulo aparte. Ahora no, lo escribiré más tarde y lo llamaré “capítulo aparte”.

Los cangrejos

Los viajes al río Moros añadieron una nueva dimensión a los veranos, que empezaban a ser un poco aburridos. A mi padre le dio por pescar en caña. Nosotros nos bañábamos en la presa del molino. Conocimos a los hijos de los dueños, Javier, Margari, Josechu y Carmelina. Ellos nos enseñaron a pescar cangrejos con reteles, unos aros en forma de acordeón, rodeados de finas redes, casi transparentes. Tirando de un hilo se desenrollaban, formando un cubo como una pantalla de lámpara. En su fondo había una cuerda para atar un trozo de carne. Se trataba de elegir los mejores sitios en la orilla de río para dejar hundirse los reteles y esperar a que vinieran los cangrejos a comerse la carne. Mejor al anochecer. También me daban pena los cangrejos.

La judería vieja

Los abuelos vivían en una casa enorme. En tiempo de los Reyes Católicos había sido del judío Abraham

Senior. Se notaba que era más de la abuela, porque en la parte mejor había una escalera con una bola de cristal en el pasamanos, por donde se subía a la vivienda de sus hermanas. Casi nunca, porque la abuela nos decía que a las tías no le gustaban los niños. El piso de los abuelos daba a la muralla y tenía un mirador desde donde se podía ver el pinarcillo y la montaña de la Mujer Muerta. Durante la guerra, un día metí la cabeza entre dos hierros de un balcón y tuvieron que pedir ayuda para sacarme de allí.

Solamente una vez

Hablando de accidentes. Cerca de La Cubana vivían los Nespral: Jesusín y Héctor. Jesusín era mayor que yo y cantaba en el Colegio. Héctor era de mi edad. Mis padres me dijeron que me iban a llevar a verlo al Hospital, que estaba en Gijón, cerca de *la Iglesia* de los jesuitas. Cuando lo vi en su cama tenía un ojo con vendas que le rodeaban la cabeza. Lo había perdido de un perdigonazo. Yo no sabía que decir. Entonces, una señora rubia, cogió la mano de Héctor y empezó a cantar: *Solamente una vez/ amé la vida...* Las veces que oigo esta canción, me acuerdo de Héctor.

El Paillard

Un día llegó a La Cubana un camión con un extraño mueble. Era un regalo de Brown Boveri para mi padre. Imaginad un arcón de madera muy brillante. Se levanta la tapa y debajo aparece una radio a la derecha y un extraño gramófono, a la izquierda. Olía a una mezcla de madera, acero, bakelita y tela. Mi madre lo puso al lado de una lámpara que lucía sobre una peana

salomónica muy fina. Teníamos muchos discos de música clásica que yo me sabía de memoria. Antes de aprender a leer, ya podía distinguirlos y ponerlos en el gramófono de cuerda. Pero aquello era diferente. Esa noche mi padre me llamó y apagó la lámpara. Con la tapa abierta, la luz del mueble permitía poner los discos. Sonaban de otra manera. Más suave, sin ruido de aguja. Los agudos más agudos. Los graves más graves. Esa noche me sentí muy cerca de mi padre, filial y agradecido.

Madrid

Nos teníamos que ir a vivir a Madrid, pero no me cabía en la cabeza. Hablé con Manolito pidiendo que me guardase en su casa de Sama de Langreo. Me dijo que de acuerdo y se lo contó a Olvido. En un primer momento mis padres se sintieron algo desairados, pero acabaron cediendo y me dejaron ir a vivir con ellos. Tuve que despedirme de *La Cubana* y de mis hermanos, pero no de Asturias. A la perrita *Loli* la había pillado un coche. En Sama, la hija de Manolito, Angelita, me dejó la novela de Jorge Isaacs, *María*, que yo leía en la cama. Vivía tranquilamente en casa de Manolito algo triste, pero, contento de haber evitado lo de Madrid. O eso creía.

Claudio Coello

En realidad, yo mismo comprendí que quedarme a vivir para siempre en Sama era poco factible. Ni siquiera me habían buscado colegio. Cuando la realidad se impuso, mi hermana y yo fuimos trasladados a Madrid; se suponía que a vivir en casa de

las tías *Mallenes*, las mismas tías de Segovia a las que no le gustaban los niños. Decían que sería por poco tiempo. Acertaron, porque nuestro padre nos tuvo que ir a buscar enseguida en vista de que llorábamos mucho (muy concentrados).

El Davenport

Había otras tías, hermanas de mi padre, que no tuvieron más remedio que acogernos en su piso de Maldonado, menos impresionante. Una de ellas trató de calmarme ofreciéndome su escritorio Davenport y su pluma estilográfica, gesto realmente conmovedor, que acepté. La otra cedía su gramófono, con discos de *Scherezade* y *La verbena de La Paloma*. Nos quedamos a vivir allí más de dos años.

Ingrid Bergman

Ni siquiera en verano veíamos a nuestros padres. Mi madrina Inés tenía tres hermanas solteras, en Huelva, que ocupaban dos grandes viviendas, una llena y otra vacía. Allí me instaló un verano, único varón entre seis mujeres, contando con las que ayudaban. Adoraban a un hermano con muy buena pinta que había cometido el error imperdonable de casarse. Y lo que es peor, aseguraban que su mujer a veces se vestía con pantalones. En una plaza que llamaban *de las monjas* había un cine sin techo ni paredes, con sillas plegables de madera y una pantalla que dejaba ver la película por detrás. En esa pantalla vi a Ingrid Bergman por primera vez y digo primera porque volví varias veces, insistiendo en que la película me había gustado mucho.

Sacramenia

Trataban de evitar que mi madrina se adueñase de mí. El verano siguiente me mandaron a una finca de la abuela Dolores. Allí vivía, en contra de la opinión de sus hermanos, su hijo Ramón casado con otra Dolores, guapa, nacida en Sacramenia. La casa estaba pegada a una iglesia en ruinas, parte de un convento de monjes de San Bernardo. El claustro: vendido y trasplantado a América. Otro tío mío hizo una ley para que esas cosas no pasasen. Pero el tío Ramón no era culpable. Aparte de ocuparse de la finca y pagar una renta a la abuela, cantaba por las mañanas en el cuarto de baño. Tía Lola me preguntó si yo no cantaba. Una tarde que estábamos de tertulia en el patio, insistió tanto que canté *Tengo de subir al puerto/ aunque me cubra la nieve*. Y todos quedaron muy pensativos.

Soldados de plomo

Enfrente del piso de las tías, vivía una familia de origen vasco. Tenían muchos soldados de plomo. Los había de Infantería y Caballería, además de cañones, fuertes, banderas. En el cuarto de jugar los colocaban en orden de batalla y con bolas de cristal iban tirando por turnos, a ver quién tumbaba más fuertes, más soldados y más caballos, hasta dejar el campo cubierto de cadáveres.

El fantasma

Los vecinos del piso de al lado nos invitaron a pasar unos días en el monasterio vecino de Aldeallana. Allí, la abuela María, reunía hijos y nietos que la respetaban poco porque era casi sorda. Una noche me despertaron

para ver el fantasma. Había luna llena y desde los ventanales del monasterio se veía un trozo de monte, con sus matas bien dibujadas. Era verano, la noche estaba tranquila sin más ruido que nuestros cuchicheos. La expectación era grande. Pero ni rastro del fantasma. ¡Espera! Me dijeron cuando ya me iba. ¡Espera! Y de pronto, apareció. Entre las matas del monte se movía una figura blanca como la nieve. Desaparecía y volvía a aparecer. Estábamos muy preocupados cuando la tía Marita surgió agitando las manos a nuestras espaldas y nos mandó volver a la cama. Al día siguiente se supo que el fantasma era Fernando, uno de los primos. Y que estaba castigado. Lo descubrieron porque en su cama faltaba una sábana que guardaba escondida en algún sitio.

Kary

Por fin mi padre encontró un piso en Madrid. Yo me he creído la excusa del piso toda mi vida, hasta hace poco. Comentando lo raro del caso, mi hermana me lo explicó. Durante uno de sus muchos viajes a Paris, estuvo en casa de Kary, la costurera, que siempre había sido amiga suya. Nadie podía saber mejor lo que pasó que Kary, observadora imparcial de la familia.



Cubana la llamó Bustillo, su primer dueño



Cometió el error de presentar a su amiga la hija del coronel



Los árboles habían crecido mucho



El Chrysler Imperial



La mesa de mimbre



Alejandro Suarez, Francisco Franco, Juan Antonio Suanzes y Luis de Orueta

importan 91 millones de pesetas.

Resuelto así el problema eléctrico para todas las minas de Langreo, se ayudará a las demás centrales y hasta podrá cederse algo a la Hidroeléctrica del Cantábrico y a Viesgo. Mientras Franco recorre las tres naves centrales térmicas y estrecha la mano del ingeniero director, don Luis Orueta, el ministro de Industria y Comercio, señor Suanzes, sonríe con razón muy satisfecho.

A la hora en que telefona el Jefe del Estado visita la fábrica de la Sociedad Ibérica de Nitrógenos, otra victoria

Arranque central de Lada



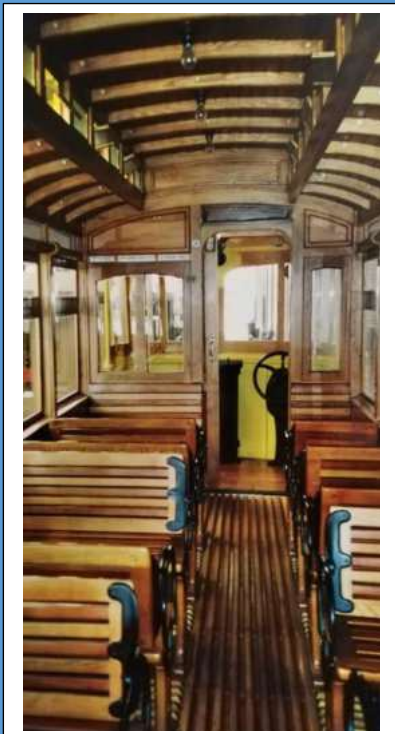
Barbarina



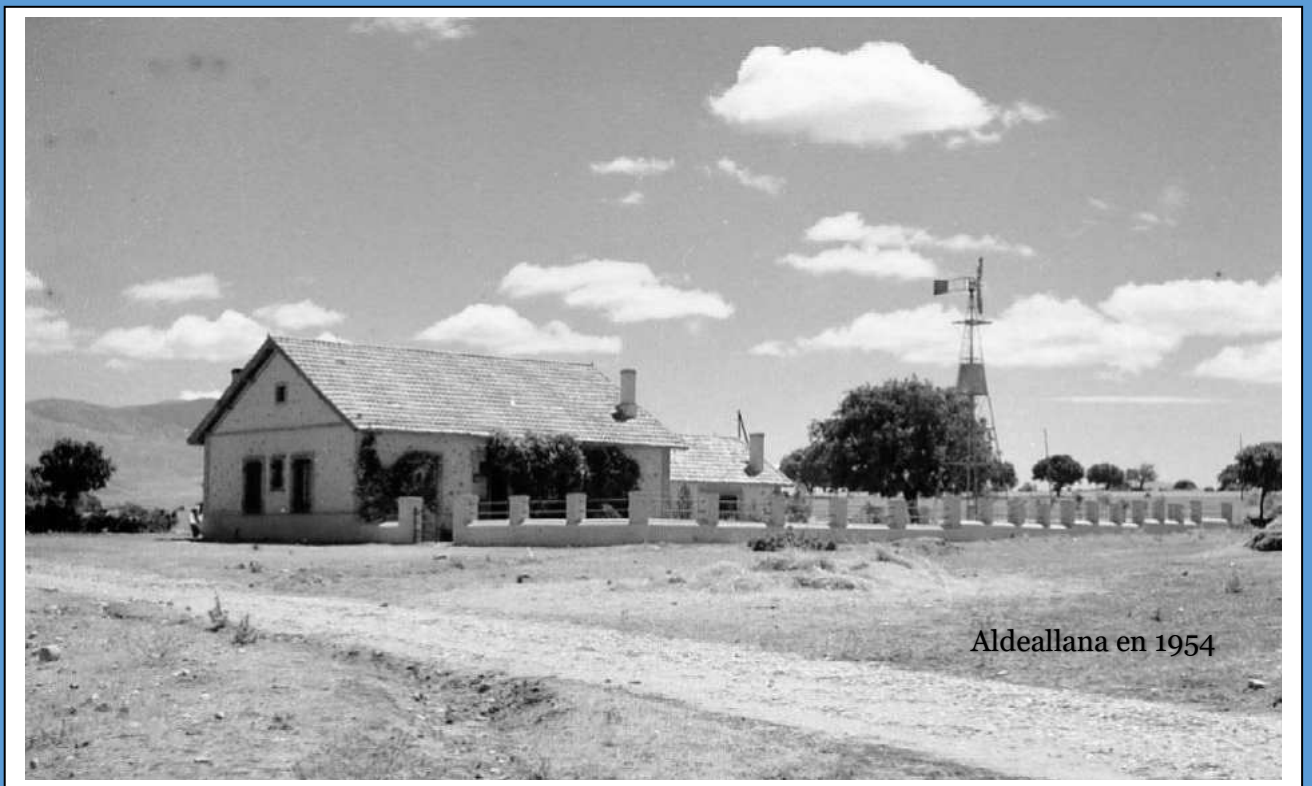
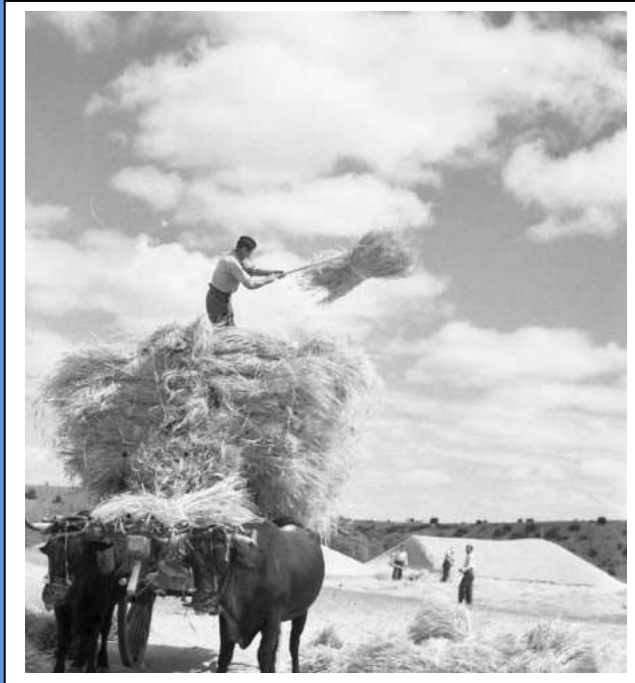
Natacha



La casa de Aldeallana, tal como la hizo el abuelo



Patio de Abraham Senior



Aldeallana en 1954

La puerta de La Cubana



Capítulo II

Los segadores

Mis padres habían vuelto a aparecer. En Aldeallana se preparaban grandes festejos por la llegada de la luz eléctrica. Vendrían invitados de las fincas colindantes, agradecidos a mi padre por la fácil interconexión. De Bilbao esperábamos a Pedro Montero con su mujer Luz Landaluce. No sólo por el oportuno nombre de ella, sino porque Pedro era muy amigo de mi padre. Y muy vasco. Se parecía a Pio Baroja, calvo y con boina. El matrimonio solía venir a Aldeallana en un Fiat Balilla, también cuadrado, tapizado de terciopelo azul purísima. Tardaban en llegar y se decidió salir a buscarlos. Los dos coches se encontraron a medio camino y retornaron juntos. Montero explicó que habían tenido un pinchazo, frente a un campo donde había unos segadores cumpliendo su dura tarea, a pleno sol. Observaban divertidos a Montero maldiciendo y dando patadas a la rueda. Entonces, según contaba, se volvió a los segadores diciendo ¿Por qué en lugar de mirar no ayudan? Y uno de ellos le contestó: ¡No se preocupe Vd. eso se arregla... segando!

¿Y qué pasó luego?

Que le ayudaron. Pedro Montero tenía muy mal genio y despotricaba de los españoles, pero no se perdía un verano en Castilla. Y cada vez que alguien se quejaba por cualquier contratiempo, decía: “Eso se arregla segando”.

De rodillas

Por fin los Hurtado y yo íbamos al mismo colegio. Antes, mi madrina me había metido en otro, que estaba enfrente de su casa de General Pardiñas. Lo malo de aquel colegio era que te castigaban por lo que hacían los demás. En lugar de molestarse en averiguar los culpables, nos ponían de rodillas a todos con los brazos estirados y las palmas hacia arriba, sujetando unos libros. Con el cambio de colegio, los castigos mejoraron mucho. En el Pilar, eran más astutos para identificar sospechosos y resolver delitos. Y, sobre todo, las penas eran mucho más llevaderas. La más aplicada: dar vueltas a algo. Dar vueltas al solar. Dar vueltas al patio. Dar vueltas a los pasillos. Veinte, treinta, cuarenta, según la gravedad de lo averiguado. El castigo peor era tener que ir al colegio los jueves por la tarde, en lugar de ir al cine como los demás mortales.

Jueves por la tarde

Don Victorino llamó por teléfono a casa para decir que yo estaba castigado a ir el jueves por la tarde. Aclaró que era un castigo colectivo y explicó a mis padres la absoluta necesidad de una reparación justa por lo ocurrido. Había nevado. A la salida, ya en la calle, las

bolas de nieve volaban por los aires en busca de rostros incautos. Nada de particular. Pero, alguien, aún no identificado, se había erigido en caudillo y alentaba sus huestes hacia el colegio de las Ursulinas, que estaba enfrente. La horda se plantó ante la puerta y sólo se atrevían a salir las más valientes. La superiora llamó a Don Victorino.

Una ursulina

Yo sentí no haber estado en tan gran ocasión. Me lo contaron con todo detalle aquel jueves por la tarde. El camino del colegio a mi casa era el menos popular entre los compañeros de clase. La mayoría iba hacia abajo. Yo, hacia arriba. Por ese motivo desconocía la existencia de algunas ursulinas notables. La más famosa se llamaba Lourdes y, aunque no lo sabía, tenía un esposo espiritual en clase: Eugenio Sánchez.. Todavía entonces, yo ignoraba la existencia de otra ursulina no menos notable, por lo que la vida de quien esto escribe transcurría normal y despreocupada.

La Pléyade

No tan despreocupada, porque preocupante era no formar parte de La Pléyade. Formaban esa sociedad secreta los más altos de la clase. Se reunían fuera del colegio en algún sitio y su principal aspiración era pasarlo mejor que el resto. No eran agresivos, pero sí displicentes. Uno de ellos aparentemente más asequible, José Ignacio de Gabriel, al ver que intentaba aproximarme a la secta, me disuadió con el apelativo de *Pescadilla*. Sentí horror de que el mote se pudiera

expandir y arraigar. Afortunadamente, no ocurrió, pero renuncié para siempre a cualquier tentación gregaria.

Los Pupitres

Eran nuestra segunda posesión mobiliaria, después de la cama. Tenían el aliciente común a todo escondrijo. Y el riesgo de tener que dar varias vueltas, por hablar. El número de vueltas aumentaba si el hablar había estado acompañado de sonrisas o risas, por la susceptibilidad de los profesores. Riesgo, pero también oportunidad en los ejercicios escritos. A diferencia de las preguntas orales, en que el interrogado estaba solo ante el peligro, en las escritas cabía (en el sentido de podía ocurrir) la aportación ajena. Como en toda convivencia, una de las partes solía ayudar más al bien común que la otra. Yo tuve por poco tiempo un compañero omnisciente y angelical, de nombre Chávarri. Su cercanía se notó mucho en la mejora de mis notas en matemáticas. De Chávarri puedo decir que, tal vez impresionado por la prohibición de hablar en clase, continuó esa extraña práctica metiéndose cartujo.

Falsificaciones

Don Victorino leía las notas todas las semanas, empezando por las peores. Cada aludido debía ponerse en pie mientras oíamos sesudos comentarios sobre su rendimiento durante los últimos siete días. Al final recibía una hoja. Tenían distintos colores. Las mejores rojas, las peores verdes, la mayoría azules. A los padres de cada alumno lo que más les importaba era un guarismo en el margen superior donde el numerador indicaba cuántos alumnos había tenido mejores notas

que su criatura. Algunos progenitores recibían de forma desapacible ese mensaje semanal, lo que propició un lucrativo negocio de falsificación de firmas paternas. El laboratorio estaba en casa de Tomás Ramírez. Usaba dos frascos que borraban fechas y firmas. Luego imitaba letras sacando un poco la lengua.

Soy Pilarista

Era el nombre de la revista del colegio que publicaban los estudiantes, en un alarde de liberalidad por parte de *los levitas*, como se conocía a los marianistas, por su atuendo judío, incluido el sombrero. La propiedad de *la empresa*, si podemos hablar así, cambiaba anualmente por designación directa de cada director, antes de ir a la Universidad. Ocupaba el cargo en el curso 1951/1952 Carlos Mingarro. Yo no lo conocía, él a mí tampoco. Quedaban pocos días para el fin de curso. Me dio la dirección de la imprenta, el número de la cuenta bancaria, y se despidió deseándome buena suerte. Mingarro debía ser un poco racista, porque en aquella brevísima charla tuvo tiempo de comentar que yo tenía *un perfil berebere*.

Seaford

Mi padre no quiso que yo heredase la desventaja de no hablar inglés y contrató una estancia veraniega en una casa particular de Sussex. Londres era entonces una ciudad ennegrecida por el humo de sus chimeneas. A los vagones de Victoria Station se acedía como si consistiesen en carrozas pegadas unas a otras, sin pasillo. Había leído la novela de Cecil Roberts y me

sentía privilegiado de estar allí. Para llegar a Seaford había que transbordar en Lewes. La casa donde nos daban clase se llamaba Cliff View y me recordaba la película *Los blancos acantilados de Dover*. Allí vivía la familia Lawson y los profesores estaban contratados. Uno de ellos se compadeció del hambre que pasábamos y me cambió a otra casa.

Un susto

Entre los alumnos de la nueva, me llamó la atención una joven belga, de nombre Florence, tres o cuatro años mayor que yo. Mi admiración era compartida por otro alumno español, Ildfonso Astarloa. Un día a la semana teníamos la tarde libre y los tres queríamos ir a Londres. A la vuelta perdimos el último tren a Seaford y decidimos coger el que solamente llegaba hasta Lewes. Elegimos un departamento vacío. Al cabo de dos o tres estaciones intentamos apagar la luz. Incapaz de ver algún botón, me puse de pie en el asiento y desenrosqué la bombilla. Se apagó la luz, efectivamente, pero también se paró el tren. Asomamos nuestras cabezas fuera de la ventanilla y pudimos ver los vagones de delante iluminados hasta nuestro compartimento. Los demás, a continuación, estaban a oscuras. Y vimos también un inspector que se acercaba amenazante por el campo.

Otro susto

En Lewes acabaron dejándonos en paz, y salimos de la estación dispuestos a hacer el resto de viaje a pie. Las pequeñas carreteras inglesas pueden ser desesperantes en su horror a la línea recta. En un paso a nivel nos

pareció que, puesto que esa noche ya no había más trenes de Lewes a Seaford, no había peligro en continuar el viaje andando por las vías. Tardamos, pero era verano, luna llena, éramos jóvenes y Florence se sentía adulada por los sentimientos que inspiraba a los dos españoles. Algún kilómetro antes de llegar, empezaron a verse a cada lado alambradas sin salida hasta la estación. Allí fuimos arrestados y conducidos a la Policía, donde nos informaron que los trenes ingleses reciben la corriente eléctrica por las vías

Otoño

La *rentrée* de aquel último curso empezó con una llamada del cura Farrás, director del colegio y sustituto de Don Victorino, que seguía como subdirector más o menos resignado. Farrás, a diferencia de Don Victorino, no estaba por la labor de que existiese una revista independiente. Soy Pilarista había sido fundada en 1944, ocho años antes. Farrás me tenía por chico dócil y mi negativa debió extrañarle. Entonces sacó su plan B: que yo nombrase a un subdirector elegido por él.

Javier Muguerza

Eligió al presidente de la Congregación de María conocido porque en las conmemoraciones llevaba al pecho una banda azul celeste. Vivía en Zurbano, con su madre, viuda de guerra y muy de derechas. Hijo único. Tenía un despacho bastante oscuro, con muchos libros. Entendía de literatura, pintura, poesía y de política. Dominaba las matemáticas la física y la astronomía. En cambio, era insensible a la música. Y nada

enamorado. Se veía que era un intelectual. Lo que no sospechaba el cura Farrás, ni tampoco su madre, es que fuera un intelectual marxista.

Alighieri dixit

Aparuit jam beatiudine vostra. No iba sola, sino con dos amigas, como la pinta Henry Holiday, el prerrafaelita inglés. Per una strada de Firenze, in mezo a due gentili donne (en esta ocasión Matilde e Inés). E ne la secretíssima camera de lo cuore comenzió a tremare fortemente, e tremando disse queste parole;

Ecce deus fortior me, qui veniens dominabitur mihi

Y añadió:

Heu miser! quia frequentier impeditus ero deinceps

D'allora inanzi (a partir de entonces) Amore mi comandava molte volte che io cercasse per vedere questa angiola giovanissima; onde io nella mia puerizia molte volte l'andai cercando., e vedeala di si nobili e laudabili portamenti che certo di lei si potea dire quella parola del poeta Omero. “ Ella non pareva figliola d'uomo mortale, ma di deo”. Alighieri dixit.

La fotografía

...me insistía muchas veces en que la siguiese para verla. Tanto, que una vez entré tras de ella en el portal de su casa y dije al portero que era amigo suyo y no recordaba el piso. Era el cuarto. Subí en el ascensor y llamé a la puerta. Abrió una mujer vestida con algo

parecido a un uniforme de enfermera. Dije que venía a ver a *la señorita*, que era amiga mía. En lugar de la señorita apareció su madre. Me dijo que su hija prefería no verme. Mi miró con curiosidad y cuando ya me iba, hizo una señal con la mano de que me esperase. “Anda, toma” la oí decir mientras ponía un sobre muy pequeño en mi mano. Dentro había una foto minúscula. En el laboratorio de la plaza de Alcalá que aparecía al dorso, el fotógrafo divertido hizo la ampliación a mi gusto, la puse en un marco bien grande y la colgué en mi dormitorio.

La voz a ti debida

Ma acompañaba en mis *soledades* la lectura de Pedro Salinas. Muguerza decía que era mejor poeta Guillén. No Nicolás, sino Jorge. Y que uno de los mejores libros de poesía española contemporánea era *Cántico*.

Las orgías

La hipérbole vino de Antonio Requena, al ver los vasos de vino y embutidos que mi madre preparaba para consumir en el descanso de los conciertos. Se celebraban en nuestro piso de Maldonado. El *Paillard* había sido modificado para sustituir los discos de 78 revoluciones por los de 33. Tenían lugar los jueves. En clase distribuía los programas a mi Pléyade particular. Uno de los asistentes también lo era de la Pléyade auténtica, por lo que gracias a *las orgías* nacieron otros afectos y complicidades que durarían para siempre. El eslabón común se llamaba Andrés Ruiz Tarazona.

Los guateques

Una de las ventajas de tener una hermana de casi la misma edad era que tenía amigas de casi la misma edad. A sensu contrario, la ventaja para ella eran mis amigos, algo mayores que yo. La constatación de ambas venturas se materializó en reuniones llamadas *guateques*, que es voz de origen venezolano y cronología franquista. Mi hermana y yo manteníamos una contabilidad de méritos en esta modalidad de celestinos. La repetición de reuniones nos hizo comprobar lo caprichoso que es el dios Eros, que parece divertirse yendo en contra de lo previsible, razonable y deleitoso. Por el contrario, aúna contrarios, rechaza lo fácil y propicia deslealtades.

Los viernes de la Nacional

Los abonos a los conciertos de la Orquesta Nacional en el Palacio de la Música eran entonces, junto con los sábados y domingos del Monumental, la única opción de oír música clásica en directo, en la capital de España. Mi padre me llevaba a los segundos, y yo añadía amigos del colegio, como continuación de la pedagogía musical orgiástica. Los viernes de la Nacional, mi padre iba siempre con mi madre, que tenía buen oído y se emocionaba con *La Bohème*. A no ser que lo programado esa noche no les gustase. Entonces me daban las dos entradas y yo avisaba a Andrés. Uno de los conciertos rechazados ofrecía una sinfonía de Mozart en la primera parte y después: la cuarta de Mahler. Recuerdo que antes de salir de casa mi padre me dijo: *Oís la de Mozart y ya está. No hace falta que os quedéis a la de Mahler.*

La cuarta de Mahler

Para Andrés desperdiciar media entrada era algo bastante insensato. Me dijo que, si no me importaba, él prefería quedarse. Traté de disuadirlo con argumentos copiados del consenso imperante contra la música post wagneriana, que, en el caso de Mahler, unían el agravante de *kitsch*. Nos quedamos. A la salida comenté ¿Ves lo que te decía? Ese segundo movimiento con los violines medio tono por debajo a propósito... ¿Y la ocurrencia de terminar una sinfonía con una canción? Pero a Andrés todo le ha parecido siempre bien.

La dama de noche

Llegó un momento en que mis hermanos y yo dijimos a padre que lo de ir todos los veranos a Aldeallana era un poco aburrido. Aquel verano de 1954 salimos algo tarde de Madrid en el Dodge *de la Compañía* rumbo a un Benidorm en ciernes; los tres de atrás muy contentos, los de delante circunspectos. Llegamos de noche. Nuestra falta de costumbre era tal, que no habíamos reservado hotel. Elegimos uno con buena pinta. Estaba lleno. Fuimos a otro que no estaba mal. También lleno. Descendimos a niveles preocupantes. Nada. Teníamos hambre. Mi madre decía “Luis, tenemos que buscar un restaurante” pero Luis estaba pensando en Aldeallana y necesitaba un poquito de venganza. Así que dijo: “Nos vamos a Málaga” “¿Ahora?” “Si, ahora” “¡Luis, por Dios!” Nos despertamos a la vista de Málaga, que se veía intermitentemente en las infinitas curvas de bajada, cuando empezaba a amanecer. Paramos en la Caleta, frente a un hotel con rótulo *Las Vegas*, abrimos

las puertas para estirar las piernas, y nos dio la bienvenida un fuerte aroma a *dama de noche*.

Un hotel que ya no existe

En el hotel Las Vegas había piscina, algo novedoso en el imaginario familiar, pero al día siguiente nos tuvimos que ir porque tardaban horas en servir el desayuno. Muy cerca de ese hotel vivía una desconocida tía Concha, que recomendó que nos trasladásemos al hotel Pinar. ¿Tendría piscina? Tía Concha sólo sabía que en ese hotel habían pasado su noche de bodas Raniero de Mónaco y Grace Kelly. Tenía piscina, aunque había que cruzar la carretera para llegar. Cerca había un pueblo de nombre Torremolinos, con una plaza contigua a un prado donde de noche se podía bailar al ritmo de la orquesta italiana de Renato Carosone. De la plaza salía una calle con casas de pescadores. Una de ellas estaba en venta y mi padre hizo que entrásemos a verla. Desde una pequeña terraza, se podía ver, muy abajo, una playa casi desierta, que nos pareció ridícula comparada con la de Gijón. Afortunadamente, el Hotel Pinar tenía piscina y, aunque a nuestra madre le preocupaba lo de tener que cruzar la carretera, apenas pasaban coches.

La Electricidad

En el hotel había pista de tenis totalmente innecesaria. En ciertos asuntos mi familia se había quedado anclada en el siglo XIX. Para los Orueta, la Electricidad, entendida como ente mítico, origen de luz y movimiento, hacía prescindibles la Política y el Deporte. De esos temas no se hablaba porque no eran

interesantes. En cuanto a Religión, lo más parecido a una creencia paterna estaría contenida en *L'évolution créatrice*, o en las páginas de Teilhard de Chardin.

Voces destempladas

Mi padre se distinguía de sus amigos en que era partidario de pagar impuestos. Sólo recuerdo sus voces destempladas en una ocasión en que discutía con Fernando Caballero de Rodas. Cuando pregunté a mi madre el motivo, me aclaró que era por “lo de los impuestos”.

El poeta fascista

Con relación al fascismo, mi madre había sido la musa de Dionisio Ridruejo en su *Primer Libro de Amor*, que conservaba con una ardiente dedicatoria. Habría que añadir que mi padrino fue un tal Jesús Rubio García Mina, y que nunca preguntó por mí.

Más amigos de la Pléyade

Por aquel año de 1954, la Electricidad hizo que mi padre conociese al padre de Alejandro Serrano, un miembro destacado de La Pléyade. Domingo Serrano era un ferviente devoto de la diosa, porque al igual que mi padre y mi abuelo, todo se lo debían a la Electricidad. Lo cual era como decir que no debían nada a nadie. Esa independencia permitía a sus hijos pensar en libertad, porque en el colegio se limitaban a inculcar que *La verdad os hará libres*, sin insistir demasiado en cuál fuese La Verdad.

Socialismo

En 1955 la verdad se parecía bastante al Socialismo. Muguera era social comunista al igual que otro compañero de clase: Sánchez Dragó. En la Universidad los de la Pléyade y yo mismo optábamos por seguir la estela de compañeros de colegio como Carlos Bustelo y los hermanos Solana. Esa estela me llevó una noche al calabozo de la Puerta del Sol, del que nos sacó la intervención oportuna de la madre de Carlos.

Radio Nacional

Una mañana, mi padre y yo íbamos camino de Aldeallana con la radio del coche puesta en el programa de música clásica de Radio Nacional de España. Nos divertía ver quien adivinaba (antes) el compositor y la obra. Así transcurrió casi media hora, sin atrevernos a adelantar nada porque las equivocaciones eran un poco humillantes. Por un momento, pensé que *podría*, digo *podría*, ser algo de Mahler. Pero tal posibilidad no era probable porque *me estaba gustando*.

Esaú desautorizado

Las comidas en casa no carecían de una cierta solemnidad, un poco al estilo *founding fathers*. En cambio, carecían de esprit gourmet. *Hay que comer de todo* es una máxima que, en mi breve lista de juicios de valor incontestables, aún conserva vigencia. No obstante, un día me atreví a preguntar: “¿Por qué?”. La respuesta, como tantas otras relativas a la buena educación, tenía que ver con el modo de comportarse

en caso de ser invitado. Traté de hacer ver que el código podía tener menos razón si uno no estaba invitado y simplemente dejaba de servirse. Tampoco. Sería una humillación a la dueña de la casa. Intervino madre preguntando cuáles serían esas excepciones. Llegados a este punto, se decidió que cada uno de nosotros eligiera un único plato rechazable. Yo elegí el bacalao, mi hermana la coliflor (sic) y mi hermano Guillermo, las lentejas.

El Escorial

Una manera de evitar Aldeallana en verano era hacer que te invitasen tus amigos. Por algún motivo mi madre había dejado de hablarse con Inés, mi madrina, y se acabaron los veranos en Huelva. También se acabaron los juegos con los Hurtado, porque ya no vivíamos en Maldonado con las tías, sino en Lagasca 100 (hoy 102) con los García Palencia de vecinos, que también estudiaban en El Pilar y podíamos ir juntos por Juan Bravo hasta Castelló. En la esquina de Juan Bravo había un solar donde jugábamos. Los veranos me invitaban a El Escorial. Noto que esto que estoy contando es genérico. Así que mencionaré el BMW326 descapotable, blanco y negro, un automóvil mítico alemán en cuyo interior Luis padre nos llevaba a los tres por la carretera de La Coruña y así me quedo tranquilo.

Arrullos bajo el agua

Y sin salir de El Escorial y de los veranos compartidos con amigos del colegio, hay que mencionar con afecto la casa de Manuel Domínguez, mi compañero de

pupitre. De aquellos tiempos felices voy a dejar escrito que había dos Escoriales, el de arriba y el de abajo. En el de arriba estaba la casa. En el de abajo una gran piscina. Y entre los dos una cuesta bastante larga. Bajábamos casi todos los días a la piscina. En lugar de chapotear con la demás gente, desaparecíamos bajo el agua y permanecíamos allí dentro como tiburones, aguantando la respiración. No era como mirar las fotos y dibujos de *La Vie Parisienne*, pero en El Escorial poco más se podía pedir.

Feryn

En la calle Serrano había una tienda de discos que se llamaba Feryn. Como eran caros, se podían escuchar todo el tiempo que uno quisiera dentro de unas cabinas casi lujosas. Cada mes mi padre me daba las 300 pesetas requeridas, fiado de mi elección. Allí, entre otras opciones, estaba la cuarta sinfonía del infumable Mahler. ¿Qué hacer? *Pas de problème*: “La verdad os hará libres”. Cuando vio el disco en la bolsa, Andrés no comprendía nada.

Carol

En verano de 1955 volví a Inglaterra, a seguir aprendiendo inglés, en 35 Connaught Road, Seaford Sussex. La casa era de los Noal, una familia completa venida a menos por la inutilidad del marido, alcohólico y piloto de carreras de coches. Dormía en una caseta del jardín. Todos los alumnos eran franceses o belgas. Íbamos a misa los domingos. Atrás, en el coro de la iglesia, se oían himnos, que es costumbre muy británica, también entre los católicos. Al terminar la

misa tuve curiosidad por ver las caras de los cantantes. Una era la de Carol.

Franco

Curiosidad por la España de Franco, fue sin duda lo que impulso a Rachel Noal a proponerlo como tema de conversación en las lecciones de inglés. Yo dije que el tema de Franco era un poco como el mal tiempo en Inglaterra, contra el cual había que guarecerse. Luego añadí con malicia que, debido al mal tiempo, Inglaterra era verde. También dije que en la Universidad mis amigos eran todos socialistas. “¿Y tú?” “Yo también, pero un poco menos”.

Los toros

Mrs. Noal en otro ejercicio de conversación me preguntó sobre las corridas de toros, no sin adelantar que le daban pena. Yo le dije que más pena le tenían que dar los toreros. “¿Por qué?” Preguntó. “Pues porque son presos políticos. Entre el público hay policías que les están apuntando para que se acerquen más al toro. De esa manera consiguen que les reduzcan las condenas” Me miró a los ojos, frunció el ceño, y yo hice lo mismo. Hasta que sonrió molesta...y así quedó la cosa.

Tuberculosis

De vuelta a Madrid, Alejandro me había facilitado la posibilidad de hacer la Milicia en Burgos. Pero antes había que pasar un examen médico. El resultado fue negativo por tuberculosis. Mi padre lo tomó con calma,

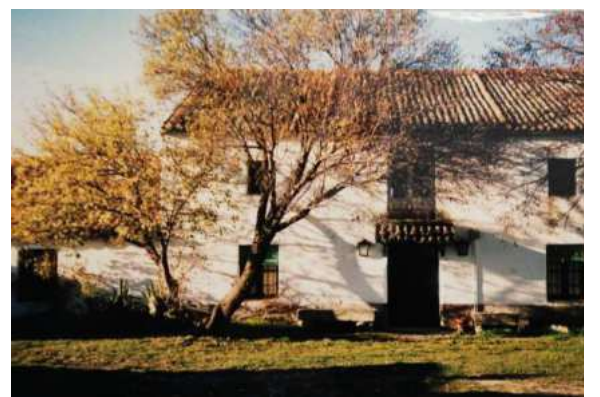
pero mi madre se preocupó. Acudió a un especialista famoso, de nombre Peña, quien volvió a hacer análisis y dijo que no me llevasen a un sanatorio, sino que pusieran un sofá cama en el comedor y que hiciera vida normal. La dieta consistía en muchas latas de sardinas y muchos sándwiches de jamón de York y queso de Burgos.



Portal de la casa de Abraham Senior



La ursulina



Entrada y viviendas del caserío de Aldeallana



Mi hermana Piti

GUATEQUE

Arriba

Adolfo Huarte Mendicoa
Antonio Requena
La ursulina
Andrés Ruiz Tarazona
Milagros Valdés Leal
Rafael Fonseca
Carmen Renard
Matilde Ruiz Apolinario
Pilar Garre
Manuel Colás O'Shea
Alicia Delgado
Margarita Morris

En medio

Jaime Garre
Paloma Giménez Altolaguirre
María Eugenia Orueta

Sentados

Tomás Zumalacárregui
Fernando Crespo
Luis Orueta
Enrique Silvela





Sentados: Alejandro Serramo, Pili Ramirez, Andrés R. Tarazona, Traude y Rubén Caba

Abaio: Carol Martin



El Paillard

Capítulo III

Tomás Zamora

Además de delegado de Curso en la Universidad, Tomás era un compañero muy especial. Su capacidad de absorber sensaciones se colmaba con las que suscitaban las aulas, secretaría, pasillos, bar, catedráticos y bedeles de la Facultad de Derecho. Vivía con su padre en un piso luminoso y acogedor de la calle del León. Entre las pertenencias de su progenitor no era la menos apreciada un Renault 4/4 que Tomás nunca usaba, no tanto por respeto a la propiedad como por no saber conducir. Esta carencia se veía más que compensaba por otras muchas habilidades, entre las que sobresalía la de imitar a don Leonardo, catedrático de Derecho Procesal.

Los catedráticos

Como otros Leonardos ilustres, Prieto Castro no pasaba fácilmente inadvertido. Su apariencia recordaba la apostura y maneras de Vittorio de Sica, reforzadas por una voz pausada y de acentuaciones silábicas de signo

musical. Tomás llegó a interiorizar esa dicción hasta el punto de hacerla suya en algunas ocasiones. Otro catedrático de apellido parecido, Castro y Bravo, tenía como misión principal desanimar a la mitad de los alumnos. Tarea tan exigente precisaba un patronazgo tan germánico y ecuánime como el de don Federico. Exactamente lo mismo hacía, en el segundo curso de la Facultad de Económicas el catedrático de Teoría Económica II, José Castañeda. Yo suspendí ambas asignaturas en los meses de junio respectivos y fastidié un par de veranos. Pero he de decir que setenta años después (tengo 86) son las únicas enseñanzas que recuerdo bastante bien. De Iglesias, catedrático de Derecho Romano, me ha quedado su aclaración sobre el “beneficio de inventario” porque dijo que una novia suya le acusaba de ser considerada como tal. De Castañeda aún percibo el eco del último penique para definir el precio de un bien, si bien los israelitas recomiendan fijarse más en el penúltimo. El catedrático de Contabilidad, Fernández Pirla, ocultaba su complejo de asignatura mercantil, tratando de recubrir lo mezquino con conceptos abstractos y metafísicos. Solo mucho después, llegué a entender que, si lo bueno era el *Activo* y lo malo el *Pasivo*, los *recursos propios* fueran malos.

Los alumnos

Los primeros grupos de amigos se formaban con ex alumnos de un mismo colegio. Para Tomás Zamora, la Universidad habría tenido casi el mismo interés sin alumnos. Pero, dado que existíamos, su atención se fijó en dos apellidos: Manuel Arburúa y Fernando Finat. La posibilidad de compartir experiencias con ellos surgió al

enterarse de que harían el obligado servicio a la patria en la Milicia Aérea Universitaria. Logró ser admitido como aspirante y acto seguido se puso a averiguar quiénes otros lo habían solicitado.

Carol en Viñuelas

Mi convalecencia se vio agradablemente sorprendida por una carta de Carol diciendo que venía a Madrid. Había contestado a un anuncio de una familia que solicitaba la presencia de una institutriz para dos niños pequeños. En la familia de mi padre había precedentes de bodas con institutrices. Hubo, pues, algo de curiosidad por saber cómo era Carol. La primera vez que la vi en España fue en la puerta de una villa con jardín que hacía esquina a la calle Serrano. Era su primera tarde libre. La siguiente semana: en el castillo de Viñuelas.

Connivencias

Carol y yo hablábamos mucho. Tal vez las palabras sustituían a los hechos, con desventaja para la vida en general. Nos sorprendíamos riendo de una frase o una expresión. Ahora, al recordarlas es como si estuviese delante de mí otra vez. “Do you *understambo*?” “*Old me and*” (for hold my hand)” “Whose hand is this?” “See? Our eyes make a cross” “I told you a was very ticklish, didn’t I?” “We must be going” “Let’s trot home” “Do you think you have time for some coffee?”

Rumbo a Burgos

No supe hacer el honor debido a la presencia de Carol

en Madrid. Los elementos humanos se confabulaban en contra. Por una parte, ella estaba recluida en la casa de los duques del Infantado, menos las escasas horas libres. Encima, su madre se enteró de mi tuberculosis. Y cuando por fin supimos que me había curado, yo tenía que hacer la mili, precisamente en época de vacaciones. Mi estado de ánimo en el 4/4 del padre de Tomás Zamora, rumbo a Burgos, era una mezcla de melancólica añoranza por la separación y de alivio por una tisis superada. Le impacientaba que nos pasasen otros coches, porque su padre estaba decidido a no superar los 50 km/hora. Yo le decía que cuanto más tarde llegásemos mejor.

Villafría

A la entrada del aeródromo había una puerta ornamental de piedra, una de cuyas pilastras mostraba orgullosa una cabeza de cóndor incrustada. En el interior podía verse una construcción de tres plantas, en forma de U, que dejaba el hueco central como espacio para plaza de armas. La parte izquierda de la U era la de los sargentos; la derecha la de los *malditos*, y el centro para los oficiales. Tomás y yo nos contábamos entre los malditos, no menos réprobos que el infante Alfonso de Borbón, que acababa de llegar en un *Simca Aronde*, acompañado por su madre, Emmanuelle Dampierre. El ambiente que se respiraba era festivo. Se percibía el empeño de los oficiales en hacernos ver que la vida en una academia militar podía ser más ilusionante y divertida que nuestras mezquinas aspiraciones leguleyas.

La piscina

Algunos padres no dejaron de observar una gran piscina con tres trampolines, el del medio bastante elevado. Oí a uno de ellos comentar a su cariacontecido vástago: “No os podréis quejar”. La dichosa piscina no tardó en asemejar un patíbulo. Los días de marcha, después de recorrer cuarenta kilómetros, descansábamos unos minutos cerca de la base. Luego, a paso ligero, la columna entraba en un sendero que conducía inexorablemente al trampolín de la piscina. Igual que algunos nobles franceses perdían la compostura a la vista de la guillotina, así algunos caballeros aspirantes que no sabían nadar o que tenían vértigo, se resistían a subir los peldaños. Tocaba al que iba detrás hacer de verdugo y, una vez arriba, si el reo no se decidía, darle el empujoncito de gracia. Mientras caía, cuatro nadadores se lanzaban desde cada esquina para sacarlo y ponerlo a secar. Las noches que me tocó hacer de *imaginaria* (vigilar el dormitorio hasta la madrugada) en el silencio de la nave llena de literas dobles, se incorporaba alguno musitando rechazos ininteligibles, que yo relacionaba con la piscina de los jueves. Los miércoles, en la enfermería se personaban malditos con heridas, solicitando la *baja de piscina*.

Las canciones

Al atardecer de cada jornada, había que formar en la plaza para el desfile hacia el aeródromo donde se arriaba la bandera. Durante el recorrido celebrábamos el final del día con canciones. En una de ellas una chica *bum* había sacado el pañuelo *cuando el tren hizo pi traca tra*, y para consolar a *Margarita Rodríguez*

Garcés se le aconsejaba que en sus cartas pusiera bien la dirección, pon, pon, pon, pon. Antes de llegar al mástil, daba tiempo para cantar La Medelón, bella y complaciente, que a todos trataba igual. Del soldado al generaaaaaal.

El Espolón de Burgos

Quiso nuestra mala suerte, la de Carol y la mía, que ni siquiera los domingos pudiéramos vernos. Nadie podía salir más allá de un círculo de cinco kilómetros si no quería convertirse en prófugo, que es calificativo temible entre los militares. A cambio, todo Burgos se ofrecía a recibir nuestra presencia. Durante cinco a seis horas la ciudad se convertía en un Besanzón hispano. Llevábamos uniforme de domingo, con guantes, gorra, zapatos y cordones rojos. Atrás quedaban las botas, el uniforme de diario y la gorra flexible. El paseo principal de Burgos, llamado El Espolón, se teñía de azul. No podíamos sostener paquetes. No podíamos llevar a nadie del brazo, aunque fuese familiar. Tampoco estar de pie frente a la barra de los bares, sino sentados en zona de mesas. Teníamos que saludar cada vez que nos cruzábamos con alguien con más galones. Los malditos, a los sargentos. Los sargentos a los tenientes. Los tenientes a los capitanes. Y los capitanes al coronel. Cientos, miles, de saludos en un espacio muy limitado.

El servicio de tierra

El segundo verano se distinguía del primero en que ya éramos sargentos y dormíamos en el ala de vuelo. El día transcurría con horas de clase en avionetas de dos pares de alas paralelas y aspecto *vintage*, perfectas para el

aprendizaje de la acrobacia Todas las noches, después de la cena, cuando ya estábamos a punto de meternos en la litera, unos arriba y otros abajo, se abría la puerta del enorme dormitorio. “Caballeros aspirantes. ¡En pie!” Firmes a cada lado de la litera, escuchábamos horrorizados. “En el día de hoy, pasarán al servicio de tierra los caballeros aspirantes: Don...Don...Don...” Imagino que los romanos hablarían de modo parecido cuando, por algún motivo, decidían diezmar sus tropas. La desolación de algunos les hacía ocultar sus ojos con las palmas de la mano. Otros musitaban “ya me lo imaginaba”. Otros aseguraban “en Madrid iré a una escuela mucho mejor que esta m_”. Otros tratábamos de consolarles diciendo “A mí me tocará mañana”.

La suelta

En días de suelta se volaba en carrusel (en realidad un paralelogramo) sobre la pista donde lucía muy visible una gran T pintada de blanco. En aquel sitio el piloto debía hacer que las ruedas del avión tocasen tierra procurando que no se separasen de ella. Los aviones volaban uno detrás de otro con una determinación de hormigas, tomando tierra en pocos metros y elevándose acto seguido. Llegado el momento, el capitán se bajaba del avión y el alumno tenía que aguardar permiso para volver al carrusel. El cabo de la bandera roja la agitaba con entusiasmo para impedir aterrizajes y dejar un hueco al aspirante para que entrase en pista e iniciar el despegue, él solito. Ese día, se acababan las clases para él. Normalmente el capitán solía darle la enhorabuena. Mi profesor hablaba poco. La mañana de mi suelta simplemente dijo: “Luis, debías de tener bastante

miedo, porque has hecho una toma justo en la línea de la T, algo que no volverás a hacer en tu vida”

Acrobacia

Se equivocaba. Yo he tenido miedo de saltar al potro en gimnasia, he tenido miedo por causa de orzas excesivas con viento racheado y he tenido miedo yendo a recoger el resultado de una biopsia. Pero no en el avión. Las últimas clases del curso aprendíamos cuatro movimientos de acrobacia aérea. El más sencillo: el imperial, que es hacer un 8 horizontal. Seguía el *looping*, traducido “voltereta”, que se consigue poniendo la palanca en salva sea la parte y esperando a ver el horizonte igual que estaba en el momento de decidírnos. El *tonneau*, o tonel, que ocurre con sólo echar la palanca a la derecha o a la izquierda y mantenerla así mientras el avión gira y gira como un molino en que las alas fueran aspas. Y finalmente: la *barrena* para huir del enemigo, que se logra iniciando un *loop* mal hecho, poniendo la palanca más a un lado de la inгле que al otro. El avión hace por subir, pero las alas no lo sustentan y pierde altura. Ya se sabe que de forma acelerada. En clase había que dejarlo caer y contar hasta 12 segundos, antes de volver a poner la palanca en su lugar y recobrar la horizontal. Pasados 20 segundos no habría tenido fuerza suficiente en las manos.

Los capitanes de vuelo

No todos los capitanes de vuelo eran tan sosos como Villaseñor, el mío. Al contrario, eran alegres y estaban encantados de haberse conocido. Uno de ellos, no

recuerdo su nombre, nos llamó a varios mientras charlábamos en grupo y nos pidió que acariciásemos el extremo de una de las alas del plano inferior. Sonrió misteriosamente y se subió a la avioneta saludándonos. ¿Qué habrá querido decir? nos preguntábamos. Media hora más tarde lo volvimos a ver. El sitio del ala que habíamos acariciado mostraba señales evidentes de haber rozado la tierra. Aquella acrobacia era más propia de demonios que de ángeles. Y como el valentón de Cervantes: se caló la gorra, *miró al soslayo, fuese y no hubo nada*.

Tomás dimite

Parecía, que al igual que esta aérea relación, aquello iba a durar eternamente, pero todas las cosas tienen su fin. El otoño se echó encima y volvieron los de tierra a la Farmacopea y sus remedios y volvimos los otros a los libros sobre cómo impartir Justicia. Durante el primer y segundo cursos de Derecho, el liderazgo de Tomás Zamora se había aceptado sin reparos, pero a partir del tercero la primacía del pensamiento inconformista se hacía sentir. El sindicato de estudiantes oficial se vio superado y salió delegado Gabriel, amigo de compañeros de colegio ya mencionados. Me alegré por él y lo sentí por Tomás. Era buen consejero y cariñoso con mi familia.

Gabriel Tortella

Lo cierto es que con su nombramiento como delegado de Curso en 1957 se iniciaba un nuevo capítulo en las relaciones entre los alumnos y el claustro de profesores. Un capítulo en cuyas páginas aparece la Universidad como primera resistencia visible al Régimen, y donde

pueden leerse las primeras detenciones, los siguientes arrestos y las penas de cárcel en Carabanchel.



Centro: Tomás Zamora y yo
Después de jurar Bandera
La Bücker y la AISA



Capítulo aparte

(dedicado al agua)

El molino

Paco, un hijo de la tía Antonia, tenía un camión Pegaso y fue quien trajo las piezas del molino de La Cubana desde la estación de Otero hasta dejarlas frente a la casa. Unos días después llegó a la misma estación, procedente de Sama de Langreo, el montador Taberna, amigo de Manolito. Los dos se mostraban muy contentos y esa noche jugaron al tute en la mesa de la cocina. Al día siguiente, Taberna se acercó a ver el pozo que se acababa de horadar a pocos metros de la casa. Su rostro daba a entender que lo que tenía que montar era mucho molino para tan poco pozo. El brocal era de granito y visto de lejos parecía que su presencia estaba justificada. Pero el sonido de una piedra al caer en su fondo no engañaba. En fin, Taberna culminó su obra, puso un pararrayos algo más bajo que la rueda y el molino pasó a formar parte del paisaje, como un primer signo de modernidad.

El aljibe

A ese primer pozo hay que agradecer que no tuviera casi agua. Porque el fracaso alumbró otra idea, más costosa pero mucho más benéfica. Recordando que los romanos y los cartagineses se aprovisionaban de la que cae del cielo en lugar de buscarla bajo tierra, mi padre calculó cuántos litros de agua se podrían recoger al año gracias al tejado de la casa. La cifra era decepcionante, no tanto por el tamaño del techo, como por la falta de nubes. Aunque el techo no tuviera la culpa, la única forma de obtener más agua era aumentar su superficie. Ahora bien, si se hacía otro techo, algo tendría que haber debajo. ¿Una biblioteca?

La biblioteca

Habría sitio también para un dormitorio principal y un pasillo. En el exterior aparecieron cordeles de contratista marcando en el aire el grosor de las paredes y las esquinas imaginarias. Antes de que llegaran los albañiles de Otero, los carros de bueyes descargaron un enorme montón de piedras, obtenidas entre surcos de tierras que se quitaron ese peso de encima. En 1954 quedó terminada la ampliación. Las paredes antiguas habían sido recubiertas con una capa de cemento liso y pintadas de blanco, estilo andaluz. Dentro de la casa también hubo reformas. Ya había biblioteca, pero faltaban estanterías donde poner los libros. De algún guardamuebles no identificado llegó el piano espineta, el reloj de cuco, morillos y demás accesorios para la chimenea y butacas que reconocí como asturianas. Y libros, almacenados hasta entonces no se sabe dónde.

Ovelleiru

Mientras no hubo luz eléctrica, el agua del aljibe se sacaba del pozo echando el cubo con cuidado de que cayese mirando para abajo. Cuando empezaba a hundirse se tiraba de la polea que giraba haciendo un leve chirrido. Luego se iban llenando las tinajas mirando a que el chorro no se desviase si había viento. Todo cambió con la luz eléctrica. Un pequeño motor haría obsoleta la soga, mientras que el brocal solo serviría para la limpieza del aljibe, cuando tocase. Había que hacer un depósito en el desván, como el de La Cubana. Se necesitarían unas escaleras, mejor de madera. Y en asuntos de madera ¿quién mejor que Manuel Ovelleiru?

La espera

Llegó de Asturias. Vestía un mono azul como el de Taberna y hubo que ir a la estación a traer su banco de carpintero, una mesa maciza, sólida, potente, que quedó instalada a la intemperie a la sombra de la pared Norte de la casa. Junto con la mesa llegaron gran cantidad de viguetas y chapas de madera de roble. Hizo la biblioteca, la escalera, armarios empotrados, vigas para un porche nuevo...De su cepillo brotaban virutas que caían a la hierba, y Manuel las recogía en un saco para la chimenea. Cuando terminaba de trabajar, se echaba la escopeta al hombro y se iba al monte, a *la espera*. Casi nunca traía nada. Pero a veces tenía suerte y volvía con una liebre de orejas blancas y cuerpo color melocotón. La felicidad hacía que su cara enrojeciese al

hablar, explicando en gallego: *víla, apuntéla, disparéla, y matéla.*

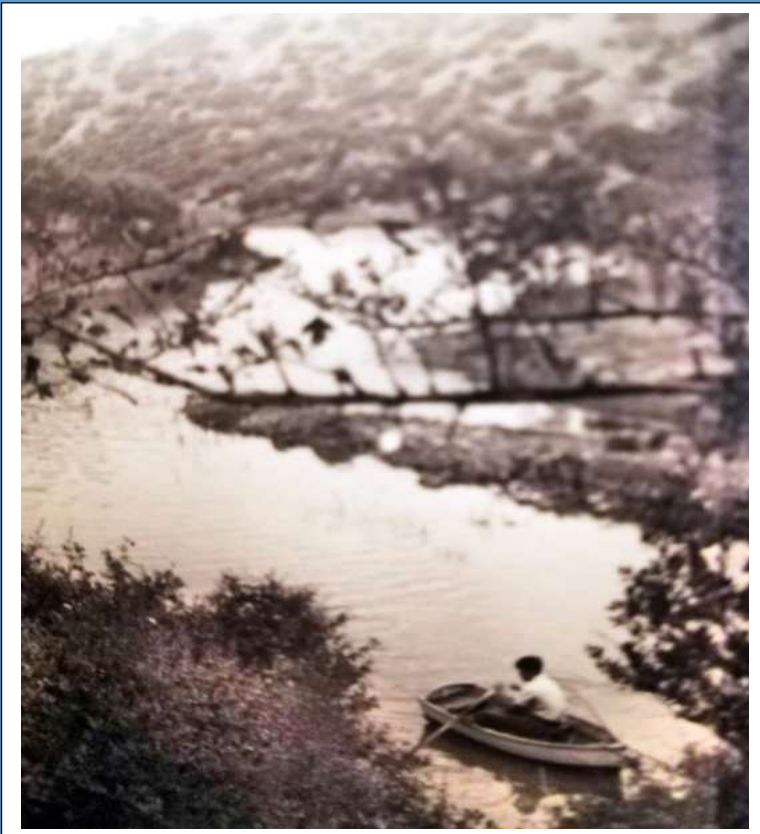
El embalse

Aunque en verano estaba seco, en invierno el arroyo servía de cauce al agua de las laderas. Mi padre pensó en embalsar esa agua en un pantano. Volvieron los albañiles, se acarrearón muchas piedras y, aprovechando la sequedad de agosto, unos jornaleros cavaron la cimentación de acuerdo con especificaciones de libros abiertos en la mesa del despacho. La obra quedó terminada antes de las lluvias. Para festejarlo, vimos llegar gaiteros segovianos y mozos y mozas que bailaron jotas y cantaron. Se aclaraban la voz con vino de porrón. La ceremonia culminó con la botadura de un muy pequeño bote de remos, bautizado con el nombre de “Titanic” pero sin romper una botella de champagne en la proa, porque lo habría hecho pedazos.

La apuesta

Pasaron muchos años. Veinticinco. Esto me lo contaron porque yo vivía entonces en Connecticut. Ya no había colonos en Aldeallana. Gerardo había montado una nueva y exitosa gasolinera en Segovia. Hilario y Ambrosia habían muerto y sus hijos estaban ya casados; unos en Madrid y otros en pueblos cercanos. Mi madre, viuda, era la *señora de Aldeallana*, y se las arreglaba bastante bien. Un día tuvo la visita de unos expertos en alumbrar pozos de agua, que se dieron un paseo por las tierras y volvieron diciendo que merecía la pena intentarlo. Había varios

sitios. Lo más económico era perforar junto al embalse para aprovechar la tubería y el motor existentes. El coste dependía de lo profunda que estuviera el agua. “¿Y si no hay agua?” preguntó mi madre. “Seguro que la hay” “¿Pero, y si no la hay?” “Bueno, sería muy mala suerte” Visto que mi madre se ponía decididamente en lo peor, hubo contraoferta: “Podemos hacer una cosa: si no hay agua no paga Vd. nada, pero si la hay, el doble”. Mi madre aceptó. Trajeron los tubos y empezó la prospección. En las capas donde se suponía que habría agua, seguía saliendo tierra seca: 80 metros. 90 metros. 100 metros. Y cuando ya se daba el intento por fallido, salió un poco de tierra que parecía más húmeda que las muestras anteriores. Al día siguiente apareció barro. Los técnicos llevaron aquella tierra mojada a mi madre para que la tocara. No era agua todavía. Pero ya estaba cerca. Sentí no haber estado presente y ver su sonrisa cuando unos niños subieron del pantano a la casa, corriendo y gritando con un frasco lleno de agua. Días después se supo que era potable y que había para abastecer a todo un pueblo. Mi madre solía ponerse melancólica pensando en lo feliz que habría sido nuestro padre si hubiera podido asistir al hallazgo.



Aljibe, Molino, Embalse y Piscina



Capítulo IV

Andrés

En la Facultad nos sentábamos juntos. Y a cada lado nuestro tomaban asiento dos chicas, una morena y otra rubia, que sacaban mejores notas que nosotros en los parciales. La morena se llamaba Conchita Morales, alias Chiky, pálida, altiva, con grandes ojos y un pequeñísimo lunar en la cara. La rubia, Merche Aranegui, de un atractivo más evidente, se peinaba con coletas. Las dos tenían muchos admiradores en clase. Al vernos tan cerca de ellas, nos envidiaban y tenían razón, porque la simple cercanía de sus cuerpos hacía las mañanas más alegres y deseables. Poco a poco, Andrés se fue enamorando de Chiky, pero Chiky era insensible a su atractivo. No hubo manera de que viese en él más que un buen amigo. Y Andrés lo era con todos. Sufría ceguera de nacimiento para los defectos ajenos. No es que los disculpase, es que no los veía. Es curioso que esta carencia haya sido compatible con su posterior condición de crítico musical. Directores de orquesta, cantantes, solistas, coreógrafos y empresarios de todas las partes del mundo le han tenido mucho afecto y

agradecimiento. En sus crónicas nunca hubo más que elogios bien elegidos y argumentados, yendo directo al trigo, aunque fuera escaso, y deseñando la paja, aunque fuera abundante.

Rubén

Un día Andrés me presentó a un escritor que acababa de conocer en los pasillos de la Facultad, de esa manera suya, tan fácil. También Rubén era alguien muy especial. Físicamente se parecía al actor italiano Vittorio Gassman, si bien Rubén nunca quiso explotar esa fama y ocupaba sus horas en asuntos menos frívolos. Su padre había sido escritor y Rubén no quería ser otra cosa. Yo debí parecerle un ejemplo bastante aproximado de lo que él no quería ser. A diferencia de Andrés, Rubén miraba lo que le rodeaba con ojos críticos, sin que le faltase razón. Su cualidad era que sólo manifestaba sus muchos desacuerdos con el silencio. Coincidió, de esa forma, con Andrés en no decir nunca nada desagradable. Rubén, cuando hablaba, la mitad de las veces era sobre Literatura. Mirando la librería de Aldeallana se hacía una idea de qué clase de familia éramos. Por poner unos ejemplos: *La bien plantada*, de Eugenio D'Ors, o *El amante de Lady Chatterley* no decían mucho a nuestro favor. Gracias a sus consejos leí a Dino Buzzatti y a Knut Hamsun. Afortunadamente, en nuestras estanterías lucía el *Juego de Abalorios* de Hesse, que, aunque fuera una novela optimista, elitista y futurista, no dejaba de estar escrita por el autor de *Demian*, y de *Peter Camenzind*.

Los Bustelo

Carlos Bustelo y Rubén Caba tenían en común su patriotismo, su oposición al régimen de Franco y su amistad con Andrés. No mucho más. Geográficamente, Rubén representaba el hidalgo extremeño, austero, caballeroso y buscador de fama perdurable. Carlos, por el contrario, no podía negar su galleguismo, amigo de la ambigüedad, el ingenio irónico, y la concepción de los lares como algo sagrado y objeto de la máxima veneración. Carlos era miembro de un clan, un poco al estilo de los Kennedy, con información privilegiada en asuntos de Política. El mayor, Francisco, militaba en el clandestino partido comunista, su hermana Carlota era socialista, y Jipi -favorito de Carlota madre- en la reserva. Carlos irradiaba simpatía, no hablaba mucho, pero, cuando lo hacía, casi siempre en voz baja, sus palabras quedaban flotando en el aire, en espera de ser desentrañadas para averiguar el mensaje oculto o la noticia inesperada. *Milota*, su hermana, combinaba un aire oriental con ojos negros andaluces y una voz grave cuyos susurros habrían enamorado a un San Francisco de Asís.

Lo italiano

Vivíamos inmersos en un paradigma italiano, que abarcaba desde una economía autárquica, de corte mussoliniano, cuyo principal exponente era el Instituto Nacional de Industria (émulo del ENI) hasta una cultura visual neorrealista, aficionada al contraste y a lo cotidiano. El cine y la radio contribuían a mantener ese atractivo sobre todos los rincones del subconsciente patrio. Los españoles habíamos adoptado a los actores y

actrices italianos como propios. En lo político, sin embargo, primaba la influencia francesa, con *Le Monde*, como evangelio y J.A. Novais como sacerdote, tolerado por el Régimen mientras no se extralimitase.

El 600

Aunque mi padre era anti-INI, conforme a la tradición vinculada a la industria eléctrica, creyó oportuno incluirnos en la lista de aspirantes a poseer un 600. La gestación duraba exactamente lo mismo que si la carta hubiese sido dirigida a la cigüeña portadora de bebés. Y la llegada del recién nacido siempre contenía un elemento de sorpresa y excitación. Exactamente igual que en la sala de espera de un hospital, los citados esperábamos horas cruzando los dedos y mirando al techo. “A mí me gustaría que fuera verde” decía a mi lado un compañero de llamada. “Creo que hoy están saliendo azules” intervenía un segundo. “Depende; vienen mezclados” matizaba un tercero. Y confesaba: “Yo preferiría uno blanco, pero hay pocos”. Los tres teníamos en la mente un viaje inaugural. El mío era Dinamarca.

Un país diferente

La idea de conocer Dinamarca se produjo por saturación de nuestras excursiones por España en el coche del padre de Alejandro, unas veces, y en el 600, las demás. La variedad de paisajes, ciudades y pueblos que ofrece la Península servía de bálsamo a la herida de vivir en un país despreciado en Europa por su sistema político. Ya casi ni me acuerdo de tantas excursiones: Monasterio de Piedra, El Poular, Sepúlveda, Alcalá de Henares,

Torremolinos, Pedraza...Es curioso que éstos dos últimos destinos hoy suenen como lugares saturados y archiconocidos. No entonces. En Pedraza, para dar una idea, no había un alma. Vimos una casa con un letrero que decía “Se alquila” y Carlos Bustelo dijo “Vamos a entrar”. No era la más bonita del pueblo, pero tenía 4 habitaciones. Preguntamos el precio por un mes, y la dueña se entristeció. Ella esperaba que fuera por lo menos por un año. Nos miramos haciendo señas negativas con la cabeza procurando que no se diese cuenta. “¿Y cuánto pide por un año?” “4.000 pesetas” (a mil pesetas cada uno). Tras un breve coloquio, hicimos feliz a la propietaria y alquilamos la casa por un año. En cuanto a Torremolinos, en aquella época los edificios de la Costa del Sol no tenían más de dos plantas. Se estaba construyendo el *Hotel Pez Espada*. En el pueblo había una tienda un poco de todo, una marisquería y dos bares: el *Bar Flores* y el *Quitapenas*. Y la torre se podía ver en la distancia.

Salomé

Madrid carecía de teatro de ópera, sin que los madrileños lo echasen de menos. En muchos aspectos, todavía era un pueblo grande. En cambio, Barcelona tenía su Liceo que, a partir del 600, quedaba más cerca. Hubo pues acuerdo en que nos personásemos en aquellos pagos, con el fin de ver en un escenario una ópera que nos sabíamos de memoria: *Salomé*, de Strauss. Poco imaginábamos que los teatros de ópera no eran como los cines de Madrid. Para empezar, no daban *Salomé* más que algunos días a la semana. Para seguir, había que sacar las entradas con gran antelación. Y para terminar, ya era tarde para comprar las de *Salomé*.

Cuando nos repusimos del golpe, decidimos consolarnos acudiendo al barrio chino. En el hotel nos recomendaron que fuésemos a *El Molino*. Vimos el espectáculo y luego, una chica muy simpática nos invitó a un hotelito acogedor. Alejandro y yo la seguimos muy intrigados. Andrés sospechaba algo raro y no quiso acompañarnos. *Tant pis*.

Buscando el Norte

Superadas las experiencias de viajar por España, se imponía intentar la salida al extranjero. Tomamos la carretera de Irún con una aportación individual de 10.985 pesetas cada uno (10 litros de gasolina costaban 66 pesetas). Conducíamos Alejandro y yo, porque Andrés no tenía carné, ni lo quería porque, según él, era una actividad muy peligrosa. Llegamos muy tarde a París y no acertamos a encontrar hotel, así que dormimos en el coche hasta que unos golpecitos de la policía en el cristal nos despertaron. En Bruselas nada más llegar fuimos a una cabina a comunicar a Neukens la llegada de su queso manchego. Se puso contento y nos dijo que no nos moviésemos. Al cabo de media hora apareció acompañado de su mujer y dos hijas. Sin bajarse del coche, nos reconoció y nos dijo que le siguiésemos. Salimos a campo descubierto y llegamos a un antiguo pueblo llamado la Hulpe y al jardín de una mansión. Allí fuimos agasajados durante dos días con platos de cocina española ¿Por qué nos atendían tan bien?

Los percebes

Claire Neukens aclaró que su padre sufría un sentimien-

to de culpabilidad a causa de un camionero gallego y que trataba de librarse con mimos y agasajos a todos los españoles que podía. El hecho era que años atrás, viajando por Galicia se había topado con un camión en un puente estrecho. Neukens padre creyó que, al ser ellos extranjeros y estar en un coche lujoso, el camionero daría marcha atrás y les dejaría libre el paso del puente. Pero el camión permanecía inmóvil. La madre y las hijas le rogaban que no se metiese en líos. Pero ya conocían lo testarudo que era, de forma que esperaron y se asustaron viendo que el camionero ponía pie a tierra. Pierre hizo lo mismo. Desde dentro del coche belga, las mujeres observaban gestos excesivos y oían palabras incomprensibles. Poco a poco, las voces fueron amainando y los ademanes se tornaron amables. La escena concluyó con un apretón de manos y retirada mansa de ambos vehículos. Pero la cosa no terminó ahí: el camionero invitó a la familia a tomar una copa. Aquel día, Pierre Neukens saboreó por primera vez unos percebes recién extraídos de las rocas de Finisterre. Para un gourmet como él, el descubrimiento fue tan asombroso que se olvidó de agradecer lo bastante la amabilidad del camionero gallego. Por eso trataba de compensarlo de alguna manera con nosotros.

Alfonso Aijón

Nos despedimos agradecidos y satisfechos de nuestra buena fortuna. Claire, antes de partir, nos dejó las señas de una familia danesa, una de cuyas hijas había hecho intercambio durante las vacaciones de estudios. Todas las vicisitudes del viaje a Dinamarca han quedado inmortalizadas en el diario de gastos que Andrés anotaba y que su madre nos entregó mecanografiado.

Por eso, antes de la llegada a Copenhague, me limitaré a discurrir sobre nuestro proyectado encuentro con Alfonso Aijón. Para quien no lo sepa, Aijón es ahora más conocido por ser el creador de Ibermúsica. Entonces era simplemente el inquilino de una vivienda de un Hamburgo en ruinas. Lo habíamos conocido a través Carmen, hermana de un miembro de La Pléyade, Javier Aguirre. Carmen tocaba el piano y Andrés y yo acudíamos a su casa a oírla interpretar algunas *Novelettes* de Robert Schumann. En cierto modo, la asociábamos con Clara Weick, un poco tontamente. Entre los amigos del conservatorio de Carmen, ella nos recomendaba a Esteban Sánchez, que ya entonces parecía una reencarnación de Albéniz. Y en el mismo grupo destacaba la personalidad romántica y el carácter impulsivo de Alfonso Aijón. A Alfonso no es que le gustase Brahms, es que lo idolatraba. Un día, charlando, me atreví a decir que me gustaba Mahler. Fue como aquel cuento de Andreiev donde, en el silencio de un banquete, se oye la voz de un comensal diciendo “A mí me gustan las negras”, dicho lo cual se convierte en tema de conversación animadísimo y él en un personaje excéntrico. Bueno, pues el caso es que Alfonso quiso saber por qué, y yo le dije que Brahms se quedaba algo corto al expresar sus sentimientos, en comparación con Mahler. Yo esperaba una reacción furibunda, pero se limitó a decir. “¿Has oído la *Rapsodia para contralto*?”.

La nieve

Antes de tomar contacto con Dinamarca, el 600 ya conoció lo que era la nieve, un componente del paisaje que no desapareció hasta que fuimos nosotros los que desaparecimos de aquel país. Nuestra llegada a la

aduana causó algo de asombro, no sólo por lo diminuto del coche, sino porque no éramos ni alemanes ni franceses. Al asombro solía unirse la curiosidad. A nosotros nos interesaba responder antes a las mujeres jóvenes que a los hombres maduros. Así hicimos en París con Anne Henk y así volvimos a hacer en Aabenraa, donde fuimos invitados por una familia danesa a comer y entablamos amistad con Anne Nielsen, que se unió a nuestra expedición.

Los Gram

Casi no queríamos llegar a Copenhague. Nos despedimos muy compungidos de Anne. Estábamos encantados con su compañía, pero ella tenía que trabajar y la idea de un rapto, aunque ilusionante, no llegó a cuajar. Finalmente, nos vimos frente a la casa de los Gram. Consistía la familia en cinco miembros: los padres Borge y Esther y los hijos, por orden de edad, Lene, Marianne y Bo. La historia de la familia está publicada por Axel Bredsdorff dentro del clan Hjardemmaal, una saga danesa cuya fortuna tuvo mejores tiempos con sus plantaciones de maíz en las islas Vírgenes (estás divagando). En cuanto a los hijos, Lene era rubia y me recordaba a Marina Vlady; Marianne tenía el pelo castaño, menos nórdica, de una belleza más discreta. Bo era pequeño y sonriente. Andrés se puso a hablar (por señas) con Bo.

El retorno

Volvíamos menos parlanchines que a la ida. Tratábamos de asimilar los encuentros y las sensaciones de lo vivido como algo que se resumía en el concepto *Norte*. Lo

racional, lo tranquilo, lo melancólico, lo ordenado, lo sabio, lo tolerante, lo distinto, lo complementario. En este último adjetivo me detengo para recapacitar hasta qué punto aquel viaje me abrió las puertas del mundo de lo complementario.

La ASU

Volvieron las clases. En la Universidad la herida del complejo de inferioridad ya no se curaba con consuelos burgueses. La incipiente prosperidad exigía un progreso político equivalente que el franquismo no podía ofrecer. Rubén y Carlos participaban en la fundación de la Asociación Socialista Universitaria. En realidad, no era una asociación legalmente constituida, sino una agregación de estudiantes decididos a derrocar el Régimen, que creían iba a durar poco. Era preciso aglutinar futuros dirigentes para ocupar los puestos de gobierno. También establecer relaciones con partidos de izquierdas europeos que pudiesen ayudar. Muchos de los apellidos de sus fundadores recordaban a políticos de la Monarquía y de la Dictadura de Primo de Rivera. No era mi caso, salvo que nos remontásemos a Cánovas o José de Salamanca. Otros venían de familias que en la República habían impulsado la Institución de Libre Enseñanza. Ese, sí era mi caso, pero yo no lo sabía. Cuando en mis paseos de octogenario me siento en un banco de El Parque de Málaga frente al monumento a los Orueta, me pregunto por qué, en mi juventud, no era yo consiente del legado liberal y científico de mi familia paterna. Volviendo a la ASU, algunos miembros menos radicales proponían entablar relación con el ministro Fraga Iribarne para ofrecerle la oportunidad de apertura del Régimen, desde dentro. Accedió a recibirnos en su

despacho. Tardó poco en responder. “Vds. dicen que esto es una dictadura. Tienen razón: lo es.”

La Facultad de Ciencias Económicas

Yo participaba con más asombro que convicción en aquellos movimientos. Veía contradicciones y cuentos de la lechera donde otros sólo percibían defensa de la clase obrera y se preparaban para hacerlo en breve desde el gobierno. Afortunadamente, la facultad de Ciencias Económicas no era nacionalsocialista, como correspondía a la ideología del Movimiento, ni marxista, como habrían deseado algunos compañeros de curso. El Plan de Estudios de Económicas era tan europeo como podía serlo el de la Sorbona. En Madrid, los padres de la ciencia económica seguían siendo Adam Smith y David Ricardo. Trabajar en una empresa y pagar impuestos, al estilo de mi padre, me parecía tan europeo y respetable como dedicarse a corregir las injusticias que originaba el sistema. Algo parecido cavilaba el ingeniero Fermín de la Sierra, cuando por aquellas fechas se traía entre manos la fundación de una *Business School* madrileña al más puro y duro estilo americano, camuflada con el engañoso nombre de Escuela de Organización Industrial, que parecía sugerir ensueños totalitarios.

Arrestos y exilios

Visto que Fraga no cedía, la ASU cambió su nombre de Asociación de Estudiantes por el más revolucionario de Agrupación Socialista, de raíces decimonónicas y tradición sindicalista obrera. Tortella, Sánchez Dragó, Mújica, Tamames y otros estudiantes menos conocidos por mí, fueron detenidos y encarcelados. La madre de

Muguerza veía cómo su hijo era llevado a la cárcel de Carabanchel. Allí íbamos ella y yo a verlo; a veces también con su novia Conchita. Vimos a un Javier tranquilo, que se sentía realizado. La prisión lo acercaba a una idea de sí mismo por encima de sus custodios, a los que trataba con afecto y camaradería. Aquellas visitas servían para tranquilizar a las dos mujeres de su vida. Yo en cambio volvía de ellas peor que a la ida, pensando que debería dormir en una celda de Carabanchel en lugar de hacer el papel de acompañante de Verónicas.

Dos tristezas

Carlos Bustelo se sabía de memoria el conocido poema número 20 de Neruda que precede a la *canción desesperada*, y lo recitaba con delectación. *Puedo escribir los versos más tristes esta noche...* Carol, la pobre Carol, decidió que ya nada la retenía en España y me dijo que volvía a su país. *Escribir, por ejemplo: La noche está estrellada y tiritan azules los astros, a lo lejos.* Casi al mismo tiempo, la ursulina me anunció su noviazgo con un joven recomendado por el padre Sopena. Había pues, también, otra canción desesperada, con letra y música de tango, menos resignada, más quejosa e insistente. *Soy una pregunta empecinada... ¿dónde estaba el sol, que no te vio?* Acosado por las dos tristezas, casi se me soltaban las lágrimas escuchando a Carlos:

*Porque en noches como ésta la tuve entre mis brazos
Mi alma no se contenta con haberla perdido
Aunque este sea el último dolor que ella me cause
Y éstos sean los últimos versos que yo le escribo*

El globo

El servicio militar no había terminado. Faltaban los seis meses de prácticas. Fui destinado a una unidad del aeródromo de Cuatro Vientos. A veces tenía que pernoctar haciendo guardia en uno de los hangares. Una noche, cuando empezaba a amanecer, observé a lo lejos un bulto oscuro y extraño que se movía. Pensé que podrían ser alucinaciones, como cuando sentado en el borde del monte, a la espera, las piedras con la llegada de las sombras se empezaban a mover como si fueran liebres. Esta vez no eran liebres, sino un coche deslizándose en medio de la pista. Llevaba un remolque que juzgué muy sospechoso y me acerqué a dar el alto. Del asiento del conductor salió un chófer y de uno de los traseros un anciano, que me conminó: “¡Alférez, cuádrese! Soy el general Alfaro.” Y sin esperar a ver qué hacía yo, se dirigió al remolque y levantó la tapa. Me volví a la garita, malhumorado. La historia se termina con el coche en medio de la pista abandonado y el general y su chófer volando en globo a media altura, sin conseguir remontar el vuelo, y dirigiéndose a una arboleda donde terminó aquella vuelta al mundo un poco ignominiosamente.

La copa de cazalla

Cada alférez tenía su escuadrilla. Formaban en la plaza de armas y salíamos a *hacer la instrucción*. Conducir una escuadrilla se parecía a conducir un coche o una avioneta. Solo que los mandos no eran otra cosa que la propia voz. Era importante observar que todos llevaran bien el paso. Al llegar a un cruce podías seguir adelante, pero más divertido era torcer a la derecha o a la

izquierda. Supongamos que elegías la izquierda (pensando en los Bustelo) unos metros antes de llegar ¡Izquierda! Y cuando los de cabeza estaban justo en la esquina del cruce ¡Ar! momento en que el gastador de la izquierda hacia como que andaba, sin moverse, y el de la derecha avivaba el paso abriendo el abanico. Los sargentos *de cuchara* no marchaban al lado de la escuadrilla. Elegían un banco, se subían a él y gritaban muy fuerte. Les dije que yo quería hacer lo mismo. En lugar de contestar, uno de ellos me llevó al bar y pidió una copa de cazalla. Me confesó: “todos la tomamos antes”.

Torremolinos

La madre de Alejandro y la mía se habían puesto de acuerdo hacía tiempo para comprar dos villas detrás del Hotel Pinar. Había cinco más y todas estaban vacías, así que pudieron elegir. Alejandro y yo bajábamos a la piscina del hotel. Subíamos al trampolín más alto y yo me ponía cabeza abajo agarrado a sus tobillos, con los pies por encima de sus hombros, de espaldas a la concurrencia. Así pegados nos tirábamos de cabeza, logrando tímidos aplausos. Entre los que no aplaudían había un finlandés que se llamaba Karry y vivía en el hotel. A eso de las cinco de la mañana ya estaba sentado frente a la piscina. Sobre la mesa dos únicos objetos: un vaso y una botella de coñac marca Príncipe, el más barato de todos. Era rubio y atractivo para las amigas de mi hermana, sobre todo para Geva Carolus Barré, pero Karry parecía no darse cuenta. A nuestras casas venían amigos como Andrés, Carlos Bustelo y un amigo brasileño que se llamaba Martín Polo. A la altura de Despeñaperros era costumbre descansar un poco para

reponer fuerzas y hacer pis. El jardincillo del restaurante estaba algo oscuro. Martín no se apercibió de que había un estanque casi a ras de tierra y pisó agua equivocadamente. Carlos comentó que *O brasileiro* era un ser insensato que arriesgaba mucho con *pericolo della sua vita*.

La AISA I-11B

Ya había completado la mitad de las horas de vuelo prescritas en viajes a Sevilla, San Javier, Granada y Málaga, y me quedaban algunas pendientes. Elegí el aeródromo-club de Málaga. Para no incordiar quitando horas a los aeródromos, la MAU había enviado desde Getafe una Bücker 131, como las de Villafría. Cuando me presenté en la base, con la idea de sobrevolar la playa de Torremolinos, los oficiales me dijeron que la Bücker se la reservaban ellos y que cogiese otra cualquiera. No tenían pizca de derecho, pero lo hacían porque podían y porque la Bücker era más divertida. En los hangares pude ver algunas avionetas AISA. Yo había volado en Cuatro Vientos el modelo con asientos en tándem, que permitía algo de acrobacia, pero allí solo tenían la 11B, de asientos lado a lado, como en un coche. Para compensar el latrocinio, se me permitió volar con amigos como Alejandro. Todavía estoy viendo a Juanita, su madre, mirando hacia arriba junto a su piscina de Cinco Arcos y saludando.

Lecturas

Extraigo del *Centón* que redacté cuando cumplí 70, algunos libros que figuran en la segunda decena de mi vida. Elegidos, no porque me parezcan los mejores que leí entonces, sino porque me impresionaron más.

(Advierto que en mi Centón no se autorizan más de una obra de un mismo autor). Allá van: *El tiempo debe detenerse*, de Aldous Huxley; *El fin de la aventura*, de Graham Green, *Lo Rojo y Lo Negro*, de Stendhal; *La de Bringas*, de Galdós; *Entre Naranjos*, de Blasco Ibáñez; *Así Hablaba Zarathustra*, de Nietzsche; *La alquería de Stepanchikovo*, de Dostoievski; *Sacha Yegulev*, de Andreïev; *La Busca*, de Pío Baroja; *El lobo estepario* de Hermann Hesse; *El rayo que no cesa*, de Miguel Hernández; *La Casa de Bernarda Alba*, de Lorca; *20 poemas de amor y una canción desesperada*, de Neruda; *And the bridge is love* de Alma Mahler Schindler; *Sonata de otoño*, de Ramón del Valle Inclán; *El puente de San Luis Rey*; de Thornton Wilder; *El sentimiento trágico de la vida*, de Unamuno. Ya sé que faltan muchos: Se acabó por ahora. Finito.



Con Andrés, Rubén y



Capítulo V

Paris

Otros miembros destacados de la ASU, como Francisco Bustelo y Juan Manuel Kindelán salieron de España y se establecieron en París. Carlos Bustelo hizo que nos pusiésemos en contacto y quedamos en reunirnos en uno de los restaurantes de la orilla izquierda. Causé muy pobre impresión a mis interlocutores. Ellos podrían ser comparados a personajes literarios como Sacha Yegulev. Yo sólo era un *stagiaire* en *Le Matériel Électrique*, que vivía en el exclusivo boulevard de Courcelles, con el único propósito de aprender el funcionamiento de una gran empresa desde dentro. Fatal.

El himno del querubín

El piso de Paris me lo habían cedido las hermanas Trottier para no perder el alquiler por sus largas ausencias. Todos los días acudía a mi trabajo de traducir al francés textos en español. Iba por los distintos departamentos. Unos me recibían bien, porque sabían

que venía recomendado por *monsieur le Directeur* (de nombre Coquelin) y otros no tan bien, por la misma razón. Comía en un restaurante con música de *Los Preludios* de Liszt que no se molestaban en cambiar. Recibía cartas de Carol y de Alejandro. Me sentía solo y dudando de que yo pudiese llegar a ser como los directivos que me ponían de modelo. El piso estaba al lado de la Iglesia Ortodoxa Rusa. Los domingos acudía a las ceremonias, y me dejaba invadir por la belleza de la música que descendía desde el coro. Un pasaje de la larga secuencia me tenía especialmente enganchado. Lo llamaban el himno de los querubines, según me dio a entender una de las cantantes, Katia Romansky. Siempre la veía con gabardina, gafas y parecida a Alida Valli en *El Tercer Hombre*. Decidí que debía ser espía. Para recordarla, muchas veces he intentado volver a oír aquel himno de los querubines, sin suerte (no es el de Chaikovski).

John Stansfield

También pasó a verme en Paris. Era uno de los profesores de inglés que tuve en Inglaterra y junto con otro profesor, Ricardito, vino un par de veranos a Aldeallana. Era muy alto y vestía alardeando de buen gusto. Mi hermana, antes de salir, le consultaba: “¿Qué te parece?” “Mal” “John, a ti todo te parece mal” “Pues no me preguntes”. Al cabo de un rato volvía. “Mejor, pero quítate ese pañuelo”. Entendía mucho de música. Le molestaba nuestra admiración incondicional por Beethoven. “Mucho de eso ya estaba en Haydn”. Recuerdo lo que me contestó cuando me atreví a decir que Haydn no había compuesto nada comparable a la quinta sinfonía. “Algún día verás que los últimos

compases de esa quinta sinfonía son repetitivos y sobran la mitad. Haydn no habría querido escribirlos”. Para corresponder a nuestras atenciones con él en España, organizó un viaje en coche junto con un amigo aristócrata, no tan melómano. Se llamaba Tony Lowther y antes de salir para el festival de verano de Edimburgo me regaló una edición en piel (y canto dorado) de *El Paraíso Perdido*, que en honor suyo me he leído de cabo a rabo. En Edimburgo, asistimos a casi todos los conciertos. John esperaba que la ópera *Ariadne en Naxos* fuese una revelación para mí. Yo estuve muy impertinente porque le dije que me había aburrido mucho. *Ariadne*, sesenta años después, es una de las obras musicales que más aprecio. Siento no poder disculparme, porque no sé qué ha sido de él.

Lucha libre en el boulevard

La aventura parisina con Rafa San Miguel, algo pariente, no se me ha olvidado. Él solo pensaba quedarse unos días y quería visitar Montmartre y el barrio Latino. Paseando al atardecer por uno de los bulevares nos sorprendió entre los árboles una cancha de boxeo y mucho público. Unos espectadores sentados en sillas plegables de madera, y otros de pie, vociferaban indignados. Cuando nos acercamos pudimos ver que sobre la lona se libraba un combate de lucha libre y que uno de los contendientes quería sacar los ojos al otro y a ser posible matarlo. Quedamos horrorizados de que cosas así pudieran pasar en Francia. Entramos en un local todo tapizado de rojo y sin gente porque era demasiado temprano. Pedimos una copa y preguntamos si había espectáculo. Lo había, pero más tarde. Al cabo de unos minutos se nos acercó una señorita muy

amable, interesada en cambiar nuestras copas medio vacías de vino por una botella llena de champagne. La idea nos pareció magnífica y enseguida se estableció una gran cordialidad entre los tres. Resultó que ella era española, de Toledo. Fue una noche inolvidable. Éramos realmente felices, con la ayuda de varias botellas de champagne y la amenidad del espectáculo, un poco subido de tono. A eso de las cuatro de la mañana, nos dijeron que pretendían cerrar y nos trajeron la cuenta. Faltos de efectivo suficiente, aceptaron amablemente el añadido de un reloj de oro de Rafael, tomado en prenda hasta que volviésemos cuando quisiéramos. Todo sucedía *en el mejor de los mundos posibles*, que diría Leibniz. Amanecía cuando, de regreso por el bulevar, nos sorprendió que la cancha y las sillas habían desaparecido. Un café situado enfrente abrió sus puertas y el aroma nos atrajo a tomar un desayuno. En una de las mesas, reconocimos a los dos luchadores de la víspera, riendo y departiendo amigablemente.

Los americanos

En 1958 la situación económica del país era mala. El modelo autárquico agonizaba. Esta vez no fueron los jesuitas quienes aportaron su solución a los problemas patrios sino una congregación de origen fascista, cuyos miembros se distinguían por dos virtudes a) excelente y moderna preparación técnica b) obediencia ciega a las directrices del grupo. Conscientes de que el fascismo estaba muerto y sepultado con siete llaves en Europa, su única ideología era una especie de nacional catolicismo. Franco dudó antes de cederles el gobierno económico del país, pero su galleguismo prevaleció. Los nuevos gobernantes lograron atraer la atención del capitalismo.

En casa empezaron a proliferar cenas con directivos americanos, que sorprendían por su cultura y excelentes maneras. Provenían casi todos de Westinghouse. Me llamó la atención uno de ellos, llamado Rex Witnack, porque en sus ratos libres escribía sonetos en italiano y una noche me sorprendió regalándome un LP con el quinteto para piano de Robert Schumann.

El fin de la abundancia

Tanta asiduidad tenía como objetivo la compra de la empresa que dirigía mi padre y presidía Javier Benjumea. Como referencia trivial apuntaré que mi padre se extrañaba de que Benjumea se lavase las manos varias veces al día. En eso coincidía con la matrona Isabel Salas, fundadora de la dinastía malagueña de las hermanas Livermore. El caso es que mi padre se quedó sin trabajo y como ingeniero de minas pidió incorporarse a la Administración. En casa se notó. Ya no había coche de la empresa ni chofer. Ya no había cenas ni conciertos los viernes. El cambio también hizo más pobres a los obreros despedidos, que en su mayor parte emigraron al Norte de Europa.

Aldeallana como refugio

Hacía algún tiempo que en Aldeallana uno de los colonos, Gerardo Otero, se había mudado a la ciudad, dejando libre la mitad de la finca, que era labrada por Alfonso Gila, el hijo del otro colono. Para recuperarse del golpe moral, mi padre compaginaba su estancia en un hotel de Salamanca con fines de semana en Segovia como agricultor. Inserto aquí, como destellos de mi memoria, la llegada del tractor de un solo cilindro Lanz,

la contabilidad empresarial aplicada a la ganadería ovina y las rogativas a los dioses para prevenir las granizadas de mayo.

Las gallinas

Una de las novedades que mi padre introdujo en Aldeallana, las gallinas, la copió al padre de Andrés Ruiz Tarazona, que también se llamaba Andrés. Hay que reconocer que en la España de Franco las gallinas vivían bastante bien, sueltas dentro de los corrales, ponían sus huevos donde querían y había que ir a buscarlos. Solo tenían un gallo para todas y discutían mucho, probablemente sobre cosas relacionadas con el gallo. Fue uno de los primeros de fundar conventos de gallinas, con votos de castidad y obediencia. Montó una granja avícola en Villalba, con el nombre equívoco de *La Cigüeña* y puso una casita entre las naves. Casi al mismo tiempo que mi padre perdía su trabajo, el padre de Andrés desapareció de España, dejando a las gallinas un tanto desamparadas. Andrés tuvo que mudarse a *la Cigüeña* y ocuparse de ellas. Su madre se puso a buscar un empleo para mantener a la familia.

La madre de Andrés

Se llamaba Mercedes y era muy madrileña, que quiere decir ingeniosa y alegre. De ella heredó Andrés su buen oído para la música, no de su padre, incapaz de repetir la marcha real. Recuerdo que nuestras conversaciones sobre música clásica le parecían cosas de mujeres. Aún así, había condescendido a comprar un gramófono. Poco a poco Andrés se fue haciendo con una extensa discoteca de música clásica, con discos que compraba en

El Real Musical, una tienda cerca del Teatro Real. En esa tienda encontró trabajo Mercedes y eso ganaron sus clientes, porque nadie como ella para que saliesen contentos de haber sido atendidos con tanta simpatía y conocimiento.

Gamberrada sin gracia

La cercanía de Villalba hacía que Andrés no estuviese demasiado sólo. Era frecuente que fuéramos a visitarlo a *La Cigüeña*, con o sin Fifi, para hablar de música, literatura y política. Supongo que la estúpida idea se me ocurrió a mí. La cosa fue que, en lugar de presentarnos en de día y abiertamente, decidimos hacerlo de noche y a escondidas. Serían las once y pensamos que Andrés ya estaría durmiendo. Nos dedicamos a merodear por el jardín, procurando no despertar a las castas gallinas. Había algo de luz lunar. Del coche sacamos unos lienzos y nos los echamos a la cabeza de manera que pareciésemos fantasmas. Alguno de nosotros emitía gemidos de ultratumba con el fin de despertar a Andrés y dar la broma por terminada. Pero la casa permanecía silenciosa. “A lo mejor, bueno a lo peor, le ha dado un ataque al corazón”. “Llama a ver si contesta”. Nada. La broma se volvía en contra nuestra. Finalmente, se oyó algo de movimiento. Cesó el bullicio. Nos pusimos al lado de la puerta, expectantes. Ruido de llaves. Y Andrés que sale. “Hemos venido a decirte que no te encierres con las llaves puestas. Te puede dar algo y es peligroso”. Nunca supimos qué pasaría por su cabeza durante la hora que duró el asedio.

El Norte, otra vez

En septiembre yo tenía examen de Fiscal en la Facultad de Económicas. Un compañero que conocía nuestro comentado viaje a Dinamarca me propuso que volviera allí con una beca. “Un poco tarde” le respondí. “Por eso tienes que hacer todo lo que te diga muy deprisa” me dijo con algo de misterio. “Simplemente te presentas en Asuntos Exteriores y dices que te gustaría un intercambio para el año que viene a Dinamarca” “¿Para el año que viene?” “Si. Un día antes yo habré renunciado, lo que les cabreará mucho, porque el danés ya está en Madrid y van a quedar mal. Seguro que te dan la mía si dices que puedes presentarte en Copenhague inmediatamente” “¿Y por qué no vas tú?” “Porque a mis padres no les parece bien un país tan poco católico como Dinamarca, ya ves...”

Lene

Me dieron la beca. Estuve un año en Copenhague estudiando modelos de desarrollo económico, que entonces estaban de moda. Encontré cobijo en Hellerup, en una habitación alquilada a una bruja que se llamaba Fru Cloos, no muy simpática pero muy fea. Para olvidarla visitaba a los Gram y salía a pasear con Marianne, siempre interesada en aprender inglés. Su hermana Lene no vivía en Copenhague, sino en una isla en mitad del Báltico, donde trabajaba como periodista del diario Bornholms Tidende. Empecé yendo los fines de semana y luego mis visitas a la isla se fueron ampliando hasta incluir las Navidades.

Bornholm

Es territorio danés, resto del imperio que fue Dinamarca. Los padres de Lene eran originarios de un pueblecito delicioso, Gudnhem, que significa “hogar divino”. Lene vivía en la capital de la isla, en una casita de cuento de hadas con puerta y ventanas a una estrecha calle de nombre *Rosengade* o de la rosa. Me invadía la ilusión de haber vuelto a nacer, esta segunda vez como compatriota de Hans Christian Andersen. Lene salía a trabajar y yo me quedaba en casa compaginando la escritura de mi tesina con la escucha de música escandinava. Grieg, Nielsen, Buxtehude y Sibelius sonaban cada vez más seguros en mi memoria. Lene no compartía ese entusiasmo, así que cuando regresaba hablábamos de literatura y un poco de política. Ella prefería la Historia y sobre todo la poesía. Estaba muy contenta porque iba a publicar su primer libro de poemas. En Navidades vino toda la familia y ocuparon su casa de Gudnhem, visible desde cualquier sitio porque estaba en lo alto de una colina. Me mantuve a una distancia prudencial y creí notar a los padre menos obsequiosos y algo preocupados. O quizás fueran aprensiones mías.

Copenhague

En enero volví a la capital a tomarme más en serio mis estudios y tratar de dejar en buen lugar a la Universidad española. Aproveché para operarme de fimosis. Recuerdo que cuando esperaba en uno de los pasillos tendido en la camilla pasaron dos enfermeras y una de ellas miró el papel que estaba atado a una barra. Levanté la vista y vi que guiñaba un ojo a la otra.

Noticias de España

Yo recibía cartas y me enteraba, por ejemplo, de que Rubén y su amiga alemana Traude ya eran novios formales. Supe que Alejandro pensaba casarse con Pili, su prima. También me llegó la noticia de que Milota, la encantadora Milota, ya era la mujer de Juan Manuel Kindelán, que había regresado de su exilio parisino. Con tantos noviazgos y bodas, se me ocurrió dividir a mis amigos en dos grupos en cuanto a preferencias de himeneo: a) los fieles al clan y b) los fieles a la especie.

Una boda de especie

Mi hermana, que había estado fuera en intercambio parisino con Geva Carolus Barré, volvió decidida a casarse con un francés. El hecho de ser Jacques hijo único de los principales accionistas de la Banca de Baecque & Frères allanó un camino que terminaría en boda, en la ermita de Aldeallana. Vi a mi padre feliz organizando todo. Vendrían invitados de Paris. Las fotos que se hicieron dan testimonio del evento, muy segoviano. El banquete, música y baile fue encomendado al mesonero Cándido, al que se pudo ver muy sonriente cortando cordero con un plato en un jardín repleto de mesas con señores fumando y señoras con sombrero. ¿Y yo? ¿Qué pasaba conmigo?

Las suecas

En 1959 los jóvenes españoles en verano distinguían una cabellera rubia a más de un kilómetro de distancia. En aquellos años las españolas eran morenas y en general poco dadas a los escauceos amorosos. Contrastaba su aire adusto y displicente con la alegría de las

veraneantes, ávidas de broncear su piel y selectivas en lo de elegir pareja durante el tiempo que durase su primer contacto con el país de Franco. Como resultado de lo anterior, unos jóvenes ligaban y otros no. Yo había vuelto de mi estancia en Dinamarca acompañado de Lene, que sentía gran curiosidad por conocer España. Venía con la idea de visitar ciudades y monumentos. Mi madrina, decidida partidaria de las uniones tipo clan, se alarmó. “¿Sois novios?” preguntó, con su habitual falta de delicadeza. “No” contesté “Somos amigos” “Ya, ya” repuso, como la mariscala en los últimos compases del Caballero de la Rosa. Se suponía que el interés de Lene por mí era perfectamente intercambiable por cualquier otro varón de características mediterráneas. Todavía, cuando veo películas españolas de aquellos años, siento vergüenza ajena. A mí, al menos, las suecas en España siempre me han parecido igual que niñas visitando un zoológico.

Ti voglio bene

Yo no estaba profundamente enamorado de Lene, como no lo estuve de Carol, ni de Milota, ni de nadie distinto de la ursulina dantesca. Pero la ursulina se casó con un recomendado del cura Sopeña, llamado Candeira, tan pronto éste terminó la carrera de arquitecto. Dado que, pese a todo, no me fui a vivir al desierto como San Jerónimo y seguía haciendo vida normal, me venía bien la distinción entre “*Ti amo*” y “*Ti voglio bene*”

Fifí

También Andrés se casó. Había conocido a Fifí en nuestra casa de Málaga. En la difícil competencia con las

suecas, algunas españolas más bonitas de lo normal llamaban la atención. Fifi, en sus salidas del hotel, estaba acompañada por su madre a una distancia no mayor de cuatro metros, y en la playa: dos. Para explicar cómo conoció a Andrés a Fifi, querido lector, tengo que traer a cuento su interés por una actriz americana: Ann Blyth. Todos teníamos actrices favoritas. Alejandro: Gene Tierney. Yo tres: Ingrid Bergman, Marina Vlady y, con pelo moreno, Pier Angeli. Cuando advertí la presencia de Fifi en la playa de Torremolinos me vinieron a la mente Ann Blyth y Andrés. Me propuse dirigirme a la madre de Fifi con modales versallescos y logré facilitar el acceso de Andrés. Pero me defraudó diciendo que no veía el parecido con Ann Blyth. De todos modos, quedamos en vernos los cuatro por la noche en *El Mañana* (curioso lo de por la noche en el mañana). Allí estaban ya Fifi y su madre en una de las mesas situadas alrededor de la pista de baile. Andrés bebió un poco más de la cuenta y se pasó la noche charlando amigablemente con la progenitora. En vista de lo cual, Fifi y yo nos hicimos buenos amigos. Durante mis prácticas de alférez en Cuatro Vientos, Andrés venía a verme con su amiga de entonces, Pili Merino, y, con ellos dos, venía también Fifi. En una de aquellas visitas, Pili y yo comprendimos que lo mejor era cambiar de pareja, aunque Fifi no se pareciese a Ann Blyth.

La penicilina

En agosto de 1960 mis padres estaban en Aldeallana y yo salía desde allí en excursión con Carlos Bustelo y Pilar Merino a diversos sitios. El próximo era La Granja de San Ildefonso, en Segovia. Una mañana mi padre tuvo fiebre y se sentía muy mal. Se llamó al médico del pueblo

más cercano, quien acudió y decidió ponerle una inyección de penicilina. Nada más inyectarla, mi padre entró en coma. Yo me fui con el 600 a buscar una ambulancia. En el pueblo la gente no se lo creía. Mi madre y yo lo trasladamos a Madrid, a una clínica que había en Príncipe de Vergara cerca de María de Molina. Allí recuperó el sentido y parecía que todo había sido una falsa alarma. Recuerdo que me dijo que “había sentido la muerte y que no era desagradable”.

El final de muchos capítulos

Al ver que se recuperaba, recordé la cita en La Granja y acudí. Me arrepentí entonces de mi egoísmo y me sigo arrepintiéndome todavía. Cuando regresé a Madrid, mi padre, nuestro padre, seguía en la misma cama de la misma clínica. Ya había familiares y amigos en el hospital, e iban llegando otros. Los médicos habían pedido urgentemente a Estados Unidos un anticoagulante para la trombosis que iba haciendo insensibles partes del cuerpo... Mi madre no se atrevía a pedir un confesor, pero mi padre, no queriendo contrariar a sus hermanas, dejó que entrase el capellán y oí que decía “soy un gran pecador” considerando que con eso bastaba. Al día siguiente los médicos admitieron que era cuestión de horas. No me acuerdo muy bien de cómo fue. Me conformo con lo que ahora viene a mi mente. Estoy junto a la cabecera de la cama, posiblemente con cara de desamparo, y mi padre me dice “No estés preocupado” y luego añadió otra frase como “Todo lo harás bien” o “Todo te saldrá bien”. Salí de la habitación, para dejar paso a mi hermano (mi hermana estaba en París, a punto de dar a luz). Lo enterramos en el pueblo de Fuentemilanos bajo una

gran losa de granito. Después del entierro volvimos a Aldeallana, a dormir allí aquella noche. Antes de acostarme pasé por el dormitorio a dar las buenas y tristes noches a nuestra madre. Me fijé en el libro que seguía en la mesita de noche: “Vida de Julio Agrícola”. Pensando que mi padre yacía en su tumba mientras yo hojeaba el libro de Tácito, caía el telón de mi adolescencia.



Tunet Gudhjem



Lene



Marta Orueta Walwork
 Amparo Orueta Heredia
 Atanasio de Luis
 Juanita
 María Eugenia Orueta
 María Eugenia Colorado

Luis Orueta Colorado
 José María Laviña
 Georgina Orueta
 Sonsoles
 Luis de Orueta Heredia



Panfleto parisino



Carol triste

Capítulo VI

Desorientado

Después de la muerte de mi padre, hubo preocupación por la falta de ingresos fijos en que se quedaba mi madre. La pensión del Estado era poca cosa. Alguien en la empresa Westinghouse alertó de la situación y el Consejo aprobó añadir una parte de lo que hubiera correspondido de haber seguido mi padre como director gerente. Mirando a mis amigos, me sentí inútil y costoso. Andrés y Fifi vivían de las gallinas y esperaban su primer hijo. Rubén era el que mejor se las arreglaba, con su trabajo en una empresa de investigación de mercados de la que era directivo y accionista. Alejandro se preparaba para ocupar la dirección comercial en la fábrica paterna de aparatos de medida. Mi hermana vivía en París con su marido Jacques y también ellos esperaban su primer hijo. Estaba claro que nunca volverían los tiempos de las excursiones y las veladas musicales o literarias. Solo se me ocurría huir. Propuse a Lene que nos fuéramos a vivir a una buhardilla en

Paris, con su gato *Pyspo* y algunos ahorros. Hice el viaje en tren. Alquilamos una habitación en el barrio de *La Nation, rue Fabre d'Églantine*. Para llegar al cuarto de baño, que compartíamos con otros bohemios, había que pasar por un pasadizo helador. Paris puede ser muy deprimente. Visitamos Deauville, Trouville, Reims, Rouen, y cuando nos cansamos, pusimos rumbo a Dinamarca y me vi de nuevo en Bornholm. Pero ya nada era igual.

Ferro-distribuidora

Yo estaba inquieto y sólo pensaba en volver a Madrid y encontrar un trabajo. Mirando anuncios contacté con un comerciante judío, de nombre Néstor Jacob, que se dedicaba a negocios de compraventa de hierro. La empresa estaba domiciliada en su lujosa vivienda de Puerta de Hierro. Allí acudía puntualmente su secretaria. Jacob me pedía que redactase cartas a clientes. La primera vez me puse a escribir en la mesa. “No, no. Tienes que redactarla en voz alta. Ella transcribe siempre el texto en taquigrafía y lo pasa a máquina” Todo resultaba un poco humillante, pero aprendí bastantes cosas con Néstor Jacob. Me pagaba 2.000 pesetas al mes. Para repetir un viaje como el de fin de carrera habría tenido que ahorrar el sueldo de cinco meses.

Despedido

En Semana Santa me fui otra vez a Dinamarca y me tomé dos días más de lo pactado por problemas con los billetes de vuelta. Néstor decidió despedirme no sin

aconsejarme que ese tipo de libertades me perjudicaría en el futuro.

Federico Martos

Mi madre creyó oportuno intervenir y llamó a un ingeniero amigo de la familia, que tenía un cargo en la Secretaría Técnica de Ministerio de Industria. Las oficinas estaban en la calle Lista. Mi trabajo consistiría en publicar un boletín mensual con traducciones de noticias de interés para el Ministerio, tomadas de periódicos y revistas europeas. Una secretaria, llamada Amanda, y una multicopista se encargaban de publicar mis escritos. Conocí los usos y costumbres de los funcionarios. Los de la calle Lista eran amables conmigo. Guardo buen recuerdo de Antonio, un andaluz de Benacazón que no podía desprenderse de su acento. Cuando hablaba hacía reír a una compañera, Lolita, que se dejaba querer sin darle muchas esperanzas.

Malvarrosa

Me había comprado una Vespa con la idea de encontrar sitio para vivir fuera de Madrid. En *El Plantío* madrileño se alquilaba una vivienda de una sola planta, con un jardín minúsculo, que hacía esquina a dos calles. En cierto modo me recordaba a la casita de Rosengade, en Bornholm, pero sin el encanto nórdico. Había poco que amueblar. La vecina del piso cuarto de la casa de mi madre acababa de comprarse un tresillo nuevo y me regaló el viejo. Mañeru, se llamaba la familia. La cama de matrimonio no podía ser muy grande. Encontré una de hierro en un pueblo. El gasto mayor fueron las cortinas, que convirtieron aquello en algo parecido a un

hogar. La Vespa la dejaba en la calle para no tener que superar el escalón del jardincito, aparte de que la puerta era bastante estrecha. Empecé viviendo allí yo sólo, pero ya tenía idea de casarme con Lene y compartir con ella Malvarrosa, Vespa, sillones, cortinas y cama.

La Escuela de Organización Industrial

Estaba encuadrada en el Ministerio de Industria y apenas llevaba un par de años funcionando. Apuntarme a sus cursos era descender del mundo de la macroeconomía, donde imperaban los técnicos comerciales y economistas del Estado, al de la empresa privada, con la esperanza de ser aceptado en alguna de las multinacionales que empezaban a interesarse por España. Se obtenía un Diploma, cuya única pega era que el título no decía nada, porque lo de *organización industrial* era una malísima traducción de *escuela de negocios*.

Eligen a Oliva

Entre los compañeros de la Escuela recuerdo a Mario Oliva, Joaquín Diez Fuentes y Daniel de Linos. El despacho del director lo ocupaba Fermín de la Sierra, fundador y alma mater de aquel invento. Nada más obtener el diploma surgió la oportunidad de un trabajo interesante y bien remunerado. Simplemente: consistía en pasar de ser alumno de marketing a ser profesor de marketing. *Tout d'un coup*. Daniel de Linos y su mujer Pilar Escario habían visitado mi casita de Malvarrosa y esperaban que aquello solucionase mis problemas. El claustro sólo tenía dos candidaturas: la mía y la de

Mario Oliva. Prefirió la de Oliva. Daniel de Linos casi lo sintió tanto como yo mismo.

Boda con nieve

Puesto que todo el mundo se casaba y tenía hijos, yo no podía ser menos. En enero de 1962 Lene y yo nos convertíamos en marido y mujer en la capilla de un convento católico situado en el barrio de Hellerup, en Copenhague. De mi familia, asistieron mi madre y mi hermana Piti. Nevaba. En Madrid yo había preparado Malvarrosa con flores para recibir a Lene. Volvimos en tren. Cuando llegamos nos enteramos de que había llovido mucho en *El Plantío*. Efectivamente, la casa estaba totalmente inundada, las cortinas mojadas, los sillones también, en fin...un desastre. Mi madre dijo que nos fuéramos a vivir a Maldonado y dejó la cama de matrimonio para nosotros, ocupando ella la de mi hermana, ausente en París. Con la llegada de la primavera la casa se fue secando y pudimos tomar posesión y comprobar que todo estaba seco, como si nada hubiese ocurrido.

La Sorbonne

Del Ministerio de Asuntos Exteriores me llegó una carta ofreciendo otra beca, esta vez en la Escuela de Estudios Comerciales, con un profesor llamado Alain Cotta. Acepté. Aceptamos. Mi hermana tenía una amiga francesa, Claude, que era pintora y propietaria de un estudio acogedor en el último piso de una casa de cuatro plantas en la codiciada rue Jacob. Nos lo cedía casi gratis, con una condición bastante razonable: ella pintaba los fines de semana y vendría unas horas a

trabajar frente al atril. Lene puso una cara muy seria. Estaba embarazada y le preocupaba cualquier amenaza a nuestra intimidad. Yo confiaba en que se hicieran amigas. Al fin y al cabo, habíamos progresado mucho en comparación con la covacha de Fabre d'Èglantine, y seguíamos disfrutando de la compañía de Pyspo.

Ranis y Fei

El profesor Cotta me propuso que estudiase dos modelos de desarrollo económico que habían sido publicados en sendos números del *Quarterly Journal of Economics*, con la idea de incorporar las variables de comercio exterior. Le interesaba pensando en las antiguas colonias francesas de África, aunque también era consciente de que en España se trabajaba en Planes de Desarrollo, como continuación del Plan de Estabilización de Ullastres y Fuentes Quintana. Los modelos en cuestión eran el original de Arthur Lewis y el combinado posterior de Gustav Ranis y John Fei. Pero al ser modelos cerrados no contemplaban lo que estaba ocurriendo en España, donde la transferencia más conspicua era la emigración de trabajadores al extranjero y la importación de divisas procedentes de esas rentas de trabajo.

Cambio de piso

Claude venía poco a la rue Jacob, pero cuando lo hacía no llamaba al timbre. Llegó un momento en que Lene me pidió cambiar de piso. Encontré uno en el *Septième*, pero era interior y menos divertido. No me importaba mucho porque hacía mi trabajo en la Universidad y Cotta estaba satisfecho. Lene escribía artículos para

publicarlos en *Information* o *Bornholms Tidende*. Pero yo no era feliz en Paris y me temo que ella tampoco.

Carta de Daniel de Linos

En agosto me llegó una carta de Daniel con el recorte de un anuncio de periódico donde se ofrecía trabajo como jefe de marketing en una empresa, condicionado a hablar correctamente en inglés. La beca seguía en vigor, pero tuve el presentimiento de que esta ocasión no era como las anteriores. El tono de las palabras de Daniel, la ventaja del mes de agosto, sin nadie en Madrid, la palabra marketing, entonces poco conocida... Dejé a Lene sola en Paris y tomé un billete de tren.

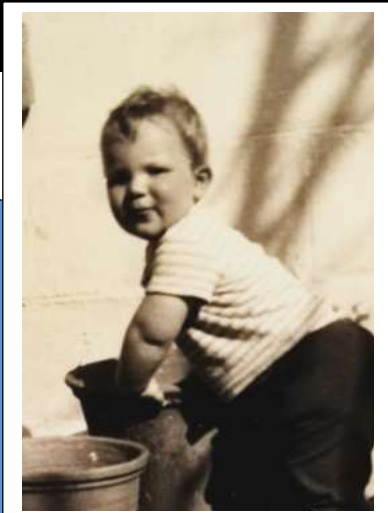
Rank Xerox

Me entrevistó Harold Sargisson, un hombre corpulento y de aspecto casi paternal, que apenas me hizo preguntas. Le impresionó saber que había venido desde Paris para la entrevista. Me dijo que su mujer era francesa. Lo que más le interesaba era asegurarse que yo pudiese justificar con algún documento que sabía algo de marketing. Le mentí diciendo que había renunciado a ser profesor por razones personales. No exigía experiencia previa y pronto comprendí que no le importaba nada. Simplemente estaba obedeciendo una orden de Londres de crear ese puesto y lo hacía sin ningún entusiasmo, porque no sabía qué diablos era eso del marketing. Lo relacionaba vagamente con la publicidad y se creía un experto en ese campo. Y sin más historias me dijo me incorporase cuanto antes y que vendría un directivo a comprobar mis aptitudes. Yo me quedé confuso por el anuncio de una segunda

entrevista. Entonces añadió que no me preocupase porque la decisión era suya y que estaba tomada. Creo que su intuición le estaba diciendo que una persona tan asustada como yo no iba a crearle problemas.



Malvarrosa: Antes era color ocre y parecía más una casa danesa



Lars en jardincito de Malvarrosa

Capítulo VII

Dos marinos

Ya te imaginas que en este capítulo voy a hablar de Rank Xerox y de lo que yo hice en esa empresa en la década de los 60. El interés que pueda tener es parecido al de ver una película de aquella época. Sorprende lo neófito y vitalista de la España de entonces. Trataré de no divagar, pero un poco de rodeo es inevitable. La historia de la subsidiaria española empieza en Cuba, con la revolución de Fidel Castro. Para asegurar la no contaminación de ideología capitalista, algunas empresas de libros y películas fueron intervenidas. El representante de las que empezaban con el hombre del gong tuvo que abandonar la isla y se presentó en las oficinas de Londres solicitando otro trabajo. No podía pedir el reingreso en la *Navy*, porque no la había dejado por voluntad propia. Dos años antes, la organización Rank había firmado un acuerdo con Xerox y abierto sucursales en Europa. En Portugal vivía un inglés, de

nombre Frank Glibery, bien relacionado con lord Arthur Rank, pero con malos resultados, porque, según él, en Portugal la gente no hacía copias. Encargado de hacer algo parecido en España (a poder ser con mejores resultados) nadie mejor que, *our man in Havana*, que ya te imaginas era Harold Sargisson. El otro marino de esta historia era español, se llamaba Guillermo González de Aledo y tenía la misma estatura y buena pinta que Sargisson, aparte de considerarse superior en casi todo. El problema de los marinos es que, con el paso de los años, lo de no vivir en tierra y ganar poco se ve con ojos distintos a como se veía en la Academia. A Guillermo le gustaba el mar más en pintura. Su vocación eran las acuarelas de marinas. La idea de sustituir a Sargisson cuando regresase a Londres le pareció perfecta para dedicarse por entero a su pasión. Así empezó Rank Xerox. Alquilaron una pequeña oficina en la calle Jacometrezo y llegaron a Madrid las primeras copadoras.

Particularidades españolas

Cuando empecé a trabajar, la compañía ya se había mudado a un local comercial en la avenida de Bruselas. Las oficinas centrales quedaban a la izquierda del portal de una casa de viviendas y el departamento de marketing a la derecha, en un espacio más pequeño que llamaban “el anexo”, como diciendo “lo prescindible”. También en Barcelona se había abierto una sucursal. La plantilla madrileña contaba con seis vendedores distribuidos en territorios, más la Banca y la Administración, que eran exclusividad de un vendedor aristócrata llamado Mariano de Rivera y Forasté. Los vendedores no tenían remuneración fija.

Si nada vendían, nada cobraban, aunque estaban en plantilla. En otros países eso no era legal. En España, la mayoría eran universitarios. En otros países eso no era corriente. En España se instalaban más máquinas al mes que la media europea. Eso era bastante sorprendente.

Trivia del anexo

Yo no tenía llave del anexo. No me importaba, porque me libraba de esa responsabilidad. Todas las mañanas había que ir a Administración a pedir la llave. Fue idea mía que la petición fuera acompañada con música de *¿Dónde están las llaves, matarile, rile, rile...etc.?* Honorio Gayo, jefe de Administración carecía de sentido del humor.

El papel higiénico

Cuando los del Anexo hacíamos algo que le parecía mal, Honorio solía redactar una nota de advertencia que siempre empezaba con las palabras “Últimamente hemos venido observando... (el delito) por lo que rogamos se abstengan de...” Un poco harto, un día redacté a mi secretaria Paquita lo siguiente: “Últimamente hemos venido observando por parte de los ocupantes del Anexo un uso excesivo de papel higiénico, con lo que ello conlleva de mayores gastos para la Compañía, por lo que se ruega lo utilicen con moderación” Paquita no daba crédito. “Añada: firmado Honorio Gayo. Jefe del departamento de Administración” Falsificamos la firma y se repartió. Algunos fueron a protestar a Honorio. No se atrevió a

denunciarme a Sargisson. Y no hubo más notas del tipo “Últimamente”.

Antonia

Era la mujer de la limpieza y tenía un contrato anual, renovable a juicio de Honorio. Cuando terminaba con la zona principal venía al Anexo y hacía su labor. Pero a medida que se iba aproximando el mes de diciembre solía interrumpir su trabajo de cubo y bayeta y me preguntaba. “Sr. Orueta Vd. está contento con mi trabajo?” “Si, Antonia muy contento” “¿Y Vd. cree que el Sr. Gayo está también contento?” “Yo supongo que sí” “¿Y cree que me renovarían el contrato?” “¿No se lo renovaron el año anterior?” “¿Vd. podría hablar con el señor Gayo?”. Hablé con el Sr. Gayo y dijo que prefería seguir con contrato temporal porque así Antonia se esmeraba más. Yo le contesté que esa argucia era aplicable para todos los demás, no sólo para Antonia. Muchos años después, en una comida posterior a la reunión del Consejo de Administración apareció Antonia haciendo como que limpiaba. Me informó que era la jefa del servicio de limpieza, muy orgullosa.

Un contrato amenazador

Ya dije que el entusiasmo de los vendedores sobre la ocurrencia de tener un departamento de marketing no era indescriptible. Mientras ellos se pateaban las calles y hacían esperas para entrevistarse con posibles clientes, lo de hacer folletos y poner anuncios, era comparable a la intendencia en un ejército de caballeros. Asistí a una de esas entrevistas para empaparme bien del trabajo del vendedor. Observé lo

bien que transcurría todo hasta que el vendedor le presentaba el contrato para la firma. En ese momento el matador perdía la oreja después de una gran faena. Aquel modelo de contrato diseñado en Londres y ampliado por un abogado amigo de Sargisson, era larguísimo y con letra muy pequeña, donde se hacía ver al osado comprador la enorme responsabilidad que adquiriría si lo firmaba. Propuse otro donde quien asumía responsabilidades era Rank Xerox y no ocupaba más de media página. Se aprobó, con la oposición de los autores del primer documento. He de decir que Sargisson era un hombre valiente, por lo que su baja en la Marina inglesa tuvo que deberse a otra causa.

Ronnie

Harold tenía una secretaria que se llamaba Ronnie. Creo que ya vino con él desde la época de Cuba. Se criticaba a Ronnie por meterse donde no la llamaban y a su jefe por hacerla caso. Durante el primer año no parecí muy de su agrado, pero cambió. Luego he pensado que si alguien dijera que me he dejado influir por las secretarias no le faltaría razón.

Unas facturas parlantes

Las facturas necesariamente reflejaban el número de copias mensuales. Pedí a Ramón Sobera que me mandase los listados y generé unos nuevos con recomendaciones que empezaron a distribuirse a la fuerza de ventas, aconsejando los tipos de visitas que había que hacer a cada cliente en función del contador de copias. Si hacía muchas, instalarle una segunda

máquina. Esta idea era revolucionaria, porque disminuía la rentabilidad del negocio. Convencí a Sargisson de que lo importante era instalar máquinas como quien siembra trigo, y dejar que las copias creciesen al haber más sitios donde hacerlas. Los vendedores me lo agradecieron.

El listado milagroso

El Instituto Nacional de Previsión tenía informatizados unos listados con todas las empresas con más de cinco empleados. Aparecían: el número de directivos, administrativos, técnicos y obreros, por clases y tipo de trabajo. Cómo conseguía hacerme con aquel documento cada año, es algo que no hace al caso. Lo importante fue que podía decir donde instalar las máquinas, con los nombres de las empresas y la dirección exacta. Para hacer la prueba propuse amueblar un lujoso coche de exposición con máquinas y fue aprobado.

Luis González Camino

Creo no exagerar si digo que los vendedores le tenían pánico. Les hacía ver sus defectos, les ponía plazo para corregirlos o ser despedidos, los obligaba a acudir a reuniones los domingos en la oficina... Luis carecía de complejos y no atendía ninguna recomendación de la oficina de Londres. Cuando le presenté los listados no dijo palabra. Me pidió solamente una copia de la provincia de Bilbao, donde no teníamos representación. Viajó el sólo a esa ciudad, estuvo un par de días y volvió con cinco contratos y la recomendación de iniciar la actividad de inmediato.

El equipo

Ya sé que sus nombres no te van a decir nada, pero me voy a permitir mencionarlos, porque al hacerlo revivo el tiempo pasado. Son éstos: Mariano de Rivera, Eduardo Lafuente, Ivo Klecker, José Vuelta, y Virgilio López. De Virgilio se dice que después de varias visitas a un cliente que le daba largas, se fijó en que sus brazos eran musculosos y lo retó a un pulso. Virgilio era de una delgadez engañosa, por lo que el prospecto aceptó divertido. Huelga decir que Virgilio le dobló el brazo y vendió la máquina. A veces, pasaban los días y Virgilio no lograba un contrato. Para romper el maleficio, se obligaba a pagar algo muy caro, por ejemplo: una piscina. De esa forma, la presión de su mujer le hacía ponerse las pilas y saldar la deuda. Muchos meses los ingresos de los vendedores superaban el sueldo de Sargisson. Al jefe de Contabilidad, José María Huidobro, se lo llevaban los demonios. Yo le decía que diera gracias a los dioses.

Borau

Puestos a tener ocurrencias, no tuve reparo en comparar la invención de la xerografía con la de la imprenta. Escribí un guion para una película con dos historias convergentes. La primera contaba el progreso humano en la representación de las ideas. La segunda escenificaba unos momentos de caos provocados por la pérdida de un documento. Terminaba con imágenes de un tambor de selenio alojado en una máquina xerográfica, que conservaba el texto perdido. La dirigió José Luis Borau, que entonces acababa de estrenar su

película *Furtivos*. Se tradujo al ruso. Su título: “Ideas en un espejo”.

Don Juan Carlos

En 1966 la Compañía anunció el lanzamiento de una máquina más rápida y moderna. Imitando el coche-exposición de la empresa española, los ingleses fletaron un avión-exposición con un plan de vuelo que abarcaba los principales aeropuertos europeos. Cada país tenía que arreglárselas para organizar visitas de clientes importantes. Para ello recomendaban que la exposición fuese inaugurada por una figura de prestigio. Me pareció que se equivocaban en suponer que ejecutivos faltos de tiempo iban a acudir al aeropuerto. Esto pensaba yo, pero nadie se atrevía a decirlo. Para contentar la vanidad de los organizadores se me ocurrió invitar a Don Juan Carlos. Acudió amablemente. Cuando todo terminó y nos reunimos a celebrarlo en el despacho de Sargisson, alguien del grupo que venía en el avión comentó que todo había ido muy bien, aunque tal vez se podía haber elegido una persona de más prestigio para inaugurarlo. Yo pregunté si en Inglaterra la reina habría aceptado ir a Heathrow. Sargisson me miró: “Luis, Luis...”

Publicidad

Los anuncios hacían la felicidad de Sargisson. Gracias a ellos los familiares y amigos dejaban de ignorar el nombre de Rank Xerox. En cuanto a los clientes, la publicidad los protegía algo de críticas o dudas internas. Las campañas eran diseñadas en las oficinas centrales de la agencia Walter Thompson y sólo los

textos precisaban adaptarse. Las sucursales de Walter Thompson estaban encantadas de tener que adaptar los diseños que recibían de la matriz, lo que daba lugar a reuniones con asistencia de “los creativos”. Una especie de *ménage à quatre* en que destacaba la inteligencia y psicología de Manuel Elexpuru. La publicidad era como el maquillaje en una mujer guapa y muy joven. Bien aplicado, resultaba favorecedor, pero, sin él, el número de pretendientes no habría variado.

La euforia

En los dos años que siguieron, la compañía española demostró ser la más eficiente y rentable entre las subsidiarias europeas. Los americanos no hacían distinciones a la hora de premiar los éxitos. Exigían recompensas inmediatas, tanto para la empresa en su conjunto como para sus directivos y empleados. Se aprobó un nuevo edificio de varias plantas en la calle Josefa Valcárcel, a la salida de Madrid hacia el aeropuerto. Se autorizó el aumento de plantilla. Se subieron los sueldos y se mejoró la categoría de los coches de empresa.

Recompensas

Sargisson pudo comprar un chalé en Jávea. Cambió el viejo coche por una llamativa berlina inglesa color marrón. Yo dejé de tener que ir en Vespa abrigado con la guerrera de piloto de la MAU. Me adjudicaron un Mini 1000, y con el nuevo sueldo el banco me concedió una hipoteca para comprar piso. Visité Italia, donde entablé duradera amistad con mi colega Luigi Pelegrini

y con el gerente Alfonso Bordone, que me impresionó con su *Masseratti Quattro Porte* mucho más sexy que el *Humber* elegido por Sargisson.

La presentación en Londres

Guillermo de Aledo estaba frustrado. La compra del chalé de Jávea era un indicio de que Harold y, sobre todo, Evelyn pensaban quedarse a vivir en España. Ya dije que el éxito de la compañía española intrigaba a los directivos de Londres, sin que Sargisson acertase a dar una explicación satisfactoria. Finalmente se escudó diciendo que las razones eran de tipo estadístico y que quien mejor podía dar respuesta a esa pregunta era yo. Nos alojamos en el hotel George V. Cuando empezó la reunión nos dijeron que esperásemos fuera a que nos llamasen. Llevábamos un extracto del listado del INP, como muestra, y tres rollos con el mapa de España. Uno con estimación de futuras instalaciones por provincias, otro con previsiones de crecimiento, y el tercero con número de vendedores necesarios. Alguien dijo “Si eso es así, las previsiones para el Reino Unido estarían infravalorando el mercado”. “Es muy posible” apuntó Luis Camino, haciéndome un favor.

Vino y rosas

Cuando se llenó el vaso y vi que empezaba a rebosar me acordé de la madre de Andrés y de mi hermano Guillermo. El primero entró como encargado de publicidad y mi hermano se incorporó al equipo de ventas, con Luis Camino. Más tarde también Manolo, hermano de Andrés entraría por mi recomendación. Por otro lado, pude ampliar el departamento, con

nuevos fichajes. Quiero detenerme en una de las personas que entrevisté y que merece párrafo aparte.

Carlos Pascual

Tenía acento sevillano y formación como ingeniero de telecomunicaciones. Para no aburrir con detalles triviales, me limitaré a decir que llegó a ser uno de los presidentes de Xerox en Estados Unidos. Vive retirado en Marbella disfrutando de un yate que se llama “*A mi bola*”. Sus hijas han escrito una biografía coral de lectura deliciosa. Son tres, viven en Seattle, Londres y Madrid.

Otros emigrantes

Luis González Camino fue director de Ventas para toda Europa. Nombró presidente de Xerox Italia a su ayudante Julio Camarero. Nombró presidente de Xerox Dinamarca a Juan José Morera y a Carlos Pascual presidente de Xerox Francia. Hubo un intento por parte de los franceses de evitarlo aduciendo que Carlos no hablaba francés. La respuesta de Luis Camino fue hacer que aprendiese el idioma. La humillación de los franceses fue creando una confabulación en contra de Luis, sin otro reproche que el de su altivez y agresividad. La ingratitud afectó a su salud mental y acabó sus días sin memoria y diciendo cosas ininteligibles.

Una travesía en velero

Sargisson se había comprado un pequeño velero inglés, un *Vivacity* de 24 pies. Pensaba en navegar con su hijo de Jávea a Ibiza, pero el hijo no estaba interesado en

ese tipo de aventuras y Sargisson me propuso que fuera en su lugar. La idea era llegar a Ibiza por la mañana, pasar el día y volver el domingo. En aquellos tiempos los mejores meteorólogos eran los pescadores. Cuando nos vieron embarcar provisiones en la bañera del barco, uno se acercó a aconsejarnos que no saliéramos esa noche. Sargisson no hizo caso, aunque les dio las gracias. A eso de la una de la mañana nos sorprendió un temporal. Yo me quedé encargado de la caña, mientras él se ataba un cabo a la cintura y arriaba la vela mayor. Luego sobrevino una espesa niebla. Incapaz de asegurar una arribada en Ibiza, optó por lo más seguro, que era poner rumbo a Poniente y esperar a ver tierra peninsular. Yo iba tumbado en la proa, mirando fijamente entre la niebla para no chocar con algún obstáculo y avisar de la cercanía de tierra. Cuando ya amanecía apareció la costa y regresamos a Jávea. Evelyn, su mujer se extrañó de vernos mucho antes de lo esperado.

Otras tormentas

Lene se sentía un poco abandonada. Habíamos tenido nuestro primer y segundo hijo. Mientras los niños precisaron de toda su atención, estuvo feliz y contenta. Antes de dar a luz regresaba a Dinamarca, a casa de sus padres, porque se sentía más segura y acompañada que conmigo en Madrid. Lars y David nacieron en un hospital de Aakirkeby, cerca de Gudhjem. Yo acudía al día siguiente y pasaba una semana con la familia danesa. Los padres de Lene vinieron un par de veces a Madrid. Mi madre les pidió que comprasen un coche a Lene. Supongo que les pareció mal, pero aceptaron la idea. Además del Mini 1000, teníamos un Renault 4L

que Lene conducía bien. En sus ratos libres escribía poemas y artículos. Se reunía con el corresponsal de *Information* en Madrid, Ebbe Traberg, quien la mantenía al corriente de la política española y danesa. Ebbe simpatizaba con ETA, aunque no se atrevía a manifestarlo claramente. Según decía, se limitaba a informar objetivamente de los hechos. Lo curioso es que siendo yo el que podría sentirme celoso, Lene manifestaba un horror atávico a toda persona femenina. Un sentimiento que se fue agudizando con los años. En la playa de Torremolinos nos enfadamos por una cuestión de celos y ella se subió a su coche para volver con Lars y David a la casa. Yo me monté encima del motor y así fuimos un buen rato, sin que nos parase la policía.

Medio suicidio

En Madrid, siguiendo el consejo del padrino de Lars, Carlos Bustelo, matriculamos a nuestros dos hijos en el Colegio Rosales, que no estaba lejos de nuestro piso. Yo no podía comprender, entonces, por qué, teniendo resuelta nuestra forma de vida de manera que yo consideraba meritoria y abnegada, Lene prefería lo hippie y revolucionario. Recordé entonces las palabras del padre de una alumna mía en Dinamarca, sobre matrimonios entre extranjeros. Cuando se enteró de que me casaba con Lene, Falck me dijo “Te deseo suerte. Y recuerda este consejo: todos los días deberás decir a Lene que la quieres” Yo no lo estaba cumpliendo. Mi tía Conchita fue a operarse a Londres por un cáncer. Yo quise ir a verla, pero cometí el error de decir a Lene que no hacía falta que me acompañase. Creyó que era una excusa mía para algo que no quería

que ella supiera. Nos perseguía el *mayor monstruo*, según Calderón. Aquello acabó con mis nervios. Me fui a una farmacia y me tomé un frasco entero de ansiolíticos. Caí dormido. Lene avisó a mi madre. Mi madre avisó a mi tío José María Laviña. Y me desperté en un hospital.

Noches en los jardines de España

En una cafetería de la calle Alberto Aguilera me encontré después de muchos años con mi compañero de pupitre Manolo Domínguez. Con él estaba su mujer Vicky, y me contaron que había estado viviendo en Sevilla antes de regresar a Madrid. Vicky se hizo amiga de Lene. Los Domínguez nos dejaron las llaves de su piso sevillano para pasar unos días. Hicimos planes. Primero los Alcázares, luego Ronda, y finalmente Granada. En aquellos tiempos y en aquellas fechas éramos pocos los visitantes de La Alhambra. Enfrascados en el ambiente oriental se nos fue la noción del tiempo, perdimos contacto con el grupo y, cuando quisimos salir, los guardianes ya habían cerrado. Dimos golpes en la puerta, pero ya se habían ido. Volvimos a los aposentos reales a esperar acontecimientos. El acontecimiento fue que salió la luna y nos quedamos a dormir allí. Al amanecer vimos encargados de la limpieza y logramos escabullirnos al exterior. Lene comentó: “La próxima vez hay que traerse un almohadón”.

Sentados

Jack Thomas

Derek Hornby

Roland Magnin

Hamish Orr-Ewing

Dick Holmes

Nick Nickolson

De pié

David Thomson

John Duerden

Jack Milligan

Luis González Camino



Harold + Eveleyn Sargisson



Capítulo VIII

Rosemary Price

En 1966 Mary Quant and Twiggy aún no habían convencido a las españolas de sus ideas sobre la moda femenina. Por eso causó sensación la visita de la Controller Rosemary Price. El motivo aparente: comprobar que los precios en pesetas de los contratos cumplían las directrices, cosa que se podía haber hecho desde Londres. Pienso que el motivo real era conocerme para dar su opinión sobre la idea de que yo pudiera sustituirla, dado que dejaba la compañía para casarse.

Londres

Lene y yo estábamos ilusionados con irnos a vivir a Londres, precisamente en aquellos años de finales de los 60, en que lo británico estaba de moda y en especial los Beatles, que aún no habían estrenado *Hey Jude*. Encontramos un chalé en Wimbledon en la calle Lake Road, con su pequeño jardín para Lars y David. Desde allí se podían oír las reacciones del público cuando había

campeonatos de tenis. Cerca estaba la pradera comunal. Compramos un *Mini* negro para que Lene pudiera acercarse a Chelsea o Brompton Road cuando quisiera. La empresa se acababa de mudar a unas oficinas exclusivas en Euston Road, por lo que los viajes de ida y vuelta me ocupaban hora y media de cada día.

Facciones

Una empresa, al igual que un convento, presenta al observador una apariencia engañosa de tranquilidad y paz interna. Una ojeada más cercana percibe coloraciones según sus afinidades electivas. Y una mirada atenta podrá advertir rechazos instintivos, indiferencia o afectividad entre los distintos miembros del conjunto. En las plantas del edificio de Euston Road, pude distinguir tres grupos: el británico, que podríamos llamar “aristocrático”, el americano, más “liberal” y el francés o “conservador”.

Paul Allaire

Allaire era americano, ocupaba el puesto de director financiero y estaba casado con una francesa, de nombre Jay. Era el apoyo de franceses y alemanes, porque apreciaba su tradicional seriedad, rigor y normativismo. En cambio, sentía poca simpatía por los latinos, sin duda más imprevisibles e independientes. Me preocupaba que el cargo de *Controller pricing* que me habían ofrecido dependía de Allaire.

Un gran aliado

No sé quién de los dos logró eludir al otro. Hice ver que

mi experiencia era acorde con la dirección de Marketing, dependiendo de Michael Hughes. Mike, a diferencia de los ingleses del grupo *Orr-Ewing*, se había hecho a sí mismo y era el más listo. Lene y yo lo invitamos a visitar España en verano y aceptó. A partir de entonces, Mike no solo aconsejaba cómo comportarme en la oficina sino también en mi vida familiar y ciudadana. Recuerdo que una vez me felicitó por las quejas que recibía sobre mi forma de gestionar. “¿Por qué te parece bien que se quejen, Mike?” “No me parece bien que se quejen. Lo que me congratula es que sólo se quejen de esas cosas”.

Responsabilidad

Aunque tenía otras tareas de menor importancia, mi trabajo consistía en poner cifras a la importación de nuevos productos procedentes de las fábricas americanas de Xerox. A mi llegada no existía metodología distinta del *gut feel* o “ojo de buen cubero”. Había cierta expectación malévolamente entre los más británicos para ver por donde salía yo. Pedí una relación de población de cada modelo de máquinas por países con el máximo de información sobre volumen de copias. La cosa cambiaba cuando se repetía en distintos momentos, convirtiéndose en un modelo dinámico, y distinto para cada país. Los ordenadores arrojaban cifras muy concretas de previsiones por productos y países que nadie se atrevía a contradecir.

Apellidos

Otra vez te amenazo con nombres de personas que no dicen nada. Sáltate este párrafo, que escribo solo para mí. Cuando me esfuerzo en recordar a las que estaban a mi cargo, me ayuda nombrarlos en voz alta por su

nombre y apellido. A veces los veo de forma nítida, porque eran más locuaces y otras de manera confusa, por ser más callados. Entre quienes bromeaban sobre la desgracia de tener que depender de un español, destacaría a John Betteley y Jim Havard. Ambos eran ingeniosos: el primero más resignado y el segundo más sarcástico. El más simpático era Dave Cattaneo, parecía italiano. Había nacido en América, trabajaba lento y era exitoso con el elemento femenino por su suavidad de modales. John Duerden carecía de aristas o reservas mentales y solía acertar leyendo pensamientos. Eric White era el típico funcionario responsable, muy adecuado para dirigir el departamento técnico. Me quedan Peter Grubb, Joe Glover, y George Rush, cuyo recuerdo me resulta difícil y borroso.

El Colo

De España llegó a Londres un primo mío con la idea de estudiar inglés. Me ofrecí a aumentar su dinero de bolsillo a cambio de que acompañase a Lars y David cuando Lene y yo quisiéramos salir a divertirnos en los espectáculos que se anunciaban en *Time Out*. José María era hijo de una hermana de mi madre. Entonces era aún muy joven, con ideas de izquierdas y simpático. Con el tiempo se haría amigo de Felipe González que lo nombró delegado de Gobierno en Madrid, y después director Nacional de Policía. *El Colo*, como le llamaban sus amigos, devolvió con creces nuestra hospitalidad londinense. Era muy amigo de Luis Carlos Croissier, un personaje poco apreciado por el redactor de este capítulo, como se verá en algunos que siguen.

1968

Es el año en que la Suzanne de Leonard Cohen *te da de comer naranjas y té, llegados desde la China lejana*. El año de la primavera de Praga. El del *Mayo francés* y del *Flower power*. Lene no iba a ser insensible a los efluvios que llegaba de California. Además, las faldas victorianas de colores la sentaban muy bien, mezcladas con su cabellera rubia.

Liz Thomas y Wendy Duerden

Por otro lado, ambos empezamos a recibir invitaciones de matrimonios ingleses de la oficina. Unas veces a sus casas, otras a salir a cenar juntos. Había curiosidad por conocernos. Debido a la simpatía de los Duerden y los Thomas, Lene quedó atrapada entre dos polos: la vida comunal del movimiento hippie o la vida confortable con hijos guapos y amigas burguesas. Siendo danesa advertí que su aceptabilidad era mayor que si hubiese sido española. Nuestros amigos tenían hijos de la misma edad que Lars y David. Recuerdo sus nombres: John, Jessica, Deborah, Matt, Helen...

Málaga

Viviendo en Londres, se imponía la noción de pasar los veranos en España. Mi madre, por ayudar a mi hermano Guillermo, sugirió que le alquilásemos nuestro piso vacío de Madrid y que en vacaciones fuésemos a la casa de Málaga, que era suya y no la usaba. Le propuse un cambio: el piso de Madrid por la casa de Málaga, añadiendo la diferencia. Aceptó. De esa forma Lene y yo nos convertimos en vecinos veraniegos de Alejandro y Pili Serrano. Allí nos esperaba el 4L de Lene cuando

llegábamos en agosto en el coche de la Compañía. Note el lector la existencia simultánea en Málaga de estos dos coches.

Los americanos despiertan

Cada otoño, al aparecer por Euston Road, se advertía la progresiva ocupación de la empresa por los americanos. Atrás quedaba la timidez inicial y provinciana de los hombres de Rochester, para quienes todo lo que no fuese América era casi desconocido. Habían cedido por ignorancia un derecho que su admirada IBM tenía como gala en la primera sigla de su nombre: el mercado internacional. Con la madurez venía el arrepentimiento y la decisión de recuperar la manzana entregada a la pérfida Albión. En 1967 Xerox decidió crear una División Internacional a nivel de Vicepresidencia, y para ocupar ese puesto contrató a un ambicioso directivo de IBM, Joe Flavin. La señal estaba escrita y los ingleses vendieron cara la mayoría. Nuevos aires en las oficinas de Euston Road.

Una presentación poco ortodoxa

A partir de los cálculos de crecimiento del mercado, surgía una anomalía que en mi opinión hacía inservibles los estudios al uso. La ortodoxia hacía creer que las copias eran algo predeterminado, y cada uno las hacía como podía con los medios de reproducción existentes en cada país. Pero la evidencia indicaba que muchas de las copias xerográficas no se habrían hecho de otra manera. Por consiguiente, el mercado potencial estaba infravalorado hasta extremos desconocidos. Decidí hacer un primer intento de romper la inercia

conformista y presentar mis conclusiones relativas al tamaño de ese mercado y su ritmo de crecimiento. Mike Hughes organizó la presentación y se aseguró de que acudiese Robert (Bob) Pippitt, un americano recién llegado a Londres como director gerente adjunto.

Del centón de libros

Para compensar un poco la aridez de los temas xerográficos, traigo a la memoria otra docena de libros sacados del centón: *Three men on a boat* de Jerome K. Jerome; *Los epigramas* de Marcial, *Little Dorrit*, de Charles Dickens; *Cien años de Soledad* de Gabriel García Márquez; *Amadís de Gaula*, de Rodríguez de Montalvo?; *Premier amour* de Samuel Bekket; *Las Metamorfosis* de Ovidio; *Elegías* de Propercio; *La forja de un rebelde* de Arturo Barea; *Fanny Hill* de John Cleland; *El origen de la música* del abate Antonio Eximeno y *Ensayos* de Michel de Montaigne. Ni más ni menos. Y si tuviera que salvar de un incendio unas pocas páginas serían las de aquella elegía de Propercio que empieza: *Sunt aliquid manes* (algo queda de las almas).

Propuesta de pasar a Estados Unidos

A principios de 1970 vinieron a Londres dos directivos importantes, invitados por Pippitt. Uno era el mencionado Joe Flavin. Joe nos invitó a Lene y a mí a cenar y propuso que me incorporase al equipo de colaboradores que estaba formando en la División Internacional de Xerox. El otro: Donald Pendery, que junto con su esposa Joyce estuvieron en casa y conocieron a Lars y David. Pendery no tenía (entonces)

ninguna responsabilidad internacional, pero le incumbía la planificación. Flavin me ofreció incorporarme a su equipo para ayudarlo a estimar la magnitud del negocio internacional, en cada país. La reacción de Lene fue de confusión y duda. Para que pudiera pensarlo mejor, nos propusieron una visita Connecticut. A Lene esa idea le pareció bien.

Algunas señales preocupantes

El problema de los celos, que ya se había manifestado en España, había tenido momentos puntuales en Londres. Mi despacho tenía dos partes: una primera que ocupaba también la secretaria y otra más amplia donde estaba mi mesa. Ambas estaban separadas por una parte inferior de madera y otra superior de cristal. Una mañana me sorprendió ver que mi secretaria estaba hablando con Lene. Salí preocupado por si algo grave había ocurrido. Nada. Solo había venido a darse una vuelta por la oficina. En Connecticut fuimos recibidos por mi posible nuevo jefe Elmer Humes y su mujer Sue. Estaban bien aleccionados por Joe Flavin y se desvivieron en atenciones y promesas de ayuda (colegios, casa, etc.) Convencieron a Lene y regresamos a Londres.

Primera fuga de Lene

En una residencia campestre de Massachussets se celebraba una convención de responsables de marketing y Elmer creyó oportuno invitarme a que asistiera. No podía negarme, ya que mi trabajo en Londres tocaba a su fin. Lene se puso pesada diciendo que ella quería acompañarme también en ese viaje. Se le hizo ver que los convocados no iban con sus esposas. Ella dijo que

naturalmente no pensaba acudir a las clases, pero que quería estar conmigo en los tiempos libres. Se nos buscó alojamiento en un hotel cercano, por lo que mi habitación en la residencia quedaba vacía. A los cuatro días me sorprendió saber que Lene había abandonado el hotel y comprado un billete para California. Ignoro todavía si alguien de Xerox se llegó a enterar.

La comuna

Era aquel mar *el mismo mar de todos los veranos*. Nos acompañaban Alejandro y Pili Serrano, unas veces en la playa y otras en su piscina de Cinco Arcos. Parecía que todo iba bien y que Lene estaba contenta. Propuso quedarse más tiempo en Málaga y regresar con Lars y David en su coche. En Londres supe que nuestra incorporación en Connecticut estaba prevista para principios de enero de 1971. Ella me hablaba por teléfono desde la cabina del hotel Pinar. Lene iba retrasando el regreso. Una de las veces oí la voz de Alejandro diciéndome que Lene se había marchado con los niños a Copenhague en el 4L. Luego supe por carta suya que estaban viviendo en una comuna de Hellerup.

Gabardinas en San Pancraccio

Mi primera reacción fue pensar que aquello podría tener remedio. Lene había dejado sus cosas en Wimbledon y también estaban los trajes, libros y juguetes de los niños. Logré hacerle llegar el mensaje de que sería bienvenida si pasaba a recoger todo lo que echase de menos. Con ello obtuve unos días en que valorase lo que había abandonado, simplemente viviendo como si nada hubiese ocurrido, aunque muy pendiente de agradarla

las veinticuatro horas (digo bien 24) de los pocos días disponibles. Yo seguía yendo a la oficina y ella estaba mucho tiempo fuera de casa, con su coche de cristales ahumados y su lista de cosas que no quería olvidar. Con las vacaciones navideñas tuvimos tiempo de charlar tranquilamente. Llegó el último día previsto de su visita y me atreví a sugerir “¿Te parece bien que vaya a Copenhague y me traiga a los niños?”. Negó con la cabeza. Me levanté y salí a la calle a pasear la negativa. Al día siguiente ayudé a hacer las maletas y la acompañé a la estación de San Pancracio. Pasamos cerca de la oficina de Rank Xerox sin decir palabra. Llovía. Con los paraguas mojados entramos en los andenes de la estación. Entre la gente éramos dos de los muchos que se despedían, muy parecidos a los demás en que llevábamos gabardinas blancas.

Intermezzi

De lo que pasó cuando me fui yo sólo a América con la esperanza de que Lene cambiase de opinión, he dado cuenta en un librito que titulé “Vivir en la Smith House de Richard Meier”. Lo que voy a hacer, si te parece bien, es elegir cuatro capítulos a modo de Intermezzi. Si hasta aquí he procurado un tempo de narración que musicalmente equivaldría a *andante*, los cuatro siguientes son de ritmo lento, tal que *adagio*. Te los puedes saltar si te desanima una lectura despaciosa. En realidad, te puedes saltar todos. Ya dije que sólo me importaría que leyeras el último.



35 Lake Road Wimbledon



Esuton Road Rank Xerox House



Joe Flavin

Hamish Orr-Ewing





Intermezzo I

(una casa distinta)

Serían las 8,45 de la tarde cuando sonó el teléfono de mi habitación en el *Holiday Inn* de Stamford, Connecticut. Pensé que se tratase de un error porque nadie sabía que yo vivía allí, a no ser los de la oficina y no iban a llamar a tales horas. No podía ser mi mujer, pues estaría durmiendo tranquilamente en su comuna de Copenhague. Por un momento imaginé que fuese Bárbara, una de las jóvenes que servían café entre las mesas del desayuno, muy seria para contrarrestar el efecto de unas faldas estilo *cheerleader*, que llevaban todas por obligación.

No era Bárbara, sino una señora de bastante más edad a quien la empresa había encomendado que me ayudase a buscar casa. Empezó su trabajo con bastante ilusión, pero al cabo de varios días, su cara ya daba muestras de resignación y contrariedad. La primera mañana me preguntó cuántos hijos tenía y cuando vendría mi mujer, porque, decía, era importante contar con sus opiniones.

Mis evasivas en esa vertiente de la conversación terminaban en largos silencios. Trabajaba para una agencia inmobiliaria, era bastante pequeña y cuando se sentaba al volante del *station wagon* su cabeza apenas emergía entre los cristales.

Sobre el asiento de la derecha se apilaban y esparcían varios álbumes con fotos de casas, que apartaba para dejarme sitio. Antes de arrancar me mostraba las imágenes para ahorrar tiempo y gasolina, anulando las descartadas por mí.

Eran todas demasiado grandes. Tenían garajes para varios coches de tamaño superlativo. Yo había intentado hablarle de cómo en Europa todo era más pequeño, los árboles, la fruta, las carreteras, las calles y desde luego, las casas y los coches. La información sobre países tan lejanos no le interesaba, por lo inútil.

Una tarde, a la salida de la oficina vi una casita que me gustó y apunté las señas para que me acompañase. Vino en su coche con otras ofertas y se negó a llevarme donde le pedía, sin decirme por qué. Ella tenía ideas muy fijas sobre ubicaciones adecuadas, que se limitaban a New Canaan, Wilton, Westport y Darien. Su preferida era Wilton porque en esa circunscripción aún se mantenía la ley seca, y no podía haber bares, ni comercios, ni hoteles ni nada que perturbase la tranquilidad de aquel espacio. Luego se inclinaba por Westport: allí vivían Paul Newman y otros actores y actrices famosos. “Y tienen un teatro rural precioso”, añadía, para animarme. Yo le decía que todo eso estaba muy bien, pero que sólo quería una casa pequeña, si no era pedir demasiado. Disgustada por tantos esfuerzos en vano,

había dejado de llamarme y yo me alegré porque iba camino de aceptar ya cualquiera para no seguir contrariándola.

El hotel Holiday Inn era bastante deprimente. Estaba construido entre dos autopistas y carecía de alicientes. Solo recuerdo que en sus pasillos alfombrados de rojo había dispensadores de hielo, que se agradecían al abrir los “minibares”. En el aparcamiento del hotel yo tenía un coche comprado tal vez demasiado deprisa, y que ya no me gustaba porque también era demasiado grande. Mi aspecto debía reflejar un aire abstraído y confuso que no debió pasar desapercibido a Bárbara cuando, un domingo, bajé a desayunar más tarde de lo establecido. Mientras recogía de la mesa el vaso con algunos hielos, me preguntó si no me sentía bien. Yo sonreí para darle a entender que no me estaba muriendo y entonces ella me invitó a visitar a sus amigas y amigos.

Los amigos de Bárbara vivían en una casa magnífica, mejor que cualquiera de las que me había mostrado la señora de la inmobiliaria. Era una mansión blanca, de estilo colonial con ventanas pequeñas y abundantes, pintadas de verde y enmarcadas en persianas laterales siempre abiertas. Había sido morada de una famosa fotógrafa, que yo desconocía. Dentro había fotografías por todas partes, unas colgadas en las paredes y las más, archivadas en armarios. En la casa convivían, además de Bárbara, unos diez o doce jóvenes de ambos sexos, despreocupados y condescendientes. Les extrañó que yo no hubiera oído hablar de la fotógrafa y me mostraron portadas de la revista “Life” firmadas por ella. Supe que se llamaba Margaret Bourke-White y que podía quedarme con las fotografías que más me gustasen.

Estas minucias las cuento porque antes dije que pensaba que la llamada de aquella noche de 1971 podía venir de Bárbara, aunque fuese poco probable. Enseguida me desengañé: una voz conocida al otro lado del hilo me hablaba en estos términos: “Sr. Orueta, tengo la posibilidad de ofrecerle una casa bastante rara pero los dueños se van esta noche y tendría que venir a verla ahora, o no se sabe cuándo”.

Yo estaba en pijama y sentía pereza, pero, intrigado, le contesté que en quince minutos me tendría esperándola a la puerta del hotel. Ya había anochecido cuando me llevó atravesando Stamford en dirección a Darien, alejándonos de la zona de oficinas. Dejamos de ver luces de autopistas y nos adentramos en un bosque por una carretera estrecha. A cada lado se veían urnas de correo situadas a media altura, pero no había ni un solo farol. Como la señora no hablaba, le pregunté por el precio del alquiler, a lo que me respondió que no lo sabía, pero que no sería un problema. Al doblar una esquina del camino percibí un letrero rústico y pequeño con el aviso *Contentment Island*, que me pareció un buen augurio en aquel invierno *de nuestro descontento*.

Llegamos a un puente de piedra, también bastante rural, ante el cual hacía guardia un coche de policía que nos paró. Ella aclaró que íbamos a la “Smith House” y el cancerbero hizo un breve saludo de entendimiento. Más oscuridad, más buzones para cartas y más árboles a los lados.

El camino terminó de repente y los faros del coche iluminaban una pared blanca como una pantalla de cine donde solo se percibían pequeñas ventanas y una rampa

lisa y lateral. Conducía a una puerta casi invisible y a la derecha blanqueaba un leve pasamanos y quita miedos. Todo bastante pequeño, como yo quería.

A un lado había una construcción sin ventanas en forma de cubo, también muy blanca. “Es el garaje” me dijo la señora. Nos bajamos y estuvimos los dos unos instantes mirando aquella pared que se había quedado oscurecida al apagarse las luces del coche. Cuando nos acercamos a la rampa, yo detrás de ella, la pared volvió a iluminarse, esta vez por unos focos situados en el jardín, en señal de que nuestra presencia había sido advertida.

“Sí que es algo rara”, dije yo mientras esperábamos que se abriese la puerta. Y ya no lo volví a decir más. Segundos después me encontré como en medio de un escenario, con los ojos más abiertos de lo normal, los brazos caídos y las pupilas dilatadas por el exceso de luz. A mi alrededor columnas cilíndricas y blancas se elevaban para sostener un techo apenas entrevisto, como inexistente.

Fuera de la casa se distinguía una chimenea rectangular, que solo se unía al ventanal en busca del fogón, donde crepitaban unos leños encendidos. Aquella chimenea, que surgía del jardín, tan blanca, independiente y altiva, era como un personaje atávico, un icono de los lares del lugar, bajo cuya presencia Mr. y Mrs. Smith parecían empequeñecidos.

Tenía él en la mano un vaso de whisky, vestía con *blaiser* azul y pantalones de franela. Su mujer llevaba pantalones iguales y grises y una chaqueta corta del mismo material. Enseguida supe que él llamaba

Frederick y ella Carole. Me dijeron que esa misma noche se marchaban a Nueva York. Mr. Smith era dueño de una empresa de marketing. Sobre Carole, me enteré de que sobresalía como patinadora en pista de hielo.

La luminosidad del jardín entraba al salón por los enormes cristales, de forma que podíamos vernos unos a otros sin esfuerzo. Mr. Smith me animó a salir a pasear por una escalinata que partiendo del salón descendía en dos tramos contrapuestos, hasta rozar el césped. Al pisar el último escalón pude discernir la planta baja y tras los cristales un comedor para seis personas, con piso de madera y césped circundante rasando con el cristal.

Salimos a un pequeño promontorio marcado por abetos a cada lado de la casa y frente a las aguas de Long Island Sound. A la izquierda había una cala muy protegida e iluminada entre dos roquedales. Se oía, muy ligeramente, el agua en la orilla. Al acomodarme para descalzarme y sacudir la arena volví la cabeza hacia la casa y la vi incandescente y fantástica, bien plantada en un pedestal y apuntando al cielo como un órgano blanco.

En ese momento pensé que, aunque aquello escapase a mis posibilidades, merecía la pena haberlo visto tan de cerca, como quien visita un museo o unas cataratas. Volvimos a la casa y una vez allí, quisieron saber qué me parecía. Les dije que no había visto nada igual en toda mi vida. Preguntaron si eso quería decir que me gustaba, y me limité a extender la palma de la mano sobre mi cabeza.

La dama de las viviendas despertó de su letargo, muy sorprendida. Nos sentamos; yo el sofá blanco, y ellos en las butacas. Me dijeron que la casa era obra de un joven arquitecto cuyo nombre no retuve entonces. No parecían querer hablar del precio les dije que me temía que la *allowance* de mi empresa no iba a ser suficiente. Recuerdo la pregunta de Mr. Smith “¿Cuánto le tiene asignado Xerox para su vivienda al mes?” “750 dólares” se apresuró a contestar la dama. Fred Smith asintió con la cabeza y mirando a la señora de la inmobiliaria le dijo que preparase todo y lo mandase a su dirección en Nueva York.

Luego se volvió hacia su mujer en actitud de connivencia y, mirándome añadió: “Si quiere, se puede quedar ya aquí. Le dejo las llaves y nuestro teléfono en Nueva York, por si nos necesita, aunque la casa no tiene secretos”. Respiré hondo, di un beso en la frente a la dama de las viviendas, y me senté en la butaca blanca, sin creermelo que estaba pasando. Me temí que de repente aparecieran compañeros de la oficina festejando la broma. Pero pasaban los minutos y nada de eso ocurría. La señora de la inmobiliaria me preguntó a qué hora vendría a recogerme al día siguiente, para coger mis cosas en el Holiday Inn.

Los Smith subieron al piso que yo bautizaría después como *el de los palcos* y que ni siquiera me habían enseñado. Bajaron al salón llevando una pequeña maleta. Antes de marcharse: dos advertencias, estilo Barba Azul, presentadas en forma de peticiones: La más importante: que no cambiase muebles ni objetos. Estaban seguros de que yo comprendía que eran parte

tan integrada al conjunto como las columnas. Dije que lo prometía.

La segunda petición tenía que ver con que el arquitecto contaba con poder mostrar la casa a futuros clientes, porque sólo con planos y maquetas le hacían demasiadas preguntas. Prometí también enseñar la casa con entusiasmo.

Para compensar estas restricciones, añadieron que, si yo quería, podía hacer uso de un velerito que se mecía en un pantalán de la playa. Era tan pequeño que aquella noche me había pasado desapercibido. Les di las gracias, más por cortesía que por verdadero interés. Salí a despedirlos en la puerta, y tras agitar levemente la mano, ayudé a que se cerrase y me quedé solo dentro.

Fue entonces cuando tomé conciencia del aroma que provenía de las paredes de madera y que siempre me recibiría al entrar, como un incienso de iglesia. Era algo envolvente y seductor, no demasiado fuerte pero imposible de ignorar. Sin duda tenía mucho que ver con la madera, pero también influía el olor de los cristales y el de los muebles.

Bajé al piso que se alineaba con el césped, dejé el comedor a un lado y me volví hacia la cocina, situada al interior. Era más pequeña comparada con otras que había visto en mi peregrinar. En una pared había un letrero resaltado por un marco dorado no más grande que una caja de puros. Me acerqué a leerlo

SMITH HOUSE

Premio Nacional de Arquitectura 1968

Richard Meier

La nevera estaba vacía. En el bar del salón sí quedaban cosas. Me moví en busca de algún dormitorio. El principal estaba a nivel del salón, con la cama orientada a un gran ventanal frente al mar. Un navegante con prismáticos potentes podría observar los movimientos del interior, sobre todo de noche. Tardé un poco en dormirme y recuerdo que me despertó un rayo de sol que decidió posarse en mi nariz.

Despertarse en la Smith House era como si uno amaneciera en otro planeta: sitios como aquel hay muchos en el mundo; en cambio, casas como aquella, en 1971, no había ninguna.

Aviones en dirección al aeropuerto de Kennedy iniciaban su trayectoria descendente desde el ángulo izquierdo y más alto de la cristalera, se ocultaban brevemente tras la chimenea y continuaban bajando hasta desaparecer detrás de un abeto. Bajé la vista hacia la playita, donde efectivamente, había un velero, que, al percibir mi presencia debió imaginar una larga hibernación.

Sonó la bocina del *station-wagon* de la dama de las viviendas quien entró sonriente y haciéndome recordar que mi cepillo de dientes seguía en el Holiday Inn y que en la cocina no había café.

De día, la Isla del Contentamiento era todo menos tenebrosa, si bien los árboles seguían no dejando ver el bosque. Solo los apellidos de los habitantes, pegados a los buzones de correo en forma de urnas, traicionaban levemente su intimidad.

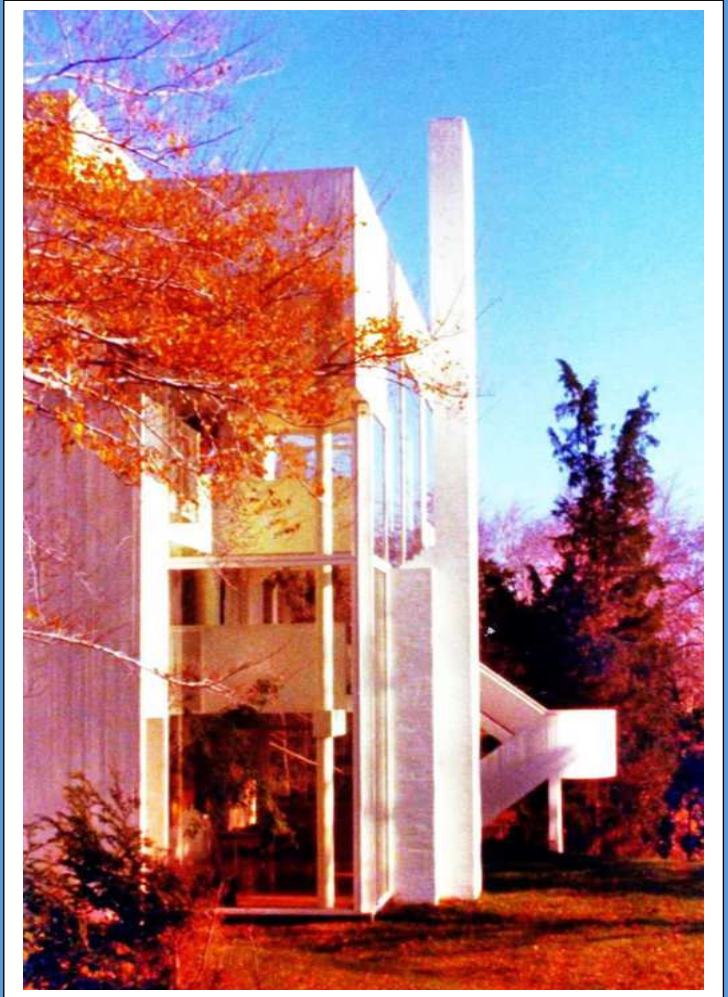
Llegué algo tarde a la oficina. El edificio, que antes me parecía potente y armonioso, ahora se presentaba encogido y casi ridículo. Ya en el despacho, me dispuse a retomar el trabajo de días anteriores, sin lograr la concentración habitual. La imagen de la casa de Tokeneke, en Darien, se infiltraba en mi cerebro una y otra vez. Las hojas de los árboles que se veían por la ventana no hacían más que recordarme el sitio donde había dormido la noche anterior.

Me levanté a estirar las piernas y salí a pasear un poco por el pasillo enmoquetado. Aquel movimiento hizo levantar la cabeza a mi secretaria. *Everything alright Mr. Orueta?*

You see, Thérèse, I think I am in love... Thérèse frunció el ceño. Y yo, elevando las palmas de las manos hacia el techo, aclaré: *In love...with a house.*



La Smith House



Intermezzo II

(el velero)

No fue el miedo a una segunda sugerencia de cruzar al otro lado de Long Island para ir a ver a la tía de Bárbara, ni tampoco el bamboleo displicente del pequeño velero. Esas razones contribuyeron a la decisión, pero no eran la causa principal. Fue el deseo de ver la casa desde el mar lo que me movió a elegir una tarde de domingo, en que las aguas estaban tranquilas y corría una brisa muy ligera, como momento de intentar my primera salida en barco.

En una de las pocas veces que me dio por entrar en el garaje, yo había advertido un tubo fino olvidado en una esquina, como el arpa de Bécquer, y rodeado de una especie de funda de plástico, que muy bien podría ser tenida por una vela. Muy cerca, también pegado a la pared, se veía un pequeño motor de embarcación, que pesaba más de lo que aparentaba.

La mañana de aquel día había bajado a inspeccionar el velero y pude comprobar que, en lo que podríamos llamar su ombligo, disponía de un encaje muy propio para colocar el tubo del garaje, y junto con él: la vela. Luego observé que en la popa se podía colgar fácilmente el pequeño motor, así que todo estaba listo para la prueba.

Un velero pequeño, al igual que una bicicleta, ofrece una apariencia engañosa de simplicidad e inocencia, al menos para quienes piensen que es posible empezar a desplazarse subido en ellos, sin arrostrar dos o tres sobresaltos, como mínimo.

Ajeno a estas consideraciones, hice el camino del garaje a la playa un par de veces y, ya con todo dispuesto en el pantalán, inserté el tubo aquel en su receptáculo, quedando inmediatamente convertido en el palo mayor, si bien pequeño, del barco. Desde lo alto del mismo colgaban dos cables a modo de tirabuzones, que fueron prontamente fijados a ambos costados. Luego fue el turno del motor que coloqué desde el agua en la popa, sin dificultad.

Sentado en el banquillo, estuve unos minutos considerando si verdaderamente había llegado el instante de soltar las amarras o cabía pensarlo un poco más. Noté que si me inclinaba a la derecha el palo mayor se inclinaba también a la derecha y que si lo hacía a la izquierda la respuesta era la que cabía esperar. Animado por la docilidad de la montura, solté las ligaduras que nos unían a tierra y procuré desenrollar del todo la vela, cosa que ocurrió sin mi ayuda, dejando un cabo visible en un extremo. El poco viento que había apartó la vela

un lado, cayó el cabo al agua y me costó alguna pirueta recuperarlo. Una vez que lo tuve en mi mano derecha, teniendo en la otra la caña, el barco empezó a separarse del embarcadero. Sentí algo parecido a la primera vez que monté en burro, sobre todo al comprobar que si movía la caña a la izquierda el barco se iba a la derecha; y viceversa. No parecía razonable sino una reacción maleducada del velero, pues no me cabe duda de que los seres inanimados son capaces de cosas así.

Otro comportamiento engañoso era que el cabo de la vela actuaba al revés de cómo hubiera sido de esperar. Si tirabas de él, para frenar la montura, su reacción era ir más deprisa y si dabas suelta a la rienda, se paraba. Bueno era saberlo y recordarlo en lo sucesivo.

Embarcación y tripulante, estrechamente unidos, conseguimos alejarnos de la playa unos doscientos metros, momento en que me dispuse a volver la cabeza para ver, por fin, la Smith House desde el mar.

Allí estaba, un poco más pequeña, e indiferente a mis maniobras. Al salir de la zona más protegida del viento, de pronto, sin saberse por qué, el barco dio un vuelco y se quedó tumbado, flotando. Fue como la vez que me tiró un caballo en Segovia, sin motivo alguno para ello. Lo peor no era que el agua estuviese más o menos fría, sino que el pequeño motor había desaparecido.

Volví nadando hasta la playa para discurrir, en seco, la manera de recuperar el barco. Mi primera idea fue ir a comprar un ancla para que no se fuese más lejos. Esta idea tenía el inconveniente de no saber dónde podía encontrar una tienda de anclas. Más sencillo sería

comprar un rollo de cuerda bien largo y acercarlo, nadando. Si no bastaba con uno, compraría dos y los ataría.

Eso hice. Salí con el coche al centro comercial de Ridgeway y encontré lo que quería. Tardaría en volver a la casa una media hora. Cuando llegué al punto donde empiezan los escalones de bajada a la playa, vi que el barco estaba tan tranquilo en el embarcadero. Junto a él brillaban los cromados de una lancha que evidentemente era de la Policía. Dos agentes estaban pisando ya la arena y al verme arriba, movieron las manos saludando.

Desde aquel día en que los policías y yo intercambiamos palabras muy corteses, mis aguas territoriales fueron objeto de una vigilancia asidua, lo que me producía sentimientos encontrados: de tranquilidad por un lado y de víctima de intromisión por otro.

En la jornada del naufragio lo importante era que el barco había quedado a salvo y que la actitud de los salvadores no pudo ser más correcta y atenta. Fui aprendiendo que en el mar nadie hace de menos a nadie. No es correcto, es poco marinero, porque en el mar hasta el más experimentado comete errores cuando menos imagina.

Aquella tarde, sin embargo, mis pensamientos iban por otros senderos. A pesar de haber salido relativamente bien librado me sentí invadido por una melancolía que no podía atribuirse solamente al hecho de tener que comprar un motor nuevo. Lo que me pasaba era que una ilusión, incipiente y minúscula, se había desvanecido.

Una puerta, pequeña, pero abierta a un espacio inabarcable, se había cerrado de repente. La casa Smith se había quedado como encogida y el vuelo de los gansos casi me producía irritación.

Bajé a recoger los aparejos del barco; desmonté el palo y enrollé la vela, atándola cuidadosamente con el cabo, que le salía en forma de rabo. Todo debía volver al garaje.

Entonces me detuve a pensar un poco en el garaje.

Desde el principio mi actitud con respecto al garaje había sido bastante desconsiderada. Yo dejaba el coche fuera, sin molestarme en hacer uso del espacio protegido. Aquel garaje no podía tener una buena opinión de mí, porque yo no la tenía de él. Al estar tan separado de la casa y tan falto de gracia, atribuí su existencia a una petición extemporánea de sus dueños, posiblemente de Carole. Al lado de la Smith House jugaba un papel prescindible, un *after-thought* que lo asimilaba a un ente adoptado, por cuyas venas no corría la misma sangre que la de sus progenitores.

Noté que había perdido su aire enfurruñado y que mi fracasada navegación y naufragio subsiguiente le causaban risa, fruto de una gran alegría. Al menos habían servido para eso. Con el palo y vela bajo el brazo y frente a la puerta me detuve un instante. “No eres feo” le dije, antes de abrir. “Siento no haberte usado más” añadí. Por el portón subido entró luz de afuera, pero, como no había bastante, encendí la de dentro. Miré al rincón donde había estado el mástil y lo volví a colocar en la misma posición.

Cuando me disponía a salir, algo me llamó la atención sobremanera. Algo que estaba apoyado en otra de las paredes, algo que tenía forma de ala o aleta, del tamaño de un perro grande, pero muy liso y afilado. Todo lo cual no hubiera tenido mayor interés en circunstancias normales, sino hubiera sido por su color. Aquello tenía el mismo, idéntico, inconfundible color rojo del barco.

Aquello era una quilla.



Intermezzo III

(Caramoor)

Llevaba yo varios días maquinando el sacrificio inminente del Chevy Montecarlo en aras de una mejor adecuación a los gustos de mis desconocidos vecinos de Contentment Island, cuando un maravilloso acontecimiento vino en su socorro y aseguró su permanencia en mi compañía.

La resistencia que el mar había opuesto a mis deseos de congraciarme con sus aguas y ser bienvenido en ellas, hizo que volviera la vista a tierra, conformándome con espacios más familiares y acogedores. Impregnado del propósito de apreciar lo que se tiene a mano en lugar de perseguir lo escurridizo y esquivo, le pedí a mi coche me llevase donde quisiera, siempre que no fuera a la oficina, porque, además, era sábado.

Fairfield County es un bosque, y las carreteras son como paseos dentro de un parque. En otoño los árboles parecen cuadros de pintor principiante en los que se hubieran usado todos los tubos del estuche. En invierno

no queda una hoja y sólo recuperan la belleza perdida cuando nieva. Entonces el color blanco sustituye o representa a todos los otros, como hubiera dicho Meier. A veces nieva demasiado, se rompen las ramas, caen los árboles más viejos y se corta la luz. Cada cual tiene que arreglárselas para quitar la nieve de su parcela, algo que resulta ser más penoso de lo que pudiera parecer a los no iniciados.

El coche siguió su instinto y me condujo tierra adentro, atravesando bosques y cruzando las dos autopistas, con tanta dedicación que empezó a preocuparme. Pasada una media hora dejaron de verse árboles y entramos en una región más civilizada, de prados y olmos, que me recordaba el paisaje inglés. La carretera era estrecha, nos habíamos perdido y era hora de intentar volver. Pero teníamos delante tres coches y no había manera de pasarlos. En una zona muy despejada, aminoraron el ritmo. Aquella cautela me intrigó un poco. Uno tras otro, iban torciendo a la izquierda, abandonando la carretera en una desviación semioculta. En la misma esquina, una tabla clavada en forma de T anunciaba “Caramoor”. Supuse que se trataba de un restaurante rural y seguí la pista del último de los coches que nos precedían. Llegamos a un hermoso prado, del tamaño de una plaza, y vi que los tres coches se alineaban y paraban sus motores. Al fondo, una imponente arcada de corte florentino se dibujaba contra el azul del cielo sin otra utilidad aparente que no fuera llamar la atención.

Nada más bajarme del coche, en el otro extremo del horizonte visual, surgió rodeada de árboles la estampa de una villa romana, que también podría haberse tomado por un convento español. Al estar tan fuera de su

entorno natural, aquella severa mole con sus tejas rojas y piedras mediterráneas producía una sensación de irrealidad.

Los ocupantes de los coches se dirigieron a la entrada del recinto, ocasión que aproveché para hacer como que venía con ellos, pero alguien me detuvo con un gesto decidido, educado y casi obsequioso.

Ese alguien era inglés y gustaba de parecerlo: foulard de seda al cuello, chaqueta de ante, zapatones brillantes, pañuelo en el bolsillo de la chaqueta. Me hizo pasar a la oficina junto al portón, me ofreció asiento y se sentó tras de la mesa de despacho. “¿Viene a hacerse socio protector?” Una hoja de papel, a modo de diploma, me convirtió en miembro fundador de Caramoor (25 \$ al año) que precisamente en aquellas fechas de 1971 empezaba a estar abierto al público.

Desde la gran entrada, lo primero que se veía era un patio con aspecto de claustro, con columnas y pasillos en los cuatro lados. Era el *Spanish Courtyard*, donde se celebraban los conciertos de cámara. En uno de los costados se veía un piano de cola “grand”, momentáneamente enfundado. En torno a este patio estaban las habitaciones y salones principales. Cada una de ellas era un museo con muebles, cuadros, telas, relojes y cortinas traídos de Italia, Francia o España, conformes al espíritu de la mansión, que era fuertemente meridional. La excepción china, que algunos juzgaban discordante, no lo era tanto, si se recuerda la afición de reyes y aristócratas al *coin chinois*.

El comedor se componía de una larga mesa de madera oscura con un sinfín de sillas a cada lado y sobre las mismas un techo artesonado. En los extremos de la mesa había dos sillones con las patas un poco más altas, según una costumbre europea de la época, para dar un plus de visibilidad a los anfitriones. El conjunto provenía de un palacio en Toledo.

Uno de los dormitorios guardaba una cama donde se decía que había pernoctado Napoleón. Otra habitación, importada íntegramente, habría pertenecido al papa Bonifacio VIII. Unas puertas elegantes se atribuían a la casa de los *Capuletti*, en Verona. Todo era así, un tanto surrealista, no en sentido peyorativo, sino queriendo decir que parecía soñado.

En un rincón de la Sala de Música percibí un curioso artefacto, parecido a una radio de las antiguas. Mi acompañante me explicó que era un instrumento musical de nombre Teremín. Bastaba ponerse enfrente y mover las manos como hacen los directores de orquesta y el teremín respondía (siempre que estuviese enchufado) a cada gesto con un sonido musical, semejante al violonchelo. Lo había inventado un ruso de vida compleja y errabunda. Se llamaba León Termen, era experto en electrónica, y tuvo tres esposas, la segunda en América. Cuando estalló la Segunda Guerra mundial los rusos lo raptaron y le mantuvieron en arresto domiciliario para que inventase todo lo que se le ocurriese.

Termen había caído en gracia a los Rosen, quienes lo protegieron con apoyo moral y con dinero. El teremín estaba allí porque la difunta señora de la casa se había

distinguido como concertista de este instrumento en ciudades importantes. Logró que compositores escribiesen partituras para ella. Se llamaba Lucia Bilgelow, antes de casarse con Walter Rosen y de tener dos hijos: Walter y Ann. Los Rosen perdieron a Walter en la Segunda Guerra mundial. Ann era la única superviviente y se la podía ver muy activa en Caramoor, ocupada en dar vida a la Fundación de sus padres.

Su padre, el fundador de Caramoor, fue un emigrante alemán, que arribó a Nueva York en los años 1920 y se dio a conocer como abogado en un despacho relacionado con propiedades inmobiliarias. De ahí pasó a trabajar en un banco y convertirse en banquero rico. Acumulaba más de lo que podía guardar en la casa de Nueva York. Necesitado de espacio, pidió a un antiguo socio que le buscase una ganga residencial lo más grande posible y no muy lejos. De esta forma descubrieron Katohna. Walter acudió a ver la propiedad, cuyo dueño estaba casado con Caroline Moore, de donde viene lo de Caramoor. Tiraría las casas y construiría la villa de sus sueños, una mansión como algunas de las que había admirado en Italia. A partir de la crisis del 29, empezó a ver aquellas paredes con ojos más comprensivos. Caramoor se salvó de la piqueta. Los sueños florentinos dieron fruto en un teatro de ópera al aire libre, compuesto por arcos cuya silueta había advertido yo sin adivinar su utilidad.

Lucia invitaba a músicos visitantes de paso en Manhattan a pernoctar en Caramoor quienes apreciaban la hospitalidad de los Rosen. Entre ellos hubo algunos eminentes, como Artur Rubinstein y Bruno Walter (pude comprobar esta costumbre en sucesivas visitas, sentado al lado de un caballero con chaqueta blanca, que

escuchaba tocar el piano a Alicia de Larrocha y cuyo rostro pertenecía a Leonard Bernstein). Los invitados de Lucia eran atendidos como príncipes o princesas, cenando, durmiendo en cualquiera de las ocho habitaciones y desayunando encantados de Caramoor. A veces correspondían con un concierto exclusivo para personas tan melómanas como yo mismo.

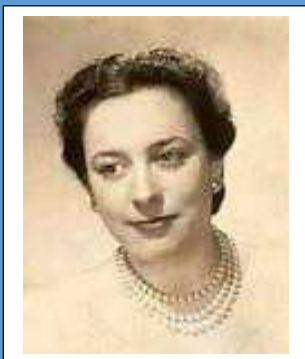
Mientras escuchaba las explicaciones de mi amigo inglés, de las cocinas llegaba un aroma interesante. Me di por enterado de lo que era Caramoor y regresamos a la puerta de entrada.

En el viaje de vuelta a Contentment Island me abstuve de comentar estos sucesos admirables con mi coche, pero una vez llegados a Tokeneke, lo metí en el garaje y dándole unas palmaditas en el lomo, le dije que no se preocupase ya más.

Antes de acostarme, me entretuve pensando en Caramoor. El *Espíritu de la Contradicción* revoloteaba por la parte alta de la Smith House, verdadera antítesis de Caramoor. ¿Eran Meier y Rosen así de opuestos? Rosen murió antes de que Meier construyese nada, pero es fácil adivinar que la casa de sus sueños, esa que nunca llegó a construir, no se la hubiera confiado a Meier ni siquiera de forma gratuita.

Rosen, como Goethe, soñaba con “ese país donde florece el limonero” y Richard Meier, también como Goethe, demandaba “luz, más luz”.

Y yo entendía a ambos, tan incapaz de decidir como el asno de Buridan.



Caramoor

Alicia de
Larrocha

Leonard
Bernstein

Chevy
Montcarlo



Intermezzo IV

(El oráculo)

La idea de mandar tres billetes de avión no sirvió para nada. En la primera visita a mis hijos pude averiguar que su madre había canjeado los billetes por dinero para contribuir a los gastos de la comuna. Tampoco dejaba que me visitasen en América porque su abogada le aconsejaba que no lo hiciera, ya que las leyes americanas podían hacer que no pudiera reclamarlos, una vez en territorio estadounidense. Así que era yo quien acudía a verlos en Dinamarca. Los recogía en la comuna y me los llevaba a comer en un restaurante, antes de adentrarnos en los parques. Observaba cómo iban creciendo y me impresionaba, sobre todo, el modo protector de Lars hacia el pequeño David. En aquellos encuentros yo sentía grandes deseos de hablarles de la Smith House. Al igual que Richard Meier había diseñado un tobogán para Dagny, así también yo tenía claro que las habitaciones de la planta alta de la Smith House eran para ellos. Pero como no estaba seguro de poder convertir ese sueño en realidad, me contentaba con

gozar de su compañía y que al volver a la comuna hablasen solamente de lo bien que lo habían pasado conmigo.

En el viaje de vuelta a América, me sumía en pensamientos sobre el origen de mi desventura, que yo situaba en un día concreto, antes de conocer a su madre. Una llamada telefónica a cierta ursulina había turbado mis pensamientos durante años. “Siento decirte que me caso”, fue cuanto me respondió. Hasta ese momento yo había columbrado la convicción de que mi vida solo tenía algún sentido si el que se casaba con ella era yo y, por el contrario, se trataba de un error de la Naturaleza, si prefería a otro.

Después de siete años de aquel funesto aviso, ¿era la mía una vida vacua? No del todo. Cada acontecimiento, bueno o malo, se encadenaba al siguiente, también bueno o malo, de manera que, si eliminabas los malos, también desaparecían los buenos. Como en la extraña vida de Iván Osokin, sin los desdenes de la ingrata no habría Lars, ni David, ni yo estaría viviendo en la Smith House. Si...pero.

Solitario en la casa Smith, a veces meditaba frente a la chimenea, fijándome en la extraña pieza que Meier había colocado, como adorno compensatorio de tanta blancura. Parecía africana, como recuerdo de un viaje. Yo la consideraba un objeto de culto, una representación de la semilla, siempre impura, de la belleza que la rodeaba. También podía ser un oráculo como los bronce indios de la casa del mago ruso. “Todo puede hacerse retroceder, pero de nada servirá”.

Retroceder...Recordaba mi excitación al subir al piso donde la ursulina vivía en 1952, llamar al timbre y encontrarme con su madre sin saber qué decirle. Me sonrió, me dio una foto de su hija y me acompañó suavemente a la puerta.

Los tres billetes inútiles ofrecían curiosas semejanzas con aquella fotografía. El oráculo de la Smith House era menos pesimista que el mago ruso. “Todo puede hacerse retroceder” -me dijo- “y el azar decide unas veces a favor y otras en contra, pero nunca es lo mismo”. Su respuesta me alertó. Había que volver al punto decisivo de mi vida anterior y situarme allí de nuevo, de manera que el azar pudiera encontrar la oportunidad de intervenir.

Casi veinte años más tarde volví al piso y volví a ver a su madre. Me dijo que el matrimonio no iba bien y dejó caer algunas noticias de su hija, entre ellas que acudiría a un congreso de farmacéuticos en Tel Aviv.

De vuelta a la Smith House, el oráculo no parecía sentirse culpable. Mientras unos leños se consumían de forma fatua bajo su peana me atreví a insinuarle que Ouspensky tenía bastante razón. “Todo puede hacerse retroceder, pero de nada servirá”. No se inmutó. Elevé el tono: “¡De nada ha servido, maligno! ¿me escuchas?”

“Tal vez deberías sacar otro billete” fue su contestación.

.....

Aterrizó el avión en Tel Aviv y entraron en la cabina varios soldados que procedieron a pedir documentos antes de autorizar el desembarco. Pedí al taxista que me

llevase a un hotel céntrico. El congreso estaba en su tercer día. Allí me informaron del hotel donde se alojaban los españoles. Acudí al punto y entablé conversación con el conserje. Efectivamente ella dormía allí, pero pasaba todo el día ausente. Al parecer bien acompañada por un catedrático de la Universidad de Tel Aviv, que la recogía y devolvía al hotel.

En la habitación del mío medité sobre lo ilusorio de mis impulsos, cada vez que intentaba un acercamiento. Quedaba el consuelo de presentarme ante ella, decirle la verdad y despedirme. A la hora del desayuno del día siguiente aparecí en el comedor de su hotel. Le conté por qué estaba allí, sin rodeos. “Lo siento, pero hoy viene un profesor a buscarme”. “¿Y no puedes dejarlo?” “Va a enseñarme la ciudad y estoy invitada a su casa” “Voy con vosotros, di que soy tu hermano” Su mirada me recordó la de su madre, veinte años antes.

Él hablaba mientras conducía un Volkswagen escarabajo, amarillo; ella miraba mucho por la ventanilla de la derecha y yo iba detrás, un poco echado hacia adelante para verla de perfil.

La casa del catedrático era de una sola planta, a las afueras. Tenía una terraza cubierta, a ras de suelo, con una mesa y sillas donde sin duda íbamos a comer, protegidos por un pasamanos a modo de baranda. Su mujer estaba de mal humor, en parte por tener un invitado inesperado y en parte por tener una invitada indeseada. Se levantó para ir a la cocina y un minuto después yo hice lo mismo. Fue un acto instintivo y los dos sentimos que habíamos puesto un poco de acidez en la dulzura del momento que vivían los otros dos.

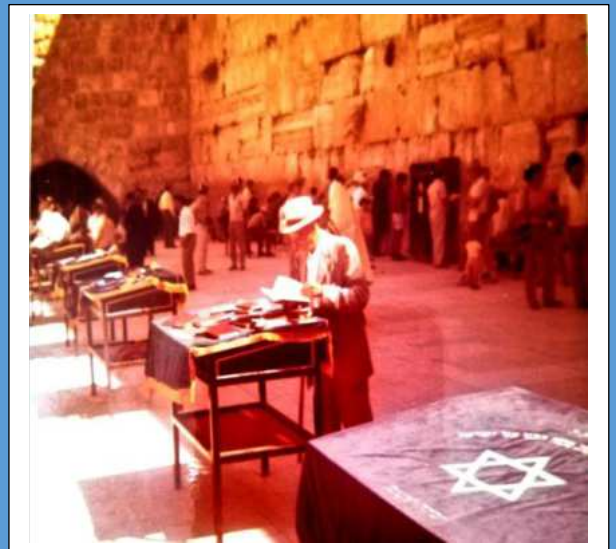
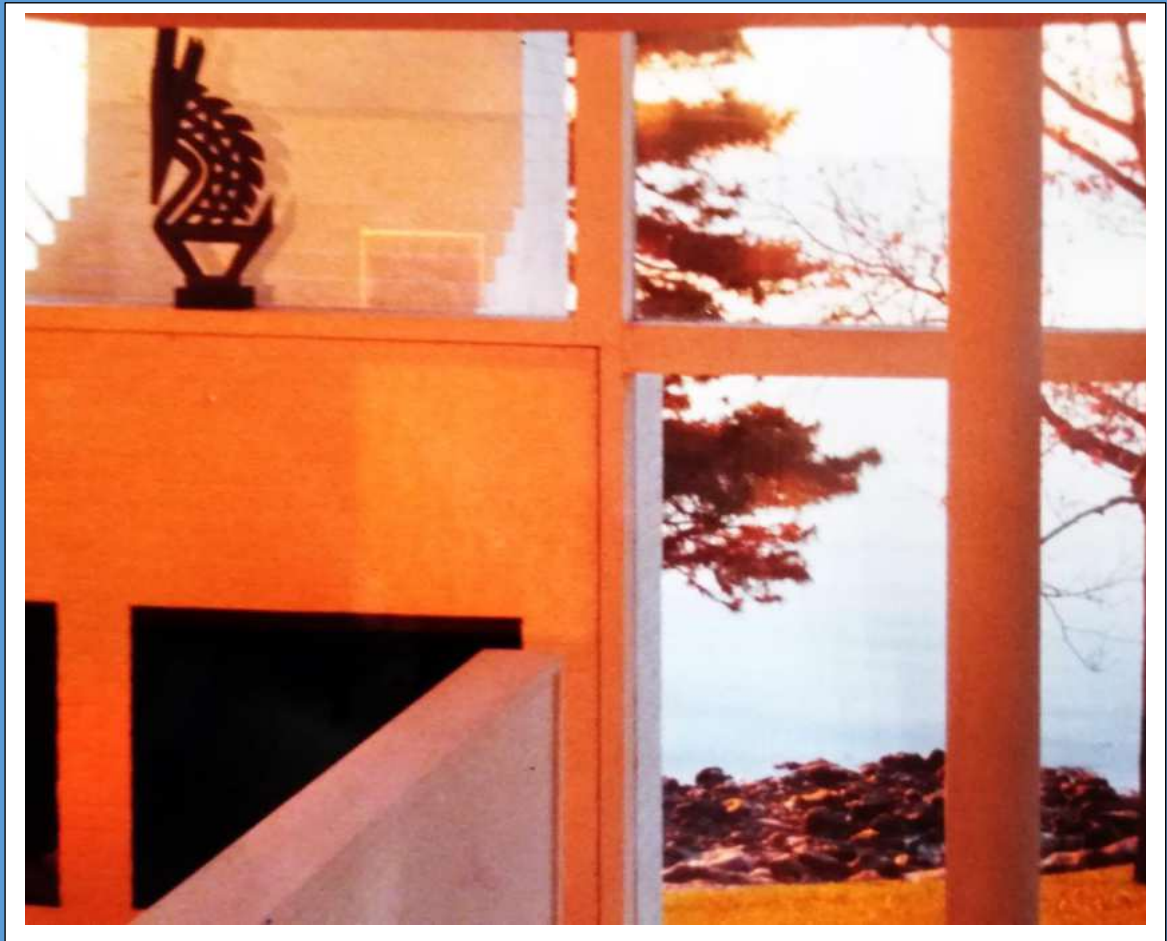
Con un poco más de igualdad, el almuerzo fue agradable para todos. La sobremesa, sin embargo, parecía el acto tercero de una comedia a la que faltaba el cuarto para saber cómo iba a terminar. Se suponía que el profesor devolvería los dos hermanos a su hotel. Pero, a mí, ese final me resultaba inaceptable, y, de pronto me levanté mirando el reloj y dije en español: “Nos tenemos que ir”. Los anfitriones se volvieron hacia ella, extrañados, buscando traducción. La cogí de la mano repitiendo “Nos tenemos que ir. ¡Vámonos o llegaremos tarde!”.

No recuerdo cómo, yo iba conduciendo un coche alquilado y ella me miraba divertida. Aquello, parece ser, le hacía mucha gracia. No paraba de reír por cualquier cosa. Yo, que había empezado sin ver el lado cómico, empecé a contagiarme. “¿A dónde vamos?” me preguntó. “No sé” contesté, “Creo que al lago Tiberíades, donde los milagros”. Sonrisa. “O al monte Carmelo, por la noche oscura del alma”. Silencio.

Junto al lago nos encontramos con españoles del Congreso, que hacían turismo y nos escabullimos de su mirada...suponíamos que la habrían echado de menos en las reuniones. Luego coincidimos también en Jerusalén, en Haifa, en Jericó, en el Mar Muerto y en Belén. Verlos tan obedientes, mientras escuchaban, nos producía hilaridad porque imaginábamos que algunos estarían comentando la extraña desaparición de la farmacéutica favorecida por el catedrático. Frente al muro de las Lamentaciones me atreví a escribir en un papel una sugerencia para mi futuro. Ella no quiso pedir nada.

Días más tarde estábamos en Roma, en un apartamento cuyas llaves, mi amigo de Rank Xerox, Luigi Pellegrini, había accedido a prestarme, emulando a Jack Lemon. Llovía estrepitosamente en la vecina Piazza del Popolo. *Too much rain falling*; había anticipado Carole King en 1968. *Non scordarti di me*; repetía Iva Zanicchi, a la vuelta de Israel. ¿Habían sido premoniciones de la Smith House?

A mi regreso de aquel éxodo, corto y tan largo, el oráculo de Meier me observaba atentamente. ¿Qué tal? parecía inquirir, aunque no necesitaba respuesta. ¿Qué tal? pregunté yo, algo cohibido. La extraña figura parecía mirar hacia arriba y volví la cabeza. ¿Vuelves solo? Cerré los ojos. La imagen de Lars, con su brazo alrededor del hombro de su hermano, protegiéndolo, se interpuso e hizo esfumarse la visión.



Oráculo Ursulina Muro de las Lamentaciones

Capítulo IX

La villa de Bette Davis

Recibí una llamada de Carole Smith, diciéndome que se había divorciado. En su acuerdo con Federick a ella le correspondía la casa de Contentment Island, por lo que me pedía que le dijese cuando podría disponer de ella. Colgué el teléfono y me puse a cantar para no llorar. Me imaginé viviendo en el Holiday Inn y se lo conté a Jack y Liz Thomas, que acababan de llegar de Europa. Todavía estaba en la casa de Richard Meier cuando me llamaron para ofrecerme un *pied a terre* en la casita del jardinero de la villa donde vivían. Luego me enteré de que aquella mansión colonial blanca, llena de ventanitas verdes con persianas estilo veneciano pertenecía a Bette Davis, su patrona.

Pier way landing

Encontrar algo parecido a la Smith House era imposible. La misma inmobiliaria se puso a buscar y la misma señora se presentó una tarde diciendo que tenía la casa perfecta para mí. Cuando la vi le dije que ya la conocía de llegar hasta ella en barco. Era verdad, ya había

navegado desde la Smith House hasta *Pier way landing* y subido la escala del prolongado embarcadero que se sustentaba en pilastras de madera y llegaba hasta la casa. El dueño se llamaba John Van Rensselaer. Le pregunté si aquella larga construcción de madera sobre la ría Saugatuck era parte de la vivienda. Me preguntó “Claro. ¿Le gusta la vela?”

John Duerden

John y Wendy tenían unos vecinos argentinos poseedores de un barco de vela. Para no fastidiar, yo procuraba hablar poco o nada en español cuando salíamos a navegar en la ensenada de Long Island. John se empeñó en enseñarme cómo hacerlo. Era muy paciente y aprendí lo bastante para atreverme a comprar uno para mí solo.

El Cape Dory Typhoon.

En New Port, Rhode Island, me topé con un lobo de mar fumando su pipa y sentado al pie de una oficina del puerto. Me vio algo perdido y hablamos. “¿Interesado en comprar un barco?” “Lo estoy pensando” Como era evidente que ya lo había pensado, me dio el siguiente consejo. “Antes de firmar nada, vete a una carnicería buena y averigua el precio de la carne más cara que tengan. Si la libra del barco elegido es más barata que la libra de esa carne, no lo compres”. La libra del Cape Dory Typhoon era algo más cara y lo compré. En invierno los barcos no podían permanecer en el agua. Había que vararlos y enfundarlos. Limpiando y pintando los cascos en primavera se hacían amistades. Mi vecino de estribor era más parlanchín que el de

labor. Para hacerse el simpático me habló de un amigo de su padre que había tenido muchos yates y ninguno le había hecho tan feliz como el pequeño Cape Dory, igual que el mío. “Sería por ser el primero” comenté.

Flavin huye

La División Internacional de Joe Flavin no acababa de cuajar. El negocio europeo crecía demasiado rápido y dejar todo ello en manos de una División infradotada tenía dos problemas a) Flavin se quejaba de falta de recursos y b) a los demás vicepresidentes no les gustaba tener que pedirle aprobación para todo. A ello se añadía que Joe, que venía de IBM, era un rival ambicioso. De haber visto que Xerox tenía un futuro brillante, tal vez se hubiera conformado con lo que tenía, pero Joe fue el primero en adivinar que la estrategia de Xerox iba por mal camino. Así que dimitió. Se fue a presidir la compañía de máquinas de coser Singer, que sufría pérdidas por obsolescencia, y la convirtió en una rentable empresa aeroespacial. Para los que permanecemos, aquello suponía tener que ser recolocados. Sin Flavin, para mí, la ilusión de trabajar en Xerox ya no era la misma. Y además me había quedado sin protector, esa figura que las multinacionales han copiado de los conventos. En Madrid lo había sido Sargisson. En Londres Mike Hughes y en América Joe Flavin, por un breve tiempo.

El mundo sin papel

Habitaba uno de los despachos de la oficina de Stamford un eslovaco huido de los nazis. Su nombre: Paul Strassman. Ese despacho tenía de particular que en él

no había mesa, ni grande ni pequeña. Solo un primitivo ordenador personal y una cómoda silla. Paul oficiaba de *guru* de la compañía. Su misión era pronosticar el futuro de las tecnologías aplicadas a la reproducción de documentos. Había vaticinado que el mundo se encaminaba a una “Sociedad sin papel”.

Directrices

Al desmantelarse la División internacional, este que escribe fue recolocado en la de Planificación, que recuperaba su autoridad sobre Rank Xerox, Fuji Xerox, Xerox de Canadá y Xerox Latinoamericana. Mi misión seguía siendo gestionar la planificación a largo plazo de estas cuatro divisiones. Evidentemente no podía decirles que se olvidasen del papel. Los planes eran por siete años y el papel gozaba todavía de buena salud. En cambio, a la vuelta de la esquina acechaba una mala noticia.

El fin del monopolio

Lo único seguro era que la patente del invento caducaba en 1976. Y los últimos años de los planes empezaban a superar esa fecha. Me acordé de la huida de Flavin y empecé a sacar el tema a relucir en mis conversaciones con mi nuevo vicepresidente Donald W. Pendery. Había dos estrategias enfrentadas: a) la de Palo Alto que coincidía con Strassman y abogaba por el ordenador personal ó b) la de Rochester County, donde los más veteranos de Xerox seguían empeñados en fabricar copadoras cada vez más cercanas a la imprenta, incorporando lo aprovechable de California. En ambos casos el hecho de que la patente xerográfica caducase no

tenía importancia. Para el ordenador personal no hacía falta. Para las máquinas que se proyectaban a gusto de Rochester, serían tan complejas y adelantadas que lo de menos era que fueran xerográficas.

Big is beautiful

En Rochester se sentía aversión a lo pequeño. Grandes productos, para grandes clientes...y grandes facturas. Yo no podía evitar recordar mi frustración cuando apareció la 813, una copiadora que llamaban pequeña. De pequeña tenía poco. Lo que Xerox precisaba, pensaba yo, era una *verdadera* copiadora pequeña, buena y barata. Esa estrategia también era una respuesta eficaz al fin del monopolio. Justo lo contrario de la ortodoxia rampante.

El japonés tranquilo

Visto que Pendery no se decidía a apoyar la opción abiertamente, opté por buscar un aliado en la División japonesa. Entre mis funciones no estaba la de negociar alianzas, ni siquiera sugerirlas al presidente Archie McArdell, recién nombrado por la muerte de Peter MacColough. Pero tenía en mis manos una herramienta que podía ojear la caza hasta ponerla a tiro de escopeta. Al terminar una de las largas presentaciones de Fuji Xerox, me acerqué a su especie de embajador, Yotaro Kobayashi, y le pregunté qué información tenía Fuji sobre otras compañías japonesas que estuviesen planeando hacer copadoras como las de Xerox. Me dijo que trataría de informarse, pero nada más supe de él. Pensé que tal vez había herido su patriotismo. Al año siguiente se repite la escena, transcurre la reunión como

si nada y, al terminar, Tony sacó de una cartera un listado de ordenador de muchas páginas. Me dijo “Toma, Luis, no es ningún secreto. Es información pública”.

La casa

Aunque la señora de la agencia me aseguró que la casa que me iba a enseñar se parecía mucho a la Smith House, la segunda era blanca y la primera negra. El parecido estaba por dentro: en que tenía columnas blancas y niveles sin tabiques, con un espacio central abierto. A diferencia de la casa Smith, sin cortina alguna, la de van Rensselaer estaba protegida del sol con estores blancos giratorios. El interior semejaba a una enorme pajarera, invitando a saltar de un nivel al otro. Antes de llegar, se pasaba frente a la casa de Carol Chambliss, que podía ver mis entradas y salidas desde casi cualquier ventana.

María Eugenia

Se me hace más real, llamándola por su nombre, que por el hecho de ser mi madre. ¿Es correcto expresar los sentimientos con frases cariñosas, gestos, caricias, abrazos? La respuesta es no. No en los palacios, no en las embajadas, no en los monasterios y no en Castilla, región del mundo de donde salió el código que adoptaron todas las cortes europeas. ¿Entonces? Entonces los amores han de manifestarse con obras, favores, regalos, invitaciones.

La Boheme

A María Eugenia le pasaba como a mucha gente con la música de la Boheme: que por fin la historia no era disparatada. Dice Rodolfo, el poeta: *¿Y cómo vivo? Vivo.* Además, la primacía de lo melódico facilita el recuerdo. Así ocurre con el arranque de *Me llaman Mimí*. En modo segoviano, invité a mi madre a oír esa ópera en el Metropolitan, para lo cual era inevitable tener que desplazarse a América.

Un desmayo

Yo era feliz y en el intermedio quise demostrarlo saltando de mi fila a la de atrás por encima de las butacas. Me pasó lo mismo que una vez jugando (mal) al tenis con mi amigo Domínguez cuando pretendí superar la red de un brinco. Que me caí. En el Metropolitan me levanté enseguida y mi madre y yo salimos al refectorio buscando celebrar nuestra velada con oportunas copas de champagne. Entonces algún espíritu burlón se apoderó de mi cuerpo y me desvanecí, cayendo al suelo fulminado sobre la alfombra roja, justo debajo de una amenazante lámpara de cristal que no cejaba de lucir, por lo que cerré los ojos. Cuento esto lamentando el breve susto de María Eugenia y también por ser trivial. Fueron sólo unos segundos. Volví en mí y volvimos los dos muy divertidos a nuestras butacas a seguir oyendo la triste historia de Museta y Mimí.

Ecce me veniens

Dos horas antes me preguntaba ¿Es verdad lo que me está pasando? ¿Hay algo que pueda ocurrir que lo impida? Me frotaba los ojos, me daba pellizcos en la

cara. El coche estaba preparado, el depósito lleno, me sabía la forma de llegar al aeropuerto de Kennedy sin perderme, la manilla del segundero seguía avanzando... Dos horas después, la ursulina estaba en casa deshaciendo su maleta. Sacó dos palomas blancas, tamaño natural, hechas de algo parecido al papel. Y una cometa. Desde lo alto del segundo piso la veía en la playa mirando al cielo y jugando con su cometa, que parecía quejarse del hilo que la retenía e impedía volar en libertad.

Barba Azul

En Connecticut nadie cierra las puertas de las casas y los vecinos pueden acercarse en cualquier momento, aunque procuran ser discretos y no molestar. Dos días después de la llegada de la ursulina, Carol Chambliss apareció sonriente y me dispuse a hacer las presentaciones. Los tres estuvimos sentados en el salón conversando con alguna dificultad por el idioma. También apareció Carol Hurley, con su hija pequeña. La misma ceremonia de hospitalidad y pequeñas confidencias. Ambas Carols mencionaron estar divorciadas. Desde entonces la ursulina, siempre que se refería a la casa, la llamaba el castillo de Barba Azul.

Los sonetos

Me miraba divertida, como observando un caracol después de la lluvia o un cachorro que empieza a andar. En ningún momento se sintió incómoda o sin saber que hacer. Hablando de los sonetos que yo le había escrito, decía que le parecían muy tristes, y que esa tristeza “tal vez se debía a un exceso de hormonas”. La observación

no era lo más romántico que he podido oír, pero si uno se pone a escribir memorias sin mentir, ha de estar dispuesto a reconocer algunos sobresaltos.

Nueva Orleans

Tuve una idea genial. “¿Por qué no vamos a tomar café a la calle de las Ursulinas en Nueva Orleans?” “*Pourquoi pas?*” contestó ella. Primero en tren a Nueva York, luego en avión a Atlanta, luego en autobús a Nueva Orleans y luego en crucero por el Mississipi. En la calle de las Ursulinas está lo que fue convento y hoy es una réplica del antiguo edificio en el Barrio Francés. Las ursulinas de verdad están en el Centro. En aquellos momentos de paseos y asombros compartidos, me dije que *el tiempo debía detenerse*.

En la ría de Saugatuck

El tiempo no se detuvo. Cuando volvimos, organizamos algunas pequeñas travesías por Long Island, acompañados por John y Wendy Duerden. También navegábamos los dos solos. Feliz ¡oh tú! Cape Dory Typhoon que la llevaste abordo, feliz el timonel, felices las aguas que acogisteis el pequeño barco y, sobre todo: feliz el débil viento que movía todo aquello con cuidado de sacerdotisa.

El adiós

Llegó el día del adiós. Las dos palomas blancas se quedaron conmigo. Cuando volví del aeropuerto y abrí la puerta de la casa me pareció que entraba en una cárcel. Me propuse pedir la anulación del matrimonio

con Lene. Le escribí una carta muy pensada, para no herir su autoestima innecesariamente.

El divorcio

Ignoro qué pensó al recibirla. En su contestación decía no poder admitir el no haber estado casada conmigo y que en Dinamarca lo que existía era el divorcio. Estaba claro que sin divorcio no iba a haber anulación. Como yo estaba dispuesto a decir que sí a lo que me pidiera su abogada, el divorcio fue rapidísimo. Una vez conseguido, Lene se negó a conceder la anulación. Antes de casarnos habíamos firmado un documento que facilitaba la libertad, pero lo guardaba ella, yo sólo tenía una copia. El cura del convento me dijo que tratase de convencerla.

Desarraigo

Sin la ursulina, *Pier Way Landing* era una tumba. Mejor cambiar de casa. Buscaría un amarre para el Cape Dory. Mis amigos los Kauffman me dijeron que lo de alquilar vivienda era algo muy raro en Connecticut y que mi banco estaría encantado de financiar lo que le propusiera, en línea con mi sueldo. Tenían razón, había muchas más casas en venta que en alquiler y el banco sabía casi tanto de Xerox como yo mismo.

La ley seca

Hay en el condado de Fairfield un lugar que los ajenos llaman despectivamente *los palos*, cuyo verdadero nombre que es *Whipstick*, palo de látigo. Los residentes votaban una vez al año si decidían o no abolir la ley seca, y siempre el resultado era mantenerla. O sea: que allí no

podía haber restaurantes, ni hoteles, ni supermercados. Justo lo que se pretendía. Aquello era un bosque muy cerrado y las pocas casas quedaban ocultas bajo los árboles. De noche no había farolas, ni otra luz que la lunar iluminando senderos muy estrechos. Todo muy *spooky*, que significa *algo que da miedo y que atrae y fascina a los niños* (no busques otra traducción).

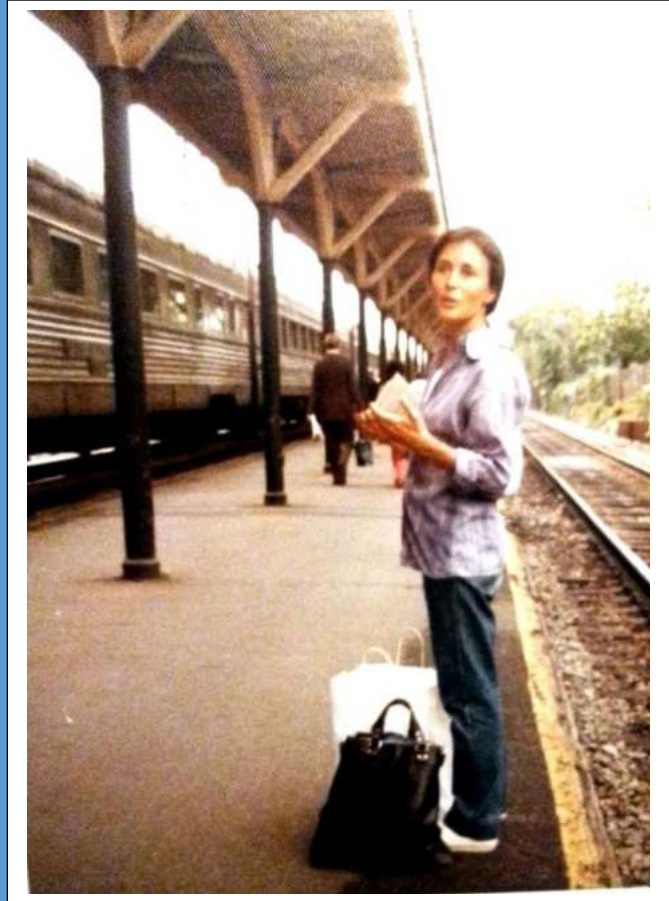
La propietaria llorosa

Cuando me enteré de lo que acabo de contar, pedí a mi agente que me adentrarse en el bosque de Wilton sin demora ni prejuicios. Ver la casa de Antler Lane y recordar la Smith House fue cuestión de segundos. Sus dueños eran una pareja joven y simpática. Me explicaron cómo había surgido la idea de la casa en medio del bosque. Primero fue la chimenea: de piedra, cuadrada, enorme, que ascendía imponente como un monolito. Tenía un espacio reservado a la leña, siempre visible, como preparada para “el oficio divino”. Por fuera era de color verde óxido, incluida la techumbre. Las estrechas escaleras permitían subir a una especie de colmado, donde estaba el dormitorio principal, con un hueco para otear el conjunto a media altura. Detrás de la chimenea, invisible desde arriba, y siempre con vistas al bosque, quedaba un espacio, que mentalmente reservé para el *Chickering*, un piano de cola del que hablaré más adelante por su importancia en la venida al mundo de mi primer nieto. Ya dije que los dueños de la casa eran jóvenes. Él había sido destinado a la costa Oeste con una buena oferta. Miré la cara de ella cuando me lo estaban contando y vi que sonreía, pero que tenía los ojos empañados de lágrimas. “No os preocupéis” les

dije “Yo me quedó aquí y os la reservo para cuando volváis”.

Otro divorcio

Los Duerden conocían a la ursulina del día que navegamos juntos y me preguntaban por ella. Así se enteraron del divorcio y así se enteró toda la Compañía. Hasta entonces la versión oficial era que Lene no quería vivir en Estados Unidos, una enfermedad mental muy conocida y disculpada en América. Lo del divorcio era otra cosa, peor en aquellos tiempos. Noté que ya no me invitaban a sus casas. En una cena donde se reunieron varios matrimonios ingleses, entre ellos John y Wendy Duerden, algo ocurrió. Wendy debió beber más de la cuenta y sus sentimientos dejaron de ser ocultos. Los Duerden acabaron divorciándose. Nadie volvió a ver nunca a la pobre Wendy.



Capítulo X

Las ardillas

Mis primeras compañeras en Antler Lane fueron las ardillas, y de noche los mapaches. Las ardillas me despertaban armando gran escándalo por el techo de madera. A los mapaches los oía vaciando el cubo de la basura para ver qué encontraban que les pareciera interesante. Por más que trataba de ponérselo difícil, ellos siempre se las arreglaban para quitar la tapa y tumbar el cubo. Tenían una cara divertida, parecida al oso panda, con grandes bigotes blancos. Eran noctámbulos y evitaban a los humanos. Las ardillas, en cambio, paseaban muy cerca de los cristales. Yo me divertía observándolas esconder frutos pequeños para cuando nevase. Por último, a veces se podía ver, y lo que es peor, oler, alguna mofeta despistada.

Lars y David

El divorcio tuvo un primer efecto benéfico. Visto que me había portado bien en todo, especialmente en lo referente a la partición de bienes, la abogada aconsejó a Lene que permitiese que me visitaran en Connecticut.

Me acuerdo de mis peregrinaciones a comprar sábanas y almohadas tratando de elegir lo más alegre posible. El Cape Dory había sido madre soltera (los barcos anglosajones son femeninos) y le había nacido un *dinghy* que se ofrecía a bajarnos a tierra en las excursiones por Long Island. Sin olvidar aquí las humildes pistolas de agua.

Hughes versus Allaire

Mientras estas agradables cosas ocurrían en Whipstick Road 165, a las oficinas de Stamford llegó proveniente de Londres un cuarteto compuesto de dos amigos y dos enemigos. Los amigos: el caballero Michael Hughes y su escudero Dave Catanneo, uno de mis ex subordinados. Ambos creadores de riqueza y tolerantes. Los enemigos: el caballero Paul Allaire y su escudero Hanfried Haedeler, financieros e intransigentes. Yo hubiera preferido que se hubiesen quedado en Euston Road y me dejaran seguir siendo el único expat en América. *¿Mais, quoi pourrait-on faire?*

Con las azafatas

Lars y David tenían que volver al colegio. Los días en América pasaban siempre demasiado rápidos. Yo los llevaba al aeropuerto y quedaban encomendados al cuidado de las azafatas de Scandinavian, que les ponían distintivos con sus nombres. Pese a la amabilidad de ellas, había algo de patético en aquellas escenas de despedida. Eran todavía demasiado pequeños para que la separación de su padre no dejase una herida difícil de cicatrizar. No sé lo que pensará Lars. En el caso de David, aún sigue abierta.

La casa vacía

Mi existencia ha conocido una frecuencia de retornos a casas vacías mayor de lo habitual. En la de Whipstick, los juegos y risas dejaron de oírse y todo se volvió demasiado serio y taciturno. La casa empezaba a parecerse a su dueño.

Una vista inesperada

Telepatía o coincidencia, el hecho es que mi madre anunció que estaba dispuesta a volver a visitar América, esta vez acompañada de la mujer de Alejandro, Pili, aclarando en su carta que se habían hecho muy amigas. Mi madre se acordaba de Carol Chambliss, la vecina de Pier Way Landing con quien se entretenía mientras yo trabajaba. Se alegraron ambas de volverse a ver. Nos reuníamos los cuatro en Antler Lane y su compañía me repuso de una depresión incipiente. Poco tiempo después, la madre de Alejandro, Juanita, que había visto con malos ojos la escapada de su nuera, insistió en repetirla con ella misma de protagonista.

Mis vecinos

Al día siguiente de llegar mi madre a casa, la presenté a mis vecinos de Antler Lane. David y Mary McCue eran una pareja joven, con niños, servicial y acogedora. Los límites de las propiedades solo estaban claros en las escrituras. Sobre el terreno daba igual. La única responsabilidad con las compañías de seguros era quitar la nieve del camino que tuvieran que usar los carteros o cualquier otra persona que pudiera caerse y romperse algo. María Eugenia, mi madre, se hacía apreciar fácilmente y los vi reír juntos, a pesar de la dificultad del

idioma. Con Bob y Liz Perry podían entenderse en francés. Su casa estaba algo más baja y en dirección opuesta. No tenían hijos y por eso vivían en una casita de muñecas, con muebles muy antiguos y pequeños, y en la que todo detalle estaba muy pensado y era objeto de conversación. También los Perry se hicieron amigos de mi madre, y de Pili Ramírez y de Mercedes Rico, la diplomática que vino a verme un par de veces. Y ahora recuerdo algo sobre Bob y Liz que merece párrafo aparte.

El Triumph Stag

Después de dos o tres visitas a la casa de muñecas, Bob sintió que ya tenía bastante confianza para decirme que si quería seguir siendo amigo suyo tenía que vender mi coche. Les dije que su furgoneta hippie me traía malos recuerdos. Nada. En aquellas fechas retornaba a Londres el simpático y muy británico John Marlow, que se había traído de Inglaterra un Triumph Stag descapotable, amarillo melocotón, con capota negra como el carbón. Esta vez, pensé, Bob y Liz estarán orgullosos de su vecino. Sentí el sacrificio del Montecarlo, que había sido compañero leal en mis mejores y peores días. Fui merecidamente castigado. El bello Triumph se estropeaba continuamente. Llegué a hacerme amigo del hombre de la grúa y de todos los técnicos del taller autorizado. No hubo pieza que no se precisase traer de Inglaterra. Desesperado, me compré un Golf Rabbit, blanco como los conejos. Puse en venta el Stag. Acudió un chico joven que me dio pena. Le advertí que el coche era una ruina. “¿Pero funciona?” “Ahora sí” “Entonces lo compro” “No te lo aconsejo”

Pero, era tarde, se había enamorado. Y quién sabe, tal vez fueron felices.

Felipe

El 20 de diciembre de 1973 Felipe de Borbón tenía 26 años y la faltaba un mes para cumplir 27. ¿Por qué digo esto? Porque ese día los dos estábamos tranquilamente sentados en dos plazas del vuelo de Nueva York a Madrid, yo un poco más cerca de la cabina de los pilotos y el en un asiento lateral dejando libre el de la ventanilla. Una azafata iba repartiendo pequeñas agendas de cuero, como regalo de la compañía. Abrí la mía y viendo las páginas tan blancas me levanté del asiento y me dirigí al príncipe. “Alteza, hoy es mi cumpleaños y me gustaría que me firmase aquí” “¿Cómo te llamas?” “Luis” Y escribió: *Feliz cumpleaños, Luis*, firmado: *Felipe*. Al bajar del avión un breve saludo de reconocimiento.

Los pantalones de Jens

Era piloto de Iberia y amigo de mi hermana Piti y también de mi madre. Persona de innata elegancia subrayada por algunas manías. Una de ellas era despreciar a los americanos. Hacía la ruta Madrid Nueva York, pero no salía de su hotel en Manhattan porque “no merecía la pena”. Finalmente aceptó venir a Fairfield County, sólo por ver como vivía y por no contrariarme. Una vez que lo tuve en mi poder, conseguí que visitásemos a mis amigos de la casita pequeña. Cuando advirtió que tenían aparcada al lado de la casa una furgoneta VW tipo hippie, puso cara de asco y estuvo por volverse. Finalmente entramos en la casita, Jens agachando la cabeza al entrar. Jens había pensado

que para venir a un bosque unos pantalones de pana eran indumentaria apropiada. Mientras charlábamos notó que Bob se fijaba en ellos. “¿Los has comprado en Suiza?” Era verdad. Pero lo mejor vino después. Jens preguntó a Liz y Bob por qué usaban una furgoneta en lugar de un coche. Aunque la casa era diminuta, al lado había un granero inmenso, como tres veces más grande. Invitaron a Jens a visitar el granero. Dentro desfundaron un Porsche Carrera y un Bentley Sedan. En una esquina advertí una Montesa modelo Cota. También recuerdo que Bob hablando de ópera, me aseguraba que la voz de Jaume Aragall era la más bonita. Bob era locutor de doblajes y anuncios.

La conversión de Hanfried Haedeller

El escudero de Allaire siempre me había caído antipático. Tratando de establecer puentes con el enemigo, ambos pensamos en conocernos mejor y salir juntos a tomar copas en algún restaurante. Me sorprendió la rapidez con que la barra del bar, vacía a nuestra llegada, se iba poblando de mujeres que aprovechaban cualquier excusa para hablar con Hanfried. Y su indiferencia, reminiscente de la del finlandés Karry en la piscina del Hotel Pinar. Hanfried sentía adoración por sus padres, me hablaba de ellos y los echaba mucho de menos. Vinieron a América dos días invitados en casa. Estaban orgullosos de su hijo y apreciaban a todo el que fuese amigo de él. Dejé de parecerme odioso. Averigüé que Hanfried Haedeler y Paul Allaire no eran dos personas distintas de un mismo dios financiero. Un día me dijo que le aburría Xerox y las mujeres americanas y que se iba. “¿A dónde?” le

pregunté. “A Brasil. A Copacabana” Para Hanfried, lo complementario era *El Sur*.

Problemas de tesorería en Xerox

Los ingentes gastos que suponía la investigación que precedió al invento de *Windows*, el fax, y sobre todo el ordenador personal, por un lado, y el mantenimiento de una fuerza de ventas de élite, por otro, obligaron a Xerox a pedir dinero prestado. Para contentar a los bancos, el vicepresidente financiero, James O’Neill, dudaba entre dos opciones: a) subir el precio de las copias o b) vender algunas de las máquinas. La pregunta fue dirigida a Donald Pendery, quien me encargó dar una respuesta fundamentada. Pregunté cuanto tiempo tenía, porque las Navidades se acercaban y pensaba pasarlas en España con mi madre. Pendery estaba de mal humor. Contestó que me olvidase de las vacaciones, también en América.

El resultado

Lo correcto era vender. Sonaba a blasfemia en muchos oídos, tal vez recordando la historia de la gallina de los huevos de oro. Pero ocurría que pronto aparecerían otras gallinas de huevos de oro distintas de las nuestras y, además, en realidad, los huevos no eran de oro, sino de papel. La decisión que se tomó fue empezar a vender poquito a poco, para contentar a todos.

Los japoneses impasibles

Mirando hacía IBM, Xerox no se daba cuenta de que por la puerta de atrás la amenazaba una verdadera invasión de máquinas pequeñas, tanto en ordenadores como en

copiadoras. Era ya urgente hacer frente al virus. Se precisaba una vacuna. Yo estaba pensando en un acuerdo con Fuji Xerox para fabricar copiadoras pequeñas en Japón. Hice un viaje a Rochester para que alguien experto me ayudase a convertir en unidades de producción los metros cuadrados de cada fábrica previstos en los listados que me había proporcionado Yotaro Kobayashi. Mis averiguaciones daban para una presentación en toda regla. Hablé con Pendery y se organizó el evento.

Presentación desafortunada

Tengo un vago recuerdo de cómo transcurrió todo. Me había prometido no hablar de elasticidad de la demanda ni de la ocupación del espacio vacío. Sabía que los ingenieros consideraban esos conceptos meras elucubraciones casi literarias. Opté por una terminología a medio camino entre lo militar y lo terapéutico. Mostré la evidencia de los listados con el sello de autenticidad. La certeza de que lo que saliera de esas fábricas iba a ser instalado en nuestros clientes. Máquinas como las nuestras y con seguridad más baratas...posiblemente no en alquiler sino en venta...Al ilustrar mis argumentos con transparencias, la sala estaba en penumbra. En otras presentaciones, el rostro de Bill Souders solía permanecer indescifrable. Sin embargo, en esta ocasión noté cómo giraba de lado a lado, leve per perceptiblemente. Al término, no hubo los consabidos elogios más o menos sinceros. Traté de oír lo que decían y sólo alcancé a escuchar comentarios despreciativos sobre los “japs”. Pearl Harbor no estaba olvidado. Paul Allaire se enteró y congratuló de aquel fracaso.

Pendery huye enfurecido

Debería esperar a contar en su momento lo que pasó después, pero no puedo resistir la vanagloria (vana gloria) de adelantarme. Tres hechos que vinieron a darme, ya muy tarde, la razón. Bill Souders se marchó de Xerox y fue sustituido por David Kearns, que venía de IBM y era conocido de Don Pendery. En 1983, Don se entrevistó con David para conciliar sus posturas sobre el futuro de Xerox. Gritos, portazo y salida de Pendery bufando del despacho de Kearns y de las oficinas de Stamford sin siquiera volver antes al suyo a recoger sus bártulos. Motivo de la discusión: Pendery le dijo a su colega que el barco de Xerox se hundía como el Titanic mientras la orquesta seguía tocando. Mantenía lo mismo que había dicho yo siete años antes. A los pocos días de huir de Xerox enfurecido, dice Strassmann en su libro, que Pendery murió “en extrañas circunstancias”.

Allaire adultera las cuentas

En 2002 La Comisión del Mercado de Valores consideró probado un delito de Paul Allaire y otros cinco consejeros de Xerox por fingir como reales eventuales ingresos futuros y esconder la verdad a los accionistas. Para evitar la prisión se aceptó permutar la condena por multa de 10 millones de dólares.

Fuji compra Xerox

Los pacientes japoneses han estado esperando a que Xerox se quedase sin blanca, mientras ellos engrosaban su tesorería hasta extremos que le permitieran destinar una pequeña parte al rescate del antiguo señor feudal. Cuando los acreedores ya estaban aporreando las

puertas de la vieja mansión, el modesto jardinero sacó de la bolsa suficientes monedas de oro para que los vociferantes se marcharan. La noticia hablaba de una “renovada gestión” y subrayaba la dependencia de los nuevos amos, al mencionar que las oficinas centrales estarían a partir de entonces en Minato, Tokio. Tenía yo razón.

Navigare necesse est

En tiempos de tribulación, nada mejor para apreciar la vacuidad de las preocupaciones humanas que perder de vista las costas del planeta y encontrarse sólo entre el cielo y el mar. Vivir no es necesario. En cambio, comprar un velero más grande, sobre todo si está diseñado por Sparkman y Olin Stephens, sí lo es. Parte de la culpa de la traición al Cape Dory la tiene un lugar llamado *La viña de Marta*, en la isla de Nantucket. Marta vivió en el siglo XVII, pero nunca hubo viñas en Nantucket y sí glicinias. Ideé la travesía con mi amiga Marjorie que vivía en Mystic y que pensaba, equivocadamente, que para llegar a la isla de promisión hacía falta un velero más grande. El viaje inaugural fue un desastre porque Marj se mareaba. Ella volvió a Mystic en tren y yo a Wilton cariacontecido por la venganza del Cape Dory.

Es mala

Recibí una carta de la ursulina diciendo lo bien que lo había pasado en América. Tan bien que se proponía volver. Había comentado la casa de Pier Way Landing con su jefe Carlos, director de los laboratorios Llorente, y estaba segura de que no me importaría que vinieran también él y su mujer Adela. Me importaba. Cuando vi a los tres en casa, charlando frente a la chimenea de

pedra, comprendí que Carlos se había enamorado. Adela me dijo “Así como la ves con esa cara de mosquita muerta...es mala”

El alemán errante

Hanfried me había encomendado velar por un compatriota (cuyo nombre no logro recordar ahora) hecho polvo porque no había podido convencer a su novia americana de casarse con él y vivir en Alemania. Antes de irse me la presentó y supe que era de religión judía y se llamaba Carol Sarabum. Volveré a hablar de ella en el siguiente capítulo. Al alemán le escribí renunciando al encargo, por la sencilla razón de que yo también tenía que regresar a Europa. Paul Allaire lo había decidido y así se lo hizo saber a Donald Pendery.

Los Pendery

Don y Joyce, habían mostrado curiosidad por la extraña pareja que éramos Lene y yo, formando parte de la colmena establecida en Londres. Fueron comprensivos conmigo cuando Lene volvió a Dinamarca, y hasta elogiaban la casa que Richard Meier acababa de plantar en medio de Long Island para escándalo de los propietarios vecinos. Pendery era un hombre tranquilo, que negaba con el silencio, que desdeñaba las conversaciones banales y guardaba sus opiniones cuando eran contrarias al consenso establecido. Me aconsejaba hacer lo mismo. No ser tan explícito, ser oportuno y decir lo que fuera con menos palabras. Desde que hube regresado a Londres, yo recibía puntualmente sus tarjetas en Navidad acompañadas de una carta. Don me contaba con ironía los acontecimientos del año en

Stamford y a veces recordaba mis esfuerzos. Joyce hablaba de viajes a Italia. Precisamente en 1983, cuando él dejó de existir, dejé de tener noticias de ellos.

El ordenador personal

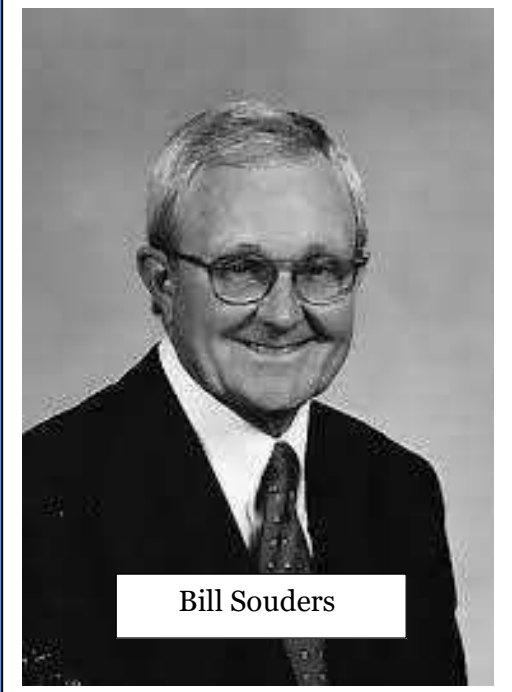
Archie McArdell fue el responsable de que Steve Jobs y Bill Gates se apropiasen la valiosísima tecnología de Xerox, mientras la atención en Rochester y en Stamford estaba mesmerizada por el deseo de superar a IBM en todo. En Xerox primaba el aforismo “Caballo grande, ande o no ande” en lugar del complementario “El perfume en botella pequeña se vende”. En agosto de 1976, justo el mes en que abandoné Connecticut, Archie tenía que decidir si aceptar la propuesta de Palo Alto de pasar a producción el prototipo de ordenador personal ALTO III, que mostraba poder sustituir con ventaja a los ordenadores de gran tamaño. Su decisión fue negativa. En ese histórico momento comenzó el imperio de Microsoft. Aunque Paul Strassman, ha escrito un libro tratando de justificar el disparate, la historiografía sobre el imperio de Bill Gates y Steve Jobs coincide en situar en ese momento el inicio del “robo” de la tecnología diseñada por Xerox en California. El desaliento de los investigadores propició su deslealtad y la fuga.

El regreso

En el departamento de Personal me dijeron que no tenía que preocuparme de nada. Y que les diera mis señas de Londres para enviar todo. Pero yo no tenía señas en Londres. “¿Puedo llevarme también un piano de cola?” “Sí, también” “¿Y un barco?” “Sí, también su barco”.



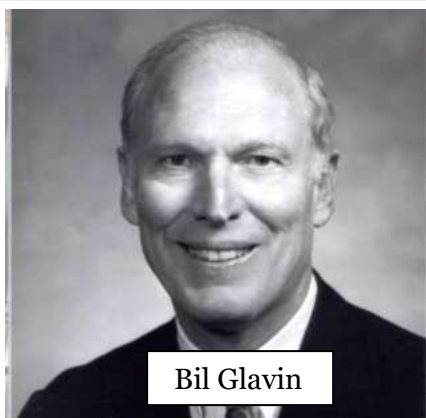
Archie McArdell



Bill Souders



Paul Allaire



Bil Glavin

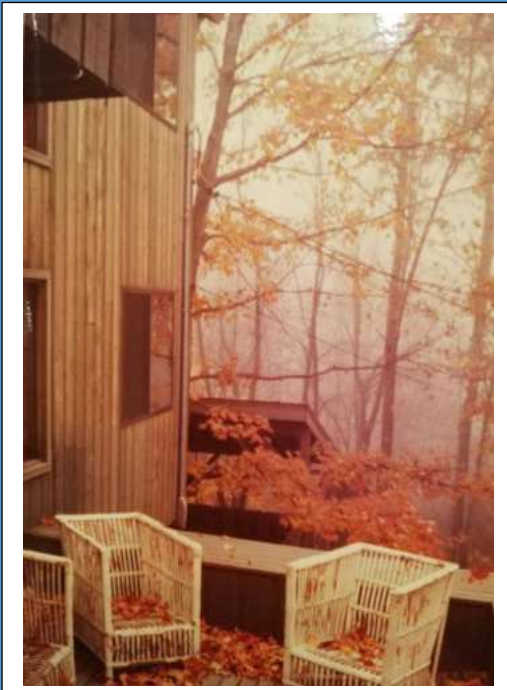
Tuvieron al alcance de la mano el ordenador personal en 1975



ALTO III



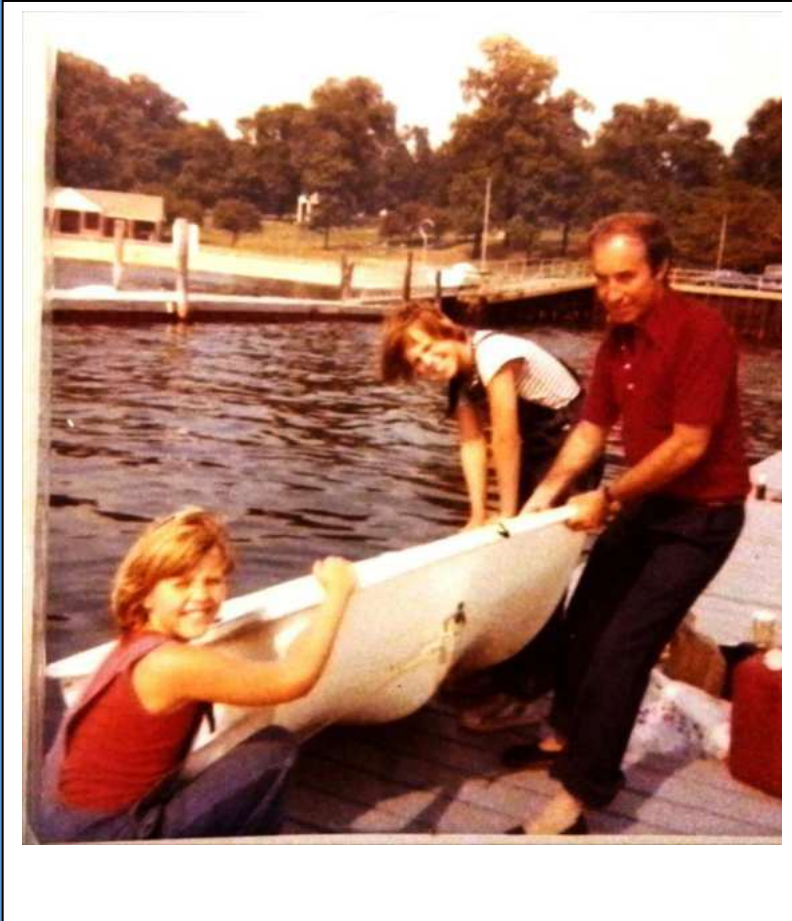
ALTO III



La casa de Antler Lane



Feliz Cumpleaños, Luis Felipe



Lars y David
en América





La ursullina en
América

Capítulo XI

Londres

Después de las divinas travesías en la tierra prometida de Nueva Inglaterra, lo que me esperaba en Londres era la neblina y la humillación. El malvado Allaire, en lugar de quedarse en América, parecía perseguirme y también él volvió a Londres, esta vez con plenos poderes. Lo primero que hizo fue ponerme a las órdenes de mi amigo John Duerden, que había sido mi subordinado antes de ir a América. Cuando llegué a Heathrow me dirigí a North End Road, donde vivía mi hermana Piti, con su marido Francis Earle. También ella se había divorciado de Jacques y había cambiado París por Londres. En medio de mi aturdimiento general era esperanzador ver y oír a mis guapos sobrinos Daniel y Emmanuel, con sus uniformes de colegiales británicos.

Raff

Además de un barco y un piano de cola, de América me había traído tres discos del músico suizo Joachim Raff. Raff era la antítesis de Mahler y de ahí su atractivo en

aquellos meses de mi vida. Músico curioso. Burgués como pocos, hijo de un prófugo, y trabajador con la persistencia de un reloj suizo, aparentemente poco se podía esperar de esa combinación de elementos tan impropia de Zarathustra. Componía para comer. Estaba a sueldo de Liszt, porque Liszt no sabía orquestar. Del mismo modo que en su día la admiración me impulsó a viajar a Viena y poner unas flores en la tumba de Mahler, esta vez la música de Raff hizo que me presentase en Lachen, viese la calle donde nació, volara luego a contemplar su casa de Weisbaden y rindiese tributo ante su monumental mausoleo en una esquina del cementerio.

Nuevo escenario

La estética de Weimar se había infiltrado en mi temperamento. Sentí que había dejado a un lado lo meridional o lo nórdico, para impregnarme de un romanticismo decadente, de raíces germánicas. Mucho que ver con este estado de ánimo tuvo el hallazgo de un lugar insospechado para vivir.

Cornwall Gardens

Es una plaza donde existió un mercado en el siglo XVII. En medio de los jardines se eleva un edificio singular que en su día fue mansión única. Como tal, tenía una escalinata de mármol de amplitud palaciega y una primera planta destinada a recibir visitantes ilustres y celebrar bailes donde se pudiera valsar furiosamente y sin miedo a tropezar con otras parejas. Para dar más sensación de amplitud, las paredes tenían estrechos espejos que se elevaban hasta la ornamentada

techumbre. Y para las escapadas escondidas del estruendo orquestal, balcones semicirculares frente al jardín donde musitar sentimientos exacerbados por el champagne y la música. En el centro, una chimenea de mármol luciría fuego menos íntimo que el de algunos corazones. “De acuerdo, lo compro”. Un dormitorio inmenso. Solo uno. Gran bañera recubierta de madera tallada, sobre una tarima enmoquetada para poder subir descalzo. En uno de los muchos anticuarios de Londres encontré un biombo de cuatro piezas, esmaltado en color oro y altísimo. Era la solución para dejar mi dormitorio a los invitados: situaría detrás del biombo un sofá que escondiese durante el día su faceta nocturna. “De acuerdo, lo compro”. Y lo compré. En seguida, invité a mi madre a que comprobase que el viejo Chickering había llegado felizmente a Londres

Poole

La marina del Real Club de Yates de Motor (RMYC) tiene de particular que, según las horas del día, se puede o no se puede llegar al barco. Las normas del club no permiten fumar en pipa en el salón de fumadores, ni que penetren en el recinto los chóferes. Cuando la marea está alta los veleros flotan airosos en espera de que aparezca a un costado el bote con el patrón. Cuando la marea baja, los barcos se tumban a dormir en el fango. No parece que eso importe mucho en el restaurante del club, porque sus miembros aprovechan los periodos de infertilidad para charlar y beber cerveza, con o sin gorras. La corbata es azul marino con rayas oblicuas rojiblancas. La corriente en la bocana, que tiene forma de canal, puede alcanzar 7 nudos en mitad de la marea, de forma que un velero

que haga 7 nudos permanece incapaz de avanzar o bien vuela a 14 nudos, según que pretenda entrar o salir en los momentos álgidos. Para complicar la cosa un poco más, en lugar de una marea al día, hay dos. Todo ello está muy bien explicado en un almanaque lleno de cifras. Antes de salir de Londres a navegar, es conveniente consultarlo.

La ruta desde Londres

Para ir a Poole se puede aprovechar la autopista de Brighton u optar por caminos más pintorescos donde comer o cenar antes o después de la aventura naval. Combinar el calendario de mareas con los horarios de los pubs, no es cosa sencilla. Bastantes veces llegaba (o llegábamos) a sus puertas justo cuando acababan de cerrar.

¿Qué hacía yo en la oficina?

Dado que una de mis funciones era supervisar la investigación de mercados en las empresas, pensé una forma sencilla de mostrar mi desacuerdo con las fobias y filias de Allaire. Ya dije que Paul prefería claramente Alemania y Francia en detrimento de España e Italia. Pedí que las subsidiarias me mandasen información detallada y plurianual de su población de máquinas, desglosada por modelos, número de vendedores, cuenta de resultados y balances. Luego repetí el mismo ejercicio con magnitudes macro de cada país, cuidando de seleccionar las mismas para todos. La comparación entre las dos nubes de puntos evidenciaba que RX España superaba las expectativas, mientras otras como RX Francia y RX Alemania estaban muy por debajo.

Mandé imprimir aquellas estadísticas, sin dejar una sola, en forma de un lujoso vademécum con cantos dorados, como si de una Biblia se tratase y lo adorné con banderas a todo color para cada país.

John Duerden perplejo

El pobre John posiblemente no fuera partidario de este tipo de *vendetta* por mi parte. Me dijo que había una explicación: Alemania y Francia sufrían una mayor presión de la competencia. “¿Cómo se sabe?” pregunté “Puedes verlo comparando las instalaciones de la competencia” “John, perdona, pero eso es un sofisma. La competencia abunda precisamente allí donde encuentra menos resistencia”. John tenía paciencia conmigo. Nunca agradeceré lo bastante que fue John quien me enseñó a navegar.

Luis Camino versus Roland Magnin

La pugna dialéctica entre francófilos e hispanos alcanzaría su máximo de fragor real y práctico entre los liderazgos europeos de Luis González Camino y Carlos Pascual, por parte española, frente a Roland Magnin y su escudero Bernard Fournier, como representantes franceses, con Paul Allaire como árbitro. La parcialidad manifiesta de Allaire a favor de los franceses, pese a que los resultados de la gestión de Luis eran mucho mejores amargó los últimos años de en la vida del español. Sheila, su mujer, hubo de convivir con la pérdida de razón que sobrevino a su retiro. Mejor le fue a Jay, la mujer de Allaire, que se ahorró la vergüenza de la multa impuesta a su marido, de millones de dólares. Se había divorciado antes.

Diana Brown

Mi mal humor a causa de Paul Allaire encontraba un bálsamo diario en la presencia de la secretaria que me habían adjudicado. Pocos meses después de volver a España recibí una carta suya, en la que me decía que Paul le preguntó si estaría dispuesta a trabajar para él, y que ella había aceptado. Parecía querer excusarse. He de decir que me alegré porque suponía un ascenso, mayor sueldo y mucho poder indirecto. Al mismo tiempo me preguntaba qué pasaría con la abnegada Wendy, anterior secretaria de Allaire, que estuvo en mi fiesta de despedida y me escribió en el tarjetón unas sentidas palabras junto a la firma, sin más, de Paul.

Mary Archer-Shee

En la casa de enfrente de Cornwall House había un balcón un poco más bajo que los de mi apartamento donde los (pocos) días de sol salía a tomarlo una mujer muy blanca. Procuraba yo que no me viera, pero una de las veces hizo señales de que abriese la ventana. Me dijo “¿Por qué en lugar de mirar tanto, que es muy molesto, no viene aquí y me ve sin esconderse?” Estaba enfadada. Mary era más alta que yo, muy mandona, y muy católica. Tenía una belleza clásica, pero le gustaba reñir. Una vez, planchando en su casa me dejé la plancha encendida en la moqueta y fue tal su horror que no me dijo nada. El apellido Archer-Shee es reconocido entre los amantes de la pintura. Un antepasado suyo fue famoso retratista a mediados del siglo XIX. Mary era amiga de Melanie Horcher, hija del restaurador alemán instalado en Madrid. También conocía al embajador de España. A pesar de su

carácter, era fácil tomar cariño a Mary y admirar su apostura y elegancia. Se interesó en conocer a mi madre y hubo conatos de conversación en francés, entre risas. Mas tarde se haría amiga de Lars y David. Llegó a ser como de la familia.

Erki Rahuio

No estoy seguro de la fecha de aquella visita. Puede que fuese anterior a mi vuelta de América. Lo que sí recuerdo con detalle fue la tarde de sauna con el presidente de Rank Xerox Finlandia y su mujer. Había un lago casi helado, donde zambullirse después de cocinados al vapor. La camilla donde una mujer gigante restregaba un cepillo contra mis brazos y muslos. Las ramas para flagelarnos en la penumbra. Las enormes salchichas envueltas en papel de aluminio junto a las brasas. Y la opípara cena con abundante cerveza para compensar la deshidratación. Al día siguiente, de Helsinki salía un vapor lleno de empleados de RX que lo habían alquilado para una convención de marketing. Durante el día se sucedieron las sesiones con rigor nórdico. Llegada la noche el barco atracó en Estocolmo. Nadie se molestó en desembarcar. Frente a una especie de oficina minúscula se formó una larga cola de demandantes. Todos salían con una o dos botellas en la mano y volvían a sus camarotes. De madrugada, el trasiego de idas y venidas de un camarote a otro parecía cosa de gentes poseídas. A la mañana siguiente se reanudaron las clases como si nada hubiese ocurrido.

Las fiestas navideñas en Euston Road

Sin llegar a esos extremos, los pubs de Euston Road también vendían bastante más alcohol en Navidades. La proporción de varones excedía en bastantes decimales a las del sexo opuesto. La inteligencia congénita al inglés ideó el siguiente sistema de festejos: la semana se dividiría en tantos días como plantas tenía el edificio. Ese día los pubs quedaban reservados en beneficio de los inquilinos de esa planta. Ahora bien, las féminas estaban invitadas a acudir cuantos días quisieran. De esa astuta manera, en algunas fiestas había más mujeres que hombres.

Caroline Tolson

Yo tenía curiosidad por ella, pero no era de mi planta. La veía en el ascensor con su larga melena rubia a la espalda y sus ojos azules que miraban fijamente. Trataba de hacer como que no la veía, pero no era fácil. Pregunté si estaba casada, tenía pareja, o qué diablos pensaban los demás de ella. Me advirtieron que yo era el último de la cola, que no me hiciera ilusiones, que era antipática y, vistos los fracasos de reconocidos *don juanes*, probablemente lesbiana.

Navidades de 1977

Estuve por no ir. Bailo mal y bebo poco, comparado. Mis amigos, a medida que se emborrachaban, me parecían más lejanos. La idea de volver en solitario al piso vacío de Cornwall Gardens me sumía en un estado semejante al sopor etílico. Así permanecí con la cabeza apoyada en la mesa o levantándola de vez en cuando,

para mostrar consciencia. En el local cada vez había menos gente. Algunos se acercaron a despedirse, ofreciendo su coche. El mío estaba cerca, en el *parking* de la oficina. Empezaban a apagarse algunas luces. Sentí una mano en el hombro izquierdo, volví la cabeza y era Caroline Tolson. “¿Se siente bien?” “¿Quiere que lo acompañe a su casa?” Me levanté. Luego, sin acordarme del coche, respondí “Está un poco lejos” “No importa”. Y nos fuimos andando, andando, hasta Cornwall Gardens. Caroline, amiga mía querida, no creo que llegues a leer esto tranquilamente en tu butaca de Winchester con tus gatos, pero nadie me ha echado una mano en momento más oportuno como lo hiciste tú aquellas Navidades.

Un mensajero indolente

Honorio siempre ha sido Honorio, lo cual no es un elogio. El ministro de Industria de España llamó a Rank Xerox en Madrid para averiguar la forma de contactar con alguien a quien Honorio conocía muy bien; sabía exactamente dónde estaba. Pero Honorio no juzgó oportuno coger el teléfono y decírselo en persona. Tampoco seguir el tema e interesarse porque el contacto se produjese cuanto antes. Pasaron días, una semana, otra, y finalmente me dice Diana: “Sr. Orueta parece que alguien en España quiere contactar con Vd.” “¿Alguien de la familia?” “No creo, su nombre es Bustelo”.

Un paseo por el Retiro

Una de las cualidades que hacen a Carlos inconfundible es que con su ejemplo nos da a entender que todo en la

vida esconde un elemento lúdico. Solo la muerte y el dolor físico, que son lo contrario de la vida, carecen de ello. Carlos anunciaba una situación estimulante: “De pronto, Luis, tenemos este país en nuestras manos” Y siguió diciendo: “Pero no sé cómo acabará esto” y como si estuviese hablando de algo divertido, añadió “Lo mismo nos fusilan”. Me dijo que el PNV *les* exigía poner a un señor muy religioso como presidente del INI y que le preocupaba lo que pudiera hacer con la empresa pública. Que el sueldo era muy bajo, pero que se compensaba con dietas de los Consejos.

En Segovia se acaricia poco

Que los castellanos seamos poco propensos a expresar nuestros sentimientos con palabras tipo “querido” (salvo empezando una carta) o “cariño” (como remedo de *darling*) no quiere decir que sintamos menos que otros paisanos más expresivos. Después del encuentro con Carlos Bustelo, había que vender la casa de Cornwall Gardens. No suponía una fortuna, porque la propiedad tenía término de caducidad (*freehold*) y además me había ayudado un banco a comprarla. Pero dio para dos apartamentos en Copenhague. El de David estaba muy cerca de la Opera (cuyo lema *No Solo Entretiene* siempre me ha hecho gracia) y el de Lars, un poco más grande, en el barrio del *Puerto del Norte*.

Fiesta en el salón

Después de muchos años de hibernación, el salón de la Cornwall House volvía a estar lleno de gente con copas en la mano. Era comprensible el estupor de algunos al verse en semejante lugar. Otros ya lo conocían y se

tranquilizaban comentando que, *después de todo*, sólo tenía un dormitorio. Los británicos brillan en ocasiones donde se junten bastantes personas y haya que pedir silencio para hablar al grupo. El más tímido y callado en la vida normal se convierte en orador divertido y aplaudible. Diana me entregó un cuaderno que en la portada decía: *The witty, the cultured, the charming, the original, the stimulating*, y en la página siguiente: *the irreverent, the incomparable* 64 LUIS 79. Contenía 48 frases de despedida. Elijo algunas de ellas:

- *Cuando te hayas ido ¿Quién me hará sentirme bien por las mañanas?*
- *Parece un tiempo muy largo desde 1970. Criticaste la estrategia de negocios de USA entonces y no has dejado de hacerlo.*
- *Espero que no se te ocurra nacionalizar “El Bodegón”*
- *No tengo tiempo de escribir tanto como los demás. He de terminar mi juego de bolos*
- *Espero que todo le salga bien en la post-opus dei española (escrito en español)*
- *Es la primera vez que he podido decir palabra*
- *En España. ¿Saben lo que les viene encima?*
- *¡No puedo comprender que vuelvas a España, pese a haber leído a Emerson y darte cuenta de cuán superiores son realmente los anglosajones!*
- *Hay una tortuga justo detrás de ti y está pisándote el rabo (Lewis Carroll) Bueno, casi me ganaste, pero el mundo está lleno de tortugas, grandes y pequeñas.*

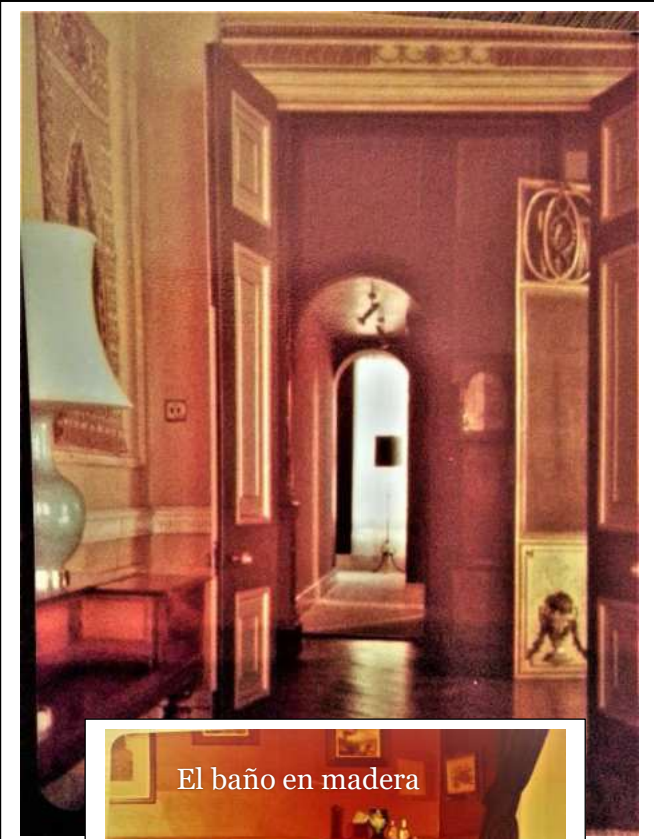
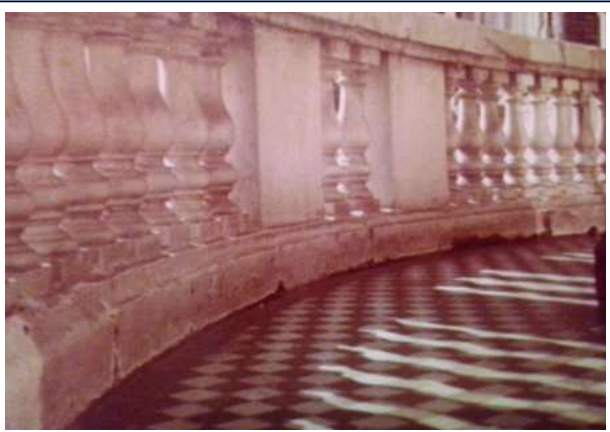
- *A un amigo y colega de gran talento y único. Los pensadores originales a menudo son difíciles de convivir, pero son aún más difíciles de encontrar. Gracias por tus intuiciones, originalidades y trabajo duro, y tal vez, por encima de todo, gracias por tu humor irreverente.*
- *La pérdida de un amigo nunca es cosa buena.*
- *Si escribo tanto como mis colegas no dejaré sitio para los otros 999 admiradores*
- *Desertando, estás dejando a su suerte al contingente europeo (extranjero en inglés)*
- *Siempre fuiste estimulante, siempre fuiste creativo y algunas veces...obstinado*
- *El mercado potencial de bañistas en España podría aumentar si en lugar de estar tumbados los obligas a permanecer de pie. Y luego, invierte en tumbonas.*
- *¿Cómo fue lo que dijiste?: “Han de tener líneas clásicas y ser suaves de manejar. Entonces te enamorarás de ellas” (hablando de barcos)*
- *A la salida del puerto de Poole, deja la costa a popa y deberías poder llegar a Francia. Vira a la derecha (antes de chocar con Francia) y simplemente sigue la costa. No se te escapará Gibraltar. Es la única entrada al Med y además podrás ver la bandera británica ondeando. Gira a babor y sigue la costa española. Deberás poder incorporarte a tu destino aprox. en junio de 1981.*



Cornwall House en Cornwall Gardens



Foto antigua del salón



El baño en madera

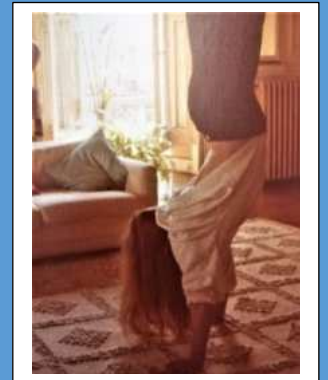




Caroline Tolson en
Poole Harbour



Tolson en Cornwall House



Pacific Dolphin

Capítulo XII

La Plaza de Salamanca

En mi librito sobre las hermanas Livermore cuento qué relación tenía José de Salamanca con la familia Orueta y con el resto de la oligarquía malagueña. Cuando entré por primera vez en el edificio y conocí a Candil, el entrañable Mariano que vigilaba las entradas y salidas con memoria de elefante, no pensaba en el marqués, sino en cómo presentarme. Pocos minutos después me encontré en un despacho acogedor, frente al recién nombrado presidente: José Miguel de la Rica, que me observaba intrigado. Hechas las saluciones oportunas me acompañó al mío. La pieza principal, que hacía esquina, la ocupaban dos mesas para secretarias. La siguiente habitación tenía una mesa, una planta, dos sillas frente a la mesa y un tresillo para conversaciones más distendidas. Los cajones y estanterías estaban vacíos.

Las secretarias

Mi experiencia me decía que no debía dar ningún paso, sin estar protegido por una secretaria. Expuse mi deseo de que supiese inglés y taquigrafía. Apareció una

señora elegante, que me habló de que su marido era ingeniero, que este trabajo lo hacía por diversión y que contaba con poder ausentarse por las mañanas para hacer algunas compras. Yo le dije que a cambio esperaba que no le importase hacer horas extraordinarias cuando el trabajo lo exigiese. Me miró como quien oye hablar por primera vez a un papagayo. Tomé nota y volví a solicitar secretaria, sin decirle nada. Pasaron dos o tres días, hasta que apareció Mercedes Martínez.

Sin planes en el INI

En el INI de 1978 no existía ningún Plan concreto ni ninguna propuesta de Desarrollo. El anterior director, Tomás Galán, apenas había tenido tiempo de nada. Tenía experiencia en Planificación macroeconómica, al haber sido uno de los autores de los Planes de Desarrollo que lograron apoyo estatal en 1963. La idea de introducir métodos de control propios de un holding empresarial provenía de presidentes anteriores como Julio Calleja y Juan Miguel Antoñanzas, pero la persona encargada de llevarlos a cabo, Andrés Fernández Romero, era un teórico que al que resultaba más fácil predicar que dar trigo. Escribió un documento que describía las tareas de planificación a realizar por el INI. Sólo faltaba ponerlas en práctica.

El Servicio de Estudios del INI

Era criatura del economista socialista Miguel Boyer, lo que explica que casi todos sus integrantes fueran economistas socialistas. Al estar el INI metido, por

gusto o a la fuerza, en casi todas las actividades industriales posibles, era difícil imaginar un tema que no pudiera ser objeto de estudio. Uno podría pensar que tales estudios estarían encaminados a proponer nuevas actividades o desechar otras. No era el caso. Lo que obsesionaba a los socialistas era el sector eléctrico y la banca. De siempre, el socialismo español se ha sentido atraído por lo francés, y pocas cosas hay más francesas que Électricité de France. El probable advenimiento de un gobierno socialista concitaba temores a una nacionalización del sector, algo que sin duda habría resuelto los problemas económicos del holding, si bien a costa de crear otros al país. Dado que la principal empresa eléctrica privada española era vasca, cobraba mucho sentido el nombramiento de la Rica como presidente del INI, precisamente a propuesta del Partido Nacionalista Vasco. Bajo su aspecto bondadoso se escondía un Cancerbero.

Unidades físicas y dinero invertido

Además del Servicio de Estudios, el INI contaba con una Dirección Técnica, donde se custodiaban cifras que habrían interesado a su fundador a) unidades de producción más representativas de la aportación del INI en cada sector industrial y b) constancia del esfuerzo realizado, medido en inversiones. Eran dos magnitudes fácilmente entendibles por el dictador y por cualquier ciudadano. Desgraciadamente, a partir de los años malos, las inversiones productivas empezaron a compartir fondos con aportaciones para las famosas “operaciones acordeón” que consistían en llevar el capital social de una empresa en pérdidas a

cero y empezar de nuevo, poniendo dinero bueno sobre malo, y sabiendo que más tarde o más temprano habría que volver a hacer lo mismo.

Las cadenas del INI

A partir de 1963, con la apertura de la economía, la razón de ser del INI como instrumento de industrialización del país iba perdiendo fuerza. A cambio, la banca encontró en el Instituto un espacio donde enterrar sus pérdidas, con aliados en los sindicatos y las autoridades regionales, no por favorecer a la banca, sino por evitar el desempleo. La región más gravosa para el INI era sin duda Asturias, seguida de Andalucía, Galicia, Extremadura y Murcia. Vascos y catalanes habían logrado que Babcock Wilcox y La Maquinista Terrestre y Marítima recibieran fondos de forma secreta y pasaran desapercibidas.

Hunosa

La empresa más importante de la División de la Minería, que dirigía José Manuel Fernández Felgueroso, persona de trato agradable y apropiado apellidado para la misión encomendada. Felgueroso solía invitar a todo aquel que pudieran favorecer la actividad de Hunosa, a visitar uno de los pozos más representativos: el de *María Luisa*. Llegar al corte donde los mineros extraían el carbón suponía un viaje de varios kilómetros. Ese tiempo tan dilatado restaba eficacia productiva de cada minero. Lo peor era que, después del viaje, el carbón tenía una calidad tan pobre que no ardía sin mezclarlo con otro mejor, que solía

provenir de Australia. Los primeros propietarios de minas asturianas como Duro, Figaredo, Felgueroso, Nespral, etc. habían tirado la toalla en su día ante la perspectiva de arruinarse si continuaban con el negocio. Dicho de otro modo: si Hunosa estaba condenada a perder dinero todos los años, el cálculo de las pérdidas a asumir por el INI era sencillo: infinitas. En consecuencia, cualquier cifra que el director de la División pudiera proponer para compensar a los mineros del cierre, sería un magnífico negocio para el INI. “No es posible” “Pero *Mamel*, tiene que haber una cantidad de dinero tan elevada que todos los mineros prefieran dejar la mina y dedicarse a otra cosa” “Luis, no lo entiendes, se comprarían un taxi en Oviedo o unas tierras donde tener vacas. Ninguno quedaría en la cuenca. Sería la ruina del comercio, de los propietarios, de mucha gente distinta de los mineros” “Entonces ¿No hay solución?” “Hacemos lo que podemos. ¿Te parece poco?” Me parecía quijotesco. Lo de Hunosa me recordaba el tormento de Tántalo, condenado a empujar una roca a lo alto de una montaña, para verla caer al vacío y vuelta a empezar. El entrañable *Mamél* murió joven, en 1983. Cuarenta años después he leído que los sindicatos “*han llegado a un acuerdo para establecer un proceso de transformación que permita a Hunosa pasar de ser una empresa fuertemente minera a ámbitos de asesoría en nuevas energía y restauración medioambiental. ¿Un caso de humor negro o de redención final?*”

Los astilleros

Sin llegar a esos extremos, los pubs de Euston Road

La División de Construcción naval (civil) correspondía a Julián Massa, persona tan involucrada en lo suyo como Felgueroso en sus minas. También Massa invitaba a visitar Astilleros de Cádiz y los de San Carlos. Los petroleros más grandes del mundo se construyeron en aquellas dársenas. Medida en toneladas, la aportación del INI era impresionante. No obstante la grandiosidad del empeño, las cuentas de resultados eran deficitarias y sumaban casi tanto como las de Hunosa. A Massa le gustaba decir que la construcción naval era *un negocio de síntesis*. Los sueldos de los soldados gaditanos eran bastante más elevados que los que se pagaban en Corea. Para competir, era necesario que la síntesis sintetizase más cosas que las necesarias para un petrolero, por muy grande que fuera. Surgieron los metaneros, los graneleros y se logró fabricar barcos con proas y popas retráctiles (los *roll on* y los *roll off* que Julián gustaba de mencionar) También con Massa estuve impertinente en sugerir la posibilidad de construir cruceros, que era la solución francesa e italiana. En lugar de hacerme caso, me propuso ser vicepresidente de Astano, a ver si así me volvía más comprensivo. En uno de los Consejos de Administración hice una pregunta que, según Masa, afectaba a un misterioso y antiguo secreto gallego. Yo le pedí que explicase mi dimisión en la próxima reunión de la manera más discreta posible, cosa que sin duda hizo muy bien, mi admirado Julián.

Los cerdos y tomates de Extremadura

En el celo por obtener subvenciones vía INI, Extremad

dura no quería quedar postergada. Una forma encubierta de subvención a los ganaderos extremeños era que las empresas del INI, Carcesa e Igfisa comprasen la carne más cara que nadie. En cuanto a los agricultores, la misma generosidad, pero con los tomates. Antonio Álvarez Couceiro era persona tan apreciada en Mérida, como Felgueroso en Asturias y Massa en Cádiz. Le hice ver que, estando Carcesa de por medio, era temerario para los privados poner una empresa de alimentación en Extremadura. Ni cámaras de frío, ni mataderos, ni tomate frito, ni *et cetera*. Nadie podía estar seguro de que Carcesa no fuera a producir cualquier novedad con el fin de demostrar iniciativa. Couceiro no se enfadó cuando comenté que los beneficios sociales de Carcesa serían más benéficos aún si aparecían en la cuenta de resultados, que son los que atraen inversiones a una región como el pan a las palomas.

Las fragatas elusivas

La empresa nacional Bazán era un ejemplo de empresa pública en una actividad poco atrayente para la iniciativa privada, siempre temerosa en España de la complejidad y confidencialidad de los sistemas de guerra. También aquí el INI ostentaba logros medidos en toneladas de portaviones, fragatas, guardacostas, etc. Por definición, la cuenta de resultados debería ser igual o mayor que cero, tratándose de proyectos en modalidad de administración, o encargo. Sin embargo, también Bazán daba pérdidas debidas a *errores presupuestarios*. Para evitar reconvenciones, se afirmaba poder recuperar lo perdido cuando la Marina

reconociese los costes añadidos. Si en el caso de la minería me venía a la mente el tormento de Tántalo, en el de Bazán se me aparecía el telar de Penélope. Cuando una fragata estaba muy avanzada solía ocurrir la visita de un almirante recién ascendido que criticaba algunos módulos por obsoletos. Ningún problema, todo tenía remedio, si bien se precisaba tiempo y dinero para ello. A lo que el almirante solía responder que sin los cambios el navío perdía mucho interés. Y como la cartera de pedidos de Bazán no estaba muy boyante, la jornada concluía dejando a todos satisfechos. La única pregunta que se me ocurría versaba sobre la urgencia de las elusivas fragatas. Una de ellas estuvo lista para la botadura del casco en Ferrol, y Bazán invitó a que fuese madrina del nuevo buque la mujer del ministro Bustelo, doña Teresa Tortella.

La imposible nacionalización de beneficios

Los sistemas autárquicos o de economía marxista precisan de una barrera de aranceles y otra burocrática suficientemente disuasorias para que las empresas del país puedan operar sin miedo a la competencia exterior. El mercado es considerado por los marxistas y los nacionalistas como un patrimonio de la nación que no puede ser disfrutado gratuitamente por empresas extranjeras. Con tal ideario se toleró la implantación en España de empresas como Alcan, Fiat, Mercedes, SKF, y Fujitsu obligadas a que el Instituto participase como accionista en hipotética igualdad de condiciones. Con la apertura propugnada por el Opus Dei, las cinco empresas mencionadas, reconsideraron la situación.

Las negociaciones para hacer que su retirada afectase lo menos posible ocupó buena parte de los cuidados de los directivos del INI, yo mismo incluido. Nadie duda que fue el INI quien impulsó de modo espectacular el parque nacional de vehículos. En automóviles con el apoyo tecnológico de Fiat. Pero las empresas francesas Renault y Peugeot daban ejemplo de que era posible operar sin necesidad de compartir gestión con el INI. La crisis económica que se hacía sentir también en Italia hizo que los sindicatos italianos cuestionasen las inversiones y pérdidas de la filial española y Seat quedó huérfana de repente. Recuerdo la reunión en la salita de la Comisión Ejecutiva, en la que Umberto Agnelli nos comunicó la decisión irrevocable y con pocas palabras.

Las empresas de transporte

El INI había creado empresas de transporte marítimo como Elcano, que competía con ventaja con otras privadas, puesto que podía asumir pérdidas sin demasiados sobresaltos. En cuanto al transporte aéreo, Iberia aportaba valor añadido al orgullo patrio al ser comparable con las de otros países. Comparable también en que la cuenta de resultados no fuese el criterio último de gestión, pues tanto Alitalia como Sabena perdían dinero. En el caso de Iberia, la gran aceptación social encontraba eco en el sindicato de pilotos, muchos de ellos provenientes de la academia militar de San Javier. Para un presidente de Iberia, contar con el consenso de los pilotos era condición casi indispensable en medidas que afectasen al personal de vuelo. Esta diferenciación entre *vuelo y tierra* me

recordaba a las milicias de Burgos. Una de las particularidades de Iberia era la facilidad con que mucha gente volaba gratis. Parece ser que esa moda se había extendido desde que fue presidente Jesús Romeo Gorría, preocupado por compensar su pasado en el mundo de la política. Carlos Espinosa trató de poner coto a una práctica que convertía la clase *business* en una tertulia de amiguetes. Altos cargos socialistas se quejaban de que se suprimieran los vuelos gratis justo cuando les tocaba beneficiarse a ellos. Iberia no era la única empresa en esa División del INI. Estaba también *Aviación y Comercio*, limitada por sus estatutos a los vuelos domésticos, en la práctica aquellos que Iberia le permitiese. Y esta humilde empresa no tenía pérdidas, cumplía sus planes con rigor y puntualidad y se comportaba en todo sin la prepotencia de *la compañía de bandera*. Sus pilotos eran gente normal, sus azafatas eran más jóvenes y sus directivos tampoco eran tan generosos ofreciendo vuelos gratis a todo el mundo. No me alegré con la fusión de ambas empresas.

Ebitda y Ebit

Los historiadores económicos que han dedicado tiempo al análisis de la gestión del INI cuentan con abundancia de cifras sobre financiación, entre las que no faltan las ayudas al capital. Dado que las pérdidas se iban acumulando año tras año, el INI decidió constituirse en prestamista de sus propias empresas, lo cual permitió al *holding* dejar de ser deficitario, al apuntar en su activo las cantidades prestadas. Otra cosa eran los balances y cuentas de resultados de sus

empresas. Aquí es donde se echaba de menos el escaso interés de los historiadores en rebuscar la evolución de magnitudes tan determinantes como el Ebitda. Todo directivo de prestigio que acepte el cargo de salvar una empresa en dificultades exigirá ser juzgado en función de las ganancias *antes del pago de las amortizaciones y de los intereses de la deuda*, que suelen ser imputables a hechos consumados. Si se conseguía que los gastos, antes de financieros desproporcionados, fueran iguales o inferiores a los ingresos, la empresa era viable, aunque siguiera dando pérdidas mucho tiempo.

La parábola de la ambulancia

Con respecto al lugar de la ideología en la gestión de empresas, yo sugería imaginar una persona cuyos sentimientos filantrópicos lo hubieran movido a trabajar como conductor de una ambulancia. La ambulancia, como objeto de la conducción, tiende a ignorar esa circunstancia y obedece exclusivamente a movimientos de manos y pies. Ahora imaginemos también que esa misma ambulancia la condujese, según los días de la semana, otra persona muy hábil y rápida, pero, profundamente egoísta, malvada incluso. En la carretera yace junto a los restos de su automóvil una persona accidentada, desangrándose. Según que sea lunes, martes o miércoles, tendrá más o menos probabilidades de sobrevivir.

La sala de traducción simultánea

No lejos de mi despacho, existía una sala con una mesa

del tamaño de las usadas en los Consejos de ministros. Se llamaba así porque en un extremo, existía una cabina aislada por cristales para traductores y en las mesas tomas de auriculares. Creo recordar que la iniciativa partió del presidente Juan Miguel Antoñanzas, innovador de la sede de plaza de Salamanca en varios aspectos, incluido el gastronómico. Fue en dicha sala donde se celebraron las presentaciones de los planes de las empresas, con detalle, duración y protocolo calcados de Xerox. A un lado se sentaba el presidente de la empresa acompañado de su equipo directivo. Unas veces era el mismo presidente quien asumía protagonismo, dejando los detalles a sus colaboradores y otras eran los directores quienes iban explicando, por turnos, el plan anual o plurianual. Del otro lado de la mesa estaban el director de la división del INI afectada y los componentes de la Dirección de Estudios que habían tenido tiempo suficiente para *estudiar* el documento.

Orueta inquisidor

Aquellas reuniones resultaban humillantes para los presidentes de empresas. El sistema hacía que el lado de la mesa del INI conociese mejor cada plan recibido que los encargados de defenderlo. Estaba integrado casi totalmente por economistas. Unos: socialistas, como Paulina de Beato, Jorge Fabra, Carmen Mestre, Martín Gallego, Ana Martín, Maía Paz García Gordillo y el comunista Eugenio Vela, a los que se añadió Alfredo Pastor. Otros eran de mentalidad librecambista, como Rodrigo Keller, Pedro Castañeda, Javier Quílez y José Oliú. Sorprendía ver a

investigadores macroeconómicos interesados en asuntos empresariales como la segmentación de mercados en el sector de cerámicas, la rentabilidad de las rutas de transporte, las perspectivas de las exploraciones de hidrocarburos o la influencia en los resultados de Endesa de su explotación minera de cielo abierto, por poner algunos ejemplos. Cuando terminaba la exposición, el lado inquisidor elogiaba los aspectos positivos del plan, pero daba paso a preguntas sobre los menos claros e insinuaba aspectos *que tal vez conviniese reconsiderar*, y se hacían recomendaciones. Días después, el presidente del INI firmaba una carta con la respuesta oficial del INI. Este estilo chocaba con los modos versallescos que seguían vigentes en la forma de relacionarse los presidentes de las empresas. La ironía y a veces el sarcasmo de Orueta y los suyos no eran en absoluto compartidos, ni por el presidente del INI, ni por los directores de División. ¿Por qué entonces se toleraba? Porque en otra sala del INI era Orueta el que tenía que responder a los nuevos inquisidores.

El Consejo de Administración de INI

La sala del Consejo era más barroca e impresionante que la de traducción simultánea. Ideada a mayor gloria del Instituto para dar cuenta de sus logros a un aquiescente Consejo de la época de Suanzes, las tornas se cambiaron con la llegada de la democracia. En ese salón había consejeros socialistas determinantes como Eduardo Santos, Josep Borrell y Guillermo de la Dehesa. El origen de las preguntas provenía de filtraciones de las empresas, donde el partido y los

sindicatos tenían informadores. Era comprensible que algunos consejeros de la oposición al Gobierno, antes de dar su aprobación a cuantiosas aportaciones de fondos, se mostrasen irónicos y hasta sarcásticos. La presencia del inquisidor Orueta, como informador y defensor de la actividad frente a preguntas capciosas, compensaba al presidente de las críticas internas que suscitaba. Por otra parte, las posibles filtraciones al exterior de la Dirección de Estudios habían quedado desactivadas al girar 180 grados la atención de sus componentes y hacerles ver las empresas públicas con ojos de accionistas.

Otros Consejos de Administración

El INI nombraba sus consejeros cuyo sueldo, en los Consejos remunerados, engrosaba un fondo común. Yo lo fui de Unión Fenosa, Ensidesa, Enasa (constructora de los camiones Pegaso) y Seat. Los Consejos de Unión Fenosa estaban presididos por la condesa de Fenosa y fui tratado con deferencia y afabilidad por el consejero delegado Julio Hernández Rubio, aunque con cierta cautela por venir del mismo nido que el aguilucho Endesa. Rebuscando minucias, confieso que cuando me pidieron el domicilio para que no me pasaran facturas de la luz, mencioné Aldeallana. Se me ocurrió recordando la llegada de carbón procedente de Asturias, regalo de Compañía Eléctrica de Langreo.

El médico americano de Enasa

En cuanto a Enasa, el presidente Federico Sotomayor y su director técnico Juan Llorente precisaban ayuda

para asegurar la continuidad frente a la competencia de Mercedes, Leyland, Scania y Man. Curiosamente, mi idea de contactar a International Harvester, entonces presidida por el infausto Archie McArdell, se topó con que la enferma americana murió por intolerancia al tratamiento de McArdell antes de que la española entrase en el quirófano.

El infiltrado

Carlos Bustelo nunca me pedía nada. Nunca, excepto un curioso encargo que me hizo en el momento de mi nombramiento, extraño precisamente por ser el único. Quería que de forma regular acudiese al ministerio e informase de la actividad del INI a un técnico comercial llamado Luis Carlos Croissier. Los motivos de Bustelo eran (son) inescrutables y yo cumplía regularmente esa fácil misión. Carlos me advirtió de que Croissier era socialista, lo cual, teniendo en cuenta la composición de la Dirección de Estudios del INI era simplemente más de lo mismo. Por otro lado, Croissier y Borrell, estaban casados con dos hermanas de nacionalidad francesa, un detalle trivial, que explicaba algunas coincidencias.

Las recomendaciones

Como las uvas, me viene ahora a la mente una petición que me hizo Josep Borrell al término de una sesión del Consejo de Administración. Tenía un hermano médico que se encontraba sin trabajo y quería saber si en alguna empresa del INI podría haber plaza vacante. Me llamó la atención que me lo pidiese precisamente a mí

en lugar de hacerlo al presidente. Encontré una oportunidad en la empresa de oleaginosas Olcesa, que como empresa no presentaba otro problema que su afición a especular en el mercado de futuros de cereales (fue advertida de abstenerse de ese vicio). Comuniqué a Borrell la plaza disponible y me dio las gracias, aunque su hermano ya había encontrado otro acomodo.

Un almuerzo sin consecuencias

En una ocasión en que Explosivos estaba considerando traspasar al INI su negocio de fertilizantes, Carlos Bustelo ni siquiera acudió a un almuerzo preparatorio al que fuimos invitados el director financiero Fernando Rubio y yo, en la sede del paseo de Recoletos. Respuesta la nuestra afirmativa siempre que la valoración de los activos de las partes fuese auditada por una agencia tipo Peat Marwick, Arthur Andersen o Boston Consulting.

Otros intentos de pasar por urgencias

La misma contestación di a Alfonso Fierro, que pretendía que el INI comprase una empresa extremeña de tomate procesado. En general los proponentes no veían necesidad de auditar nada y creían que debería bastar su palabra. Tal vez por esa fama de reticentes, cuando llegó el caso de Rumasa, y pese a que Fernando Rubio y yo fuimos convocados con nocturnidad, llegadas las tantas de la madrugada nos dijeron que podíamos volver a dormir a casa y que la empresa se la quedaba Patrimonio del Estado. Siempre he pensado

que el éxito de Ruiz Mateos provino de que los Bancos encontraban en Rumasa el sumidero de pérdidas que el INI se negaba a seguir absorbiendo. Y pasando de la abominable Rumasa a un momento simpático de Sodian, no puedo resistir la tentación de recordar la visita de Miguel Primo de Rivera y su afable y razonada petición de que el INI entrase en el negocio de la cría de conejos.

El Plan Estratégico del INI

De unos individuos tan críticos con los planes de las empresas, lo menos que se podía esperar es que publicasen su propio plan y que fuera creíble. Y así fue. Cuando releo los objetivos enunciados me reconozco fácilmente como autor por la ortodoxia capitalista y las expresiones empleadas. No te preocupes, lector, que no voy a extenderme en este asunto. Me limitaré a citar frases de una entrevista que publicó el semanario “5 días” el 4 de octubre de 1979. Titular en primera página y páginas interiores: *Con un criterio de rentabilidad las inversiones para 1980 se habrían reducido de 203.000 millones a 117.000*

Párrafos sueltos:

- ✓ *Las subvenciones por pérdidas son humillantes y deben ser sustituidas por ayudas a la actividad, condicionada a objetivos pactados*
- ✓ *La planificación tiene que fortalecer un sistema de gestión de negociación de objetivos y control mucho más duro y no sólo por la cuenta de resultados.*

- ✓ *Repito la importancia de aclarar prioridades y fijar objetivos realistas. Esto, por las razones que sea, no se ha venido haciendo.*
- ✓ *El objetivo cuantificado es reducir las pérdidas en 1980 en 20.000 millones de pesetas.*
- ✓ *Tan importante o más que las ayudas a la actividad es el recibirlas a tiempo. Actualmente ese ideal está muy lejos de cumplirse.*

No hubo manera

Se cumplió el objetivo de reducir las pérdidas en la cuantía prevista, porque era fácil. Lo que no se consiguió fue ligar la entrega de fondos a la actividad. Los políticos prefieren crear dependencia con el dinero del contribuyente, en lugar de premiar los méritos de las empresas en la asignatura de sacudirse las pérdidas. En la mayoría de las ocasiones, las ayudas se retrasaban hasta el último momento, a veces para salvar una huelga o ganar unas elecciones. Era ilusorio que los Ministerios aceptasen condicionar la entrega de fondos a otra cosa que su propia voluntad y sus pactos con sindicatos y políticos locales. Incluso, dentro del INI, las empresas en apuros acudían al presidente y a la Dirección Financiera, sin relacionar sus necesidades con la actividad pactada en el plan. Esa diferencia esencial (no ligar las inversiones al logro de objetivos) entre la planificación en Xerox y la de El INI hacía que el proceso fuese una mala copia, fácilmente descubrible por un experto. Los *hombres de negro* carecíamos de una herramienta tan convincente como el grifo que regula la cuantía y los plazos de la aportación de

fondos. De esta forma se llegaba al contrasentido de que cuanto peor fuera la gestión y más cuantiosas las pérdidas, mayor era la transferencia de recursos del Estado a esa empresa, y, por tanto, a la región involucrada.

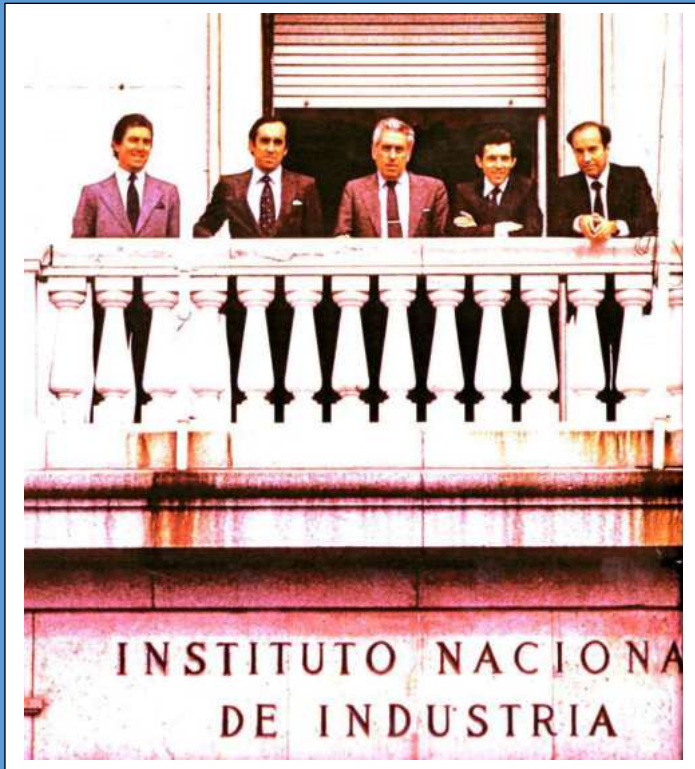
En el *Cercle d'Economia*

Teniendo a De la Rica como presidente del INI, el Partido Nacionalista Vasco no precisaba de más información sobre el reciente Plan Estratégico. Más interés mostraron los catalanes. Invitaron a José Miguel a exponer los planes del INI ante el Círculo de Economía en compañía de Carlos Ferrer Salat y Josep Borrell. Veinticuatro antes de la hora del evento, de la Rica dispuso que fuese yo en su lugar. En el mismo avión viajaron Ferrer Salat y Borell. Casi no había tenido tiempo de preparar mi intervención, pero el tono lo tenía decidido. Sería el de un consejero delegado dirigiéndose a los miembros de un Consejo de administración para dar cuenta de su gestión. Si acertaba con mis palabras, el auditorio debería sentirse *dueño* del INI, al menos durante ese breve espacio de tiempo. No fue mala táctica, pues obtuve aplausos indulgentes. A continuación, tomó la palabra José Borrell quien, en tono encendido y sirviéndose de una metáfora, comparaba las magias y conjuros de los curanderos con la actividad de médicos profesionales, dejando a entender quién era quién.

¿Y el Desarrollo?

Tomás Galán, economista del Estado y asesor de la

Presidencia del INI se mostraba decepcionado con mi gestión. Su amigo, Feliciano Fúster, de los Fúster mallorquines y presidente de la eléctrica isleña, comentaba mi incapacidad para acometer una verdadera gestión de desarrollo del Instituto. Es posible que tuviese razón. De hecho, logró que la Dirección cambiase de nombre quitando lo de Desarrollo y poniendo Control en su lugar. Intentaré explicar mi pereza con una metáfora. Era como convencer de las excelencias del matrimonio a alguien de avanzada edad, que se hubiese divorciado ocho veces y conocido momentos de euforia y felicidad, seguidos de conflictos y abandonos. No digo que un noveno enlace no pudiera ser interesante, pero se necesitaría algo más que la recomendación de la Dirección de Estudios.



Fernando Rubio
Carlos Espinosa de los Monteros
José Miguel de la Rica
Eduardo Serra
Moi mème



Visito el Pozo María Luisa de Hunosa (en el centro)



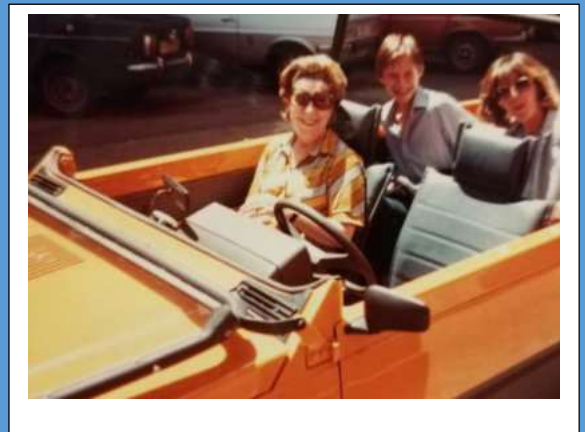
José Miguel de la Rica



Carlos Bustelo

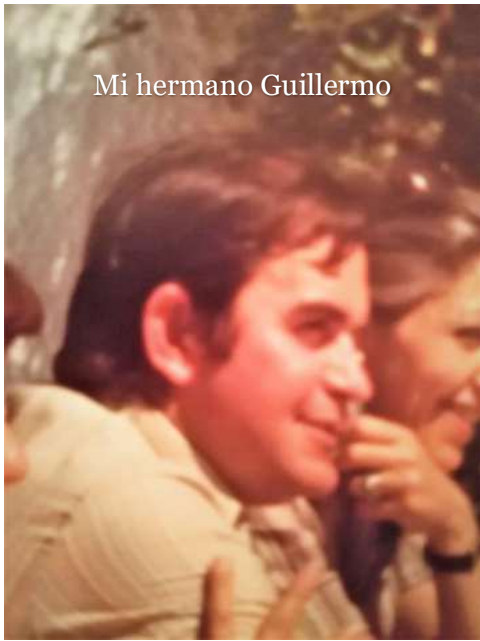


PRESENTACIÓN DEL PLAN ESTRATÉGICO DEL INI
1981-1985
Carlos Espinosa de los Monteros
José Miguel de la Rica (como ponente)
Luis de Orueta

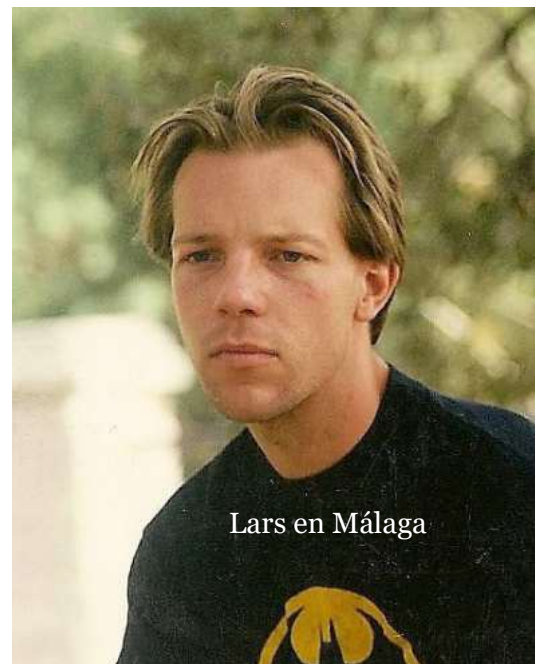


Proyecto de SEAT Panda Cabrio
(Desgraciadamente, no se llegó a fabricar)
Con madre, hermana y sobrino

Mi hermano Guillermo



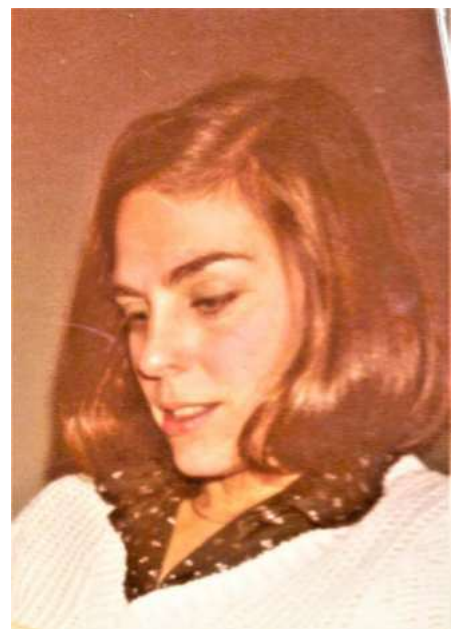
Lars en Málaga



Jardín de Málaga



Carol Sarabum



Capítulo XIII

Me equivoco de Suárez

Este capítulo XIII cubre el mismo período que el anterior, desde una perspectiva más doméstica. Regresé a España con una manifiesta ignorancia de lo ocurrido en política durante los años 70's. Me había enterado de la muerte de Franco en Connecticut, por el New York Times, y de que ya había nuevo presidente del gobierno llamado Suárez. No sé por qué, creí que se trataba de Fernando Suárez y ya nadie pudo desengañarme hasta que vi la televisión española. Yo no tenía casa en Madrid. Mi madre sabía de un apartamento amueblado propiedad de María Jesús Hurtado de Mendoza en la calle Montesquenza, junto al restaurante La Parra. Mientras encontraba uno vacío, allí me instalé.

Juanita Revenga

Mercedes Martínez, mi secretaria, tenía la suya, que compartía oficina y se ocupaba de todo lo que Mercedes le ordenase. Era de Sepúlveda, de una familia importante de la ciudad carpetovetónica donde regentaba una fábrica de pantalones vaqueros. Como

sabia de mi ascendencia segoviana, Juanita estaba interesada en que acudiese a degustar el cochinito asado de su ciudad, que dura toda una tarde, con descansos entretenidos a base de ensaladas preparatorias de segundos, terceros y cuartos envites a fuentes de barro servidas por el mesonero. Suponía un viaje por carretera y encontré la ocasión propicia de aparecer por allí cuando José Manuel Fernández Felgueroso me habló de un compañero suyo de la Escuela de Minas, de nombre Vicente Torrego, que había comprado los derechos de exploración y explotación minera en la zona de Segovia conocida como la Serrezuela.

Los atlantes

Este amigo de *Mamén* estaba loco o casi loco. Un fin de semana, en que no tenía otra cosa que hacer, quedamos en visitar juntos la Serrezuela y, de paso, Sepúlveda. Yo no tenía coche. Iríamos en el del INI con el chófer Manolo, siempre dispuesto a hacer horas extraordinarias. Durante el viaje, Torrego empezó hablándome de una explotación minera romana en la Serrezuela, razón por la que había adquirido el usufructo en esa pequeña sierra al norte de Madrid. Creía que todavía se podría extraer oro de las escombreras. Luego me confió que estaba seguro de ello. “¿Cómo lo sabes?” “Porque he podido comprobarlo en mi casa con un rudimentario crisol”. Y me enseñó unas pepitas de oro como prueba de ello. La conversación se hacía interesante y Manolo el chófer escuchaba atento. Torrego continuó su narración asegurando que su esposa era “atlante”. “¿Y qué es eso?” “¿No sabes quienes son los atlantes?” “Ni idea” “Pues viven entre

nosotros”. Estuvimos pisando los sitios que Torrego consideraba más prometedores. “En todos hay oro” repetía. El chófer no sabía si sonreír o tomar nota. Jugaba mucho al tute con los demás chóferes y a veces andaba mal de tesorería. ¡Pobre Torrego! Había convencido a un técnico que trabajaba en la Dirección Comercial y que se proponía formar una sociedad para hacerse inmensamente ricos. En realidad, las pepitas provenían de un taller de escobilleros, profesión que consiste en limpiar los talleres de joyería gratuitamente y quemar los residuos en un horno del cual con suerte se extraen cantidades pequeñas de oro que dan para vivir. El técnico de la Dirección Comercial, cuyo nombre no recuerdo, iba a la Serrezuela antes del amanecer, junto con el párroco de Aldeanueva, en un *Land Rover* donde cargaban sacos de tierra que terminaban en el crisol del escobillero avispado, de nombre *el señor Jadraque*. De vez en cuando Jadraque les daba alguna pepita para mantener la ilusión y, de paso, su negocio. Sin duda Jadraque era uno de esos atlantes que, como la esposa de Torrego, convivían con nosotros.

El Chickering y el Pacific Dolphin

En el cielo, un arcángel se acercó a Mercedes y le dijo “¿Ve Vd. ese hombre que está hablando con Mariano Candil en la puerta? Conviene que baje y se ocupe de él” Mercedes venía con esa idea. Para empezar, *se ocupó* de que el Pacific Dolphin llegase, no sé cómo, a Cádiz. Y de Cádiz, ya matriculado, a Málaga. Yo sólo tuve que buscarle cobijo. El Club Náutico de Málaga alardeaba de una lista de espera de varios años. Acabó en una marina pequeña con bocana estrecha, en un sitio que se llama *El Candado*. Allí estuvo dos años, hasta que lo metí en

otra marina, enorme, que estaba totalmente vacía. Los constructores, holandeses, desaparecidos. El proyecto había fracasado y entre los muelles se veían pequeños solares donde crecía la hierba. De noche era poco practicable, porque no había luz. No existía capitania que vigilase la entrada. Pero el Pacific Dolphin dijo que no quería volver al *El Candado* y que se quedaba allí. “¿Aquí? ¿Tú sólo?” “Yes, sir” Y ese fue su hogar sin compartirlo con ningún otro barco durante más de un año. Finalmente, el Ayuntamiento de Benalmádena advirtió que tenía un hermoso puerto en la Costa del Sol y empezó a ir por allí. Lo de buscar un sitio al Chickering en Madrid era algo más difícil.

Los pisos de la condesa

Ya dije en su momento que uno de los vendedores de Rank Xerox pertenecía a una familia encumbrada. Se llamaba Mariano de Rivera y estaba casado con María Victoria Lamo de Espinosa, más conocida como Toya Lamo, y hermana del ministro de Agricultura. Hablando con Mariano salió a relucir el Chickering y Mariano, cuya memoria recuerdo agradecido, tuvo la idea de presentarme a una hija de la famosa poetisa María Teresa Roca de Togores y Pérez del Pulgar. También se llamaba María Teresa y también era condesa de Torrellano. Vivía en una casa tan cerca del Palacio Real que parecía una extensión. El comedor ostentaba una gran mesa, muchas sillas y grandes tapices en las cuatro paredes. La biblioteca tenía polvo y contenía ejemplares de ediciones del Quijote. Me dijo que había encargado a un arquitecto amigo una casa de cuatro pisos (y un local) en la calle de la Encarnación (entonces no se llamaba así). Tres para cada una de sus hijas y el otro lo ocupaba

un cuñado de Mariano: José Lamo de Espinosa y su mujer África. Resultaba que el ático era para la pequeña Leticia y estaba vacío. Tan vacío que no tenía tabiques, excepto para esconder un dormitorio en una esquina. El suelo estaba cubierto de moqueta color chocolate. Desde la calle podían verse su gran mirador de cristal y cuatro balcones, que daban al convento de La Encarnación. No había portero, porque toda la casa era de la familia. Y así fue como Leticia, María Leticia Rojas, se convirtió en mi patrona y el Chickering pudo descansar del viaje desde Cornwall House.

Los teatros de cartón

Desde que la abuela Dolores bajó un día del armario de tío Manolo una caja que contenía *El Teatro de los niños*, para que jugase y la dejase tranquila, he sentido una fascinación extraña por esos objetos que simulan teatros de verdad, con proscenios, telones, bambalinas, fondos, personajes y libretos. El de la abuela tenía tres obras: *Los lobos de mar*, y dos de Shakespeare: *La fierecilla domada* y el *Mercader de Venecia*. Logré encontrarlos en El Rastro y luego fui aumentando la colección. En el cuarto destinado a plancha y lavadoras me hice un pequeño taller y empecé a construirlos con recortables traídos de Dinamarca, Inglaterra y Alemania. Uno me recordaba el apartamento de David en Copenhague, porque simulaba su teatro de la Opera.

Cartas

A mi buzón iban llegando cartas de mis hijos desde Copenhague, y también de Londres y de América. Elijo tres porque coinciden en que invité a sus autores a que

viniesen a Madrid y me acompañasen a Aldeallana, Segovia y Málaga. Una era de mi jefe, antes subordinado, John Duerden. Navegando en aguas de la Costa del Sol recordábamos nuestras salidas en Long Island. Con Caroline Tolson los recuerdos provenían de travesías desde Poole hasta Lymington en Inglaterra. Y con Carol Sarabum, la novia del alemán errante, las noches de ópera en el Metropolitan. La Opera de Madrid, que teníamos enfrente, estaba en obras de rehabilitación. Luego, dos vehículos fabricados por empresas del INI la llevaron a ciudades que creía no iba a ver nunca. El Panda a Granada y Málaga y el Casa CN-235 de Málaga a Sevilla.

El 23 de febrero

Ese lunes nos sorprendió la noticia del golpe de Estado antes de salir del INI. José Miguel de la Rica nos llamó a su despacho y de ahí pasamos a la cámara de la Comisión Ejecutiva. Teníamos la radio puesta y acceso a una televisión. Creí advertir que José Miguel estaba más preocupado que los demás. Se comprende; pronto empezarían a llamar algunos presidentes pidiendo instrucciones. Otros actuarían por su cuenta, que era casi peor. Si estás leyendo esto, te recordaré que en el INI había entonces casi treinta empresas directamente participadas, que con las indirectas sumaban más de 200.000 empleados pendientes de las noticias que llegaban del Congreso. Si triunfaba el golpe de Estado ¿Vendrían a la Plaza de Salamanca? ¿Tomarían el control de las empresas? Nos quedamos acordando una respuesta, hasta que apareció el rey en televisión y se supo que el golpe había fracasado.

El viaje a Haití

Yiyita, mujer de mi hermano, me presentó a una amiga americana que se aburría en Madrid. Yo le dije que a mí me pasaba un poco lo mismo y que por qué no nos íbamos a Haití. Le hizo gracia. De Haití lo más trivial que recuerdo era que los hombres tenían en sus cabañas máquinas de coser, algo que me recordaba a Joe Flavin, presidente de Singer. Con ellas hacían pantalones y faldas para sus mujeres, siempre con telas de colores muy vistosos. Luego de terminarlas, las planchaban con esmero y se los ponían para ir a pasear. “¿Por qué me cuentas esto? No es trivial, es banal” Es que termina mal “¡Ah! eso ya me interesa más” Perdimos el avión de vuelta “Pas grave” El siguiente tardaba siete días más. Llamé a Mercedes. Única posibilidad: trasbordo en Nueva York. El consulado de Madrid le dice que tardan dos meses, más o menos. Mercedes habla con Loren, secretaria del presidente José Miguel De la Rica, quien se ofrece a hacer lo que le pidan. Creen que lo mejor es una carta del presidente del INI al cónsul de Estados Unidos en Madrid. La redactó Mercedes y la mandó Loren. A la salida del avión en Nueva York nos esperaban dos gendarmes armados hasta las cejas. Los demás pasajeros no sabían qué pensar. Todo era por mi culpa, ya que Lana era americana y no necesitaba visado. Fuimos escoltados hasta la misma puerta del avión de Iberia. De esta historia trivial (no banal) se sacan cuatro conclusiones buenas y una mala. Las buenas: a) el prestigio de aquellos presidentes del INI b) la bondad de José Miguel De La Rica c) lo importante de que Mercedes se llevase bien con su secretaria d) su inteligencia escribiendo cartas difíciles. “¿Y la mala?” ¿Hace falta que lo reconozca?

La tragedia de mi hermana

Un día funesto entre los funestos, Piti me dijo que Danielito, su primogénito, tenía cáncer. “¿Cómo es posible? ¿Con sólo veinte años?” No puedo olvidar aquellos días. Una vez, en la cama me hizo señal de que quería un poco de zumo de naranja. Se lo acerqué a la boca, pero no supe hacerlo con la pericia de la enfermera, me miró un poquito enfadado...y luego me perdonó, también con la mirada. Piti, que era tan alegre, nunca ha vuelto a ser la misma. Hay algo de insoportable en la muerte temprana de un hijo, joven, cariñoso, divertido, simpático y lleno de vida. Desde entonces me siento más unido a mi hermana, tan sola en aquellos días terribles.

Mis hijos

Lars y David venían a España. Lars empezó a tocar el saxofón y a peregrinar como un aventurero las ciudades españolas. Llegó hasta Sevilla y me lo imagino poniendo el gorro en el suelo de la calle. David estaba terminando Económicas y no era tan bohemio. No tenían claro cuál era su país. David había viajado mucho, por África y Grecia con Lene. Como su madre, estaban preocupados por la pobreza y falta de libertad que hay en el mundo, pero también los animaba la variedad de costumbres y paisajes de los sitios que visitaban, comparados con la pulcritud y monotonía de Dinamarca.

Un hotel muy japonés

Ya dije en el capítulo anterior que Seat se había quedado viuda y había que buscarla un marido. En Europa las empresas de automóviles japonesas no

vendían casi nada. No lo tenían fácil si pretendían hacerlo a pecho descubierto. Pensábamos que unidas a una empresa española podrían ver las puertas más abiertas. Con esa esperanza hice un primer viaje en solitario a visitar al presidente de Toyota. Corruptamente, me quedé el fin de semana y los japoneses me preguntaron qué quería hacer. Yo les dije que me sacasen de ese hotel americano y que me buscasen uno japonés en un pueblo japonés. En mi habitación no había muebles y las paredes parecían cortinas de paja. Al llegar la noche alguien puso un colchón en el suelo para dormir. Por la mañana, una palangana, agua y jabón. Y para desayunar pescado. Prefería café, pero no me entendían. Pedí papel y lápiz y pude pintar una taza humeante. Me trajeron leche caliente.

Katmandú

La conversación con Eiji Toyoda (con d) daría lugar a un segundo viaje con Carlos Espinosa de los Monteros, Tomás Galán y Javier Álvarez Vara. Carlos tenía más experiencia en este tipo de misiones y se encargó de organizarlo. Suya fue la idea de hacer escala en Katmandú para encomendarnos a divinidades más orientales que las nuestras. De aquella parada, lo más trivial que recuerdo es que cuando llegamos al hotel (que parecía el palacio de un gobernador británico) advertimos que nos faltaba una maleta. Creo que era de Carlos. Volvimos al aeropuerto. La sala de espera tenía una mesa donde un funcionario daba golpes con un sello a los pasaportes de los que tenían a bien acercarse a él. Le preguntamos por la maleta y se encogió de hombros. Así que salimos a donde estaban aparcados los taxis y

vimos uno que se parecía al nuestro de antes. Abrimos el maletero y allí estaba.

Nissan

No parecía que los hombres de Toyoda mostrasen mucho entusiasmo. Los japoneses nunca dicen no, hay que sobreentenderlo. Decidimos tantear a Nissan que ya estaba en relaciones con Motor Ibérica y más familiarizada con las peculiaridades de España. Para ello había que ir a Barcelona y allí nos encontramos con la resistencia de los catalanes, que no querían ni oír hablar de una sustitución de Fiat por Nissan. En especial, Pedro Olavarría se mostraba muy agresivo, como dando a entender que éramos pocos y parió la abuela. Conseguimos, pese a todo, hablar con los japoneses. Nissan propuso la fabricación conjunta de una furgoneta bastante fea, llamada *Vanette*, y no seguimos.

Cosas de Orueta

Para ser un ejecutivo *comme il faut* siempre me han faltado muchas cosas, una de ellas la memoria. Tratando de reanimar el fuego de la negociación con Toyota, se me ocurrió dar un *cocktail* invitando al presidente de Seat, Juan Miguel Antoñanzas y a varios japoneses ilustres residentes en Madrid, entre ellos algún directivo de Toyota. El piso de la Encarnación era muy adecuado, en el Madrid de los Austrias, con vistas al Palacio, al Senado y al convento de la Encarnación, uno de los más antiguos y además de monjas de clausura a las que pedí que mediasen en aquella patriótica jornada con los jefes de más arriba. Alguien me aconsejó que el *cocktail* lo

sirviera José Luis, el conocido restaurador madrileño. Un día antes del acontecimiento, ya casi de noche, cuando volvía del INI y el coche hacía su entrada en la calle de la Encarnación, advertí que en los jardines a la entrada del convento había muchos japoneses bebiendo copas alegremente. Al acercarme más, me alarmó que entre ellos estuviera Juan Miguel Antoñanzas. Y mucho más aún, que aparcada en la acera estuviera la furgoneta del restaurante José Luis.

El tercer viaje

En vista de lo cual, Antoñanzas decidió tomar la iniciativa del tercer viaje. No puedo decir lo que ocurrió, pero no me perdí mucho. Lo que sí que perdí fue el conocimiento por una caída. Cuando me desperté, Antoñanzas y Galán habían regresado a España. Juan Miguel tuvo la delicadeza de contar lo sucedido a mi madre, que se quedó muy preocupada. En el hospital donde me atendían unas enfermeras simpáticas, yo ocupaba una habitación compartida con dos de los ejecutivos de Toyota que participaron en las conversaciones. Tenían órdenes de no separarse de mí. Como me sentía bien, salí a pasear y observé sobre la puerta de cada habitación (también de la mía) unos extraños objetos de colores, como los que se usan en las verbenas para dar luz. Eran exvotos para la curación de los enfermos. Una enfermera, que parecía la jefa, me preguntó si me importaría dar clases de español desde la cama. Pronto me vi rodeado de otras enfermeras bajo la atenta mirada de Fujimoto y Sumishima. A Antoñanzas todo esto le sigue pareciendo muy divertido y siempre lo comenta cuando nos reunimos con otros nostálgicos del INI a almorzar y recordar viejos tiempos

La charla en Frankfurt

Mercedes me anunció la visita de un corresponsal del periódico *Financial Times*. Se trataba de saber si estaría dispuesto a protagonizar una de las intervenciones en un Symposium. Tendría una hora para hablar de la situación de Seat, un asunto intrigante para la audiencia. Faltaba una semana y daba tiempo a prepararlo. Afirmativa. Cuando llegó mi turno, con humildad fui desgranando las razones por las que, en mi opinión, Seat podía interesar a empresas asiáticas como puente de playa para penetrar en el difícil mercado, dominado por franceses y alemanes. También reconocí que nuestros intentos habían sido inútiles, por lo que consideraba que después de mi intervención muchos asistentes se quedarían un poco más tranquilos. Cuando todavía estaba cerca del atril, antes de volver a mi asiento, se me acercaron dos alemanes. Dijeron que eran de Volkswagen y que estaban interesados en entablar negociaciones.

Melanie Horcher

Una carta que no mencioné era la de mi vecina de Cornwall Gardens, Mary Archer Shee. Durante su visita a Madrid aprovechó para reñirme una vez más. Le parecía mal que siguiese obsesionado con Caroline Tolson. Según ella yo debía conocer a su amiga Melanie, muy superior en todo a otras criaturas mencionadas. Le prometí que, cuando ella se fuese, llamaría a Melanie para tomar algo en algún sitio que no fuera precisamente Horcher.

Dos molinos entrañables

El primero estaba en Segovia, cerca de la Serrezuela, en Prádena. Lo habían comprado Daniel de Linos y su mujer Pilar Escario. Me invitaron a pasar unos días. En un sitio así y con la compañía de dos personas que nos ayudaron a Lene y a mí con una tenacidad que hace creíble la bondad de la especie humana, me sentí feliz. Y aún más feliz me sentí en el segundo molino. Era propiedad de la ursulina y en un paréntesis de su vida, con divorcio y compañía en la capital, me invitó a conocer su escondrijo. Para llegar a él había que atravesar túneles con vías en desuso. Estaba en el sitio más recóndito que cabe imaginar. No había ningún pueblo cerca. La zona era montañosa y deshabitada. Un pequeño río entre barrancos se explayaba en algo parecido a un valle diminuto. Y allí, mitad caverna, mitad casita de Blancanieves estaba su molino. Fuera creí ver unos naranjos, o tal vez eso lo he soñado. Dentro uno podría sentirse como en el Albaicín de Granada, por lo moruno del ambiente. El cuarto que me adjudicó estaba horadado en la roca y tenía esa temperatura ideal, ajena a los cambios de las estaciones. “No hagas fotos. Te regalo este cuadro”. Se había iniciado en la pintura. Sus cuadros ya se exponían junto con los de otros autores. Estaba muy contenta. Y una vez más pedí a las divinidades, por favor, que detuvieran el tiempo.

La ley de divorcio

Aunque en el mundo mundial yo estaba divorciado, en España mi condición seguía siendo la de casado, con Lene. La idea de luchar para ver si todavía podía casarme con la ursulina me volvía a la cabeza. Una

mañana Mercedes, la lectora de pensamientos, me trajo el borrador de la inminente Ley de Divorcio que impulsaba Paco Fernández Ordóñez. “Para que la lea y comente lo que estime oportuno, antes de que la publiquen”. “¿De verdad?” No me contestó porque era obvio. Entonces le dicté “Clausula adicional: Las sentencias de separación y divorcio dictadas por tribunales extranjeros producirán efectos en el ordenamiento español desde la fecha de su reconocimiento”. Los legisladores copiaron el texto dictado a Mercedes, añadiendo... “conforme a lo dispuesto en la Ley de Ordenamiento Civil” que me pareció innecesario. Luego recapacité recordando que la sutileza final podía deberse a querer salvar el otro Ordenamiento vigente; el Canónico. Cómo se enteró Mercedes de que yo podía intervenir en esa futura ley y qué extraños poderes tenía, son cosas del arcángel.

Carta de una desconocida

Siempre pensé que Stephen Zweig exageraba. Que los amores eternos e inmortales solo eran posibles en la dirección Petrarca - Laura, como el mío por la ursulina. Un día me llegó una carta de una mujer con el corazón dolido. Decía que se pasaba horas en un banco de piedra entre los cipreses de la plaza de la Encarnación. Envidiaba a las monjas porque vivían cerca de mí y me podían ver desde las ventanas del convento. No digo esto por vanidad, sino porque al leerla tuve una sensación extraña, como de estar en un mundo al revés. Me sentía más cerca de ella que de mí, con la diferencia de que mi persona me parecía ajena, desagradable y fastidiosa.



Mercedes Martínez



Viví en el ático, el tercero y el primero



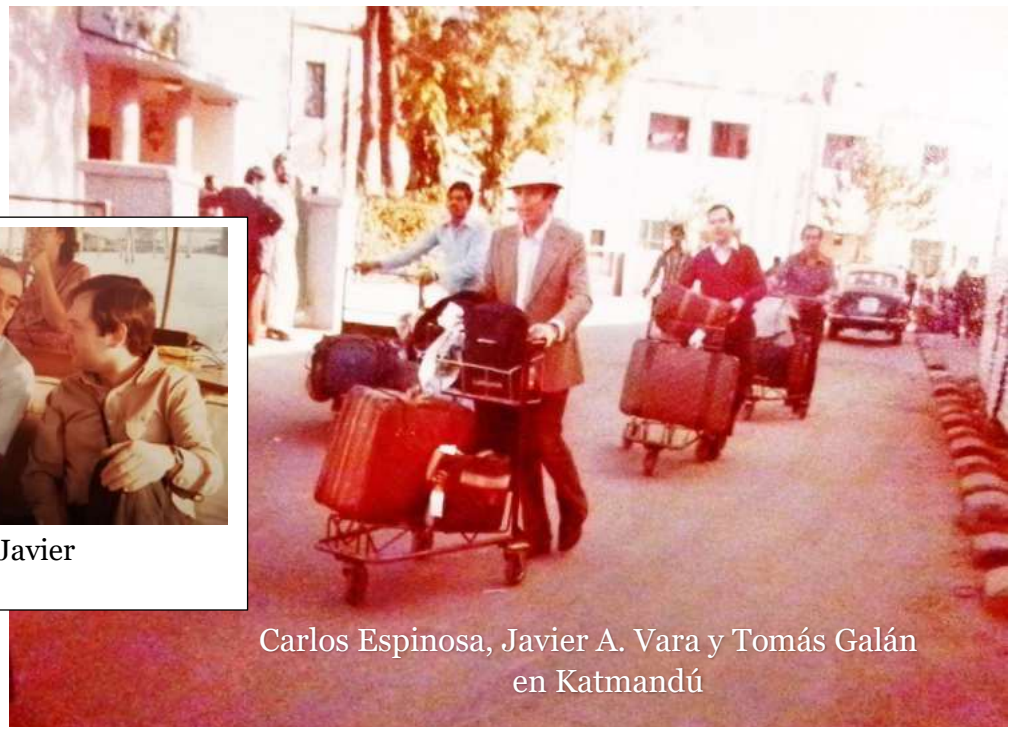
Luis Carlos Croissier



Con John Duerden en
Málaga



Carlos y Javier



Carlos Espinosa, Javier A. Vara y Tomás Galán
en Katmandú



El molino de la ursulina, pintado por ella



Danielito en Londres



Mary
Archer-Shee

Capítulo XIV

Una decisión equivocada

En el librito sobre la Casa Smith de Richard Meier menciono al autor ruso Ouspensky y su libro *La extraña vida de Ivan Osokin*, su primera novela. Iván, antes de arrojarse al Volga, obtiene de un mago, que se anuncia junto al río, la facultad de volver a vivir sabiendo lo que ocurrirá después de cada decisión. La novela termina como empezó, porque Iván siempre se convence de hacer lo mismo, dejando el cambio de rumbo para más tarde. Si ese mago me hubiera dado la misma posibilidad, al llegar a la pregunta de Bustelo sobre si me importaba dejar la Dirección de Planificación a Miguel Boyer y pasar a ser director Financiero, le hubiera dicho que de acuerdo. Me equivoqué en no aceptar.

Bustelo presidente

En 1981, justo antes de la espantada de Fiat, el presidente Calvo Sotelo puso a Ignacio Bayón de ministro de Industria y encomendó el INI a Carlos Bustelo. Carlos optó por dejar las Direcciones de

Planificación y Financieras como estaban. Boyer migró a Patrimonio, en Hacienda, donde fue protagonista de la absorción de Rumasa. Yo me libré de mezclarme en el *affaire*, pero obré con mezcla de egoísmo y cobardía. Puede que influyese que prefería tener una vida más tranquila.

La amiga de Melanie

Melanie y yo salimos algunas veces juntos por Madrid, y en una ocasión me invitó a que la acompañase a una fiesta de una amiga suya, inglesa. Me remito al principio de estas memorias en el párrafo titulado: dos amigas.

Charles Macintosh

Cuando conocí a Libby Macintosh su padre ya había muerto, demasiado joven, de un ataque al corazón. Luego he tenido en mis manos un manuscrito inconcluso donde cuenta su vida, desde pequeño. Había nacido en Uruguay, pero su infancia transcurrió en Rosario, Argentina, junto con sus padres neozelandeses y propietarios de extensos terrenos dedicados al cultivo de la patata. El escarabajo dañino arrasó aquellos verdes sembrados y los Macintosh se vieron en dificultades económicas. A ello hay que añadir que el padre se quedó cojo de una caída. Charles aprendió pronto a ayudar en todo. Para conducir puso tacos a los pedales del coche. Un tío suyo, Robert Macintosh, famoso mundialmente por su contribución a la anestesia moderna, escribió una carta desde Londres, ofreciéndose a costear a Charles la carrera de medicina en Cambridge. Sus padres perdían un apoyo muy necesario, pero negarse habría sido imperdonable. Charles embarcó en un carguero que

llevaba caballos viejos para ser sacrificados como proveedores de cuero. Hubo tormentas, y a Londres la carga llegó bastante diezmada.

La fiesta anual de Cambridge

Todos los años los estudiantes de la Universidad celebran una pelea sin sangre contra los vecinos de la villa. Se divierten, pero, como todo en Inglaterra, esa diversión tiene su tiempo medido y a cierta hora han de regresar los alumnos a sus dormitorios. Aquel año, la pandilla de Charles se retrasó y encontró las puertas cerradas. Para evitar ser castigados treparon por los muros y ayudándose unos a otros lograron introducirse en el recinto y meterse entre las sábanas. Pero todo se supo. Los desobedientes fueron llamados a capítulo y a Charles quiso ser héroe asumiendo haber sido el inspirador de la escalada. Sus compañeros lo negaron. La Universidad dudaba e informó al tío, quien, al sentir su fama levemente empañada, decidió dejar de pagar. Aquello suponía abandonar Cambridge. Los amigos de Charles hicieron una sociedad recaudatoria a fin de que no tuviera que irse, pero Charles se sentía humillado, y, para no gastar en balde lo poco que le quedaba, se fue andando hasta Londres.

Un anuncio en el *Times*

En un cuartucho de fonda, Charles ojeaba las ofertas de trabajo y sus ojos se pararon en un anuncio que sólo pedía alguien que hablase correctamente español (se entiende que además de inglés). Como era joven, bien parecido y cortés, obtuvo el puesto. De momento sólo tenía que traducir y formarse en Londres. Si todo iba

bien y progresaba satisfactoriamente podría ir a trabajar a Maracaibo. La empresa era Shell. Libby nació en Maracaibo. Sus padres se conocieron en Londres. Su madre, Dorothy, era australiana, guapa y todos la llamaban Dixie. Con la liberalización económica Charles Macintosh vino como presidente de Shell en España. En Inglaterra era reconocido como héroe de la Segunda Guerra Mundial.

La misteriosa casa junto a Harrods

Cuando íbamos a Londres, en lugar de elegir un hotel, Dixie nos llevaba a una casa sin letrero alguno en el barrio de High Kensington. Había un pequeño timbre y la puerta se abría dejando paso a un recibidor con una secretaria que comprobaba identidades. Los dormitorios tenían nombres de militares. La estrecha escalera estaba llena de retratos de héroes británicos. Una de las caras, con gorra de militar, pertenecía a Charles Macintosh. Al no conseguir acceder al grado de piloto, Charles se alistó como paracaidista y organizó el apoyo británico en el Norte de Italia. Sus heroicidades están detalladas en un libro titulado *De la capa a la daga*, útiles que empleó como agente secreto en la resistencia italiana durante la II Guerra Mundial. Miembro de las *fuerzas especiales*, fue premiado con medallas inglesas e italianas. En la segunda planta del club había un amplio bar, nunca vacío. En la primera estaba la cocina y el comedor. Los viejos camaradas se hablaban de una mesa a otra, recordando experiencias como espías y comandos.

El amor por el hórreo y a lo romano

Macintosh y Sargisson coincidieron en Madrid, el uno encargado de Rank Xerox y el otro de hacer un hueco a Shell en el mundo dominado por Campsa. Los dos congeniaban con los habitantes de los pueblos. Harold ya dije que se compró una villa en Jávea. Charles se sentía atraído por Asturias y feliz dentro de un hórreo. Dixie prefería algo más cerca de Madrid y compraron un terreno a orilla del pantano de San Juan. Allí situaron un hórreo acondicionado como vivienda con vistas al lago. Las arenas cercanas intrigaban a Charles, que se compró un detector de metales y empezó una colección de monedas y piezas romanas. De Londres hizo que le mandasen libros de historiadores en griego y latín, publicados por la Loeb Classical Library. Guardo sus manuscritos y piezas. Tenía dos hijos: Johnny y Elizabeth.

Libby

Conocí a Elizabeth en la fiesta a la que acudí con Melanie Horcher. Jack Thomas me había hablado de una isla totalmente desconocida por mí, cerca de Libia, fundada sobre arena y carente de agua. Tenían que recoger la que caía del cielo. En realidad, estaba conectada a Túnez por un puente. Los franceses habían prometido al gobierno toda clase de venturas si accedía a poner una tubería con agua suficiente para un hotel de lujo. Primero surgió el *Club Méditerranée* y luego, justo a su lado, el Hotel Menzel, así llamado porque las habitaciones eran *menzeles* independientes, con paredes sin ventanas, patios floridos en el interior, y cúpulas semiesféricas para refrescar el ambiente. Todo ello entre palmeras y

senderos de losas sobre la arena. Las aguas de la playa contenían esponjas.

La casa en lo alto de la ladera

Una tarde, subiendo la ladera de la viña, para contemplar Aldeallana a vista de pájaro, se nos ocurrió lo bien que quedaría allí una casa. Solo había que poner una tubería desde el pantano. Elegimos el sitio y lo dejamos marcado con unas piedras. Pensé en cristal y chimenea, como la Smith House. Blanca, desafiante, y...fuera de lugar. Petronilo Pérez Escorial, que tenía que verla cuando pasaba a su finca de Colina, la llamaba *El Palomar*. Un hijo, una casa, un libro.

Gobierno de Calvo Sotelo

Una oscura maniobra acabó con el gobierno de Adolfo Suárez. Al nuevo presidente se debe la decisión política más importante para España desde la guerra de la Independencia, al propiciar la incorporación a la Unión Europea. Con ella se puso fin a la tortuosa digestión de la pérdida del imperio y consecuentes guerras civiles peninsulares. En un ámbito menos trascendente, el tío de Carlos recordó el protagonismo de José Calvo Sotelo en la creación de Campsa y no tuvo reparo en arrancar al INI sus preciadas empresas Enpetrol, Enagás e Hispanoil, tres patas en que se sustentaba el recién alcanzado equilibrio económico. Aquella operación supuso el fin del INI como ente económico viable. A Enpetrol se le cambió el nombre por Repsol, aunque, junto con Endesa, Enagás y Red Eléctrica, no debería renegar de su ilustre, aunque anticuado, abuelo.

Los socialistas al poder

En octubre de 1982 Felipe González ganó las elecciones y sustituyó a Calvo Sotelo. González no quería perturbar las aguas económicas y optó por nombrar presidente del INI a alguien que no causara recelos en la oligarquía nacional. El elegido fue un empresario canario, Enrique Moya, que apareció por la plaza de Salamanca con aire conciliador. Puestos a reseñar lo más trivial que yo recuerde, decir que Enrique solía empezar las reuniones de la Ejecutiva diciendo: “Punto número uno: (lo que fuese)” “Punto número dos (lo siguiente) y así todos los puntos. Pasado un tiempo decidió reorganizar siguiendo instrucciones del Ministerio. Me adjudicó las divisiones de Defensa, Electrónica e Informática, Alimentación y Varios, Sociedades Regionales de Desarrollo Industrial, las llamadas SODIS. Reconozco mi falta de empatía por las dos últimas.

Un directivo obsequioso

Como parte de aquella reorganización, Moya pensó encomendar una de las Divisiones a un joven directivo que había quedado disponible al cancelar SKF su asociación con el INI. Moya me tenía aprecio. Nos había invitado a Libby y a mí a pasar unos días en su casa de Tenerife y a visitar sus ejemplares plantaciones de kiwis. Por eso, antes de nombrar a Vega de Seoane, me preguntó si contaba con mi aprobación. “Pues claro” contesté. Entre los directivos de empresas del INI Javier se distinguía por su evidente afán de complacer. A instancias suyas SKF me regaló una caja de herramientas, difícil de devolver con una tarjeta de agradecimiento, por si se ofendían. Luego, como

Construcciones Aeronáuticas estaba en mi dirección, Javier me preguntó si yo podía influir para que CASA comprase las oficinas de SKF en Barajas. Hice la gestión, condicionada a que la empresa sueca no obtuviese plusvalías en la operación.

Los espías socialistas

En todas las empresas del INI había empleados con una fuerte dosis de ideología de izquierdas, que se sintieron fuertes con el cambio de Gobierno. La mayoría se limitaba a reclamar mejoras salariales o de tipo social. Pero había algunos que eran verdaderos espías e informadores de políticos. Croissier estaba especialmente interesado en lo que ocurría en Construcciones Aeronáuticas, tal vez por su cuñado Borrell, ingeniero aeronáutico. El espía se llamaba Jaime Vallori. “Luis, Vallori me ha dicho que Guzmán tiene negocios sospechosos en Indonesia”. En Secoinsa, el objetivo era su presidente Antonio Rodríguez, al que sus informadores calificaban de inepto. Yo coincidía con la falta de idoneidad de Rodríguez para negociar la salida del INI de Secoinsa. Para defender la postura del INI en una futura negociación pensé en Jaume Clavell, persona apreciada por los japoneses de Sony, que se sabía mover en esos ámbitos y contentaría a los catalanes.

Aires de tormenta

Una mañana Mercedes me anunció la visita de una persona muy recomendada por Croissier para sustituir a Rodríguez. Y apareció Jaime Terceiro. Carecía de la experiencia de Clavell, era ingeniero aeronáutico (claro)

y formado en Alemania. Me causó buena impresión. Puestos a recordar lo trivial, te diré lector curioso que sus zapatos negros brillaban como caparazones de escarabajos egipcios. Le dije que le ofrecía la presidencia de Secoinsa condicionada a la aprobación de Enrique Moya. Se levantó y dijo muy tranquilo que añadiera la División de Informática del INI. A lo que le contesté que ese puesto no estaba vacante. Croissier no olvidaría la impavidez.

Una fábrica de paracaídas

Estaba claro que algunos ingenieros aeronáuticos socialistas o comunistas tenían un plan para hacerse con empresas interesantes del INI. Construcciones Aeronáuticas era la primera a conquistar. Enrique de Guzmán había pedido la excedencia, por lo que había que actuar de forma expeditiva para no tener que lidiar con imposiciones políticas. Yo no tenía otro criterio que el de méritos en la empresa e idoneidad para el cargo. Y me pareció que el más indicado era Fernando de Caralt, otro catalán con experiencia. El único inconveniente en la candidatura de Caralt era que su familia tenía acciones en una fábrica de paracaídas. Le prohibiría negocios con esa fábrica, si aceptaba. Aceptó. De manera que propuse al presidente los nombramientos de Jaime Clavell y Fernando Caralt, quienes tomaron posesión con Felipe González de presidente del Gobierno.

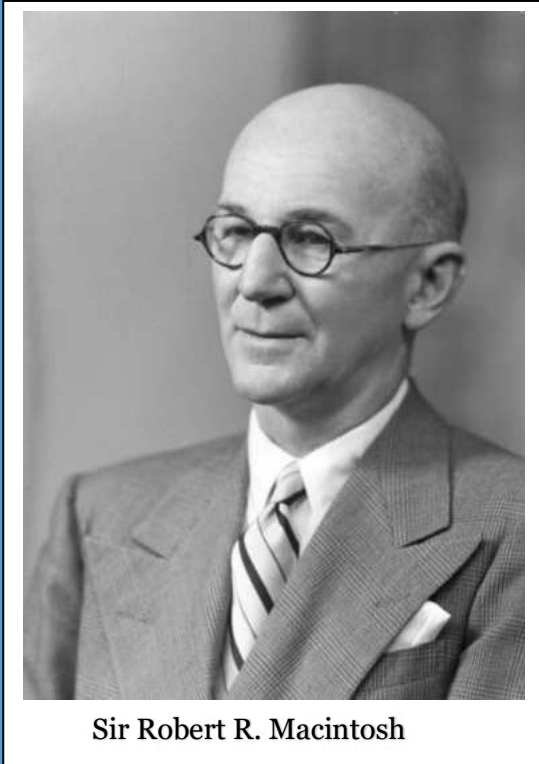
Los idus de octubre

En el verano de 1984 de Bruselas llegó una invitación para que acudiese a unas reuniones de la NATO, como

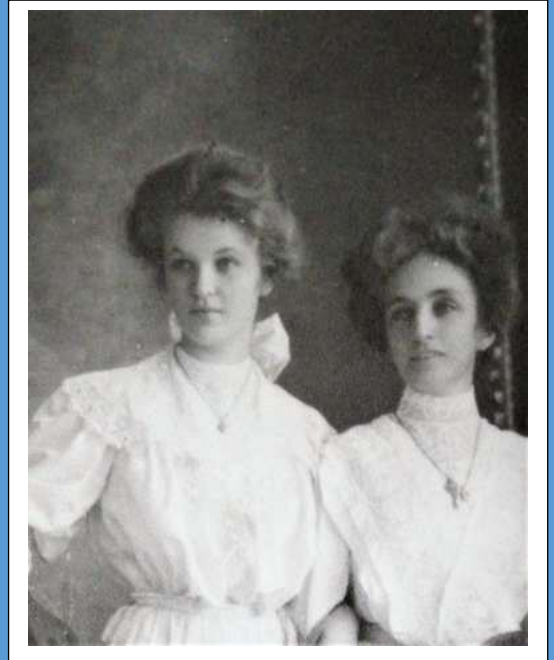
representante de las industrias españolas de Defensa. Faltaba un mes y Mercedes Martínez preparó la contestación protocolaria aceptando. Las sesiones estaban previstas para primeros del mes de octubre. En esos días Felipe González aceptó cesar a Moya y accedió a que se nombrase sustituto. El ministro Solchaga habría preferido su amigo Claudio Aranzadi, aunque no fuese socialista, pero se impuso la candidatura de Croissier. Me alegré porque era íntimo amigo de mi primo José María. Era el mismo Croissier a quien yo había tenido al corriente de cuanto acontecía en el INI, siendo ministro Bustelo. Su toma de posesión iba a coincidir con mi viaje a Bruselas. Mercedes me advirtió: “Cancele el viaje”. Podía haber añadido: “Cuídese de los Idus de octubre” No le hice caso y acudí a la reunión.

El lunes siguiente

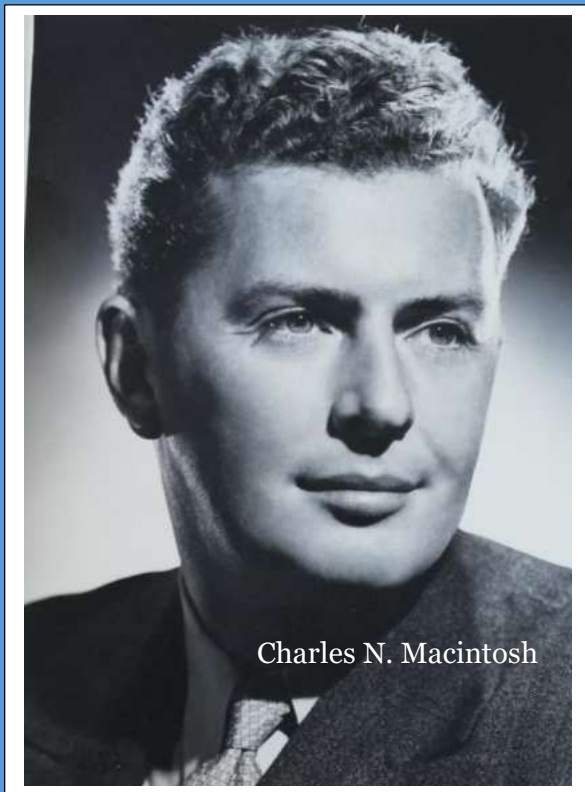
Mercedes estaba muy seria. “Le ha llamado el presidente” Fui al conocido despacho, antes ocupado por De la Rica, Bustelo y Moya. Me dijo que no contaba conmigo en su nuevo equipo. “¿No podría seguir hasta el miércoles y despedirme de los consejeros?” “No es apropiado. Comprende que perteneces al equipo político saliente” “Luis Carlos, yo no pertenezco a ningún grupo político” “Pero podrás reintegrarte a Rank Xerox” “Es posible. En todo caso, te deseo acierto en tu nuevo cargo” “Gracias, Luis”. Cuando volví al despacho ya era para recoger mis cosas. Mercedes me confió lo que comentaban las secretarias. “Croissier ha estado reunido todo el fin de semana con Javier Vega. Comieron juntos y decidieron lo que irá al Consejo el miércoles”.



Sir Robert R. Macintosh



Abuela de Libby



Charles N. Macintosh



Dixie



Libby



Dixie





El hotel Menzel en Djerba



Capítulo XV

En la calle de la Encarnación

El martes me levanté de la cama con la extraña sensación de que no tenía que, no debía de, ir a trabajar. Mi jefe me había echado con la misma falta de empatía que llama la atención en películas americanas. “Esta Vd. Despedido (dejo la mayúscula)”. ¿Rank Xerox? ¿En algo que no fuera ser presidente? ¿Cómo iban a quitar a Emilio Haase, personaje totalmente inocente de mis peripecias? Recordé las últimas palabras de Mercedes. “Tiene una llamada de Enrique Guzmán”. Como había cesado, supuse que sería para algo relacionado con su situación. Yo imaginaba que estaría bien cubierto por las aportaciones al fondo de pensiones. Para no quedarme con la duda, decidí devolver la llamada.

Enrique de Guzmán

“Buenos días, Enrique. Tengo algo que decirte” “Ya lo sé. Y si no tienes otra cosa mejor, te ofrezco la Dirección de Planificación en Construcciones Aeronáuticas”. Le dejé hablar. “Como sabes ese nombramiento es prerrogativa

del presidente de la empresa y no pueden impedirlo. Si quieres puedes aceptarlo porque Caralt está de acuerdo”. Curioso, el mundo de los ingenieros aeronáuticos, pensé. “Enrique, no sabes lo que te lo agradezco. Dile que sí.”

De nuevo el Centón

Después de colgar, di un paseo por la plaza de la Opera, tomé unas tapas y algo de vino en la Taberna del Alabardero y ya en el piso, me puse a mirar algún libro en que entretener las horas. Miré unos cuantos, y el recuerdo me sirve de excusa para mencionar más títulos en la lista del Centón. *Odas*, de Horacio; *I Ragionamenti* de Pietro Aretino; *Cartas a Ático*, de Cicerón; *Gargantúa y Pantagruel*, de Rabelais, *Vida de los Doce Césares*, de Salustio; *Madame Bovary*, de Flaubert; *Soledades* de Góngora, *Tirant lo Blanc de Martorell*; *Fausto*, de Goethe; *Pedro Páramo* de Juan Rufo; *Viaje a la Alcarria* de Pedro de Alarcón; *El manuscrito encontrado en Zaragoza* de Ian Potaki; *Vida de filósofos ilustres*, de Diógenes Laertio; *Las travesuras de Guillermo*, de Richard Crompton. Vale, ya van doce. Stop. ¿Y el Quijote? En la próxima, que no se me olvide.

La reina de Tonga

Tonga es un archipiélago de Oceanía, muy a propósito para el avión de transporte CN-235, capaz de aterrizar en pistas muy cortas. Por ese motivo, la reina Salote y su séquito visitaron Getafe y se decidió despedirla con una cena en el Corral de la Morería, reservado aquella noche para la ocasión. Se instaló una larga mesa desde donde

poder ver cómodamente el espectáculo de flamenco. Todos los directivos de la empresa fuimos invitados para atender debidamente a los acompañantes de la reina. Cinco minutos antes de la hora prevista se anunció la inminente llegada de Salote, sin que Caralt y su mujer se encontrasen aún en el recinto. Cuando la voluminosa reina logró descender del automóvil cundió el pánico. Pablo de Bergia y Luis Muñoz, siempre atentos a asuntos de protocolo, me pidieron que fingiera ser el presidente y Elisabeth Macintosh su mujer. La reina no hablaba español y no sabía quién era Caralt. Esa noche Libby y yo nos hicimos amigos de Salote y colorín colorado.

Sara de la Sota

En la salita contigua al despacho de Caralt reinaba otra mujer, de nombre Sara de la Sota. Hija de un famoso arquitecto, un clásico antepondría su discreción a su turbadora belleza. Sara guardaba los secretos y sabía las historias. Gozaba de una autoridad de matrona romana y sus palabras eran siempre bien intencionadas. Fue ella quien me aconsejó apoyarme en el Ejército del Aire. No hay que olvidar que CASA tenía dos abuelos, el civil y el militar. El 235 había nacido como un transporte de tropas solicitado por el Ejército del Aire y CASA lo había adaptado para uso civil. Cuando llegué, los generales veían con preocupación la deriva de la empresa hacia contratos de suministro de piezas a Airbus y Boeing, en detrimento de la función de apoyo a las necesidades del Ejército.

No me sentía solo

Adjunto a presidente, mi despacho era más grande de lo normal. Se suponía que no necesitaba secretaria. En cambio, recibía visitas no anunciadas de Joaquín Abril Martorell, consejero de la presidencia de CASA y hermano del Fernando, anterior hombre de confianza de Adolfo Suárez. Quien más gustaba de ilustrarme sobre lo que haría en mi lugar era el capitán Fernando de Castro, persona designada por el Alto Mando para que los mantuviera al corriente de cuanto ocurría en las oficinas de la calle Rey Francisco.

Un cierto olor a azufre

Pasados unos meses de mi incorporación, me llegó una extraña carta del departamento de Personal del INI en la cual se me hacía acreedor a una indemnización de 10 millones de pesetas en concepto de cese en el puesto de trabajo en la Institución. La dejé sobre la mesa. En el despacho percibí un revolotear de alas que me resultaba familiar. Y en mi interior “Cuídate del Maligno”. Me sentí transportado a mi anterior despacho de plaza de Salamanca, con Mercedes en la habitación de al lado. Y, para dejar contenta a la de las alas, redacté una breve nota en la que agradecía la propuesta, pero consideraba que, dado que el destinatario continuaba prestando servicios en una empresa participada al 100% por el Instituto, no había lugar a dicha indemnización.

Dos generales

Aunque eran de la misma estatura, en la previsibilidad de sus reacciones uno participaba de las mejores cualidades de Don Quijote, y el otro, a veces se dejaba

influir por los pequeños egoísmos de Sancho Panza. Eran los generales José Santos Peralba y Gabriel de la Cruz. Santos Peralba se había formado en Alemania, Francia, Inglaterra y Estados Unidos. Calvo Sotelo lo puso al mando del Ejército del Aire. Tenía experiencia como primer piloto español de aviones a reacción. Los Texan, los Mirage y los Sabre no tenían secretos para él. Hablaba varios idiomas y eso le permitió ser instructor de vuelo en Alemania y en América. Realmente daba gusto viajar con él a Estados Unidos y comprobar lo profundo de sus conocimientos, a los que unía una educación exquisita y gran indulgencia con las imperfecciones ajenas. Como contraste, Gabriel de la Cruz no había nacido en Bayona, como Peralba, sino en un pueblo de Albacete como Fernando de Castro. La cercanía con San Javier le animó a seguir la carrera de aviación y graduarse como piloto de pruebas. Fue Gabriel el primer piloto que voló en el avión de Construcciones C-101, diseñado a petición del Ejército de Aire, pero con algunas limitaciones introducidas por los técnicos de la empresa.

El C-101 (culo de pollo)

Lo que voy a escribir no está escrito en ningún otro sitio y es resultado de mis conversaciones con Santos Peralba. Se refiere al C-101, alabado profusamente como avión de entrenamiento. Lo que el Ejército había pedido a Construcciones Aeronáuticas era algo más que eso. Las especificaciones iniciales configuraban un aparato de ataque, con el calificativo de *táctico*, que se suponía iba a ser supersónico, con autonomía para defender Canarias y potencia para cargar el armamento táctico bajo las alas. Que además sirviera de entrenamiento era

un corolario fácil, bastaba no cargarlo con bombas. Muy importante era que la aviónica asegurase el *state of the art*. Aquel avión nunca llegó a nivel de prototipo. ¿Motivo? Construcciones insistió en una motorización subsónica, apoyando el Garret. Como avión de combate perdía interés y sin embargo se mantuvo la condición de que pudiese volar a Canarias. Para ello se acortaron las alas, perjudicando su capacidad como avión de entrenamiento. En el mercado internacional no tuvo ningún éxito, a excepción de unos pocos que se vendieron a la fuerza aérea chilena.

El AX

Santos Peralba era partidario de volver a la idea de un avión de combate aire-tierra, supersónico y de paso, mejorar el entrenamiento de nuevos pilotos. Esta aspiración tropezaba con que Airbus ya estaba ensimismada en el *Raphale*, origen del *Eurofighter* y sentía una enorme pereza en apoyar a Construcciones en un proyecto menor. Pero sólo era un pequeño tropiezo. Peralba sabía que en Estados Unidos se podía conseguir la cesión de tecnología muy avanzada, simplemente con que fuese considerada no de última generación por el Pentágono. De esa forma empresas como Boeing, Northrop o Lockheed contaban con un mercado internacional militar, para reabsorber los costes de los prototipos más avanzados.

El apoyo de Estados Unidos

Fuimos a América, acompañados por Gabriel de la Cruz y expusimos nuestro proyecto. Lo importante era hablar de número unidades previstas. Se habló de cifras

cercanas a un centenar de aviones, con una parte sustancial asegurada por el Ejército del Aire español. Bastaba con sustituir la producción del C-101 tan pronto se pudieran fabricar los AX. En Boeing las cifras parecieron conservadoras y suficientes para apoyar el proyecto.

Una y trina

Construcciones aeronáuticas era entonces una empresa con tres almas en un mismo cuerpo. La originaria, de principios del siglo XX, fruto de una generación de ingenieros aeronáuticos soñadores, profetas en su tierra y a la altura de cualquier otro país en inventiva y logros mundiales. La europea, deseosa de participar en la armonización de proyectos, con el fin de unir esfuerzos poder competir en condiciones de igualdad con Estados Unidos. Y la patriótica, que era continuación de la primera, por la vía de la venta al Ejército del Aire y que permitía la continuidad de oportunidades para el talento aeronáutico, amenazadas por la dependencia del I+D extranjero de la segunda alma.

Las oficinas de Gran Vía

Yo veía poco interés en Fernando de Caralt por el AX, y esa falta de entusiasmo se transmitía al departamento de Proyectos que lideraba Francisco Fernández Díaz. La colonización de la empresa desde Toulouse avanzaba a pasos agigantados. Para subrayar la independencia del proyecto, pedí que fuese de dedicación exclusiva para los ingenieros que se destinasen. Y unas oficinas propias del AX, fuera de la calle Rey Francisco, pero no muy lejos. Hablé con Eduardo Serra, ministro de Defensa y

antiguo compañero del INI, quien estuvo presente en la inauguración.

Boda con Elisabeth

Elisabeth se había divorciado y ya podía casarse si quería. Quiso, y pasó a vivir conmigo definitivamente en la calle de la Encarnación. Con ella venía su hija Natalia, que evidenciaba dependencia emocional de su abuela y de su madre, lo que conformó una fuerte relación triangular entre las tres (-ojo, me estás recordando lo de *ambos inclusive*-ya me he dado cuenta-quita *triangular*-prefiero quitar *entre las tres*, ¿y si lo dejo?).

El pantano de San Juan

La huella de Charles Macintosh seguía presente en aquel hórreo y vivienda de nueva planta, orgullo de mi nueva familia política. Teníamos como vecinos a Simeón de Bulgaria y Margarita Gómez Acebo. No era buen sitio para navegar a vela, pero en cambio, sí para la práctica del ski. Libby y yo estuvimos buscando una lancha para que Natalia luciera sus mañas de esquiadora. En San Martín de Valdeiglesias vi un Tulio Abate. No tienes por qué saberlo, pero créeme que es una marca excepcional.

Johnny y Petra

A veces venía de Estados Unidos John, el otro hijo de Dixie, con su mujer holandesa. Era muy jovial y deportista. Lo mismo esquiaba que hacía surf en las tranquilas aguas del embalse. Quiso enseñarme ambas habilidades con desigual fortuna. Hablando del surf, las tablas de entonces eran muy pesadas y trapo excesivo. No eran como las de ahora. En una ocasión crucé a la

otra orilla y no era capaz de volver. Cual náufrago en desierta isla, yo agitaba los brazos para que alguien viniese a rescatarme. Dixie miraba con orgullo la superioridad anglosajona en el entorno familiar. Peor aún fueron mis inicios en el ski. A diferencia de Natalia, que surgía de pronto del agua como una venus de Boticelli, yo reincidía en una extraña y curiosa tendencia a no dejar de ser pez.

Por fin casi vertical

Tratando de saber qué se sentía esquiando, se me ocurrió atarme a la espalda una de las cuatro defensas del Tulio Abate. Así, sí. Johnny al volante y yo esquiando en forma de C recorrimos lo largo del pantano ante la sorpresa de muchos vecinos que se levantaban de sus toallas en la arena para ver un curioso ejemplar de esquiador jorobado. Libby no quería ni oír hablar de la hazaña. Confiaba en que ese día Simeón y Margarita estuviesen en Madrid o en Sofía.

Nace Emma

Aunque el nombre era ya bastante popular, algo tuvo que ver Flaubert con la elección. Recuerdo ir al Hospital San Francisco en el coche de Construcciones, que era de color verde, muy cuadrado, con un cesto vacío de los que se ha dado en llamar “moisés” y volver en el mismo coche a la calle Encarnación con el cesto lleno. Emma dormía tanto que casi nos olvidábamos de ella. Una mañana, al abrir los ojos en la cama, dirigí la vista a la cuna y sobre uno de los bordes sobresalía una cabeza infantil que me miraba fijamente, como diciendo: “Aquí

estoy, por si se te había olvidado”. Desperté a Libby y la cabecita se tornó hacia ella, con idéntico mensaje.

Sheeba

Además de Natalia y Emma, mi nueva familia se vio incrementada con un miembro cuadrúpedo a quien se bautizó el mismo día que a Emma, pero con distinto nombre. Teníamos poco en común, salvo el deseo de independencia. Emma se empeñaba en sacarla a pasear con correa, como si fuera un perro. Sheeba trataba de hacerle ver que era una gata y no aceptaba ciertas costumbres de los humanos.

Natalia volando

Una mañana observé en San Martín de Valdeiglesias una tienda de motocicletas que hacía esquina en una calle céntrica. Entre a preguntar si alguna cabría en el coche. La más femenina era una *scooter* roja, que parecía querer venirse conmigo. Era para Natalia. Las primeras clases fueron bien y todos estábamos muy contentos. Al terminar una de ellas, Natalia giró el mando del manillar bruscamente y la moto se elevó como esos caballos de circo que se ponen en dos patas ante la mirada del domador. No pasó nada. Natalia ni siquiera se cayó. ¿Entonces? Nada. Sólo quería recordarlo.

El compañero de viaje

Mis amigos de Londres decidieron que la compañía española se había portado mal conmigo en todo el asunto de mi incorporación al INI. Según la ética anglosajona, el prestar servicio a un ente público no

escindía completamente la relación. Recibí una carta de Londres en que me ofrecían representar a Xerox como consejero en la Compañía española. Para ello, si aceptaba, debería viajar a Londres donde me esperaban para firmar los documentos y, sobre todo, para escenificar la reincorporación. La remuneración superaba mis expectativas. Iba yo tan contento en el avión, cuando discerní el perfil de un pasajero que me recordaba mucho a Luis Carlos Croissier. Era inevitable saludarle, (además había renunciado a la indemnización y nada quedaba pendiente). Luis Carlos devolvió el saludo, ligeramente turbado y preguntó el motivo de mi viaje. Le dije la verdad y su reacción fue negativa. “Luis, este nombramiento es incompatible con tu cargo en Casa” “Luis Carlos, yo he sido consejero en Unión Fenosa” “No es lo mismo” “En ese caso prefiero aceptar la oferta de Rank Xerox”. A la salida me esperaba un chofer con el letrero *Orueta* y Luis Carlos pudo observar cómo abría la puerta de una limusina de gran tamaño en el mismo instante en que se cerraba para mí la puerta de Construcciones Aeronáuticas.

Higinio Raventós

Una de las muchas satisfacciones que tuvimos Libby y yo, por el beneficio de ser consejero de Rank Xerox, fue conocer a un matrimonio encantador. Presidía el Consejo Emilio Haase, catalán de nacimiento, quien estaba interesado en nombrar algún compatriota que le hiciera compañía en las sesiones, un poco aburridas. Se me ocurrió sugerir el nombre de José Oliú, hijo del entonces presidente del Banco de Sabadell. No le venía bien aceptar, por lo que fuese, pero habló con su amigo Higinio Raventós, joven empresario perteneciente a una

de las sagas más antiguas de España. Así fue como Higinio y su mujer Cristina Martí nos invitaron a pasar un fin de semana en su masía y visitar las bodegas de las que Higinio era accionista. Recuerdo que tenía mucho interés en un nuevo vino blanco, no espumoso, destinado al mercado exterior. Le faltaba un año de maduración, pero nos lo dio a probar. Tenía un sabor muy suave, casi mejor que si hubiese alcanzado ya el punto esperado. También recuerdo la visión de un enorme árbol, de la familia de los robles, situado en un lugar mágico, tal como los romanos habría elegido para un lar familiar. Tenía quinientos años y estaba sostenido por múltiples bastones de madera y hierro. Vinieron a cuento, otra vez, los veros de Propercio: *Sunt aliquid manes/ Letum non Omnia finit.*



Eduardo Serra



José Santos Peralba



Gabriel de la Cruz



Enrique de Guzmán Ozámiz



C-101



Emma



Natalia

Capítulo XVI

La mano tendida

Empiezo este capítulo hablando de un sentimiento. Todo empezó cuando un amigo de Carlos Espinosa de los Monteros le ofreció unirse a su actividad profesional formando una sociedad de consultores, actividad que prometía la seguridad que Carlos precisaba, recién cesado por Croissier en Iberia. La semilla de esa nueva sociedad provenía de la excelente relación que Carlos tenía con Boeing, cuyos aviones eran los preferidos de Iberia en todos aquellos trayectos en que Airbus aún no era competitivo. La sorpresa de ver a Espinosa cesado, sin motivo ni agradecimiento alguno, hizo que la presidencia de Boeing pensase en contar con su asesoramiento cuando llegase el momento de renovar la flota. Por otra parte, Carlos se había jurado nunca depender de un solo origen de fondos en su vida familiar, después del susto de verse momentáneamente en la calle. Recordó entonces la sugerencia de su amigo Javier Cardenal, de crear una correduría de seguros,

aprovechando la disponibilidad de un equipo completo de expertos en intermediación de seguros de grúas. Una cesión “llave en mano” y desinteresada. En el corazón de Carlos alumbró la llama de agradecimiento perenne a quienes le habían echado una mano en el único momento de su vida donde se sintió sólo e injustamente tratado.

La oferta de Carlos

Ese sentimiento, multiplicado por dos, es el que sentí cuando Espinosa me ofreció entrar como tercer accionista en A. Ballestero y Cía, hasta entonces dedicada a gestionar asuntos personales. Alfonso era uno de los directores de División en el INI de Enrique Moya. Se ocupaba de los Astilleros, aunque su trayectoria tuvo origen en el mundo de las prospecciones petrolíferas de Hispanoil. Elegante y bien parecido, era un hombre afortunado, en sentido literal. Alfonso no precisaba de las ganancias que pudiera obtener de la empresa de consultoría. Carlos se aseguraba un podio donde desarrollar su capacidad de gestión, consejos, y excelentes relaciones. No me necesitaban. La oferta de Carlos provenía de un sentimiento de amistad hacia mí, por encontrarme en situación parecida a la suya. Me dije que, desde entonces, pasara lo que pasara, siempre me encontraría en deuda con Carlos. Y así ha sido.

A. Ballestero y Cía.

En la calle de la Encarnación no se notó demasiado el cambio. El horrible coche verde nunca me había gustado y por fin tenía motivo comprar uno propio y dejar el

Panda a Libby. En lugar de ir andando a las oficinas del proyecto AX en Gran Vía, lo aparcaba en el subterráneo de Almagro 34. Aquel edificio se vendió para ser remodelado y optamos por otro más céntrico en el número 76 de la calle Velázquez. La parte interior la ocupaba totalmente el equipo de Hispasegur, dirigido por un solícito Alberto Blanco, y en la zona con balcones a la calle se amueblaron tres despachos lujosos. La dotación de personas en nómina incluía: las secretarias de Alfonso, Fátima y Beatriz, la mía Isabel Pernaute, además de Gabina Espinosa de los Monteros y mi hermana María Eugenia. Las finanzas estaban a cargo de dos personas de confianza de Alfonso: José Luis Linares y Jacinto Maldonado. Gabina y mi hermana no duraron, porque no se sentían cómodas ni tenían necesidad de trabajar, sólo una curiosidad, pronto satisfecha. Ni Carlos ni yo estábamos en plantilla, lo que tenía el inconveniente de ver interrumpidas las aportaciones a la seguridad social. Todo eso es aburrido para ti. Necesito pensar en algo intensamente trivial.

Las reglas de cálculo

Mi despacho estaba amueblado con la mesa escritorio de mi padre. Como complemento a un tresillo muy pensado coloqué una mesita con un fondo de madera y cristal abatible donde poder colocar las mejores piezas de una colección de reglas de cálculo. Con la aparición de las primeras calculadoras electrónicas las reglas empezaron a darme pena. ¿A dónde irían a parar? Construir una regla de cálculo era tan difícil que sólo se hacía en Alemania y en Francia. La precisión necesaria para ir acortando la distancia entre cada rayita, según la serie logarítmica, convertía aquellas piezas de marfil en

algo admirable. Muchos librereros desconfiaban. “¿Tienen Vds. reglas de cálculo?” “¿Cómo dice?” “Reglas de cálculo” “No. Bueno, sí. Espere, un momento”. “¿Para qué las quiere?”. Cuando veía una librería con pinta de tenerlas en algún cajón olvidadas, le pedía a un amigo que entrase en mi lugar. Yo tenía demasiado interés y se me notaba. Entonces buscaban una excusa para no venderlas. Así llegué a tener 178.

Una mañana en el bar Milford

Boeing había enviado a un joven llamado Philippe de Saint Aubin para las posibles negociaciones con Iberia. Tenía despacho y teléfonos propios en nuestras oficinas. Croissier le dijo que esa circunstancia no favorecía los intereses de Boeing en España. Un día tuvo una llamada misteriosa de una empresa llamada Taramundi S.L. que, según daba a entender el mensajero, tenía propuestas interesantes que ofrecer. Philippe no pidió que me pusiese en contacto con ellos. Contesté en su nombre y concertamos una entrevista en el bar de Milford, no lejos de la oficina, a eso de las once de la mañana. El local ofrecía un aspecto inusitado, con sillas encima de las mesas, por lo temprano de la hora. Pedí que habilitasen un espacio donde sentarnos, agua tónica, y esperé. Al cabo, aparecieron un hombre y una mujer quienes no se anduvieron por las ramas. Boeing tendría asegurado su contrato si reconocía la intermediación de Taramundi con el gobierno socialista mediante una comisión del 5%. De lo contrario, la adjudicataria iba a ser McDonnell Douglas.

Boeing se va

Philippe informó a la Central y al poco tiempo tuvimos una cena con directivos venidos de América en la que se trató el asunto. Boeing quería saber si se podía dar crédito a aquella propuesta. Mi opinión fue afirmativa. Aquella misma noche decidieron no contestar y esperar acontecimientos. Si esa era la condición, renunciaban a Iberia, pero cabía la esperanza de que los pilotos impusieran sus preferencias. Es sabido que el contrato fue para McDonnell. Poco después, Saint Aubin fue destinado a otro país y terminó la relación.

Carlos emprende el vuelo

Caprichos del destino. Carlos veía que el despacho de Velázquez era demasiado limitado para sus aspiraciones y un día nos informó de que ya no vendría más, por haber sido nombrado para el mismo cargo que ocupó mi padre, muchos años atrás. Ofreció los servicios de A. Ballestero y acudí varias veces a las oficinas. En tiempos de mi padre la empresa tenía fábricas en Reinosa y Córdoba. Desde entonces, los nuevos dueños habían añadido una tercera en Valladolid. Las conclusiones de mi trabajo eran inequívocas: sobraba la de Valladolid. (Ahora pienso que habría sido mejor que no me hubieran encargado nada).

El valle del Henares

Quedábamos solos en la oficina Alfonso y yo. Alfonso hizo algunos intentos loables de introducirme en su entorno familiar. Estaba casado con Paloma Fierro. Disfrutaba con su yeguada, que pacía en prados de la ribera del Henares. En la ribera del mismo río había

construido un ejemplo de cómo combinar el estilo de las mansiones rurales con un anexo blanco y de cristal, reminiscente de la estética de Richard Meier. Las cenas en aquella gran casa eran vigiladas por un mayordomo atento a cualquier eventualidad. Yo echaba de menos la compañía de Carlos. Sentí que se divorciase de Paloma.

Red Eléctrica

Entre los componentes de la Dirección de Estudios del INI debió causar sorpresa dejar de verme tan de improviso. Cuando averiguaron mi paradero, muchos ya habían obtenido los cargos que su credo socialista les había negado durante la transición. Fue el caso de Paulina de Beato, presidenta de una empresa única en Europa. No existía ninguna que tuviese como único objeto el transporte de electricidad. La idea generatriz procedía de economistas como ella misma, Jorge Fabra, José María Paz, Martín Gallego y Carmen Mestre. El argumento consistía en que al gobierno socialista le bastaba con nacionalizar la Red de Transporte. Generación y Distribución podían seguir en manos privadas. Un respiro de alivio acogió el nacimiento de Red Eléctrica. La remuneración al transporte dependería la Dirección General de la Energía (con Carmen Mestre al frente) a propuestas anuales defendidas por un ingeniero experto: Luis Villafruela. El sector reconocía la lógica de aquellas negociaciones como la *fórmula de Paulina*. Gracias a Paulina mantuve relación personal con los sucesivos presidentes. Los primeros: como consultor de A. Ballester y Cía. luego contratando con mi propia empresa.

Todo iba bien entonces

Los primeros dos años de aquella asociación de amigos fueron muy rentables y decidimos invertir en comprar unas oficinas. El lugar elegido fue un piso de la calle Núñez de Balboa, en el número 17. Todavía no se había iniciado la decadencia que vino después y yo aparcaba feliz mi Alfa Romeo en el patio de aquel noble edificio, dando gracias (mientras subía en el ascensor) a las divinidades por los amigos que tenía. Los trabajos, una vez dentro, me interesaban y propiciaban viajes. Dejo ya el aburrido tema de mi trabajo y paso a recordar a Lene y a los hijos que tuvimos.

Emmasvej 10

Era (es) una casa grande con un jardín propietario de un manzano generoso y situada en la zona mejor de Copenhague, que sin duda es Hellerup (así llamada por su primer terrateniente, de apellido Heller). Allí vivía Lene, con muebles traídos de la casa de Málaga y con Lars, que se graduaba de sus estudios de grado superior, con muy buenas notas. Lars tenía una habitación con terraza, llena de instrumentos musicales o de audio. El saxofón había sido sustituido por la guitarra. En una de mis visitas hice algunas fotos que pondré al final de este capítulo. David estaba viviendo en Sudán, conociendo el tercer mundo con vivencias directas.

Los cumpleaños de Emma

Emma ya iba al colegio y sus amigas venían a sus fiestas de cumpleaños en la calle de la Encarnación. En uno de los míos, Libby me había regalado un equipo para grabar películas de 8 ms. Aquellas ocasiones eran

propicias para inmortalizar gestos infantiles. Venía siempre un animador con teatro de títeres que me recordaban el retablo de maese Pedro. Era interesante ver los pequeños cambios anuales, junto con la persistencia de otras imágenes.

Mis dos María Eugénias

Para ser completamente feliz, era preciso que también lo fueran mi madre y mi hermana. María Eugenia hija, divorciada por segunda de vez, había conocido a un pintor alemán, afincado en España, de nombre Stefan, que se hizo muy amigo suyo, y se la veía feliz, todo lo feliz que ella podía ser sin Danielito. Y María Eugenia madre también estaba bien acompañada por antiguos admiradores como el general Gutiérrez Mellado o como un pretendiente anterior al regreso de Ulises, cuyo libro de poesías empezaba con los siguientes octosílabos:

*Mi pena cuando la miro
corre delante de mí,
como un niño sorprendido*

Y terminaba así:

*¡Qué pena grande estar triste
porque sí, sin más sentido!*

Rank Xerox en 1992

Ya dije antes que presidía la empresa española un catalán de nombre Emilio Haase. Emilio quiso que la Compañía contribuyese a los Juegos Olímpicos de Barcelona y a la Feria Internacional de Sevilla. En Barcelona fletó un crucero pequeño que servía de hotel, desde su atraque en el puerto. Libby y yo fuimos

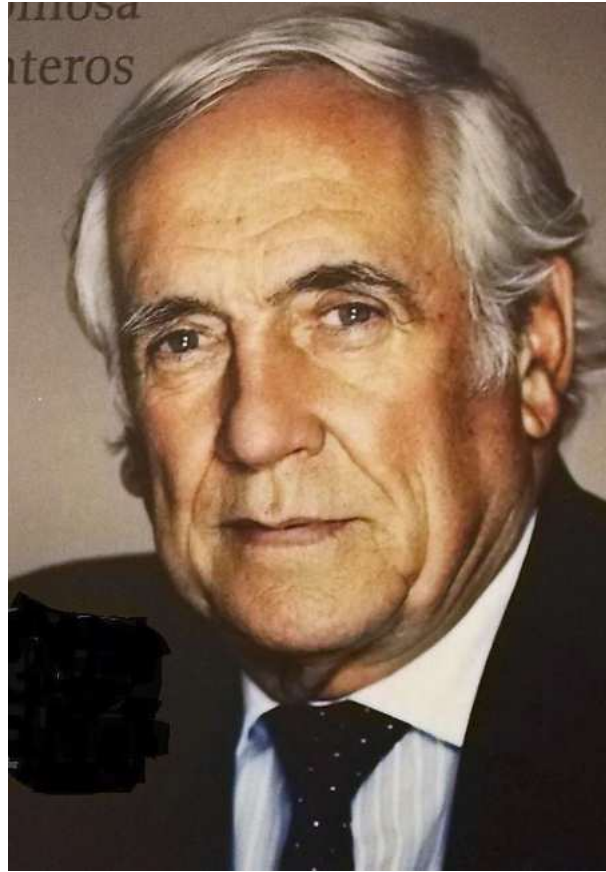
invitados, en compañía de su mujer Berta Casanova, y asistimos a la inauguración desde un palco privilegiado. Atrás quedaban los malos recuerdos por los descuidos de Honorio Gayo. Luego en Sevilla, Emilio nos reunió en una venta señorial. El stand de la empresa en el Ferial era impresionante por la imagen moderna y limpia que exultaba. Vaya, que, entre unas cosas y otras, en 1992, yo podía estar de acuerdo con Leibniz en que vivía *en el mejor de los mundos posibles*.

La estereolitografía

Este vocablo culto, aunque poco eufónico, describe un proceso técnico mediante el cual una máquina crea un objeto de 3 dimensiones a partir de la información que recibe de un plano como los que dibujan los delineantes en las mesas de proyectos. Se basaba en los rayos láser y su propiedad para solidificar unas resinas especiales. Aún no se conocía su futuro valor comercial, si bien la analogía con Xerox era evidente, por lo que había algo más que curiosidad científica. Alfonso consiguió la representación en España durante un exitoso viaje a California, donde estaba la sede de la propietaria, *3D Systems*. Con aquella ilusionante novedad cabía pensar en que los trabajos de consultoría pasasen a un lugar secundario. Y, en un futuro sin sobresaltos.



Alfonso Balletero



Carlos Espinosa de los Monteros



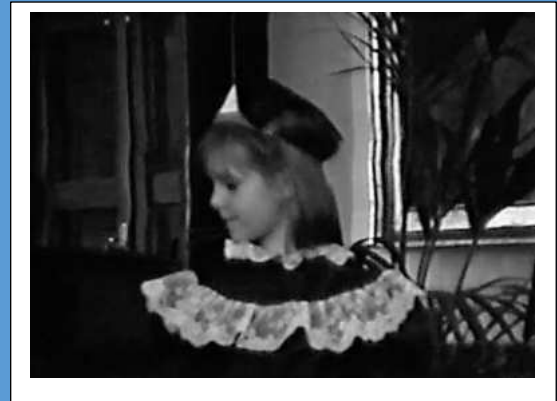
María Eugenia, benefactora



Natalia

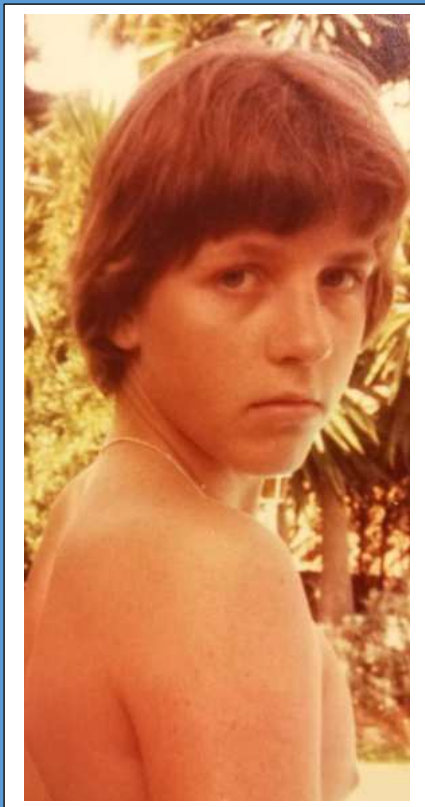


Cumpleaños de Emma

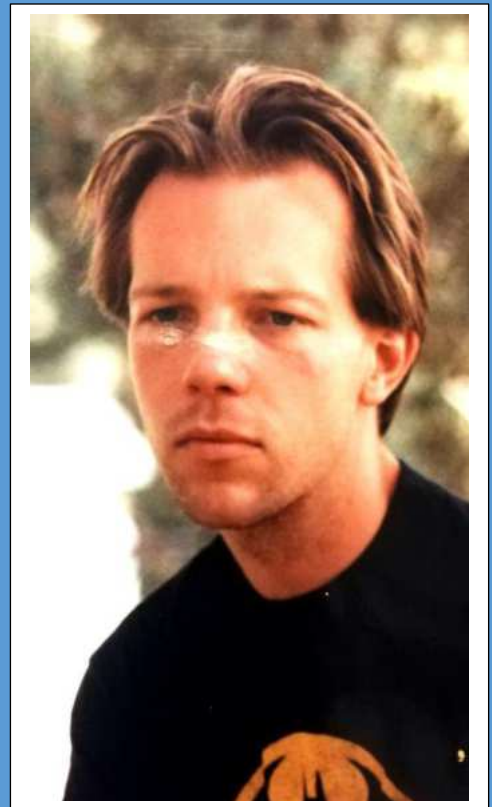




Emmasvej 10



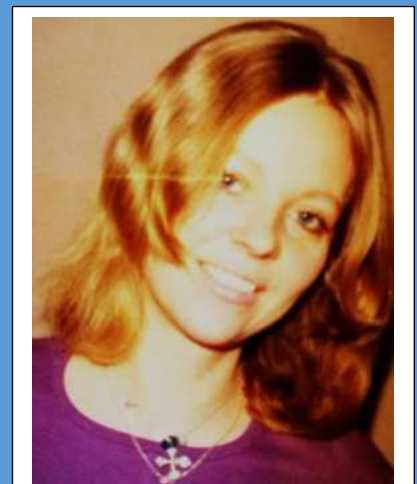
David



Lars



Lene



Capítulo XVII

Lars y David en España

Lene pensó que nuestros hijos debían vivir en España. David se instaló en una buhardilla de la calle de San Bernardo y empezó a dar clases de inglés. Lars prefirió el caserío de Aldeallana. Una vez que fuimos a Segovia y nos sentamos en la terraza del bar de toda la vida, Lars se levantó a dar un paseo y no volvía. Me recordaba su desaparición en la playa de Torremolinos, cuando tenía poco más de cuatro años. En otra ocasión, estando los dos solos en *El Palomar*, se fue con el coche sin más explicaciones. Lo encontré después de una larga caminata aparcado en la salida a la carretera de Ávila. Lars no estaba bien, pero los médicos no hablaban claro.

Natalia

Tampoco Natalia estaba bien. Su padre fue advertido y decidió internarla en una clínica de tratamiento psicológico. Lo fácil era suponer que se trataba de efectos de la separación de sus padres. Había cierta analogía en los casos de Lars y Natalia. También precedentes

familiares. El hecho de que la relación del padre con su hija estuviese mediatizada por un amigo y colaborador suyo, añadía distanciamiento. Finalmente, Natalia escapó de aquella reclusión. Su madre y abuela redoblaron los esfuerzos por hacerla feliz. Natalia era una joven guapa, inocente y muy buen partido. Acudía con nosotros a bodas y en su mesa se sentaban jóvenes solteros, Pero su extremada timidez sólo se desvanecía cuando regresaba a casa y podía volver a jugar con su perro. Tuvo tres.

Fernando de Castro

Por aquellas fechas el coronel Castro, que me había acompañado como agregado del Ejército del Aire en Construcciones Aeronáuticas, me comunicó que lo habían cesado y se encontraba pendiente de destino. Se me ocurrió invitarlo a venir por la oficina y participar con aportaciones de clientes. También como accionista de Hispasegur. Yo pensaba que le estaba haciendo un favor en una situación similar a la que yo había experimentado al dejar Construcciones. Cuál sería mi sorpresa cuando me invitó a pasar unos días en su casa de Albacete. Allí pude ver que los Castro formaban parte de la oligarquía ciudadana. Habían hecho inversiones inteligentes en fincas y casado a hijos e hijas con criterio de clan. Lo curioso es que el origen de su fortuna provenía de haber sido agraciada su mujer con el gordo de la Lotería. Un halo de irrealidad hacía aún más atrayente aquella bienandanza.

Nubes negras

La estereolitografía fue un fracaso. Quizás Alfonso

Ballestero y Carlos Espinosa lo recuerden como un traspie sin importancia. Para mí, supuso verme metido en un laberinto de difícil salida. Voy a recordar lo que pasó con aquel invento. El contrato con 3D sistemas exigía que comprásemos una máquina para demostración. Las condiciones técnicas hacían imposible situarla en el piso de Núñez de Balboa. Un producto como aquel precisaba de un local para demostrar su uso y alguien encargado de operar la máquina. Como medio de sufragar tanto gasto (el aparato era más caro que un Rolls Royce) optamos por abrir una oficina taller en Coslada, que sirviera de demostración y a la vez vender piezas según demanda. Con la ayuda de Fernando Castro, Construcciones Aeronáuticas aceptó alquilar una máquina (o comprarla, no recuerdo). La idea de cederles la de Coslada era contraria a la cláusula de alquiler, por lo que hubo que comprar otra. Al coste de las máquinas había que añadir los de transporte, seguros, viajes a California. Todo ello era previsible y razonable. Nada habría tenido importancia si los primeros clientes hubieran encontrado la utilidad prometida. Confiábamos en interesar a empresas auxiliares de automoción. Veíamos utilidad en diseñar elementos para cambios de modelo, tan lentos entonces. Pero todos nuestros esfuerzos tropezaron con lo exigente de la preparación de los planos, la lentitud del proceso y el coste de las resinas como consumible.

El desengaño

Una mañana, Alfonso nos convocó a Carlos y a mí para decirnos que la tesorería de la Compañía estaba exhausta e incapaz de hacer frente a pagos inmediatos.

Que la única solución era vender el piso. Dada la urgencia y para facilitar las gestiones, se ofrecía a comprarlo él, añadiendo que la crisis inmobiliaria hacía que el precio justo no diese para superar la deuda, si bien no exigiría la parte que nos correspondía de la pequeña diferencia. En aquel momento miré a Carlos y pude ver claramente que tenía los ojos empañados.

Mi situación

A partir de entonces yo dependía exclusivamente de mi trabajo como consultor, aunque sólo percibía una tercera parte de las facturas. El resto entraba como ingresos, que eran absorbidos por una plantilla excesiva, dada la poca actividad. Pero no podía quejarme pues tenía a mi disposición una secretaria y un despacho, ayuda fundamental en aquellos tiempos anteriores al ordenador personal.

A la deriva

Carlos Espinosa cambió la dirección de Cenemesa por la presidencia de Mercedes Benz. Dejó de venir por la oficina. Alfonso quedó escarmentado de la representación de productos en España. Tampoco se veía como consultor. En realidad, lo que iba madurando su magín era ser escritor. Su especialidad iba a ser la biografía. Biografías de empresarios o biografías de grandes empresas. Y, en base a su experiencia, optó por contar la vida del fundador del INI, Juan Antonio Suanzes. Como tripulante de velero, sé lo que se siente cuando la tormenta arrecia y el barco se empequeñece, sea cual sea su eslora. Toda la atención se concentra en hacer que siga su curso y que supere esta ola y luego la

siguiente. El motivo del viaje, los pasajeros, incluso el rumbo, dejan de ser primordiales. Ante la incertidumbre de lo que podía ocurrir en 1994, sólo me preocupaba que las pocas fuentes de recursos con las que contaba no dejaran de manar. Cada movimiento, cada viaje, cada frase de un informe debería justificar, más que de sobra, la remuneración que llegaba. La idea de constituirme en autónomo o crear mi propia empresa empezaba a tomar fuerza, pero antes había que llegar a puerto con los trabajos que te voy a contar, aunque sea aburrido para ti.

En Red Eléctrica

En Francia y en Inglaterra se acababan de crear empresas de transporte de electricidad a imitación de la española. Dada la casi simultaneidad de su puesta en marcha, interesaba a Jorge Fabra averiguar las similitudes y diferencias en la gestión de las tres empresas. A ello dediqué tiempo y horas de vuelo.

En Cruz Roja

La gestión de un hospital tiene dos vertientes. La clínica, que se basa en la selección de sus profesionales y medios puestos a su disposición, y la económica, de la que depende la primera como condición necesaria, aunque no suficiente. Todos los hospitales de Cruz Roja mantenían datos diarios de actividad, clasificados por especialidades. Solo dos son fundamentales: motivo del alta y número de pernoctaciones. Dejando a un lado la cuestión de si Cruz Roja debería continuar una actividad más propia de países sin Seguridad Social, me puse de acuerdo con el director de hospitales, José Ramón

Bronet, para preguntar a los doctores su opinión sobre el número de pernoctaciones normal en sus especialidades. Pudo verse que las pérdidas económicas provenían de un exceso de pernoctaciones en cataratas, varices, hemorroides, fimosis y pocas intervenciones más. Los listados de ordenador de cientos de páginas mostraban el comportamiento estadístico de cada hospital día a día. Para mejorar la gestión bastaba con evitar que los familiares consiguiesen que los enfermos pasasen fines de semana y días añadidos sin que el médico les diese de alta. Pero, como casi siempre ocurre, algo tan sencillo chocaba con derechos adquiridos y relaciones de poder existentes.

La consulta de Repsol

Al abrirse el mercado de las gasolineras a la competencia, Portugal se mostró interesada en el resto de la Península. Pronto empezaron a verse algunas con el letrero Gesa, BP y Shell. Más que competir en precios o calidad del carburante, lo hacían en simpatía, limpieza de los aseos y originalidad de las tiendas. Repsol se propuso devolver la pelota entrando en el mercado portugués. El encargo vino por mediación de un personaje interesante, Joao Van Seller. Yo recordaba la gasolinera de Petronilo Pérez Escorial, nuestro vecino de Aldeallana, con su monopolio inicial de la gasolina en Segovia, luego compartido por nuestro antiguo colono Gerardo Otero. Imaginando un estudio similar limitado a Segovia, la respuesta sobre cómo establecerse en esa ciudad sería tan sencilla como comprar la gasolinera de Petronilo, y si el precio se subía a las nubes, ir a por la de Otero. Sólo como tercera (y muy dudosa) opción, se recomendaría construir una nueva. Van Seller había

conseguido listados (siempre los listados) de consumo de cada gasolinera portuguesa. Lo que hicimos fue seleccionar conforme a este criterio y comprobar *in situ* la idoneidad de la selección. ¿Lógico? ¿Simple? Sí, pero desilusionante para quienes pensaban en solares, construcciones de nueva planta, selección de personal, amistades portuguesas, viajes durante las obras, etc. etc.

El affaire Cruz Roja

El diario el País desató una campaña contra Carmen Mestre, instigada desde el propio partido socialista, cuyo verdadero motivo no se sabe. Una de las acusaciones era la de haber contratado la asesoría económica con A. Ballester y en especial, con su antiguo jefe del INI. Se me anunció la visita de un periodista para que diera explicaciones sobre el asunto. Me pareció una idea excelente. Quien vino a la oficina fue una joven que debía estar iniciándose en su carrera profesional. Nos sentamos frente a una mesa donde la esperaban los listados. Como cubrían un año entero y hospitales en toda España, me recree en ir hospital por hospital, mostrando dónde estaban las ineficiencias. Aquella lección sobre gestión económica hospitalaria hizo que reconociese haber aprendido mucho. En *El País* la preguntaron por el coste, ya que no por la utilidad. Como lo averiguado tenía poco recorrido, dejaron aquello para interesarse en una permuta de edificios de la que me enteré por la prensa. Cruz Roja había decidido cambiar el de la glorieta de Rubén Darío (una mansión decimonónica) por dos edificios modernos en la carretera de La Coruña. Tampoco se pudo saber qué irregularidades hubo (si las hubo) en

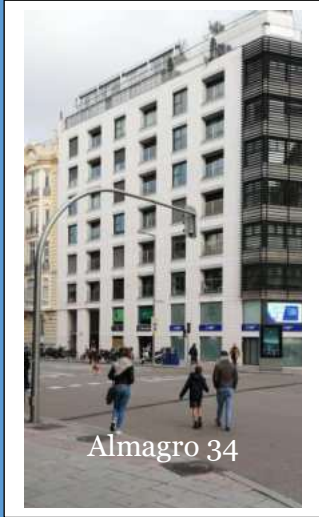
aquella operación. Lo que sí es cierto es que Carmen se retiró de la política y se fue a vivir a una casa rural en Cataluña. Persona con más posibilidades de enriquecimiento y mayor austeridad de vida, no he conocido. Víctima de “fuego amigo” (posiblemente originado en los deficitarios y rebeldes hospitales catalanes) su sucesor fue un político canario llamado Juan Manuel Sánchez del Toro. En las primeras reuniones se mostraba interesado en el Plan Estratégico. Me pareció menos preparado para dirigir Cruz Roja que Carmen Mestre. Fue consejero de Banca Canaria y alguna caja de ahorros. Acusado, junto con otros consejeros, de “administración fraudulenta y desleal, así como maquinación para alterar...etc. etc.” se defendía ante el juez diciendo que “era ingeniero y no entendía de balances”

Una conversación imaginada

“Hablando de otra cosa, Carlos, ¿Qué hacemos con Orueta? “No se me ocurre nada” “¿Por qué no vuelve a Rank Xerox?” “Archie McCardell apenas lo conocía” “¿Y tú, no podrías llevártelo a Mercedes?” Sonrisa “No gracias. Luis no cae bien. Es intransigente. Cuando se le mete algo en la cabeza, no escucha. Me crearía problemas”. “¿Y si lo ponemos a llevar Hispasegur?” “Quitar a Alberto Blanco es arriesgado. Los demás accionistas no lo entenderían” “Podríamos ponerlo de ayudante suyo, cobrando de Hispasegur” “No es mala idea. Con eso y sus contratos de asesoría podrá ir tirando” “A ver cómo se lo explicamos, le diremos que nos preocupa Alberto Blanco, lo cual no deja de ser verdad” “¿Quién sabe? A lo mejor en Hispasegur funciona bien...”

Le retour aux sources

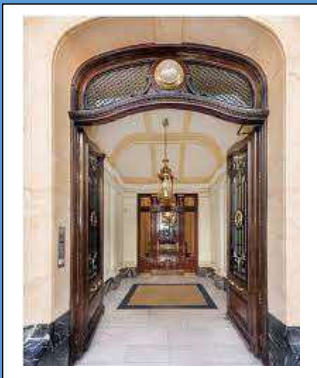
Lars vivía en la parte baja de la casa de Málaga y para sacarle de su inactividad le propuse un viaje conmigo por tierras de Cuenca y Soria, subiendo hasta la Rioja y Álava. Le pareció bien. Vimos, claro, las casas colgantes, el museo de arte moderno y la ciudad encantada en Cuenca. En Soria subimos hasta la laguna negra, que no es negra. En La Rioja, yo quería ver cómo era Torrecilla de Cameros, porque allí nacieron Manuel Agustín y Martín Heredia. No es algo que los hiciera sentirse muy orgullosos, pero al fin lo reconocieron y hasta lograron un papel que atestiguase *pureza de sangre*. Isabel Livermore convenció a su marido de que pagase erigir una escuela en el pueblo, que era demasiado pequeño para tenerla del Estado. Y allí seguía la escuela. Heredia es un topónimo alavés. Fuimos a ver el pueblo y la verdad es que no nos gustó. Mejor Oñate, visto desde la ladera donde se encontraba el caserío Orueta.



Almagro 34



Núñez de Balboa 17



Embassy



Grúas Aguilar y Grúas Madrid



Velázquez 97



Libby, Emma y
Natalia



Capítulo XVIII

Un centro comercial con historia

A finales de la década de los 70's, había en Miami una tienda de la firma Jordan Marsh, un poco solitaria. Otra marca más famosa, J.C. Penney, concibió la idea de crear allí mismo un "mall", que significa muelle, en el sentido de espacio cercano a edificios donde vivir, comprar, y divertirse. En lugar de barcos, habría coches, y en lugar de atraques: aparcamientos en diversas plantas, cercanas al hotel. Surgió así el *OMNI Mall Center* que supuso una novedad ilusionante para los munícipes de la ciudad. Pasados unos años, el *mall* se fue degradando a causa de la creciente inseguridad, huida de los habitantes a urbanizaciones lejos del "downtown" y llegada de nuevos moradores, en su mayoría gente de color. Finalmente, en 1992 Jordan Marsh cerró por pérdidas y se creó una entidad pública para la rehabilitación de la zona, que asumió la gestión del complejo urbanístico. A falta de empresas interesadas, Patricia Allen, directora de la *Downtown Development Authority*, concibió ceder gratuitamente la tercera planta para exposición permanente internacional, sin definir el contenido.

La conexión española

Viendo que otros no se animaban a recibir gratis un espacio tan extenso en el centro de Miami, un nicaragüense relacionado con el conocido español Julio San Martín creó una empresa, a la que bautizó con el nombre de *Intra Expo*, y acto seguido solicitó ser adjudicatario de la planta, asegurando contar con experiencia y contactos internacionales para inaugurar una exposición en pocos meses. Los contactos y experiencia que tenía en mente eran los de Julio San Martín y otros socios, con oficinas en la calle Jorge Juan de Madrid. IntraExpo estaba domiciliada en Delaware y su gobierno incluía al naviero José Manuel Triana-Souto, conocido por haberse quedado con el museo de bebidas del bar Chicote, cuando lo de Rumasa. Resultó que Triana era amigo de Fernando de Castro a quien ilusionaba con las posibilidades que veía en *IntraExpo*. “¡Fíjate, Fernando! ¡En el centro de Miami! ¡Y gratis!”.

Pereza

Julio San Martín era propietario de Construcciones San Martín, empresa dedicada a la compra y renovación de edificios antiguos con potencial. La idea de ocuparse de montar una exposición en Miami no entraba en sus planes. Triana podría sentirse tentado, pero algo le retenía. Todos, incluido Fernando de Castro, eran simpatizantes o miembros del Opus. Nadie parecía dispuesto a hacer las maletas y echar una mano al nicaragüense. Yo los oía hablar y pensé en Emilio Haase (aquel presidente de Rank Xerox tan amable cuando nos invitó a Sevilla y Barcelona) cesado, sin que se supiese la razón. Había abierto un despacho y tenía como arrendador a Tristán Martín Urquijo, conocido del INI.

Tal vez a él y a su mujer Berta les viniese bien un cambio de aires por un par de meses. Emilio se entrevistó con Triana y Castro, pero algo debió no gustarle y declinó la oferta. Entonces Fernando insistió en que aceptase yo. Empezaba el verano.

Miami

Al principio preferí viajar solo. El nicaragüense se llamaba Alejandro Gallard-Prío. Pensando en que yo iría con mi familia, nos había buscado un piso encantador, a media altura en un edificio de ocho plantas, sobre pilastras cimentadas en la arena de la playa. Desde los balcones se veía el mar. La casa estaba en Collins Avenue, y era una de las ocho o nueve que en aquellos tiempos configuraba el paisaje de la parte más veraniega de la ciudad. De aquella casa recuerdo su olor a nueva, a algas y a mar. Y la arena de enfrente, en una playa vacía. Si bajábamos del piso a bañarnos, estábamos solos.

La alarma de huracán

Volví con Libby, Natalia y Emma. A los pocos días de estar allí juntos, la televisión anunciaba la proximidad de un huracán. Bajamos al coche para comprar alimentos que allí se conocen como *hurricane food*, porque no se estropean fácilmente. Estábamos colocando las provisiones en la nevera cuando oímos un timbre. Era un policía que iba por los pisos dando aviso de que debíamos salir de casa y encaminarnos fuera de la ciudad. Como vivíamos en la planta tercera, discurrí que los temores eran excesivos, pues un edificio como aquél no se iba a caer. Natalia miraba absorta, pero Emma corrió a las faldas de Libby y en voz baja le dijo “Mamá, no quiero morir”. El Mitsubishi cruzó el largo puente que nos

separaba de tierra firme y giró hacia el Norte en dirección a Fort Lauderdale. Allí paramos en un pequeño hotel de madera, asegurando a Emma que el huracán no pasaría por allí. Nos equivocamos, porque su trayectoria varió, perdonando Miami y amenazando justo el sitio donde estábamos. Antes de que llegase, Libby y yo quisimos dar ejemplo de tranquilidad, bajando en bañador y metiendo los pies en el agua. Los dueños nos observaban un poco extrañados. “Señora, no se mueva. Tiene una raya detrás”. Efectivamente, en el agua había una raya que agitaba su cuerpo plano y blanco con movimientos de danza lenta y armoniosa. Se mostraba indiferente a las cuatro piernas, no muy oceánicas, que obstaculizaban su visión.

El Mall

La primera vez que vi el espacio que había que llenar de expositores, mi impresión fue favorable. Alejandro Gallard y su corte se habían instalado allí cómodamente, lo que de momento ya suponía un ahorro para Julio San Martín. Mesas de despacho, paneles, y gente haciendo como que trabajaban. Hay que decir que el nicaragüense mostraba hacía mí una mezcla de respeto y recelo, reminiscente de los tiempos de la conquista. Mirando la parte sin ocupar, le dije a Alejandro. “¿Por qué no ponemos un anuncio en el Miami Herald, ofreciendo local en alquiler?” No le hizo gracia. Le pregunté por los organismos oficiales de Miami. Los dos más importantes eran el *Florida Department of Commerce* y el *City of Miami International Trade Board*. Casi todos los directores eran de origen hispanoamericano, con apellidos como Macho, Laburu o italianos como Cervone. Las importaciones de productos del Sur eran

inexistentes. Lo cual, mirando el lado positivo, podría verse como motivo para que dejaran de serlo.

Zubiri

Mi optimismo duró hasta que conocí a un funcionario de la Oficina de Comercio Española. Como, a pesar de que nos hicimos amigos, no consigo recordar su nombre, lo llamaré “Zubiri”. Le expliqué a lo que venía y su expresión me recordó la de la señora de la agencia inmobiliaria de Connecticut, cuando le mencioné un sitio donde había visto una casa estupenda y muy barata. Ya habrás leído en el *Intermezzo I* que se negó a ir a verla sin querer darme el motivo. Zubiri no tuvo remilgos en advertirme que el OMNI estaba en un barrio de negros. Agradecí su consejo y volvía a casa a considerar más despacio la situación. Lo siguiente era visitar la *Downtown Development Authority* para saber las condiciones del acuerdo con *Intra-Expo*. Con bastante razón, la directora quiso dejar claro que no podíamos poner tiendas, como en las otras plantas. Esperaba que se exhibieran pabellones de otros países y sin ventas directas. Y añadió que los stands habrían de ser permanentes.

Diagnóstico

El hecho de que yo estuviese allí para *ejecutar* y no para aconsejar, no me libraba de dar mi opinión a Julio San Martín. El razonamiento era muy sencillo. Para los clientes potenciales, contractualmente extranjeros, el coste del espacio no iba a ser determinante, sobre todo si se comparaba con el de tener alguien viviendo en Miami y acudiendo todos los días a una actividad permanente. En cambio, la ubicación sí que era determinante, pero en

sentido negativo. Llamé a Julio San Martín para decirle esto y renunciar. Me preguntó si ya era de noche en Miami. “Luis, te pido que sigas adelante. Mañana por la mañana, no te parecerá tan mal”.

Proyecto alternativo

Tenía razón. Al día siguiente se me ocurrió convertir el espacio en un *Salón Monográfico*. Los interesados podrían dejar sus coches aparcados los parkings de la tercera planta, pasar al interior en cosa de segundos, ver catálogos y productos y poder firmar contratos de intenciones, sin necesidad de viajar a los países de origen. Mirando posibles industrias, advertí que la de cerámica proveniente de Italia y España era una actividad boyante. Me fui a la Oficina de Española de Comercio a compartir la idea con Zubiri, que la vio bien...pero situando el imaginado Salón en otro sitio. Por ejemplo: en la zona de Palmetto Bay.

Una presentación con truco

Volví a Madrid para rendir cuenta de mis gestiones a San Martín, Ramón Rato, Paloma Segrelles y alguno más, que me esperaban en la oficina de la calle Jorge Juan. Con abundancia de fotografías y diapositivas puse todo el acento en demostrar lo maravilloso que era contar con aquel recinto. Cuando me aseguré de que no les cabía duda de mi entusiasmo, les dije lo mismo que a Julio aquella noche. Que el proyecto era inviable tal como estaba planteado. Mi propósito era viajar a Castellón y Valencia para convencer al organismo PROCOVA (promotor de actividades de la Comunidad Valenciana) de que nos apoyase para una Exposición Monográfica permanente. Luego, expondría la iniciativa a las

empresas, en especial Porcelanosa y Pavimentos Mediterráneos (Pamesa). Y sin más, pasé a entrevistarme con Fernando Roig, quien me recomendó a ASCER, la Asociación de Fabricantes de Cerámicas. Tuve ayuda de Fernando de Castro con contactos facilitados por su pertenencia al Opus. Todo iba bien. Viajé a Bolonia a una exposición monográfica de ceramistas italianos, algunos muy introducidos en Miami. Sobre el tema de la ubicación yo les ofrecía ocupación gratuita durante el primer año en OMNI.

La oposición interna

Para Alejandro Gallard-Prio la idea de ver *su* espacio ocupado por españoles era volver a los tiempos de Felipe II. Ramón Rato, con razón, empezó a ver el proyecto como algo distinto y distante. Por lo visto, la gratuidad del espacio no era tan buen negocio como se le había hecho ver. José Manuel Triana coincidía con Rato en sentirse decepcionado. Gallard se opuso a la gratuidad inicial y a que el Salón no quedase contratado por más de un año. Para hacer ver mi punto de vista delante de los socios, propuse a Gallard volver a la idea inicial siempre que diese ejemplo y asegurase la contratación permanente del pabellón de Nicaragua. A Triana le dije que contaba con su Museo de Bebidas, aprovechando que el espacio era gratis e iba a ser apreciado en un sitio tan privilegiado como el centro de Miami. Julio se dio cuenta de mi ironía y medió diciendo que apoyaba mi variante y que estaba dispuesto a defenderla en solitario. Pero la armonía inicial se había roto. Y estuvimos de acuerdo en que a finales de agosto yo dejaría de ocuparme, tal como estaba previsto.

Julio San Martín

Guardo un buen recuerdo suyo. Me pareció una persona seria, conocedora de la condición humana, generoso, razonable, y afectuoso. Sin embargo, con los años, me ha surgido una pregunta.. El negocio de Construcciones San Martín no se basaba (ni se sigue basando) en otra ciencia que *elegir bien* un edificio antiguo, reconvertirlo en lujoso y venderlo al triple del precio pagado. ¿Cómo podía no haber visto antes que yo el incumplimiento del axioma *location, location, location* en Miami? La pregunta tiene su intrínquilis, porque es la misma que hubo de resolver un juez ante las demandas por delito de estafa, que presentaron 380 clientes de su empresa de captación de fondos *Caná Cuatro Inversión*. La defensa de Julio mantenía que era ignorante de que la actividad en la que se invertían los fondos era ficticia, pues no desconfiaba de las facturas del promotor catalán Mas Samora. El conjunto de las reclamaciones rondaba los 100 millones de euros. San Martín se quejaba de que él también había perdido dinero como inversor en la pirámide de Mas Samora.

¿Y el Mall?

No volví a interesarme. Desde luego aquello no se utilizó para lo que Gallard proponía, pese a que hubiera podido sustituirme con alguien más a su gusto. Las tiendas de las plantas inferiores fueron cerrando una tras otra, desplazándose a las afueras de la ciudad. Desde aquel año de 1995 hasta el 2000, la propiedad del edificio pasó por diversas manos, con diversos proyectos, todos fracasados. Finalmente, el Ayuntamiento si hizo cargo. Una parte fue demolida y otra reconvertida en laboratorio antidroga.



Miami Beach. Collins Drive



La playa



Espacio para el texto

Hacia la oficina en Downtown



El Mall



Alejandro Gallard-Prio

Capítulo XIX

Anuncio singular

“Mire Vd. este anuncio, Sr. Orueta” Isabel Pernaute, atenta a todo lo que pudiera ayudarme, me tendía unas páginas del diario *El País*. “Economista joven, con conocimientos de contabilidad y dominio de los idiomas inglés y danés.” En España, posiblemente, no hubiera más personas que David, que entonces tenía 30 años. La plaza era para regentar una clínica de la Seguridad Social danesa, situada en Benalmádena. Le llamé a la oficina de Emilio Haase, donde estaba empleado como contable. Antes había pasado unos meses como becario en el departamento financiero de Red Eléctrica. David se fue corriendo a Málaga, consiguió el empleo y se instaló en nuestra casa de Torremolinos.

¿Y Lars?

Lars había pasado también una temporada en el apartamento de la planta baja de esa misma casa. Vivía sólo y se servía de una moto y un casco gris, que se

ponía para ir al Hospital de Málaga. Parecía tranquilo y disfrutando de su independencia y movilidad.

El otoño de mi descontento

Mi regreso de Miami, sin lograr el objetivo previsto, provocaba reacciones en el entorno de A. Ballester. Fernando de Castro me adjudicaba, al menos, una parte de la culpa. Alfonso permanecía indiferente, sumido en la biografía de J.A. Suanzes. Para Alberto Blanco era volver a la situación de libertad vigilada. Carlos Espinosa no decía nada, pero habría deseado un final feliz en Miami. Durante el tiempo que estuve fuera de España, Fernando de Castro había dedicado tiempo a relacionarse con vendedores de Hispasegur. Su hija Ana trabajaba como administrativa y le informaba de todo lo que alcanzaba a oír en pasillos y despachos. Fernando abrigaba la esperanza de introducir a su yerno en el mundo de las corredurías.

El complot

Fue Fernando quién se enteró por sus espías de que Alberto Blanco tenía previsto presentar su dimisión de modo inmediato. Blanco había pactado con su gente montar una correduría a donde irían pasando a medida que fueran obteniendo fondos por el cobro de pólizas. La idea era llevarse los clientes de grúas, que consideraban suyos. Pieza fundamental de la operación era la conexión con la aseguradora Fiatc, y sus directivos Mario Molinero y Joan Castells. Muy importante también para el éxito de la espantada, era contar con Jerónimo Burgueño, el contable. Dado que me incumbía la responsabilidad de vigilar a Blanco, decidí que había que adelantarse al suceso, cesándolo fulminantemente.

Los empleados se quedaron atónitos, sin saber cómo reaccionar. Sólo uno, Isidoro Beltrán, abandonó la empresa ese mismo día, junto con Alberto Blanco.

Junta de accionistas de Hispasegur

Alfonso Ballesterero como presidente, convocó una Junta de accionistas para informar de lo ocurrido a la que acudió, naturalmente, Fernando de Castro. Uno de los temas era el nombramiento de director Gerente. Fernando Rubio, que había sido director financiero del INI, se postuló como candidato. Carlos Espinosa, padre de la criatura, opinó que lo natural era que me hiciera cargo yo, puesto que, de hecho, ya lo venía haciendo. No habría sugerido mi nombre, ni tampoco yo habría aceptado al ver las dudas de algunos. Pero o aceptaba ser director o tenía que prescindir de mis ingresos como director adjunto. Me faltó valor para afrontar una insolencia humillante ante mi familia. Es otra de las decisiones que según la novela de Ouspensky (en que el protagonista sabe lo que viene después) no habría tomado. Me habría refugiado en Aldeallana, a recomponer mi vida con más calma, como hice después pasando a ejercer como autónomo.

El plan de austeridad

Aunque el saldo de la Tesorería en Hispasegur era elevado, pude advertir que iba menguando. Me propuse reducir los gastos mientras averiguaba los motivos y la forma de incrementar los ingresos. Para dar ejemplo, renuncié a un 40% del sueldo pensando que así Alfonso aceptaría contribuir con una reducción en el alquiler del espacio ocupado por Hispasegur. Como no le pareció

bien la idea, decidí buscar otro local más económico. Encontré uno en la calle de Ayala 4, justo encima del restaurante Embassy. Era más grande de lo que necesitábamos y subcontraté la parte de delante a unos abogados amigos, vecinos de Aldeallana: Antonio Escorial, su mujer Begoña Pernas y su cuñada Ana Pernas. Ya no precisaba el despacho de Alfonso. Así nació Datafirma, S.L con domicilio en Ayala 4. Tenía como secretaria a Eva Espartosa, que trabajaba media jornada para cada empresa, con el ahorro consiguiente para Hispasegur. Mi socio era Jaime Laviña, que accedió amablemente a firmar en la constitución de la empresa. Al contrato de Datafirma S.L con Red Eléctrica se añadió pronto uno con la Dirección de la Marina Mercante, que propició un viaje a Portsmouth encargado por Alfredo de la Torre, hermano del alcalde de Málaga.

Los efluvios de Embassy

Las oficinas de Ayala 4 estaban en una segunda planta y compartían vistas al patio interior con las cocinas del restaurante. A eso de las once subía un olor delicioso con orígenes varios: chocolate, huevos fritos, café, panecillos calientes y croissants sacados del horno...La tentación era irresistible y estaba permitido bajar a desayunar. Un parroquiano que no faltaba nunca a la mesa que el chef le tenía reservada en una esquina del salón de té, era aquel Jens Jessen, piloto de Iberia, amigo de mi hermana y mi madre. El de los pantalones de pana en casa de Bob y Liz Percy. Ya se había jubilado. Era un poco chinche con el asunto del desayuno. El huevo frito tenía que mostrar bordes chamuscados y

venir bien caliente. Presencié varias devoluciones...en frío.

El reloj del abuelo

Me fui a la casa de mi madre a comentar los huevos fritos de Embassy y la encontré, como muchas veces, haciendo solitarios en lo que había sido el dormitorio de mi hermano y mío. Antes de llegar al cuarto, en la entrada, se podía oír el tic tac del reloj del abuelo, con su esfera dorada, alto y ampuloso. No era de ningún abuelo, porque hizo su aparición en el piso de Lagasca cuando llegaron otros muebles. En Aldeallana colgaba uno de cuco en el salón y en el comedor otro de esos con un péndulo en forma de sol y dos pesas de plomo, al aire, vistas, que iban bajando hasta casi el suelo. A mi hermano le importaban mucho los relojes. Tanto, que cuando se fue a vivir con su familia cubana a Florida, se hizo relojero y tenía un gran taller, donde arreglaba los estropeados. Escribió varios libros que pueden consultarse en internet con sólo escribir: *Guillermo Orueta Relojes*. Si lo haces, podrás distinguir los *Comptoise* de los *Trunk dial*, los *Reguladores Alemanes* de los *Tableau* y los *Oeil* de *Boeif* de los cucos *Railroad*.

Guillermo y sus cosas

Mi hermano murió hace unos años. Cuando éramos de tamaño más pequeño estábamos muy unidos. Luego se casó con una cubana muy simpática, pero absorbente, y dejamos de vernos tan a menudo. Compartíamos más interés por las cosas que por las personas. A mí me dio por los libros, los discos, los teatros de papel, las reglas de cálculo y los coches Alfa Romeo. A mi hermano por

los libros de Emilio Salgari, los discos de Bach, los relojes de pared, las maquetas de barcos pesqueros, las maquetas en bajo relieve de casas rurales y los coches Morris Mini. Le pasaba lo mismo que a mí: nos daba pena que algunas cosas dejaran de ser útiles, porque acababan abandonadas en algún lugar inhóspito, pese a haber sido amables con sus dueños. Guillermo compraba Minis cuando se veía que estaban a punto de ir al desguace y los arreglaba el mismo. Entonces hablaba poco inglés. Acudía a diccionarios técnicos británicos buscando los nombres para encargarse de piezas a Inglaterra y hacía fichas. Hizo tantas que pudo editar un *Diccionario Inglés- Español del Automóvil* que sigue siendo el único en esa materia.

De la casa de mis padres

Además del reloj del abuelo, en la casa de la calle Maldonado había un piano Rönisch (*Renano*) que había sido de la abuela Guitián, la segoviana. A la abuela Dolores no le gustaba la música: lo mejor de la carrera de piano -confesaba- eran los exámenes en Madrid. Aquel piano era tan antiguo que tenía soporte para cuatro velas y estaba hecho con una madera clara como nueces brillantes. Su sonido era aterciopelado y el teclado muy blando. Algunos decían que demasiado blando. En ángulo con la pared del mismo despacho, dominaba la casa una librería con mesa escritorio y dos columnas acristaladas a los lados. Fue el único mueble que se reservó mi padre cuando murió la abuela Heredia. Había pertenecido a Serafín Estébanez Calderón y detrás de sus cristales dormían libros con exlibris de Cánovas del Castillo, sobrino del escritor, uno de nuestros tatarabuelos. En los cajones había

cartas de personajes del siglo XIX, como los mencionados Cánovas y Estébanez Calderón, también de Próspero Mérimée, el marqués de Salamanca, Reinhardt Dozy, el general Narváez, el general Martín Zurbano, Martínez de la Rosa, el duque de Rivas, y sobre todo muchas de Juan Valera, amigo de Serafín. Cambio de cuarto. Guillermo y yo metíamos nuestras cosas en un gran armario que tenía una plaquita con el nombre de Maple. Si salía en la conversación, uno de nuestros padres empezaba a cantar: *Pisito que puso Maple/piano, estera y velador...* y el otro (a) añadía sonriente y cómplice, *y un gató de porcelana/pá que no máulle al amor.*

Soria

La inminente toma de control de Enasa (fabricante de los camiones Pegaso) por parte de Mercedes Benz animó a algunas empresas alemanas a instalarse en España. Para aconsejarlas, Carlos Espinosa se acordó de mí y les daba el nombre de Datafirma. Así conocí a Franz Josef Wolf, presidente y dueño de Woco, fabricante de piezas de goma, procedente de Salmünster. Viajé a Valladolid para entrevistarme con el presidente de la Junta de Castilla y León, Juan José Lucas y, a partir de aquella reunión, todo lo relativo a mi intervención fue como la seda. Al principio, los alemanes preferían Barcelona, donde les pude enseñar algunos solares. Preparé concienzudamente su llegada a Soria. Cuatro policías motorizados escoltaron el coche hasta el Ayuntamiento. El alcalde los recibió en el salón de Actos, iluminado con ampulosas lámparas de cristal que colgaban de un techo ornamentado. Tras darles la bienvenida les deseó éxito en España, añadiendo que no sintieran compromiso,

pues, en todo caso, estaba encantado de recibirlos. Con Wolf venía su secretaria Erika Stengler, que se mostraba admirada del recibimiento. El teniente alcalde nos dijo que había reservado habitaciones en el parador y que dejásemos a la comitiva una hora de descanso y cambio de impresiones. La mañana era espléndida y un coche del alcalde y otro de respeto vinieron a recogernos para visitar el polígono industrial, inaugurado hacía poco tiempo. En un lugar destacado se veía una nave muy alta, recién construida, con oficinas y todo dispuesto para ser ocupada. Entramos en el recinto como quien entra en una catedral, los pasos sonaban y las puertas correderas se cerraban detrás de nosotros, haciendo poco ruido. Por los ventanales entraba mucha luz. Wolf, Érika y sus acompañantes miraban aquel grande espacio vacío y no sabían qué decir. Por fin ella me preguntó “¿Es del Ayuntamiento?” y el teniente alcalde, Javier Jiménez Vivar, que creyó entender, me susurró “Diles que es suya, gratis, si la quieren”.

Centón de libros

Luego contaré más cosas de Soria. Ahora vuelvo al Centón, un poco olvidado: *Salomé*, de Oscar Wilde; *Hipólito* de Eurípides; *Sanctuary* de William Faulkner; *Las mil y una noches*, Anónimo; *Orlando*, de Virginia Wolf; *Crónica de Juan II de Castilla*, de Alvar García de Santa María; *Diálogo de los dos sistemas de los mundos*, de Galileo Galilei; *Elegías*, de Albio Tibulo; *La Biblia en España* de George Burrow; *La Eneida*, de Virgilio Maron; *La hija del Aire* de Pedro Calderón de la Barca; *Sonetos y Églogas*, de Garcilaso de la Vega; Ya van doce, faltan dos. *La Regenta* de Leopoldo Alas Clarín y *El Banquete* de Platón.

Contratiempos familiares

A finales del siglo XX, se acumulaban problemas en mis dos familias: la danesa y la inglesa. Empezando por la segunda: Dixie se sintió muy dolida porque su hijo Johnny, mi cuñado, en sus viajes a Europa desde América, parecía dar prioridad a visitar a los padres de Petra, su mujer, en Holanda. Parece ser que, en una ocasión, se olvidó de Madrid. A partir de aquello, las relaciones entre madre e hijo quedaron definitivamente rotas, hasta el punto de que Dixie lo desheredó. Esta es la explicación oficial, que me parece incompleta. Pero es cierto que mi suegra no aceptaba una atención dividida. El vacío de Johnny lo ocuparon inmediatamente Libby y Natalia. Yo hubiera preferido que Libby hubiese tratado de recomponer las relaciones. De pequeños Libby y Johnny se querían mucho. Es una evidencia que los sentimientos evolucionan en función de cambios de viento apenas perceptibles.

José María Lamo de Espinosa

La dueña del tercer piso de la calle Encarnación regresó de Suiza y nos pidió que se lo devolviésemos. Nos habíamos hecho amigos de los Lamo de Espinosa, quienes pensaban cambiar de casa, así que la idea de añadir la condición de inquilinos nos pareció muy bien. Desde su piso se veía peor la plaza de Oriente y más cercanos a los viandantes y coches que pasaban por la calle. Sentimos la ausencia de José María, de África, su mujer y de sus dos hijos, que siempre venían a los cumpleaños de Emma. Meses después supimos que nuestros amigos se habían divorciado.

El Stabat Mater

Me enteré de que el de Bocherini iba a ser interpretado en Arenas de San Pedro, y quise ser uno de los asistentes a tan singular acontecimiento. Esta secuencia litúrgica es algo insólito en la historia de la poesía y de la música. Y voy a explicarte por qué. Lutero la prohibió, la Iglesia católica la ve con recelo. Los músicos no quieren oír hablar de ella. Suele cantarla sólo una soprano, sin dúos ni coros. Es sabido que la liturgia ha dado de comer a muchos compositores en algún momento de su vida. *Misas, Salve Reginas, Pasiones, Ave Marías, Salmos*, etc. etc. Una composición pareja del *Stabat Mater*, el *Dies Irae*, se cuele fácilmente en las misas de Requiem. El *Stabat Mater* no encuentra el momento de ser oído en las iglesias. Casi todos los *Stabat Maters* se compusieron de encargo, sin ganas. ¿Dónde está el secreto de su éxito en los conciertos? Habría que preguntárselo a Dvorak, Haydn, Schubert, Pergolesi, Rossini, Bocherini, Vivaldi, Scarlatti, Arvo Pärt y cientos más. Si me preguntas a mí, (¡hum! ¿me/ a mí? Déjalo, no seas pesado. Podía preferir preguntar a otro) te diría que la secuencia consta de dos partes: la primera es la visión de un ciudadano romano que contempla la escena del Calvario desde lejos y se acerca a ver qué es lo que está pasando allí. Le intriga la mujer al pie de la cruz, y del crucificado sólo sabe lo que le dicen: que es su hijo. Fin del retablo. Ahí queda: trágico, descriptivo, pictórico. La segunda parte es muy diferente. Quien habla es otro. Se dirige de tú a la mujer y el tono parece una declaración de amor: *Mihi jam non sis amara* -ya no me seas amarga- *Penas mecum divide* -divide tus penas conmigo- *Fac ut tecum plangere* -haz que llore contigo- La Iglesia se escandaliza. “¿No menciona a

Cristo?” “Casi nada. Le pide que le haga sentir amor por Él, para complacerla” “No. No. A quien tiene que complacer es a Cristo. Cambia lo de *tibi* por *sibi*. ¿Y qué más?” “Que se quiere emborrachar” “¿Emborrachar?” “Eso dice. Y añade que se siente inflamado y como suspendido en el aire” “¡Qué horror! Hay que cambiar también eso. ¿Y cómo termina?” “Le pide que cuando el cuerpo muera, a ver si ella puede hacer que su alma vaya al Paraíso” “¿Y quién dices que ha escrito semejante despropósito?” “No he podido averiguarlo, pero a la gente le gusta. Sobre todo, con música” “Vamos a hacer una cosa: lo dejaremos para el *Viernes de Dolores* en Semana Santa, pero ni un día más” “Así se hará”.

El fin de Hispasegur

“Todo eso está muy bien, pero parece como si evitaras hablar de Hispasegur, yéndote por las ramas”. No. Ese asunto lo he dejado para un capítulo aparte. Si quieres saber por qué no es buena idea invertir en seguros de grúas, a lo mejor te interesa. Si tienes curiosidad sobre cómo no gestionar una correduría dedicada a tan accidentado negocio, no te defraudará. Si ni lo uno ni lo otro, puedes pasar directamente al capítulo XX.

La Oruetada

Una noche soñé que Aldeallana se había vendido. Cuando me desperté recordé que la finca había pertenecido a toda la familia, hasta que mi padre compró a sus hermanas su parte. El tiempo avanzaba demasiado deprisa. ¿Querrían venir todos los primos y tíos a una convocatoria familiar? Podría organizarse en el jardín, con muchas mesas. Clemente y Pilar

Aragoneses se encargarían de las chuletas de cordero. ¿Cuántos vendrían? ¿40? ¿50? Demasiado caro. “En los pueblos los invitados pagan el convite de las bodas” “No lo hagas. Es muy feo. Vas a empeorar tu fama de mezquino” “¡Pero si no tengo un duro!” “No importa, la gente no lo sabe”. Vinieron y pagaron.

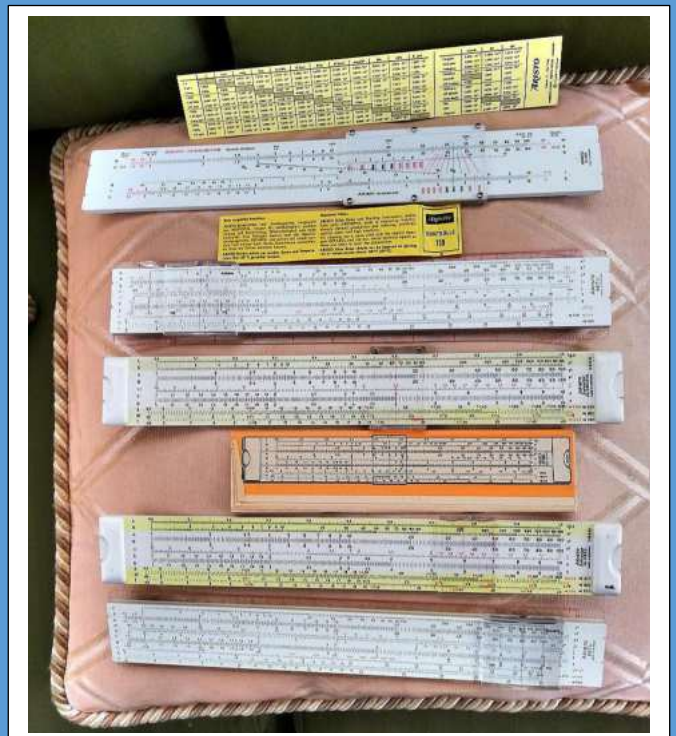
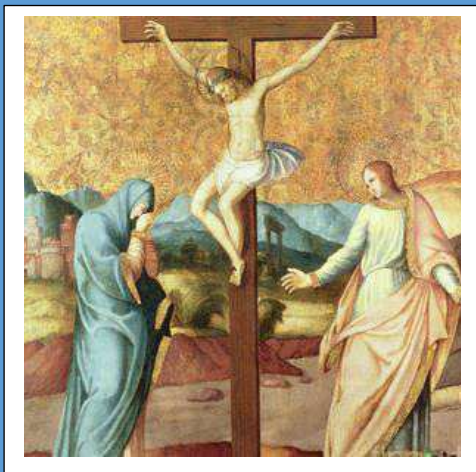
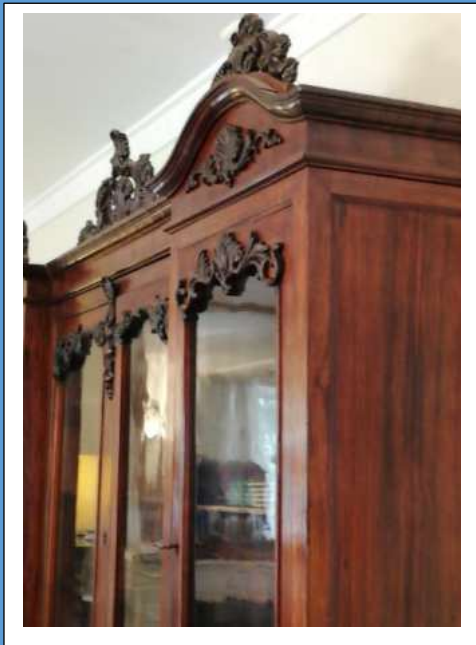
Antes de terminar este capítulo

“Sigo sin saber por qué has sacado a relucir el Stabat Mater” Tal vez lo entiendas si lees el último capítulo. En él rememoro los *cuidados que terminan en nada*. La obra cumbre de la literatura alemana contiene dos frases cuyo significado sigue dando mucho que hablar. Son misteriosas y a la vez explican casi todo. No las voy a traducir, porque es casi imposible. Son éstas:

*Wer immer strebend sich bemüht
Der können wir erlösen*

∞ ∞ ∞ ∞ ∞ ∞ ∞

Das Ewig-Weibliche Zieht uns hinan





La Oruetada



Capítulo aparte

(dedicado a las grúas)

Carácter de la grúa

Es un instrumento potente, no es dócil como un vaso o una cuchara. Hay grúas que superan en altura a edificios de muchos pisos, capaces de soportar cargas pesadísimas. Las más proactivas se mueven sobre ruedas para acudir allí donde hayan sido llamadas. Verlas trabajar es un espectáculo para quienes se encuentran con ellas de improviso, a veces impidiendo el acceso a un lugar. Nunca pensé que las grúas pudieran causarme también tanta tristeza.

Hisparsegur

Todo empezó con la instalación en las oficinas de A. Ballester y Cía. de un contingente de personas bien disciplinadas que ocupaban la mayor parte del espacio y daban la impresión de que allí se trabajaba mucho. Su jefe se llamaba Alberto Blanco, persona en extremo respetuosa, a quien su equipo obedecía ciegamente. Parecía un enjambre que había anidado allí pero que podía volar a otro árbol en cualquier momento. Lo había encontrado Carlos Espinosa. Se trataba de un regalo “llave en mano” de su amigo Santiago Gil de Biedma, a

quien yo conocía del colegio. Cuando Carlos perdió de repente su trabajo en Iberia se juró “no depender (económicamente) de una sola pata”. Hispasegur era una posible segunda pata.

Los accionistas

Mi relación inicial con Hispasegur era mínima. Me alegraba que pagasen la cuota de espacio que ocupaban en la oficina y como accionista recibía unos inesperados beneficios a fin de año. Alfonso era el presidente y los accionistas éramos amigos. Fernando Rubio amigo de los tres. Juan Riva, amigo de Alfonso Ballesteros. Alberto Isla, amigo de Carlos. Y Fernando de Castro, amigo mío.

El trabajo de Hispasegur

La razón de ser de las corredurías consiste en aconsejar a sus clientes dónde y cómo prevenir un riesgo. Cuando el aconsejado se decide por una compañía, la elegida paga una comisión al corredor, como *agente*. Los propietarios de grúas suelen tener problemas con los destrozos que causan sus artefactos, que pueden ser mortales. Hispasegur se dedicaba a mediar en este ramo y, tanto los clientes como las aseguradoras, estaban contentos.

El origen del tumor

En la valoración de un siniestro podemos distinguir cuatro opiniones a) la del que lo ha sufrido b) la del causante c) la de la compañía de seguros y d) la del juez si no se ponen de acuerdo. Esto es así, lo mismo si se trata de una simple gotera en un seguro de hogar que de un operario muerto por una mala maniobra de grúa.

Cuanto más grave sea el siniestro mayor serán las diferencias de opinión.

Una tesorería boyante

Aparte de la relación con el presidente, Alberto Blanco informaba a la Junta una vez al año. Lo más llamativo era la desproporcionada cantidad de dinero que aparecía en la cuenta corriente del banco. La razón de tanta solvencia era que en esa cuenta no sólo se ingresaban los pagos por comisiones, también los ingresos por el cobro de las pólizas. Y, en el lado negativo, se descontaban los pagos a los asegurados cuando ocurría un siniestro. O sea: que Hispasegur mezclaba en una misma cuenta orígenes y aplicaciones de fondos de muy distinta naturaleza: a) los que le correspondía como *comisionista* (un porcentaje del total) y b) los que manejaba como *cajero* de las aseguradoras (que no eran suyos). En Inglaterra se exige que los ingresos estén en cuentas bancarias separadas para no mezclar churras con merinas.

Tiempo para pagar

Ya que sólo había una cuenta, *lo bueno habría sido que casi no apareciese dinero*, señal de que todos los pagos y cobros estaban saldados. (Y, en el pasivo, hacer provisiones para cubrir diferencias de opinión). ¿Por qué había millones? Porque Hispasegur tenía bula para ir pagando cuando quisiera. ¿Y por qué las aseguradoras le permitían retener pagos y hacerlos con cuentagotas? Porque esa abundancia de efectivo la utilizaba Hispasegur para ir pagando siniestros *a gusto de los asegurados*. Por eso no había nunca conflictos en una

actividad esencialmente conflictiva. Por eso muchas compañías no querían saber nada de grúas ni de Hispasegur. ¿Y por qué dos o tres lo hacían? Porque sabían que la responsabilidad final no sería suya, cuyas cuentas sólo reflejaban como pagado lo que sus peritos consideraban justo. Alberto Blanco y los empleados de Hispasegur tendrían excusas preparadas. Ya se sabe que, en casos de cobros y pagos piramidales, los únicos responsables ante el juez son los integrantes del Consejo de Administración. Como muchos tumores, aquel permanecía oculto, aunque con síntomas que hacían sospechosa su existencia.

Los síntomas

El más preocupante era la negativa de Alberto Blanco a ser accionista. Carlos pensaba que era una forma de reconocer diferencias de posición social. Un segundo síntoma sospechoso era que los cinco vendedores de Hispasegur no cobraban comisiones, sino que estaban a sueldo. Me acordaba de mis tiempos en Rank Xerox donde vendedores de lujo *sólo* cobraban comisiones. Un tercer síntoma era la ausencia de relaciones con Santiago Gil de Biedma en la búsqueda de aseguradoras. Hispasegur trabajaba en solitario, como arrinconada.

Il dolce fare niente

Los accionistas sólo queríamos percibir el alquiler del local, beneficios a fin de año y comisiones, (algunos). Todo ello se festejaba con simpáticas fiestas y torneos de mus una vez al año. Yo no sé jugar al mus, así que me perdía esas reuniones. Fernando de Castro sí sabía, pero no estaba invitado, algo que me dolía y que no supe

resolver. Huelga decir que a los torneos de mus no acudía Alberto Blanco ni ningún empleado.

La metástasis

Llegó el momento en que Alberto Blanco consideró prudente emigrar. Cada vendedor se llevaría sus clientes, dejando en Hispasegur las deudas no reconocidas por las aseguradoras. Un empleado, posiblemente Javier Balanzat, informó a Fernando de Castro de que Blanco iba a dimitir al día siguiente. Fernando me lo comunicó con susurrado dramatismo. Ya dije que en aquellas fechas todavía no era yo consciente de la existencia del agujero de tesorería. Lo lógico hubiera sido que Alfonso Ballester, como presidente, se hubiese preocupado de estas minucias, pero ese tipo de asuntos le aburría sobremanera. Yo atribuía la espantada de Blanco a que tenía otra oferta y se sentía menospreciado por nosotros. Mas cierto era que veía un peligro en mi proximidad a sus asuntos.

El tratamiento

Como director de Hispasegur me propuse ir sustituyendo el negocio de grúas por ramos menos preocupantes. Para esa pretendida diversificación seleccioné dos objetivos: a) la flota Suardiaz, si Juan Riva me daba la oportunidad y b) los planes de pensiones a través del Banco de Sabadell de Pep Oliú, ya mencionado como *stagiaire* en la Dirección de Planificación del INI.

La flota Suardiaz

Se trataba de lograr que Juan Riva nos confiase la correduría de los seguros de la flota. Creo recordar que el coste anual se acercaba a los doscientos millones de pesetas. Como presidente, Juan podía aliviar esa partida a su empresa convocando un concurso con pliegos cerrados, a los que acudiría Hispasegur. Si bien él era accionista, no parecía haber conflicto de intereses, puesto que la compañía aseguradora nada tendría que ver con él. Me encargué de preparar la propuesta personalmente, eligiendo a una firma de prestigio internacional como AIG, que en aquel año estaba ampliando su presencia en España. Yo mismo introduje la oferta de AIG en el sobre y se la entregué a Riva. Cuando se abrió el pliego, Juan Riva y Alfonso Ballesterro (presidentes respectivos de Hispasegur y de Flota Suardiaz) convocaron una reunión para que AIG presentase su opción, sin avisarme. Pese a que ofrecía todas las garantías de rigor y que el coste suponía una rebaja del 25%, me comunicaron que preferían seguir como estaban. La explicación: *que AIG era desconocida en España en el ramo de seguros marítimos* (algo así como desconfiar de Mercedes Benz en el sector de camiones y autobuses). Y como nota trivial, recuerdo que Alfonso sazonó la justificación diciendo que tanto Juan Riva como él se rieron en la presentación del técnico de AIG, una persona que acababa de llegar a España con acento sefardí o algo parecido. No me parecieron razones suficientes. Posiblemente personas con poder en la empresa renegociaron con el proveedor habitual y santas pascuas. Tanto Alfonso Ballesterro como Juan Riva durmieron perfectamente esa noche, aunque Hispasegur perdiese la ocasión de salvarse.

Pep Oliú

Yo había conocido a su padre una mañana en que Mercedes Martínez me anunció su visita al INI en calidad de presidente del Banco de Sabadell. Solo pedía que su hijo José pudiese hacer prácticas dentro de la Dirección, de la que había oído hablar. Se puede decir que, durante un breve tiempo, Oliú estuvo trabajando en mí espacio dentro del Instituto. El Banco de Sabadell estaba interesado en obtener planes de pensiones que habían sido liberalizados y se sacaban a concurso. Le ofrecí que contratase a Hispasegur como mediador para ser incluido en las convocatorias, sin garantía de éxito final. Para ello esperaba contar con la colaboración de algunos accionistas. Solo Carlos Espinosa se tomó la molestia y proporcionó tres concursos. El Sabadell no consiguió ninguno y en el tercero se negó a pagar la comisión. Finalmente, Oliú dio orden de cumplir lo contratado, pero yo perdí un amigo.

Tiempo para vender

Las reuniones del Consejo de Hispasegur evidenciaban decepción en los accionistas. Lejos de hacerlos millonarios, apenas justificaban el capital invertido. Carlos escuchaba críticas a mi gestión y le hacía arrepentirse de haberla propiciado. Alfonso Ballesteros se ofreció a negociar una venta rápida. Fernando Castro y otros propusieron sondear a Santiago Gil de Biedma, el cual se mostró dispuesto a comprar. Yo recordaba las múltiples ocasiones en que empresas en malas circunstancias se ofrecían al INI y mi reacción siempre la misma: no acceder sin auditoría previa e independiente. En este caso, la opinión imperante era

que la empresa gozaba de excelente salud y se vendía por incapacidad del director, que era yo. Todo parecía ir de perlas, hasta que Santiago Gil de Biedma, dejando a un lado sus sonrisas y afabilidades, nombró a su directora general Carmen Martínez Sarmiento para discutir las condiciones. Mi instinto de conservación me gritó que había que encontrar un comprador más ingenuo.

Caveat emptor

Un raro admirador a mi gestión en Hispasegur era un corredor independiente, relacionado con Eos Risk, de nombre Manuel Vivas, al que confié que vendíamos la empresa y a quien pedí que me ayudase a encontrar compradores. Fue él quien me introdujo a Nelson Hurst, unos abogados que representaban al gigante sudafricano de las finanzas Alexander Forbes. Al mismo tiempo noté que Alfonso Ballesteros dejaba de acudir a las reuniones con Gil y Carvajal, un mal síntoma. Se me planteó un problema de conciencia cuando Manuel Vivas dijo que se incorporaría como gerente de Hispasegur. Se valoró Hispasegur en función de su cartera. Acordado el precio, se pagarían dos tercios a la compra y el tercio restante un año después. Con esa cuantía cabía devolver a los accionistas el capital invertido. Tranquilicé mi conciencia con el *dictum* romano que sitúa en el comprador la responsabilidad de descubrir defectos ocultos.

La inspección de Hacienda

Los compradores en nombre de Alexander Forbes quisieron anular el riesgo fiscal, y promovieron una inspección de Hacienda. Para afrontarla busqué un

consultor que hubiese sido cura antes que fraile. Afortunadamente los inspectores no mostraron interés en cruzar la contabilidad de Hispasegur con las de los clientes y las compañías aseguradoras. Nos reprocharon el abono de comisiones sin factura ni Iva, algo que se venía haciendo en atención a comprensibles deseos de anonimato. La investigación podía extenderse a las declaraciones de la renta de los comisionistas. Lo que me faltaba. Logré acordar una multa y dejar el asunto cancelado. Esa cantidad hubo que deducirla del activo de la Compañía, se redujeron algo las devoluciones de capital, pero respiré aliviado. Cuando llegó la hora de la firma, Alexander Forbes puso como condición mi continuidad por dos años. Lo hacía para contar con una especie de rehén.

Lo que pudo ocurrir

Varias cosas y peores. Que Gil de Biedma hubiera informado a los accionistas de que el valor de la empresa era negativo y que, en consideración a Carlos, aceptaría quedarse con el negocio por una peseta. Que los inspectores hubiesen decidido perseguir las declaraciones de hacienda de los comisionistas. Que no encontrásemos comprador alguno. De llegar a la insolvencia, seríamos responsables los accionistas con nuestros patrimonios. Nada de eso ocurrió. Solamente que perdí muchos amigos, entre ellos Manolo Vivas, cuando el valor real de Hispasegur quedó al descubierto. El día que pude por fin abandonar aquel tormento, dormí más avergonzado, más tranquilo, más solitario, y más pobre que en los anteriores diez años de mi vida.



Compañía Aseguradora propuesta a Flota Suardiaz



Alexander Forbes
(comprador de Hispasegur)



Gil y Carvajal

Capítulo XX

Encinas en medio de las tierras

En Aldeallana, el tamaño de las tierras (las lindes) estaba determinado por el cansancio de una pareja de bueyes trabajando desde la salida hasta la puesta del sol. Dependía de la cantidad de piedras sueltas y de la dureza de la tierra. Por eso unas tierras eran más grandes que otras. La cantidad de encinas que se dejaban crecer en las lindes tenía que ver con que hubiera bastante leña para los hogares. La proporción de garbanzos, cebada, o trigo miraba a cuántas bocas humanas había que alimentar y cuántas de animales. En otros caseríos, más ricos, la cosa quedaba así. Pero en los pobres, como Aldeallana, se producía un déficit de carne de cerdo. Las encinas de las lindes, al no estar cultivadas, no daban suficientes bellotas. Faltaba chorizo y tocino para los cocidos. No había otra solución que cultivar algunas encinas en mitad de las tierras, justo las necesarias para completar el menú. Esas encinas, al estar en terreno labrado crecían mucho, daban muchas bellotas y mucha leña. Quitaban pan y forzaban a alzar el arado y volverlo a hundir,

interrumpiendo la labor como un viandante a un coche en medio de la carretera.

La belleza de las encinas

Dicen los ingleses que *beauty is in the eyes of the beholder*. Antes, Platón ya había confundido Belleza, Bondad y Verdad. Las encinas, vistas por un agricultor, eran bellas sólo si eran útiles. En un caserío rico, lo bello era su ausencia *en mitad de las tierras*. Por eso, los caseríos con tierras pequeñas y muchas encinas eran más feos, relativamente hablando. Justo lo contrario de lo que pensaría un poeta o un pintor.

¿Y si no hacían falta bueyes?

Cuando el tractor sustituyó a las parejas de bueyes, las tierras se quedaron pequeñas. Las lindes peligraban. También peligraban las encinas aisladas entre el sembrado que el arado romano obviaba fácilmente. Los arados de rejas detrás de un tractor tenían que dar un rodeo, estropeando la simetría. La mecanización del campo en Aldeallana chocaba con que las tierras más pobres no sólo eran pequeñas, sino que tenían encinas muy grandes y piedras sueltas también muy grandes.

La encina sagrada

Ya te dije que mi padre se había hecho agricultor y sabía muy bien lo que acabo de decir, pero para él las encinas eran árboles sagrados. Una en especial, junto a la cotería de Guijasalbas, era motivo y término de paseos (cual peregrinaciones) acompañado de María Eugenia. Con los años, mi padre era más ferviente

adorador que mi madre y solía ir solo a presentar sus respetos a aquel ejemplar majestuoso.

Guillermo y los Brañas

Cuando murió mi padre, María Eugenia arrendó la finca a una familia de labriegos de Abades, de apellido Brañas: *Los Brañas*. Como tenían tractores, una de las condiciones que puso mi madre fue que dejaran a las encinas en paz. Ocurrió que mi hermano cesó de trabajar en Rank Xerox para poner un negocio de copias (un *copy-service*) con otros vendedores rebeldes. La cosa no salió tan bien como esperaban y Guillermo empezó a ocuparse de Aldeallana junto con los Brañas.

La cámara regalo de Libby

Las posibilidades del barrio madrileño de los Austrias se agotaron (sólo para el que escribe) y dejé de salir a grabar en película sus rincones más sugerentes. Me fui a Aldeallana con la idea de llenar bastantes minutos. Vi a mi madre, que estaba frente a la chimenea haciendo solitarios. Los Brañas tenían ocas que deambulaban sueltas como en la antigua Roma. Desde *el Palomar* era obligado tomar una larga secuencia panorámica. Allí arriba, con el ojo derecho rodeado por la goma protectora de luz, me horroricé viendo que faltaban encinas. Las tierras estaban más *limpias*. Hablé con los Brañas y se inhibieron diciendo que las había cortado Guillermo y vendido la leña. Acudí a ver la encina sagrada. Imposible, porque alguien ya la habría convertido en humo. Me despedí de mi madre

rápidamente con una excusa inventada. En el trayecto de vuelta, me propuse salvar el resto de las encinas.

María Eugenia se queda más sola

Guillermo y Yiyita se fueron a vivir a Florida, invitados por la familia de ella. Para María Eugenia la compañía de su hijo menor y sus nietos era la más preciada, aunque tenía amigas y se ocupaba con actividades benéficas. Pero no era lo mismo.

Adiós a la Encarnación

José María Lamo de Espinosa vino a casa, ya divorciado, y durante su visita dejó caer que, por los gastos, tenía que subir el precio del alquiler. Le pedí que me diese un tiempo para pensarlo. Encontré una alternativa más económica enfrente del restaurante Zalacaín. Teníamos de vecino al exministro Gregorio Morán, que vivía en el piso bajo. Desde la terraza de nuestro piso, un tercero, nos divertía ver la llegada de coches oficiales, y reconocer ministros socialistas del gobierno. Mientras ellos comían, sus guardaespaldas daban paseos por las aceras. A veces miraban hacia arriba y nos saludábamos.

Comidas a la orilla del Támesis

Hablando de restaurantes. Una vez al año se celebraban almuerzos de directivos jubilados en Henley-on-Thames, a los que me invitaban y asistía. Hamish Orr-Ewing iba a todos hasta que se murió. A partir de entonces acudía su viuda, quien se cuidaba de mostrar (a la puerta del elitista club *Phyllis Court*) el Bentley sedán, color rojo ciruela, de su querido

Hamish. A una mesa redonda con nombres y apellidos nos sentábamos: Jack Thomas, John Duerden, John Betteley, John Fyfe, Pamela Hamilton et moi-même. Thomas lo dejó, porque venir desde Salisbury le daba pereza. Bettelley, no recuperado de haber dependido de un español, gustaba de sacar a relucir a Drake y Trafalgar. John Duerden prefería una navegación más deportiva y recordaba sus vacaciones en Málaga. Me pidió irse unos días allí y salir al mar en el Pacific Dolphin con una amiga sueca, de nombre Ann Ekhölm. Lo pasaron muy bien. Ella se quedó sorprendida de lo generosos que eran los amigos de John y me escribió dándome las gracias. Tal vez por asociación de ideas, John Fyfe recordó que él también tenía una amiga sueca (cuyo nombre ahora no recuerdo) y lo bien que le vendría un fin de semana en Madrid. En casa no había sitio y me ofrecí a buscarle un buen hotel. John expresó un cierto temor a que no fuese perfecto. Así que reservé en el Santo Mauro. Cuando vinieron a vernos, ella se deshacía en elogios del palacio. Para compensar un poco la factura que esperaba a John, les invitamos a cenar en Zalacaín. Y puestos a recordar trivialidades, se me aparece la cara de ella cuando el conserje ofreció a John una corbata, para que se la pusiese.

Bad Soden

Salto de una invitación a otra. Franz Josef Wolf había culminado su deseo de construir un Centro de Investigación en su villa natal, a mayor gloria de la familia. Bad Soden es un pueblo pegado a Salmusnter, en Hesse. Allí conocí a sus padres, hermanos e hijos. También visité las fábricas y saludé a los empleados adoptando aires de fingida importancia, colaborando

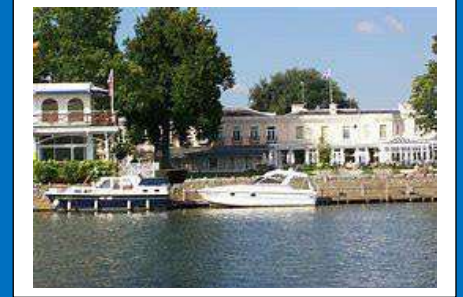
así a la autoestima de los Wolf. El motivo de recordarlo aquí es por resaltar uno de esos momentos en que el capitalismo industrial me ha parecido un elemento que proviene de lo más recóndito del alma europea.

Las trufas de Soria

Lo cual me transporta en pensamiento a un verdadero huerto sellado al Norte de la provincia de Soria y ello por dos razones a) por el celo capitalista de su fundador y b) porque fuimos a verlo invitados por Javier Jiménez Vivar, que de ser sólo teniente alcalde había pasado a regidor del municipio. Javier, Erika Stengler y Karl Neubert, gerente de Woco en Soria, solíamos vernos en el parador. Hicimos el viaje pasando cerca de lo que fue Numancia, siguiendo hacia el Norte. Entramos en zona de pinares, con cuidado de no matar ciervos, y después de casi una hora llegamos a un espacio protegido como si se tratase de una estación espacial. Nos esperaban, y las puertas se abrieron para dejar pasar al alcalde y a los acompañantes curiosos de Woco. Javier ya lo conocía y actuaba como cicerone. El origen de la explotación había que situarlo mentalmente en Francia, lugar donde existe el mayor mercado de trufas, cuyo valor al peso justifica sobradamente que se las lleve en coche o furgoneta desde cualquier lugar de Europa. El propietario de la empresa había trabajado como empleado en una plantación francesa y conocía los trucos imprescindibles del negocio. Siento la tentación de contarlos aquí, pero prometí no hacerlo y me callo. Lo único que diré es que tienen algo que ver con las encinas y termino este capítulo tal como lo empecé.



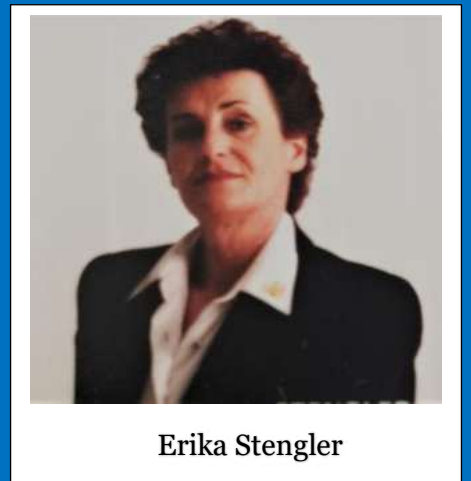
Phyllis Court Club



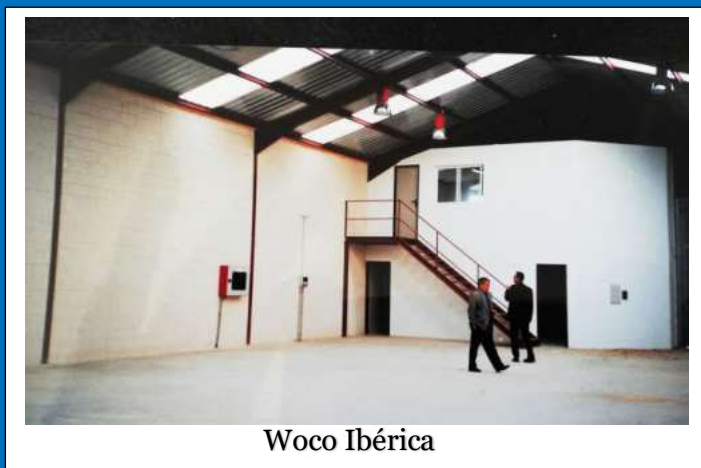
Ayuntamiento de Soria



Franz Josef Wolf

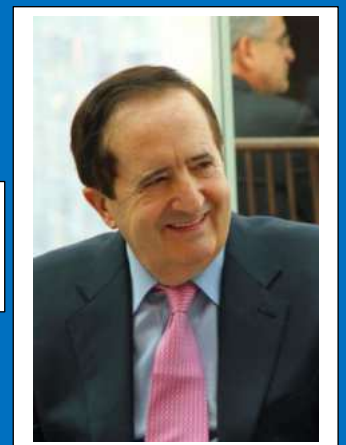


Erika Stengler



Woco Ibérica

Presidente
Juan José
Lucas



Capítulo XXI

Navegando con Libby

Algunas veces el Pacific Dolphin tenía que disimular su turbación porque cuando perdíamos la costa de vista nos vestíamos de sombrero, en alusión a la única prenda que nos protegía del sol. Trato de encontrar algo más trivial para contar y se me ocurre lo de la barbacoa. No es algo que se asocie fácilmente con la navegación a vela, pero lo cierto es que, a la altura del castillo de Fuengirola, el hambre llamaba a la puerta de la escotilla, poníamos el barco al paio y nos afanábamos en montar la barbacoa. Se fijaba en un candelero. Tenía un mango muy largo que giraba 360° y también de arriba abajo. De esa manera una vez encendidos los carbones y puesta la rejilla, un movimiento giratorio de la mano la apartaba del barco y quedaba como una oreja sobre el mar. Mientras se ponía suficientemente caliente, yo sacaba de la nevera las sardinas y los pinchos para preparar espetos al estilo de Málaga. Giro de 180° a la barbacoa, y la teníamos en mitad de la bañera. Colocar las sardinas y nuevo giro, hacia el mar. Y a esperar. Un humillo que se

elevaba de la cubeta era señal segura de que todo evolucionaba según lo previsto. Lo último: volcar el recipiente mirando que no hubiera ningún ser vivo en el agua justo debajo. A veces continuábamos la travesía hasta Puerto Banús, pensando en dormir abordo. La animación del puerto invitaba a cenar en algún restaurante. “¡Pero si no estoy vestida para eso!” “Da igual, el puerto es para los que vienen del mar” “No, por favor”.

Gotec

Woco seguiría en Soria, con el nombre de Woco Ibérica, durante los veinte años comprometidos por las ayudas de fondos de la Comunidad Europea. En 2015 se cumplía el plazo y era libre de irse a otro sitio si quería. El gobierno vasco apremiaba a que invirtiese en Euskadi por la proximidad de las factorías de Mercedes Benz. La familia Wolf tomó la decisión salomónica de seguir con Woco Ibérica en la Soria de siempre y fundar otra empresa hermana a la que puso el nombre de Woco Técnica y que plantó en Irún. El ejemplo de Woco había animado a otro fabricante alemán, Gotec, también especializado en revestimientos de goma para piezas de automóviles. Nueva visita a Valladolid. Yo seguía con la pretensión de ofrecer una nave industrial gratis, como aperitivo de las ayudas en dinero. Esta vez, el gobierno de Castilla León quiso beneficiar a Soria, pero no Soria capital, sino Almazán. El proceso fue idéntico al seguido con Wotec. Una pequeña diferencia: el primer gerente de Woco, Karl Neubert no estaba a gusto en Soria. Le sucedió Albert Wolf. Por el contrario, el gerente de Gotec, Bjorn Richardt, estaba en Almazán. Se compró un chalé en las afueras.

La PAC

La Política Agraria Común ofrece un elemento lúdico consistente en que el montante de las ayudas por kilo cosechado sólo se llega a conocer varios meses después de la siembra. Ello hace que la decisión de elegir un grano u otro sea una apuesta, porque los precios varían cada año. Apuesta que se añade a la de suponer que va a llover a tiempo y no va a granizar a destiempo. De esa forma el color de los campos (verde si con girasol, amarillo intenso si de trigo, y amarillo más pálido si con cebada o centeno) tiene bastante que ver con las elucubraciones sobre qué diablos acabarán decidiendo en Bruselas ese año.

Las cosechadoras

Da igual que sean cosechadoras, abonadoras, cardadoras o sembradoras, se contratan por unos días y a esperar a que vengan y hagan su trabajo. En el caso de las grandes cosechadoras, día y noche, con aire acondicionado, música y nevera. ¿Entonces, qué hace el agricultor? Rellenar papeles para la PAC. No es cosa sencilla. Hay que no equivocarse en los decimales de hectáreas ni en los nombres de las tierras. Pero se aprende y las ayudas llegan. En Aldeallana a veces las cosechadoras se estropeaban por culpa de las piedras y había que esperar a que trajeran piezas de repuesto. Eso hacía que redoblásemos amabilidad y propinas con los conductores, que solían ser dueños de las máquinas.

He pensado que...

“Clemente, he pensado que el año que viene en lugar de trigo vamos a poner pinos” “¡Qué me dice!” Le parecía

mal. Clemente Aragoneses tenía voz del labrador sapiente y amable. Quise tranquilizarle “Bueno, no en todas las tierras” Seguía pensativo, mirando al suelo. “En la de la cotería de Colina” Levantaba un poco la cabeza “En la del apartadero” Me miraba de frente “Y, a lo mejor, en un trozo de la de las hormigas”.

Vuelven las encinas

En Segovia me mandaron a la Sección forestal de la PAC. Yo escuchaba atento: “Cada metro una planta de pino de un año. Así cuatro metros. Al quinto: una planta de encina, de un año. La subvención dura 20 años, mientras va creciendo el pinar. Pero Vd. se compromete a tener vivas las plantas. Y hacemos inspecciones” “¿Qué pasa si se mueren algunos?” “Hay que reponerlos. Todo esto lo tiene bien explicado en el informe. En realidad, se trata de una repoblación de encinas, que es la planta autóctona en su finca. Los pinos acabarán cediendo al empuje de las encinas, que los expulsarán de su territorio natural. Pero eso tarda muchos años. Antes de que ocurra, se verán pinos muy hermosos, si los cuida”.

Durmiendo entre pinos

Los cuidaba. El primer año fue muy bien, el segundo regular y el tercero ya casi estaban todos a salvo. A veces llevaba un carrito con agua para algunas plantas que estuvieran a punto de secarse. Las noches de agosto me iba con un saco blando a dormir mirando a las estrellas en un marco de hojas de pequeños pinos muy verdes, al principio del tamaño de un niño, luego de un burro y años más tarde de un mulo o una jirafa.

Vuelo sin motor

En el pueblo de Fuentemilanos, un grupo de aficionados alemanes construyó una pista, una torre de mando y hangares para veleros. Desde que los aliados prohibieron los aviones militares en Alemania, el vuelo sin motor se hizo muy popular en tierras germanas. Tierras no tan propicias para elevar aviones como las de Castilla, donde el calor que emanan, por ser casi blancas, favorece las corrientes térmicas ascendentes. Tanto, que era posible volar sin aterrizar hasta Portugal, saltando de una térmica a otra. Algunos pilotos venían con sus familias. Se hospedaban en pueblos cercanos. Otros, en caravanas junto a los hangares. Mi hermana y yo decidimos acondicionar el caserío como casa rural y alquilarla a huéspedes tan interesantes. Me invitaron a hacer algunos vuelos. No tenían otro peligro que la ira de los buitres, que (en casos raros) podían acometer y romper alas tan delicadas. Desde el aire, Segovia se veía empequeñecida y poco interesante.

Lene en Alhaurín con David

Habíamos dejado a Lene y Lars viviendo en Dinamarca, cuando supe que ella se venía a España a vivir con David y María Angustias en Alhaurín de la Torre. Lars seguía en Emmasvej 10, solitario. Compraron una casa con el dinero del piso de Lars en Norreport (que fue vendido) y la hipoteca correspondiente. Lene y María Angustias eran incompatibles y Lene ganó la partida. David me decía que Lene estaba interesada en los orígenes de la familia Orueta. También en la suya, aunque no se hablaba con sus hermanos. El motivo de la ruptura con Marianne y con Bo me parecía banal.

Lene se había quedado con todas las fotografías y no estaba dispuesta a repartir ese caudal de recuerdos. Ahora imagino lo que habría disfrutado viendo las fotografías del libro que sobre la saga Gudmann escribió hace poco Axel Bredsdorff.

Muerte de Lene

Supe que padecía cáncer de mama. Yo hablaba poco con ella, desde que se negó a conceder la anulación. No confiaba en métodos de curación natural ni aceptaba someterse a operaciones ni terapias ortodoxas. En 2001 murió. Llegué a verla cuando ya la trasladaban al avión en que retornaría a Copenhague para rendir viaje póstumo en Bornholm. Viajé con David a presenciar la misa que precedía al entierro. De pie, en banco más cercano al altar que el de David, cerré los ojos y se me aparecieron vívidamente los días en la casita de Rosengade, luego las aventuras parisinas, sus caricias a Pyspo, el gato, la casa de Malvarrosa y los viajes en Vespa a Málaga, las veladas navideñas en Gudjhem, Esther cocinando, Borge leyendo *Information* y Lene adornando el árbol con Lars, David, esperando la llegada de Juleman (yo), y años más tarde: la noche en los jardines de la Alhambra... Empezaron a caer lágrimas al suelo. ¿De dónde saldría tanta agua?

Lars se queda solo

A la vuelta recordé que Lars vivía solo en Emmasvej. David me dijo que su condición era preocupante. Traté de verlo, pero no me oyó o no quiso abrir la puerta. Ya en Madrid hablé con Alfonso Orueta, director del Hospital de la Princesa, quien se ofreció a viajar conmigo a Copenhague para dar su opinión. Esta vez

pudimos entrar en la casa. Cuando subíamos las escaleras para llegar a su habitación salió con un cuchillo en la mano. Llamamos a la Comunidad de Gentofte, vino un médico, habló con Alfonso en inglés y ambos decidieron que había que internarlo en un psiquiátrico inmediatamente. Para ello tenía que acudir un juez que lo autorizase. En Dinamarca esas cosas se resuelven rápidamente. El juez llamó a una ambulancia y un coche de policía. Subieron varios agentes y sacaron a Lars por la fuerza. Alfonso estaba bastante asustado, yo mas bien avergonzado. Dijeron al chófer de la ambulancia que lo trasladasen a Roskilde. Vimos el hospital, un complejo de varios edificios. A Lars ya no se podía acceder sin su permiso. Volví un par de meses más tarde. “Aguarde aquí un momento” Me senté a esperar “No quiere verle. Lo siento”. Así varios viajes a Dinamarca sin éxito. Hasta que, al cabo de dos años y medio, la enfermera volvió sonriente “Dice que sí. Pueden salir una hora a dar un paseo o tomar algo”. Fuimos a un bar y pedimos cervezas. Hablaba de Lene como si estuviera viva. No me atreví a desengañarle.

Confidencias

Lene nunca quiso ver nada anormal en la conducta de Lars. Cuando nos casamos yo le dije que una tía mía vivía en una residencia para dementes. Para tranquilizar mis escrúpulos, ella mencionó la posibilidad de que nos naciera un hijo de color no tan blanco. Los Gudmann habían prosperado en las Antillas danesas, gracias a esclavos (y esclavas) negras. El árbol genealógico era café con leche. A esa confidencia contesté informando que mi padre tenía la *livermorada* por partida doble. “¿Y que es eso de la

livermorada?” “Gentes Livermore que de tanto casarse entre ellos, acaban saliendo un poco raros” Mi miró con cara de guasa.

La tía Pilar

En el avión yendo a visitar a Lars, lo de la *livermorada* no me parecía gracioso. La abuela María Luisa al principio tampoco quería reconocer que su hija Pilar estaba mal. Empezó a preocuparse cuando la oyó decir que era hija de Marañón. A los quince años había escrito una novela. La abuela pagó de su bolsillo una edición muy correcta, que he podido leer en la Biblioteca Nacional. El asunto es “rosa” y está desarrollado con ingenio. Una joven (muy parecida a ella) vive junto con sus hermanas, poco cariñosas, y más interesadas en un apuesto caballero que las visita asiduamente. ¿Hace falta que diga cómo termina?

Continúa el Centón

La Feria de las Vanidades, de William Thackeray; *Oráculo Manual y Arte de la Prudencia*, de Baltasar Gracián; *Asinaria*, de Tito Macio Plauto; *La dama de las camelias*, de Alejandro Dumas; *Por la ruta serrana del Arcipreste*, de Rubén Caba; *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith; *Un tranvía llamado Deseo* de Tennessee Williams; *Cerrar podrá mis ojos la postrera*, soneto de Francisco de Quevedo; *El inimitable Jeeves*, de P. G. Woodhouse; *El Quijote*, de Miguel de Cervantes (ya era hora); *La muerte de Arturo*, de Thomas Malory; *El libro del desasosiego*; de Fernando Pessoa; *El tartufo*, de Molière; *Canto a Teresa*, de José de Espronceda. Me he pasado: van trece, pero el soneto no es un libro.



Parroquia (y cementerio) de Gudhjem



Piedra en la tumba de Lene



Doctor Alfonso Orueta



Capítulo XXII

Bodas

Algunas personas mostraron un afecto singular hacia nuestra familia. Dos de ellas, nos invitaban a las bodas de sus hijas, de forma inesperada. La de la hija de Melanie Horcher se celebró en una finca de un pueblo madrileño. Melanie vestía traje cortesano de color plateado. Otro amigo que se acordaba de nosotros en las bodas de sus hijas era Juan José Morera, que fue presidente de Rank Xerox en Dinamarca. Cuando conocimos a Juan José y a Concha su mujer, vivían fuera de Madrid, en Villafranca del Castillo. Recuerdo que Juanjo se había hecho construir una especie de casita del príncipe donde tenía su despacho, lejos de la distracción familiar. Concha era malagueña. Quizá por eso, una de las bodas de sus bellas hijas la organizaron en una finca de Marbella, conocida como *La Concepción* (no les dijimos que había pertenecido a la familia Heredia). Natalia se sentaba en una mesa con jóvenes de su edad. En ninguna de estas ocasiones se me ocurrió pensar que un día se celebrarían bodas de encargo en Aldeallana. Pero esa historia viene después, en el capítulo XXX.

Dixie sufre un infarto

Vivía sola, aunque Libby y Natalia acudían casi todos los días a su casa. Una vez la encontraron ya muerta, de un infarto. Se avisó a Johnny, que vino a Madrid. El entierro fue en Cebreros, y Dixie fue sepultada en la tumba donde yacía Charles Macintosh. El cementerio de ese pueblo, con vistas a un valle de pinares rezuma paz, aunque sea la de los muertos. Pero la desaparición súbita de una persona como Dorothy Maudson se me hacía irreal. Explicar con pocas palabras cómo era Dixie, no es fácil. Tal vez si digo que cuando veía gente rematadamente fea se refería a ella como *rather unattractive people* te hagas una idea. Cuando quería elogiar alguna cosa, por pequeña que fuese, la describía como *out of this world*. Fue feliz en la primera boda de Libby y no tanto en la segunda, pero compartía la animadversión de Libby hacia el padre de Natalia. Dixie era consciente que Carlos no había conocido a Charles por haber llegado a ser presidente de Barclays, sino que más bien al revés.

16 de julio de 2003

Recibí una llamada de Maldonado 24. María Eugenia, nuestra madre, llevaba un tiempo enferma con el agravante de no poder o no querer comer. La acompañante se cuidaba de mantener goteando una botella de suero, colgada de un atril. Decía que había empeorado y convenía llamar a una ambulancia para ingresarla en un hospital. Mi madre escuchaba temerosa. No puedo olvidar su mirada dando a entender que no quería salir. No lo olvido porque no la hice caso. Ya era de noche cuando la vi cómo entraba en la Clínica

San Camilo, tumbada en la camilla blanca. No pasó directamente a una habitación; había que esperar. Nos separaba una cortina azul y ella pidió verme. Llegó tía Cary, su hermana, y dijo que esa noche se quedaría ella y que podía irme. Yo no pensaba que mamá estaba tan grave. A la mañana siguiente algo relacionado con el teléfono móvil de Antonio Escorial, mi socio de Consulfirma, me retrasó en llegar a la oficina. Antonio me dijo que fuera a la clínica San Camilo, porque María Eugenia había muerto esa noche.

El entierro

Cuando era pequeño, y parábamos en Fuentemilanos, me fijaba en una inscripción de la pared externa del cementerio, a pocos metros de la iglesia parroquial. Decía: *Como te ves, yo me ví. Como me ves, te verás.* Luego, alguien lo quitó. La tumba de Luis, mi padre, recordaba la fecha de su muerte: 2 de agosto de 1960. María Eugenia le había sobrevivido más de cuarenta años. En la misma tumba yacían los restos de su nieto Danielito. La piedra de granito era muy pesada y para levantarla se usaban palancas y para moverla: rodillos. Acudió gente del pueblo y algunos se quedaban fuera de las puertas del pequeño camposanto, esperando para darnos el pésame.

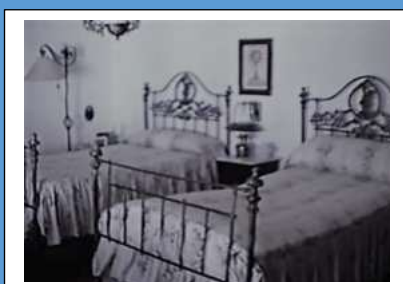
El funeral

Vinieron a la iglesia de Fuentemilanos, además de mi familia, Andrés, Fifí, Alejandro, Pili, y Rubén. Todos en el Jaguar rojo de Alejandro, un poco apretados atrás. Rubén recordaba sus caminatas desde Segovia (o desde Otero, no estoy seguro) hasta Aldeallana, cuando

éramos estudiantes. Con mi hermana y los demás amigos, nos reunimos en *El Molino*, un bar de Madrona, que era más discreto y mejor que los dos de Fuentemilanos. Luego volvimos a Aldeallana. Mi vanidad propició un paseo para contemplar los pinos, sin pensar demasiado en la discutible oportunidad de la invitación. Cuando regresamos, el reloj de pared del comedor seguía haciendo tic-tac. Sujeté suavemente el péndulo con la mano. De todos modos, las pesas ya casi tocaban el suelo.

Tia Cary

Los hijos de la abuela Dolores se organizaban por parejas, un hecho derivado de compartir dormitorio durante años. Carlos y Ramón; Manolo y Luis; Milagros y María Eugenia; Pilar en solitario, Caridad y Fuencisla. Caridad (Cary) estuvo bastante tiempo soltera hasta que se casó con un conde, no muy guapo. Le gustaba hablar de Roger Moore, el actor británico. Cuando se quedó viuda, visitaba muy a menudo a su hermana María Eugenia, por la que sentía admiración. Al enfermar mi madre, sus visitas se hicieron muy frecuentes. Si no hubiese venido la noche fatídica, quiero creer que yo me habría quedado en el hospital. Ya sabes que fue ella la que estuvo. Me dijo que tuvo problemas con la enfermera de planta, poco dispuesta o incompetente. También dijo que oyó decir a María Eugenia *¡Hija mía!* Tía Cary, tan cariñosa, también ha muerto, dejándonos herederos a sus múltiples sobrinos.



Capítulo XXIII

El Chickering se va a Málaga

En el piso de Álvarez de Baena no había sitio para el Chickering y hubo que mudarlo a Málaga. Aquellos aires no le sentaron bien, por lo que fue preciso llamar a Jean Paul, el bohemio afinador belga, para que lo animase un poco. El por qué elegí ese piano tiene que ver con mi patológica simpatía hacia objetos envejecidos y olvidados. Era demasiado antiguo para el gusto moderno. Jonas Chickering, el constructor de pianos, fue contemporáneo de Pleyel, y por tanto de Chopin (los Steinway no existían entonces). David se acordaba de haberlo tocado en Whipstick y en la calle de la Encarnación.

La sonata a Kreutzer

Aprovechando una reforma (de la que hablaré en el capítulo XXVII) en que fue preciso sacarlo de la obra, lo dejé en manos de mi hijo. La presencia repentina de un piano de cola en cualquier casa produce un sentimiento de inquietud que puede ser aliviado dando

clases de piano. David puso un anuncio para calmarse. Quien contestó no fue un profesor sino una profesora, concertista de clarinete y miembro de una familia de músicos. También podía dar clases de piano. El pobre Chickering no conseguía monopolizar la atención de David en las lecciones tanto como habría deseado. Tolstoy escribió una novela corta sobre un tema muy parecido.

El *welsh dresser*

Libby y Johnny decidieron vender la casa del pantano de San Juan. Un lugar paradisíaco donde la familia Macintosh había sido feliz con sus amigos americanos, los Donovan, y polacos, los Lubomirsky. Natalia y Emma vivieron su niñez entre pinos, rosas y esquí acuático. Yo iba menos, porque lo mío era Aldeallana, no tan interesante para ellas. En su testamento Dixie dejó establecido que el piso de Madrid sería para Elisabeth. Johnny hubiera preferido que también se vendiese pues era lo más valioso, pero la ley inglesa prevaleció, al ser Dixie británica. Entre las pertenencias que su hermano no pudo llevar consigo había una que prefería a todas: un aparador rústico, frecuente en las cocinas de Gales y Escocia y en los comedores de Inglaterra por su idoneidad para ostentar piezas de porcelana. Libby no facilitó su traslado. Lo mismo que Lene dejó de hablar con sus hermana y hermano por unas fotografías, Libby y Johnny no se hablan por culpa del *welsh dresser*, que ni siquiera está en Madrid ni en Málaga, sino en el Puerto de Santa María. Emma y yo deseamos que algún día, lo más lejano posible, ese mueble vaya a Chicago o

donde quiera que se encuentren los hijos de Johnny y Petra.

Un apartamento decorado por Duarte Pinto Coelho

A principios de los años sesenta llegó a Madrid como embajador de Portugal Luis da Camara Pinto Coelho. Conoció a la hija del agregado militar en la embajada de Estados Unidos. Una mujer alta, rubia (lo de bella *va sans dire*). Se llamaba Kit (Katherine) Rodney Graf. Duarte, no Luis, Pinto Coelho, el famoso decorador, fue quien convirtió un ático, rodeado de terraza por tres lados, en una vivienda especial. Destacaba un gran dormitorio con ventanas a dos luces, arcos de medio punto y columnas correspondientes. Conectaba con un vestidor amplio y el cuarto de baño. Las paredes estaban tapizadas con tela verde de Gastón y Daniela y el suelo enmoquetado de verde oscuro. Kit tomó posesión.

Los Donovan

En la misma planta del edificio, situado hacia el interior, vivían *Muss*, o *Moppy* que me recordaba a Hemingway, y Peggy Donovan, conocidos por su casa en el pantano. Peggy contradecía el prejuicio de que las americanas se desinteresan por la cultura europea. Viajaba por España con la misma curiosidad que Rubén Caba o Azorín. Escribió un libro de viajes (*Spain in your pocket*), que conservo. Completaban la familia sus hijas Diana y Sheila (la segunda no tan guapa, dada la dificultad que oponía la primera).

La *garconnière* queda libre

Con el tiempo, Luis y Kit se mudaron a un piso más convencional, justo debajo de los Donovan. Charles Macintosh era amigo del padre de Kit y se interesó por el apartamento decorado por Duarte. Los padres de Libby preferían vivir fuera de Madrid. Dejaron su domicilio de la calle Velázquez y se instalaron más cerca de los Pinto Coelho y los Donovan.

Dos mudanzas

Lo anterior explica que, al morir su madre, Libby me ofreciese cambiar Álvarez de Baena 5 por Rafael Calvo 30. Aunque sea sólo por asociación de ideas, te diré que ayer hemos bajado (y casi cada semana) al piso 7^o C invitados por Kit a compartir almuerzos. Está ya muy mayor. La cuida Rosa, sudamericana parlanchina, que la peina despacito y da de comer y beber, con esmero.

Antonio Escorial y las Pernas

Retrocedo a principios de siglo. Mi primo Jaime Laviña quiso desligarse de Datafirma y opté por empezar de nuevo con mi vecino de Aldeallana, Antonio. Era hijo de José Escorial y Ana Gila, que habían sido amigos de mis padres y dueños de la finca colindante: Tajuña. La nueva empresa se iba llamar *Consulfirma S.L.* a la que cada uno de los socios aportaría su negocio. Antonio se dedicaba a asesorar a fincas en asuntos de derechos laborales. La mujer de Antonio, Begoña, y su cuñada Ana, ofrecían asesoría legal a empresas inmobiliarias. Todo esto es para terminar diciendo que Antonio, Begoña, Ana y yo, nos trasladamos a una oficina en la calle Príncipe de Vergara 75.

Trenes de juguete y bombones

Dos pisos más arriba, vivía María Teresa Segovia (Marujita) hija de uno de los primeros presidentes de la constructora Agromán. Su mujer había permanecido en Segovia durante la guerra y se sabe que era el amor platónico de mi tío Luis. El abuelo se preocupó de que Luis hablase inglés correctamente y gracias a eso en la academia militar era profesor del idioma. Los Segovia ocupaban un piso espectacular, frente al palacio de Liria. El padre tenía trenes eléctricos Marklin. Cuando íbamos *a casa de tía Maruja*, aún niño, me preguntaba si ese día podría verlos. Transcurrían de una habitación a otra, se paraban en las estaciones, atravesaban túneles y los vagones de viajeros se iluminaban. Por Navidades, el dueño de los trenes nos enviaba cajas de bombones, imitando ladrillos diminutos envueltos en papeles con el nombre *Agroman*. Los Segovia tenían tres hijos: Rafael, María Teresa (Marujita) y Fernando (Nano). No sé si se nota que yo sentía admiración por esa familia. La madre parecía alemana, con un aire de valquiria. Por eso gustaba al tío Luis. Su hija Marujita era morena y tenía ojos azules. Nano era menos alto y no tan serio. Muy sociable, se dedicó unos años a regentar un bar de copas en la calle Hermanos Bécquer, junto al restaurante José Luis.

Igor Markevitch y Turquía

Marujita sintió la muerte temprana del compositor y director de orquesta Igor Markewitch, con el que atesoraba una relación semi platónica. Tenía en su casa todos los discos del *maestro* (como ella lo llamaba) y fotos dedicadas. Le gustaba hablar de Turquía, como

país. Lo mismo que hay gentes que se entusiasman con Francia o Italia, ella lo hacía con Turquía. Vino a verme a Estados Unidos, en la época en que yo vivía en Antler Lane. Navegamos por aguas de Long Island y abordo recordábamos nuestra niñez. A veces me invitaba a comer en su piso de Príncipe de Vergara, y luego pasábamos al salón a oír música y ver fotos.

Los conciertos de la Filarmónica

Mucho antes de *los viernes* del Palacio de la Música, y de *Ibermúsica*, existió en Madrid una sociedad de conciertos que se llamaba *La Filarmónica*. Surgió como iniciativa privada del suegro de mi prima Petronila (Tolita) Orueta, hermana de Alfonso, el médico de nuestra familia. Tolita y Ricardo Quesada concibieron la idea de resucitar aquella Filarmónica, ofreciendo una alternativa económica a la opción *Ibermúsica*. Ricardo conocía los entresijos del oficio de *impresario* por tradición familiar. Nos invitaron a formar parte de la sociedad. A mi hermana no sólo como accionista, también como anfitriona para recibir y ayudar a los artistas durante sus estancias en Madrid. Todo iba muy bien hasta que nos dimos cuenta que la gestión económica no estaba a la altura de la gestión artística. La Filarmónica tenía muchos *socios*, pero gastaba más de la cuenta. Yo abandoné con alguna excusa, no sin advertirles de que llevaran una vida más austera. No me hicieron mucho caso y finalmente ocurrió lo inevitable. No creo que se arrepintieran, porque, mientras duró, disfrutaron y fueron felices. Ricardo murió en un hospital, casi en mis brazos, y Tolita poco después.

Las ciencias del mar

Emma nuestra hija, bilingüe de nacimiento, no pudo hacer iniciar la carrera de veterinaria porque su nota de inglés era demasiado baja. En Cádiz se acababa de inaugurar un edificio singular, que en su exterior recordaba al Capitolio de Washington. Como prueba del asombro local, oí decir que los ascensores eran de oro. Por dentro estaba destinado a cobijar una Facultad universitaria que impartía ciencia relacionada con el mar. El plan de estudios tomaba de la Biología la parte que se ocupa de los seres marinos. Emma se matriculó, hizo las maletas y se fue a vivir a Puerto Real con una amiga. Desde mi punto de vista, las ciencias del mar eran más interesantes que el saber de los veterinarios. Otra cosa era su valía para encontrar trabajo, al terminar la carrera.

Un lugar para Lars

Finalmente, los doctores del hospital de Roskilde consideraron que Lars podía ser dado de alta, advirtiéndole que no dejase de tomar ciertas pastillas diariamente. Esperaron a que otros pacientes de su edad estuvieran en las mismas condiciones para sugerir que alquilasen un piso en la ciudad. Los demás aceptaron encantados, pero Lars prefería seguir viviendo en el Hospital, ocupando un sitio que se precisaba para nuevos pacientes. Pedí consejo y ayuda al marido de Marianne, la hermana de Lene, y quedamos en que yo haría un viaje a Dinamarca para resolver el problema.

Venta de Maldonado 24

Ninguno de los tres hermanos teníamos capital suficiente para comprar la parte de los otros dos. Mi hermana se ocupó de llamar a Ansorena para evaluar el contenido y a una agencia que buscara comprador del continente. “¿Y qué hacemos con los muebles?” Guillermo quería el reloj del abuelo, su hija Anuska, el piano *Rönish* y yo la librería. Los cuadros se repartieron. Mi hermana se quedó con un Ricardo Baroja y un pequeño dibujo de Picasso. Había sido un regalo de algún admirador de María Eugenia, en la época en que ella estudiaba Arquitectura en Barcelona. Nunca sabría que no era auténtico. Guillermo tenía interés en uno grande que representaba unos monaguillos jugando a las cartas en el suelo de una sacristía. Piti me preguntó dónde pensaba poner la librería. Como en Madrid no había sitio, aventuré Málaga. “No pega nada con la casa”. Yo sabía que tenía razón, pero tal vez, con el tiempo, podría hacer que la casa pegase con la librería.

Con Mielgo y sin Rapaport

La llegada del Partido Popular al poder, supuso un cambio en la presidencia de Red Eléctrica, que pasó de Jorge Fabra a Pedro Mielgo. En la transición perdieron sus puestos dos altos cargos que habían sido benevolentes conmigo: Agustín Fernández Herrero y Carlos Rapaport. Al saber que Mielgo no contaba con él, Carlos Rappaport esperaba que yo interviniese en su favor. Lo hice y conseguí que le ofreciesen ir de gerente a Chile. El resultado de mi gestión le decepcionó y perdí su estima. Recuerdo que los Rapaport habían

estado en Aldeallana con su hijo, un niño rubio, aún pequeño y encantador. Su mujer era uruguaya, alta y guapa. Aquel niño murió de repente. Estuve en su casa madrileña (con jardín) en ocasión menos triste, invitado a una barbacoa argentina. Comentamos los libros de su biblioteca. También recuerdo a Carlos navegando en el Pacific Dolphin. Le dejé la caña y (capricho de lo trivial) me viene a la memoria su desolación por una rotura en el pujamen de la mayor.

Agustín y la familia Torre

Con Agustín Fernández Herrero ocurrió algo parecido en cuanto a dejar de vernos. Le ofrecí formar parte de Consulfirma, pero sólo aceptó compartir despacho. Empezó viniendo asiduamente y advertí que no hacía nada y se aburría. Como contribuía al alquiler en función de los pocos metros cuadrados que le correspondían, la situación se hizo incómoda, al menos para mí. Cuando me jubilé, fuimos a pasar un fin de semana en Málaga viajando en una furgoneta recién añadida a mi colección de vehículos huérfanos. La idea parecía divertirse. Me ayudaba a subir y bajar cosas. Estuvimos alojados en una de las cuatro viviendas que la matriarca del clan *De la Torre* había construido en un predio familiar. Una para cada hijo. La de Agustín correspondía a su mujer Isabel, hermana del alcalde Francisco y de Alfredo, el director de Marina Mercante. Isabel era más intelectual que Agustín. Daba clases en la Universidad. De las cuatro casas malagueñas, la suya era la más moderna. También Agustín desapareció y dejamos de vernos. Ha muerto y ya es tarde para reavivar el afecto.

Lectura de notas

Vuelvo a Red Eléctrica. En Consulfirma sabíamos más de REE (y de las demás empresas de transporte europeas y americanas) que los presidentes recién llegados. Eso era así porque cada año recopilábamos cualquier dato publicado, principalmente (pero no sólo) en la Memorias Anuales que son obligatorias en las *utilities* de los países desarrollados. La base de datos empezó con el primer año de REE y ya habían transcurrido veinte. Para REE las comparaciones no eran odiosas, porque desde un principio Paulina había diseñado una empresa muy “lean”, consciente del riesgo de sobrecargar la plantilla. Casi todos los indicadores de gestión le eran favorables, sobre todo los que tenían como denominador el número de empleados. El tema de los indicadores me recordaba las notas del colegio del Pilar. Ya dije cómo a los padres de los alumnos lo que verdaderamente les importaba no eran las calificaciones en cada asignatura, sino el puesto de su hijo en comparación a los demás de la clase: bastaba un simple indicador del tipo 15/42. Me habría sido muy fácil *hacer de Don Victorino* parodiando sus lecturas de notas en los despachos de cada departamento de REE. En hojas de colores les entregaría la calificación por materias y el lugar que ocupaban en el ranking de la clase. Una clase compuesta por colegas de todas las empresas de transporte de electricidad europeas y norteamericanas.

Lo mejor es lo más difícil de medir

Estoy divagando, pero lo hago conscientemente. Pese a mi afición a lo que los anglosajones llaman

benchmarking, al final reconozco que el liderazgo en la gestión empresarial hay que buscarlo, sobre todo, en capacidad de Innovación. Y eso es difícil de cuantificar. Los gastos en I+D, el número de investigadores, la cantidad de patentes registradas, etc. algo dicen, pero la *Innovación* es como la *Belleza Artística*, un don relacionado con horas de dedicación, pero que de poco valen sin los imprevisibles hallazgos de la inspiración.

Encuestas

No recuerdo si fue Jorge Fabra o Pedro Mielgo quien nos encargó un estudio que midiera la opinión de los empleados de REE acerca de sus jefes. Siempre he sentido desconfianza intelectual hacia los cuestionarios. “¿Ha dejado ya de maltratar a su mujer? Si o no” Sentí compasión por los directores y jefes y me propuse relativizar el resultado con una argucia. Cada pregunta vendría acompañada de casillas para que el encuestado puntuase la importancia que le merecía la pregunta misma, antes de contestar cómo calificaba a su jefe o director.

Resultados

Más interesante el análisis de las expectativas que el de la realidad. Cada departamento parecía tener un perfil ideal del director perfecto. Ideales que no coincidían. Sólo conociendo esta primera premisa adquiriría valor el juicio que el jefe merecía a sus subordinados. De esa manera pude demostrar que los resultados para un mismo jefe habrían variado si lo fuera de cualquier otro departamento.

El manual de funciones

Lo pidió Pedro Mielgo. Comenzaba recordando los verbos a emplear: El trabajo evidenció un sesgo consistente en un principio de alergia a asumir responsabilidades. Contrastaba con la frecuencia de duplicaciones. “Todos hacemos un poco de todo” La versión final, aprobada por Mielgo, suprimía bastantes funciones “compartidas” y reforzaba otras.

Amigos de la infancia

En Red Eléctrica me encontré a Ramón Hurtado de Mendoza. No te acordarás de que yo tenía unos vecinos de piso en Maldonado (cuando vivía allí con mi hermana y mis tías) con los que jugaba a los soldaditos de plomo, perpetrando escabechinas con bolas de cristal que los tumbaban cadáveres. Ramón era el mayor. Otro amigo, ya del colegio del Pilar, era Manuel Domínguez, aquel compañero de pupitre que se sumergía conmigo en la piscina de El Escorial arrullando como por descuido, levemente, a bañistas inadvertidas. Como director de Proyecto y Construcción me miraba con un leve aire de superioridad.

¿Cómo terminó la relación con REE?

Iba bien con Luis Atienza, pero al segundo año cometí un error al presentar los resultados. Todavía no existían los pen-drives y se entregaban en papel y en formato CD. Se me ocurrió decir que en el futuro esperaba contar con un *buscador de datos* potente y no muy caro. Atienza había nombrado una nueva directora, Eva Rodicio, que cogió la idea al vuelo.

Aunque pedí ayuda a mis amigos informáticos, ella fue más lista y tenía más medios. Cada año se convocaba concurso. Siempre lo ganaba Consulfirma. Hasta que alguien ofreció una manera de acceder a los datos más rápida y sencilla que la propuesta por nosotros.

Fin de Consulfirma S.L.

Yo casi me alegré. Llevaba tiempo rumiando la posibilidad de ampliar el negocio a otras actividades aptas para el análisis (transporte de gas, compañías aéreas, petroleras) para lo cual tendría que contratar gente con afinidad en idiomas, contabilidad, y dispuestos a vender el producto viajando o visitando empresas. Asumiría los gatos iniciales en solitario y luego buscaría socios. Justo en ese momento, las Memorias Anuales de las empresas copiaron el ejemplo francés, insertando una nota amenazante. *Todos los datos contenidos en esta publicación que no sean del dominio general, son propiedad de.....y no podrán ser utilizados con fines comerciales, bajo las responsabilidades a que hubiese lugar...bla, bla, bla.* La legalidad de tal limitación era dudosa (tratándose de empresas públicas) pero la mera posibilidad de una denuncia por parte de semejantes Goliats me disuadió del proyecto. Faltaba poco para jubilarme y vendí la empresa al marido de Ana Pernas.

Consultor *malgré moi*

Siento grandes reservas sobre el oficio de consultor. Herederos de los confesores palaciegos, y colegas de los psicólogos, pienso que el mundo sería más acogedor sin tantos consultores. En la Administración deberían

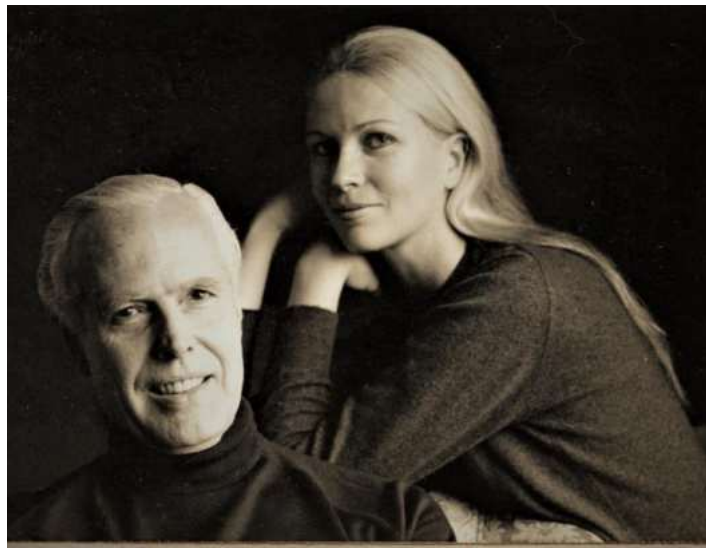
de estar prohibidos, salvo de forma temporal y para asuntos muy esotéricos o difíciles. En cambio, creo en las ventajas de averiguar cómo resuelven sus problemas nuestros pares. Me parece imperdonable decidir sin saber lo que han hecho otros en tesituras semejantes y conocer el resultado de sus decisiones. Proporcionar esa información no es ser consultor. Es simplemente informar. Los diversos listados que, al recordarlos, me hacen gracia, en el fondo lo que contenían era información privilegiada o escondida.

Empresario autónomo

Admiro a quienes se valen por sí mismos, sin depender más que de su trabajo. Pagar impuesto de sociedades, hacer nóminas y llevar la contabilidad de una entidad autónoma me parecen estadios superiores de una forma de ganarse la vida. Es de esperar que vaya teniendo el mismo prestigio que vivir del Estado (o de La Iglesia). Antes de callarme definitivamente sobre asunto tan sugerente, decir que mi hija Emma trabajó en Consulfirma. Aprendió a discernir las formas que las empresas usan para presentar sus balances, cash Flow y cuentas de resultados. Y en varios idiomas.

Una convicción de estrategias

Se ha dicho que las guerras no las ganan los más valientes sino los mejor informados. Espías y dinero son determinantes. El liderazgo es más novelesco, pero el Gran Capitán contaba con el entusiasmo y la adhesión de sus soldados precisamente porque sabía el mejor momento y el mejor lugar donde atacar, gracias a la información que recibía antes de las batallas.



Luis Pinto Coelho y Kit Rodney Graf



Salón en Álvarez de Baena



Emma



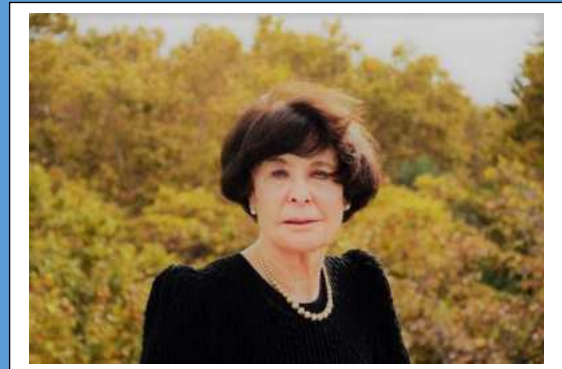
Wellsh dresser

Sheila Donovan

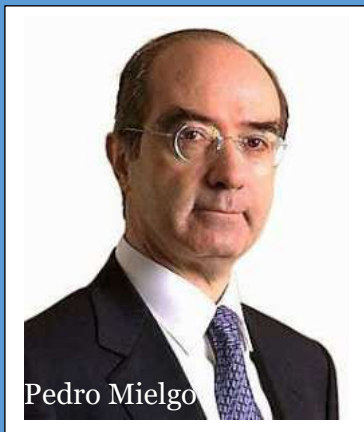




Jorge Fabra



Paulina de Beato



Pedro Mielgo



Luis Atienza



Carlos Rapaport



Manuel Domínguez

Capítulo XXIV

El Lincoln Continental

Si dijera que los coches que más me gustan son los Alfa Romeo antiguos no diría la verdad. De pequeño sabía muy bien que el automóvil perfecto no podía ser otro que el Lincoln Continental descapotable. Estoy hablando de los años 40. Aquel amor se quedó en platónico y a lo largo de mi dilatada vida me he tenido que conformar con sucedáneos. Mientras vivimos en Gijón, la Compañía Eléctrica de Langreo proporcionó a la familia los siguientes, por orden cronológico: *Ford A* (feo) *Citroën Rosalie* (horrible) *Fiat Simca 1100* (pasable) *Salmsom* (rarito) *Vauxhall 14* (con innecesarios cromados a cada lado del capó) *Chrysler Imperial* (bien la mitad delantera). En Madrid, Cenemesa nos dejaba un *Dodge 1949* (pero el modelo pequeño). Particular: el *600* y después; un *Chevrolet 1935* (semi descapotable, pero sin gracia).

Algo sobre el *Fiat 1100*

Las manillas de las puertas se abrían tirando hacia

arriba en lugar de empujando hacia abajo como en los demás coches. La rueda de repuesto iba adosada al maletero. El radiador estaba curvado, formando un todo indiferenciado con el resto del capó. Pero lo importante de ese coche es que volcó con mi madre dentro. Iba aprendiendo a conducir por la carretera del Piles, que rodea la parte oriental de la playa de San Lorenzo. Parece ser que se quedó tumbado. Mi padre oficiaba de enseñante. Desde entonces María Eugenia se negó a intentarlo otra vez. Es una pena porque mi madre era muy precisa de movimientos, buena dibujante y muy ordenada. Se podría culpar a mi padre por no haber insistido, pero tiempo tuvimos los hijos de poner remedio a esa carencia y nada hicimos.

Coches en Rank Xerox y Xerox

En España: Un *600 azul*, tapizado en marrón (mal gusto) *Austin Morris 1000 verde* (mejor) *Austin Morris 1000 rojo oscuro* (demasiado pequeño para ese color). En Inglaterra: *Ford Zodiac* (horrible) *Triumph 2000* (muy bien). En Estados Unidos coches propios: *Chevrolet Montecarlo* (capó exagerado) *Triumph Stag* (el mejor hasta la fecha, pero siempre enfermo) *Volkswagen Rabbit* (vulgar). En Inglaterra: *BMW 320* (insípido)

El Panda nº 1

Todos los coches de las empresas del INI tenían que ser Seat. En la plaza de Salamanca me correspondía un *Seat 132* y en Construcciones Aeronáuticas un *Seat 1430*. Como consejero de Seat, supe la inminencia de un nuevo utilitario, llamado *Panda* para hacerlo más

entrañable que el *Rabbit*. Como yo hacía muchos viajes a Segovia y Málaga, necesitaba coche propio y pedí a Antoñanzas que me reservase uno, como se hacía en tiempos del 600. Recibí una llamada suya “Ya lo tienes. No te lo puedo regalar. Pero es el primero” (No seas suspicaz, yo no pedí que me lo regalase). Posiblemente Antoñanzas hiciera más llamadas ese día para decir exactamente lo mismo. Me he limitado a repetir sus palabras. Durante un tiempo, aquel coche era motivo de comentarios variados. Tenía personalidad. Los asientos de lona semejaban tumbonas de piscina, algo que evitaba cambiar de postura en trayectos muy largos.

Comprados después

Al tener que devolver a la empresa el *Seat verde 1430*, y dejar el Panda a Libby, yo necesitaba otro coche. Fernando de Castro me recomendó un distribuidor de Alfa Romeo, amigo suyo, que tenía su tienda en Toledo. Se sintió obligado a ofrecerme un descuento y yo a comprar lo que él dijera. Me indicó un *AR 33 boxer* y volví a Madrid en él. Román Yanso, marido de María Rosa Pellew Urquijo, lo probó y le gustaba el sonido del motor. Poco después volví al mismo sitio en Toledo y lo cambié por un *Alfa 164 twin spark*, más cómodo y burgués.

Paréntesis sobre el último coche mencionado

(Una tarde en que Emma y yo habíamos ido a pasear por el puerto con la idea de echar un vistazo al velero, nos sorprendió ver que la gente se arremolinaba al otro lado de la plaza de aparcamientos. Algo extraño

sucedía muy cerca de nosotros y nos hizo acercarnos a ver qué era. Se trataba de un coche que tenía la mitad trasera casi hundida en el agua y el morro apuntando al cielo. No se había hundido porque lo impedía la proa de un barco, justo debajo del maletero. La gente hacía fotos y comentaba el percance con buen humor. Era un coche muy parecido al nuestro, del mismo color y la misma marca. Volvimos la cabeza hacia donde yo lo había dejado aparcado y allí sólo podía verse un espacio vacío. Emma dijo que a lo mejor había decidido bañarse. Yo no me atrevía a volver al corro de curiosos. Sobre sus cabezas podía distinguir el capó verde, que permanecía inmóvil apuntando a una nube. Hui del lugar en busca de una cabina para pedir una grúa. Les dije que si tardaban tendrían que sacarlo del agua. Por fin los vi aparecer. Auparon el coche verde al cielo de la marina, donde se pudo apreciar su silueta en postura poco decente, con las cuatro ruedas al aire. Antes de marcharse, los de la grúa me recomendaron que, en lo sucesivo, me asegurase de echar el freno de mano).

El Alfetta de los 70

En una revista de coches clásicos vi un *Alfetta 1800* del año 1976, azul *oscuro* y sentí deseos irresistibles de comprarlo. No me hacía ninguna falta, pero tenía que ser mío. Como quien oculta un robo, lo llevé a Aldeallana y lo guardé en la panera, que estaba vacía desde que el contratante Octaviano Palomo compraba el trigo en la misma era. En Italia y en Francia, los coches son femeninos y no me extraña. Yo sacaba el *Alfetta* a pasear a Segovia, como los maridos sacan a una querida para que la vean propios y extraños. Aquello era vituperable y merecía castigo. Una noche,

volviendo a Aldeallana, nos sorprendió una niebla espesa en un tramo donde se sabía que había una curva muy cerrada. A pesar de que el (¿la?) *Alfetta* y yo íbamos muy despacio, la curva nos sorprendió antes de tiempo y el coche cayó a un sembrado. Estuvo casi un mes en el hospital de Villacastín. Yo acudía a visitarlo y le daba ánimos.

La colección

Aquel amor duró lo que duró. Visto que en Aldeallana había mucho sitio desaprovechado en las cijas de las ovejas, concebí ampliar el himeneo hasta completar un verdadero harén de *Alfettas*.

El Peugeot 604

El general De Gaulle gustaba de utilizar un Citroën DS, orgullo de la ingeniería francesa. Pero la línea demasiado aerodinámica del invento restaba majestuosidad al carruaje. Como coche de ceremonias, el DS no estaba a la altura de la *grandeur* pretendida. De ahí que la marca Peugeot se postulase para servir en ocasiones especiales con una berlina comparable a los Mercedes. Los ingenieros y diseñadores galos pusieron todo su empeño en hacer un habitáculo muy confortable, adecuado tanto para largos viajes como para vistosos desfiles. Fue un intento fallido. Parecía dibujado por un robot. Por lo demás era casi perfecto. Me dio pena ver lo bajo que había caído en la estimación de los revendedores y compré uno casi nuevo, color verde claro. El precio era tan asequible que yo debería haber sido más cauto. Me lo llevé a la panera, junto con el primer *Alfetta*, separado de los

demás del harén, que dormían en las cijas de las ovejas. Lo llevaba a que conociese Segovia y socializase un poco con otros coches menos singulares. Como en otras ocasiones, lo dejaba aparcado frente a una cafetería del Paseo Nuevo, donde me gustaba tomar chocolate con churros y leer el *Adelantado de Segovia*. Terminado el descanso, salía a la calle y me metía en el coche. Al girar la llave del contacto el motor no arrancaba. No hacía el menor ruido. Uno podía pensar que se había averiado. Pero no. Solía tardar unos diez minutos en volver al mundo real, después de sus desvanecimientos o ensoñaciones. Desde aquel descubrimiento, los viajes en el Peugeot 604 quedaron reservados para individuos propensos a juegos lúdicos, gentes como el que esto escribe. “Cuando termine de comer y vaya al coche ¿arrancará?” “¿Y si esta vez se queda dormido varios días?” Como vi que no mejoraba, lo llevé al hospital de Villacastín. “¿Qué le pasa?” “Que tiene ensoñaciones. Se olvida de que es un coche” “Ya. Aquí poco podemos hacer. Debes llevarlo a un sicólogo” “¿Conoces alguno?” “Tal vez el de Zamarramala”

Zamarramala

Desde la torre del homenaje del Alcázar se ve muy bien el pueblo templario de Zamarramala, al otro lado del Eresma, encaramado en un montecillo. Es conocido porque en dicho pueblo las mujeres mandan un día al año, bastante menos que en el resto del planeta. Su iglesia es muy antigua, rara y fascinante. Dentro del pueblo se halla la única clínica para coches patológicos que yo conozco. Llevé allí el *Peugeot 604*. “Déjemelo aquí y vaya a dar una vuelta” Me fui a la iglesia de la Veracruz. Luego, al bar del pueblo. Pasado un tiempo

prudencial retorné a la clínica. “Ya lo tiene”. Volvió curado, pero, como el caballero don Quijote, también más triste.

La furgoneta

Uno de esos deseos que se suelen expresar con el Año Nuevo, era, en mi caso, el de conducir un camión. Un camión grande. Cuando los veía por la carretera, trataba de imaginar qué se sentía llevando aquellas pesadas cargas hasta sus destinos. Al fin y al cabo, yo había pilotado aviones y navegado en mares lejanos. ¿Por qué no un camión? Traté de saber cómo sacar el carnet. Luego alquilaría uno por un día. Finalmente, la sensatez se impuso y la cosa, como ya habrás adivinado, por el título, no pasó de furgoneta, eso sí, lo más grande posible.

El Jaguar XK8

Charles Macintosh tuvo dos Jaguar. Una berlina negra y un *cabriolet* blanco. Lo más parecido a la berlina de las fotos que encontré, fue un *S-type* negro negrísimo de segunda mano. Resultó que la primera mano había sido la de Joaquín Calvo Sotelo, muerto trágicamente en accidente en pleno paseo de la Castellana. Su viuda, María Jessen era pariente de Jens, el piloto de los desayunos de Embassy. Más difícil era complacer a Libby en emular el deportivo. Aproveché un cumpleaños para darle las llaves de un XK8. El número hace alusión a los cilindros. En la prueba por la autopista de Valencia alcanzamos los 260 km/hora. A esa velocidad el ruido del motor deja de oírse.

La quinta de Duro

Lo usábamos para ir a Oviedo, a la clínica oftalmológica del doctor Fernández Vera. Siempre lo conducía Libby, demasiado deprisa, en mi modesta opinión. Dentro del edificio se notaba que Libby tenía recomendación. Pasábamos a una salita con televisión. Una de las veces compartimos la espera con Ana Obregón, que acudía con su hijo pequeño Alejandro, rubio y despierto. Luego nos íbamos a Gijón, donde yo recorría los rincones de mi infancia con avidez de sabueso. Dormíamos en la que fue casona de la familia Duro. Su dueño actual, de nombre Velázquez, estaba casado con una descendiente de los próceres. Vivían en la casa de los jardineros. La casa grande tendría siete u ocho habitaciones y cada vez dormíamos en una distinta. Por las mañanas, los Velázquez subían a servir el desayuno. En el jardín había muchas manzanas caídas y un comedor decimonónico, forjado en hierro. En una de nuestras estancias vimos que éramos los únicos huéspedes. El XK8 quedó aparcado frente al jardín principal. Los rostros de los cuadros del salón nos dieron las buenas noches y a dormir. A eso de las dos de la madrugada se oyó insistente la alarma del coche. “¿Cómo vas a salir en pijama? Ten cuidado.” Desde la ventana se veían sus luces encendidas. Me acerqué, abrí las puertezuelas y no encontré nada. *Sunt aliquid manes.*



Lincoln Continental 1945



Peugeot 604



Alfa Romeo Twin spark
antes del baño



Alfeta 1800 (1976)



Capítulo XXV

En busca de Lars

Lars seguía internado en el psiquiátrico de Roskilde a pesar de que ya había sido dado de alta. Los médicos estaban pendientes de que me hiciese cargo de él o que dejase el tema en manos de la Comuna de Gentofte. Con el dinero que me correspondió de la venta del piso de Maldonado me sentí capaz de comprar un apartamento en Dinamarca para que pudiese vivir cerca de su familia. En casa con Natalia y Emma no había sitio, ni Libby estaría dispuesta a ello. Con David tampoco. Decidí viajar a Copenhague y ofrecer a Lars la idea de ser propietario de una vivienda. Salimos a un bar a tomar cervezas y vi que efectivamente estaba recuperado y se mostraba afectuoso. Pero no quiso hablar de tener un apartamento. Se encontraba bien en su habitación del hospital. En eso mostraba algo de su condición enfermiza. Hablando con la doctora me dijo que, en el fondo, Lars desconfiaba de mí. Entonces recurrí Marianne y su familia.

La familia de Marianne

No residían en Copenhague sino en una pequeña y

antigua ciudad, cincuenta kilómetros al sur, llamada Koge. Mariane y su marido Anders eran felices con un hijo ya casado, Jesper, y tres hijas solteras: Thérèse, Josephine y Julia. Una familia muy unida que se reunía con cualquier excusa y se ayudaban en las tareas del hogar, incluidas muchas que en España se encargan a oficios como carpinteros, albañiles, fontaneros y pintores. Marianne y Anders compartían con otros vecinos la propiedad de vacas a las que iban a visitar en verdes praderas. Llegado el momento las sacrificaban, se repartían sus carnes y vuelta a empezar. Era un *hobby*, como en España la caza. Mas cercana a mi idiosincrasia era la afición de Jesper y su mujer Trine (Katerine) por la navegación a vela. En la marina de la villa pude admirar su velero. Quien más me recordaba a Lene era Thérèse, no sólo físicamente sino por su interés por las causas perdidas. (Años más tarde, vino a casa de Marianne una nieta, Anna, con 18 años, más parecida a Lene todavía. Venía de Bornholm, trabajaba en el periódico Bornholms Tidende y estaba a punto de editar un libro de poemas. “¿No vivirás en Rosengade?” Cuando le mencioné su tía abuela Lene, me dijo que no sabía quien era).

Tranegaardsvej 51 A

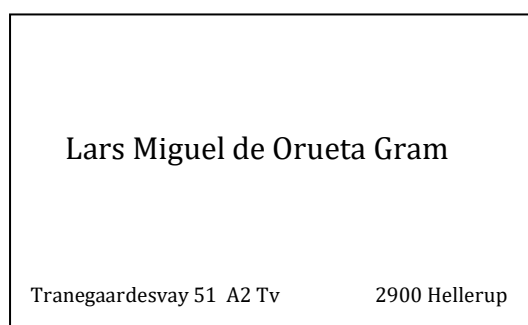
Mostré a Anders dos viviendas que había seleccionado después de visitar bastantes. Una era un apartamento cerca de la casa de Emmasvej 10, donde había vivido Lars antes de ser internado. La otra era una casa completa, más interesante, pero fuera de Copenhague, en el campo y bastante solitaria. Hay que decir que en Dinamarca la vivienda no es cara por tres motivos: a) sólo se puede tener una casa b) hay que vivir en ella o

alquilarla y c) los extranjeros no pueden comprar casas, salvo que sean residentes. “¿Y en vacaciones?” “En vacaciones aparcan caravanas cerca de las playas o bosques” “¿Y esas casitas de madera que se ven en algunos sitios, como de juguete?” “Pueden comprar una, pero solo está permitido usarla en verano. El resto del año han de permanecer cerradas”. Eso sí, los daneses pueden comprar todas las casas que quieran siempre que sea fuera de Dinamarca. Noto que me voy por las ramas. Volviendo a Lars, Anders quiso ver la casa elegida en el campo. Le pareció bien para mí, pero mal para Lars. Luego fuimos a la de Hellerup. Esa le gustó, pero no del todo. El baño era muy primitivo y tenía mal arreglo. Al salir se fijó en otro piso estilo alemán de los años 30, que también se vendía. Anders dijo que no me preocupase porque él se encargaría de todo. Solo faltaba que Lars diera su aprobación.

Lars acepta

Dado que la resistencia de Lars tenía que ver con una desconfianza hacia mis intenciones (se acordaba del secuestro en Emmasvej) pedí a Anders que viajase a Roskilde y tratase de convencerle. Éxito total. Sólo quedaba un problema: la tendencia de Lars a regalar cosas. De pequeño: juguetes y caramelos. Luego: cámaras, relojes, radios, altavoces, un saxofón... Más tarde: muebles y lo más preocupante: el piso de *Puerto Nuevo*, que lo donó a Lene y David. Los abogados encontraron una solución: constituir una hipoteca a mi nombre que constaría en el registro y ahuyentaría desaprensivos. Los pagos podían quedar para cualquier eventualidad. Segundo problema: El piso estaba vacío. Marianne conservaba algunos muebles que habrían

podido ser de Lene. Dejé algo de dinero para completar lo más necesario. Lars y yo hicimos un viaje por Dinamarca celebrado el comienzo de su nueva vida. Recuerdo que visitamos el museo de los vikingos. Y muchos paseos en el parque que llaman *de los ciervos*, no lejos de su nueva morada. Era el mes de octubre de 2003. Quedamos en que encargaría unas tarjetas de visita que dijeran:



Los trenes de Payá

Primero fue un intento de que encontrase trabajo como fotógrafo de modelos de alta costura. Fernando de Castro me ayudaba con sus contactos vía Opus Dei. Aquello fracasó por la lejanía. Recordarás mi entusiasmo por los trenes eléctricos de la familia Segovia. Eran Marklin, alemanes, de antes de la guerra. Los moldes de la empresa se fundieron para hacer cañones y lo más parecido en hojalata que sobrevivía a aquella industria del juguete eran los trenes de Payá, en Alicante. Mi curiosidad me llevó a Ibi, donde, aunque Payá había cerrado, los empleados guardaban los moldes para fabricar locomotoras, vías, estaciones, coches, y motos, desde sus casas. Luego los ponían en cajas de cartón y vendían como objetos de regalo. Logré la representación de Payá para Lars en Dinamarca, pensando en clientes alemanes. Pero aquel entusiasmo era sólo mío.



Tercera planta en el centro

Tranegaardsvej 51



Roskilde hospital



Yo esperaba sentado



Capítulo XXVI

Un escudo naif

En la entrada de la casa de Aldeallana, cuando llegamos de Asturias la primera vez, en 1947, lo primero que se veía era un banco rústico de madera, que servía también de arca. En el respaldo tenía pintado con trazo infantil un escudo curioso. Bajo el yelmo, y centrado en dos soportes plumíferos, el autor situaba cinco piedras en el cantón diestro y cinco piedras en flanco siniestro. En los opuestos, se veían cinco ollas igualmente repetidas. Las piedras, por el martirio de San Esteban. Las ollas, como sinónimos de “calderón” (no de caldera). El jeroglífico aludía al comprador de aquellas tierras: Estébanez Calderón. Serafín Estébanez Calderón llegó a ser senador en 1858 durante el gobierno liberal de Istúriz, aunque pertenecía al partido moderado. Su esposa, Matilde Livermore había muerto dos años antes. Aconsejado por su cuñado, el marqués de Salamanca, invirtió en tierras provenientes de los canónigos de la catedral de Segovia, situadas a ambos márgenes del río Moros. No tenía la menor intención de cultivarlas, ni de vivir en

ellas. Sus hijos Tomás y Serafín se ocupaban de que un administrador les proporcionase las rentas.

La venta de Colina

En casa se hablaba de la venta de Colina porque era mejor que Aldeallana y había sido de la familia hasta que la vendió tía Mina para “comprar unas zapatillas de oro al Papa”. Leyenda o verdad, todo había surgido por una deuda fuerte de Francisco de Orueta, quien, agobiado, pidió a su prima la duquesa de Nájera que le comprase Colina con la idea de recuperarla en tiempos mejores. Quedaba la parte alta, la del abuelo, con el caserío de Aldeallana. En aquellos tiempos, a diferencia de Colina, carecía de ermita. La abuela María Luisa Heredia puso remedio a esa situación. En una de las paredes puede leerse “Se edificó esta capilla en acción de gracias a la Virgen Milagrosa por la curación de la joven Carmen de Orueta”.

La venta de Aldeallana

Había pasado siglo y medio y tocaba vender. Guillermo vivía en Florida, por lo que la idea de una posesión compartida habría sido injusta con él. Por otra parte, reconozco que yo tomaba decisiones sin consultar, algunas aprobadas por mi hermana, como la de construir la casa de la colina o acondicionar el Caserío como vivienda rústica. Otras más discutibles como la de plantar pinos en las tierras peores. Contribuía a ese escepticismo mi exaltada defensa, que hacía recordar el dictum *excusatio non petita...*

El tema del precio

A mi madre la repoblación forestal le parecía bien porque su padre plantó un gran pinar en el término de Vegas de Matute, donde la abuela Dolores tenía bastantes tierras, algunas de monte bajo. Recuerdo un viaje en el coche militar, color verde sin brillo, para visitar sus queridos pinos. Andando bajo sus copas, me llevaba de la mano. El recuerdo habría sido trivial de no ser porque los primeros interesados en comprar Aldeallana mencionaban los pinos como un factor negativo. Las valoraciones al uso solo tenían en cuenta las hectáreas de labor. Uno de los que se apuntaron a esa postura fue Santiago Gil de Biedma, quien nos hizo llegar una oferta por 250 millones de pesetas (todavía se hablaba de pesetas en precios de fincas). En alguna ocasión oí decir a nuestra madre que la finca podía valer 200. Mi hermana debía quererme mucho pues aceptó mi propuesta de tres millones de euros, que venían a ser 500 millones de pesetas. En el pueblo de Fuentemilanos se corrió la voz de que no queríamos vender.

La agencia curiosa

La agencia que había vendido el piso de Maldonado recibió la propuesta de incluir Aldeallana en su oferta de propiedades. Mi hermana y yo nos encontrábamos en el jardín cuando nos visitó la vendedora (que ya casi era amiga de Piti) con un matrimonio interesado en la finca. Querían dar un paseo y ver un poco todo, sin nuestra compañía, para comentar libremente e ir donde la curiosidad les llamase. Cuando regresaron, la esposa, que era peruana, se adelantó a todos diciendo

que compraba. Fue tan tajante y repentina su aseveración que mi hermana no pudo evitar un “No me lo puedo creer”.

Retirada

La agente intervino, haciendo su papel. El marido estaba callado, a la espera de lo que ella dijera. Cuando se recuperó del susto, la mujer de la agencia se dirigió a mí “El precio es muy alto. ¿En que se ha basado Vd. para calcularlo?” Sus palabras me irritaron. Yo habría esperado que facilitase la venta. “Me baso en que a ese precio mi hermana y yo estamos de acuerdo en vender, y por debajo, yo, al menos, prefiero esperar”. Volvió los ojos hacia la peruana “Por ese precio yo puedo enseñarle otras fincas que podrían interesarle más que esta”. Y se fueron, con un cortés, pero frío saludo.

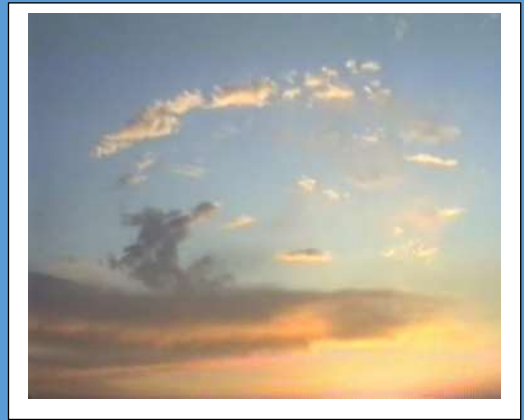
Dos meses después

Mismo escenario. Mismos personajes. No pregunté cuántas fincas habían visto. Seguro que todas tenían casas bonitas, tierras mejores, monte y encinas. Pero a la peruana le gustaban los pinos y no encontraron todo lo demás con el aditamento de pinos. La mera visión de aquel coche junto al jardín me hizo comprender que habíamos vendido Aldeallana. Yo no dije nada. ¿Para qué? Mi hermana y la agente se ocuparon de todo. Los compradores se llamaba Pérez Durias.. Mi hermana aconsejó que hiciésemos un pequeño descuento, porque “se esperaba de nosotros” teniendo en cuenta que ya no discutían el precio. *Et consumatus est.*



□ Serafín Estébanez Calderón







Brotos de pino



Brotos de encina



Capítulo XXVII

Sitio para libros

Libros del Pantano, libros de Álvarez de Baena, libros de Maldonado, abandonados a su suerte, náufragos en busca de salvación. Sólo quedaban dos casas donde acogerlos. Rafael Calvo 30 y la de Málaga. En la primera, Libby aprovechó para hacer una reforma integral, que suponía inventar un dormitorio para Emma. Sus libros irían al dormitorio principal y los míos al invernadero de la terraza, que fue convertido en otra habitación de estar. De estar yo. En cuanto al resto de mis libros y muebles, su destino no podía ser otro que Andalucía. Un segundo *retour aux sources*.

Antes de Angoloti

Busqué en la guía telefónica nombres de expertos en renovación de viviendas. La de Málaga daba a dos calles: Paraíso y Sierra de Montánchez. El experto aparcó su coche en la segunda y llamó a la puerta. Subimos a la vivienda y se la enseñé con todo detalle,

dejando el tema del jardín para otra ocasión. Examinó todo con mucho tiento. “¿Usted qué haría?” pregunté “Tirlarla” contestó. Dos días tardé en recuperar las ganas de llamar a otro.

Como las de la Caleta

El nuevo se llamaba Joaquín Angoloti. Esta vez, antes de que me dijese que él también era partidario de tirlarla, me adelanté a expresar un deseo. “Sólo tiene cincuenta años. ¿Podría añadirle cien más? ¿Podría hacer que pareciera como las de la Caleta?”. Resultó que Angoloti vivía allí, lo que me ahorra seguir explicando. De esta forma, Libby en Madrid y yo en Málaga nos vimos envueltos en las alegrías y las penas de toda reforma. A su vez, y de forma metafórica, se iniciaba un divorcio residencial consistente en que ella tenía *su* casa y yo la mía. Lechos separados, dormitorios separados, casas separadas (la prohibición danesa de tener dos casas adquiriría un nuevo sentido). Dirás que doy demasiada importancia a esta dualidad de cobijos. Tendrías razón si yo fuese capaz seguir siendo un *pater familias* con la *auctoritas* romana en una casa 100% Macintosh. Pero ni lo era, ni lo quise ser. Al revés, desde entonces he vivido en Rafael Calvo como invitado. Y en Madrid como malagueño.

Cádiz

Ya te dije que Emma se había matriculado en Ciencias del Mar. Vivía en Puerto Real con una amiga, en una pequeña villa alquilada. Como echábamos de menos su presencia y queríamos ver cómo se había instalado, Libby yo nos dispusimos a hacer un viaje a Puerto Real.

Elegimos dormir en el hotel *Monasterio* en El Puerto de Santa María. No conocíamos nada de la provincia de Cádiz. Estaba claro por qué los fenicios habían preferido estos lugares a otros en tierras andaluzas. Y más cerca en el tiempo, me sentí paseando en las mismas calles que anduvo Colón todo un año, antes de ser recibido en la Corte. Las mismas calles que la familia de Blas de Lezo recorrió esperando verlo llegar al muelle, en vano porque ya lo habían enterrado en una fosa común de Cartagena de Indias.

La calle Larga

Ese era su antiguo nombre y así se la conoce todavía. El monasterio donde dormíamos había sido convertido en hotel. Enorme y lujoso, como muchos monasterios de América. Lugar de descanso para mujeres célibes, de grado o a su pesar, y poseedoras de patrimonios que aseguraban un retiro de por vida, placentero y comunal. Al término de la calle: los jardines de Terry, interrumpidos para llegar a la estación de ferrocarril. En sentido contrario, uno alcanzaba el centro de la villa. Habíamos andado pocos pasos cuando, en la acera de la derecha, nos paramos a admirar un patio con columnas que me hizo recordar la *casa de Pilatos* en Sevilla. Seguimos andando. En el escaparate de una agencia inmobiliaria vimos la fotografía de aquel patio y debajo un precio, al que sin duda faltaba por poner un cero.

El palacio de Oneto

Entramos a advertir del error y nos dieron las gracias no sin añadir que no había tal error. Oneto había sido

un comerciante de origen italiano, de los muchos que prosperaron con el comercio de las Indias. Con el descubrimiento, no de América sino del vino de jerez, los ingleses inauguraron otra clase de prosperidad más cercana. La familia Terry compró el palacio. (hay que decir que en El Puerto el sustantivo *palacio*, aplicado como adjetivo, se otorga con una liberalidad tal que llaman a la villa *La de los cien palacios*). El de Oneto lo merecía. Entre los invitados de fama que allí pernoctaron no hay por qué ocultar a Francisco Franco. Pero la Demografía es enemiga de los palacios. A finales del siglo XX heredaban el de Oneto demasiados Terry y como ninguno podía contentar a los demás con dinero, pidieron a un arquitecto amigo que lo dividiese en tantos trozos como hermanos. El que se anunciaba en la agencia era uno de esos trozos. Patio, escalinata de mármol, corredores amplios, y techos tachonados conferían al lugar una sensación de lujo y bienestar propia de un edificio para cobijar gobernantes pretéritos. Luego, cada apartamento era distinto. Al ser relativamente pequeños, nos propusimos reformar el nuestro de forma que la sensación de las zonas comunes permaneciese intacta, de puertas adentro. Así lo hicimos. Muy orgullosos, Libby y yo trajimos a Emma en coche desde Puerto Real para que tomase posesión, con su amiga. Nos dijo que era demasiado ostentoso y que prefería seguir viviendo en Puerto Real.

Colocando libros

Ya tenía una librería nueva y vacía en el invernadero de la terraza de Madrid. Y mientras recuerdo el momento de ir colocando los libros en su nuevo espacio,

aprovecho para soltar una nueva tanda del centón: *Alicia en el país de las Maravillas*, de Lewis Carroll, *El difunto Matías Pascal*, de Luigi Pirandello (había pensado *Enrique IV*) *La espuma de los días*, de Boris Vian, *Segunda parte de la Crónica del Perú*, de Pedro Cieza de León, *Diccionario filosófico*, de Voltaire, *Parerga y Paralipomena* de Arturo Schopenhauer, *Una modesta sugerencia*, de Jonathan Swift, *Góngora y El Polifemo*, de Dámaso Alonso, *Walden*, de Henry David Thoreau, *Vidas breves*, de John Aubrey, *Vida de Julio Agrícola*, de Tácito, *Pláticas*, de Epicteto. Doce.

La profesora de David

David se acabó casando con la profesora de piano, que se llamaba Sonia Rincón. De esa forma el piano Chickering dio por concluida su misión, y algo despechado contra mí, desapareció. (Un año más tarde reapareció transformado en un bello niño, de casi tres kilos, al que después de pensarlo mucho sus padres decidieron llamar David Luis). La boda fue muy civil, en el Ayuntamiento de Alhaurín de la Torre, con más asistencia de los amigos y familia de la novia que por parte nuestra, al tener que venir de Madrid. Estuvimos mi hermana, mi hija Emma y el padre del novio, que era yo. También vino Pili Ramírez. Sonia era muy guapa, con facciones nórdicas, ojos claros y pelo rubio. El matrimonio tuvo sus años felices hasta que la relación empezó a perder encanto. Una mañana Sonia me dijo que David era demasiado celoso, que la vigilaba escondido y que no tenía motivo alguno para ello. Pero que, si seguía así, ella acabaría dejándolo. Le dije que sin duda era herencia materna.

Natalia y Wellington

Mientras estas alegres jornadas ocurrían en el Sur, Hamlet (que así se llamaba el perro de Natalia) no pudo superar la sarna oculta con la que vino de la exclusiva tienda *Pet-a-porter* y acabó sucumbiendo. Sugerí no prolongar el luto y acudir a encontrar un nuevo compañero de juegos para Natalia, en un local distinto. La idea pareció bien a Jeremy, un inglés tipo Oscar Wilde, amigo de Natalia y de la familia. En distintas cajas situadas a media altura de una pared podíamos ver los candidatos que el dueño de la tienda de la Ribera de Curtidores proponía a Natalia. Mi vista se iba hacia un minúsculo bulldog inglés, de ojos azules. Pero, como decía muchas veces Jeremy, el de Natalia por *Welly* fue un amor a primera vista. Y viceversa. Cuando salimos con Wellington en sus brazos, no pude evitar sentir pena por todos los demás perritos, que oyeron el ruido de la puerta descorazonados y se echaron a dormir una vez más.

Basilio

Se suponía que con Welly teníamos bastante. También se suponía que, en caso de buscarle compañía, yo sería consultado. Natalia se hacía fácilmente amiga de paseantes de perros por las inmediaciones de Rafael Calvo. Una amiga en especial, letrada del Congreso de Diputados, tenía una perrita que acababa de tener cuatro cachorros. Acudieron Libby y Natalia a verlos en casa de *María Rosa Puppies* (así llamada para distinguirla de la madrina de Emma). Volvieron con Basilio. Tardé en darme cuenta de ello porque se

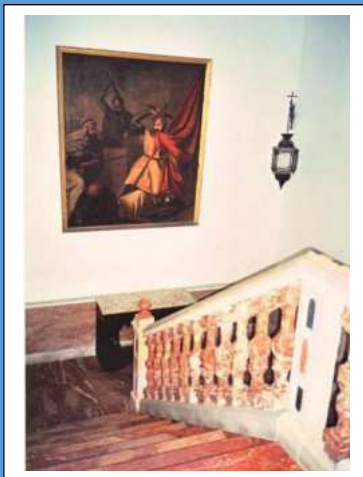
escondía, sabedor de que la faltaba un trámite, trivial, intrascendente, para regularizar su situación.

¿Qué hacemos con el palacio de Oneto?

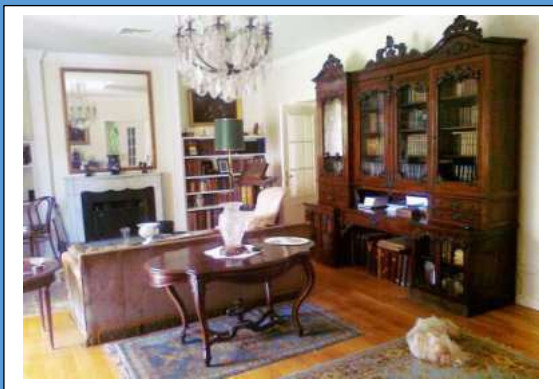
Después de dos años en Puerto Real, estudiando con mucho interés todo lo relativo a las algas marinas, los peces, los océanos, las mareas y los corrimientos de continentes, Emma decidió que prefería estudiar Biología, en sentido más amplio, y volver a Madrid. Para entonces ya habíamos tomado cariño al apartamento de la calle Larga. Como detalle trivial recuerdo haber colgado del techo de la terraza tres tiestos con flores de incienso. Hasta entonces yo no conocía el origen del incienso. Me hacía gracia su olor mezclado a veces con los de la cocina, desde donde se accedía al pequeño comedor externo. Libby y yo invitábamos a amigos y familiares a pasar unos días en El Puerto, seguros de que iban a volver bien impresionados. No sólo por el palacio, sino por la excelencia del restaurante *Las Bóvedas*, del Hotel Monasterio, situado en el lavadero de las monjas. También por el museo de Carruajes, con piezas provenientes de bodegueros ilustres. Sin olvidar una visita a las barricas de jerez de la familia Terry. Cuando la villa parecía dominada, se imponía una travesía en el vaporcito por la bahía, para, ya dentro de la muralla de Cádiz, conocer el mercado del pescado, junto al de las flores, y recalar en las terrazas del parador, con unas copas sobre la mesa, mirando a América, detrás del horizonte marino. (Te he dejado hablar como una agencia de viajes. Que no vuelva a ocurrir). Lo que ocurrió fue que la lejanía del sitio nos movió a alquilarlo.

Inquilinos nórdicos

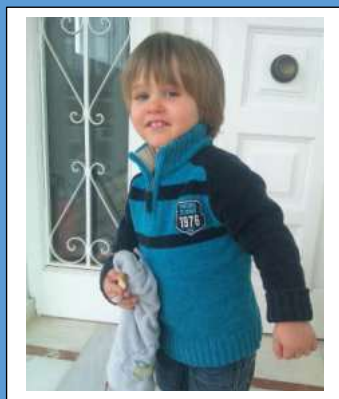
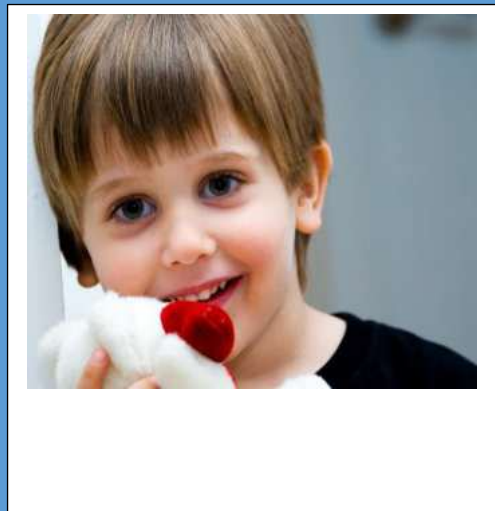
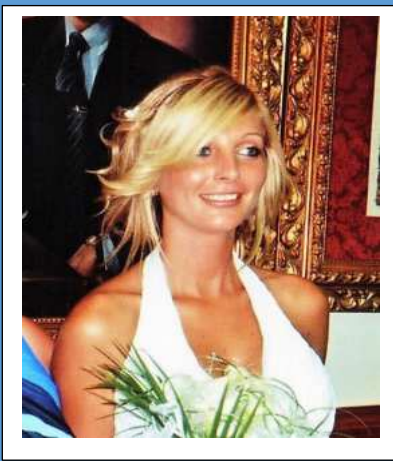
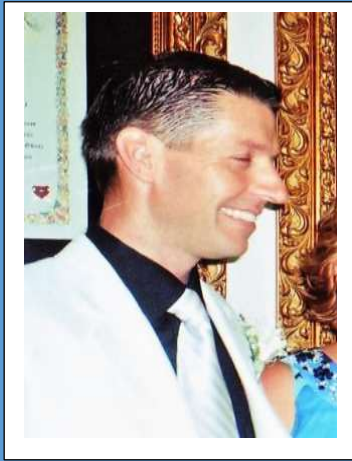
Al principio nos fue bien, con clientes sucesivos de Noruega que lo recomendaban entre ellos y alquilaban por un año, generalmente sabático. En un paréntesis, sin embargo, los inquilinos eran latinos y demasiado jóvenes. Recibimos una denuncia de la policía porque al tener llave de la azotea para secar las sábanas (y para ver las procesiones) estaban usando una esquina para cultivar marihuana. Así que decidimos no hacer excepciones. Nórdicos y sólo nórdicos. Una pareja de profesores norteamericanos nos preguntó si ellos podían ser considerados como nórdicos. Les dijimos que sí. Pero venían solamente en verano, de intercambio entre Universidades. La primera vez hicimos una excepción. En los años siguientes, como nuestro apartamento siempre estaba ocupado, fueron alquilando cada uno de los demás disponibles en el palacio. Michael hacía comparaciones y cuando no le quedaron más por ver, su veredicto fue favorable al nuestro. Desde entonces, junto con Joanne, son inquilinos permanentes y amigos entrañables. El apartamento sólo lo utilizan en vacaciones de verano e invierno, que esperan ilusionados en su casa de Tennessee.



Palacio de Oneto



Málaga



Wellys y Basilio



Capítulo XXVIII

Un yate imaginado

En tercero de bachillerato vi una película titulada “La vida secreta de Walter Mitty”. Un cajista de imprenta, interpretado por Danny Kaye soñaba despierto, agarrado a una barra del metro neoyorquino, con aventuras en remotos países donde siempre acababa coincidiendo con bellas mujeres, idénticas a Virginia Mayo. La única diferencia con Juan Vicente Esteban era que las historias de Juan Vicente no siempre eran inventadas. Últimamente hablaba bastante de un yate en las Baleares que decía compartir con unos amigos. Alejandro Serrano, que gustaba de pinchar sus globos, le preguntó “¿Cuándo podemos ir a verlo?”. Cambiaba de conversación con gran facilidad. La idea de compartir un barco, sin embargo, quedó flotando en el ambiente.

Los veleros *Formosa*

Hay una marca de veleros que lejos de adoptar el diseño *zapatilla*, común a todos los modernos, prefieren evocar el dibujo *galeón*. La rueda del timón es la típica de madera con puños separados y al espejo

de popa sólo le faltarían unas ventanas con marco barroco. En las marinas atraen turistas para travesías cortas. Uno esperaría ver al patrón con sombrero negro y calavera blanca sobre dos huesos en cruz. Justo el tipo de barco que imaginaría Walter Mitty. Propuse a Juan Vicente compartir uno, hablamos con el patrón que lo vendía y fijamos día para cerrar trato. Era un domingo. Me presenté en la marina, acudí al amarre y pasé abordo con el armador, esperando la llegada de Juan Vicente. No apareció. Pasados unos días me informó que su médico no le permitía navegar, debido a un problema de espalda.

El Derrochón III

Quien sí tenía un yate era Alejandro Serrano, miembro significado de la Pléyade pilarista, compañero de curso de Universidad y vecino de Málaga. Si el primer barco de mi amigo (después de una Zodiac) mereció de su padre, el calificativo de *derrochón*, los dos siguientes aumentaban el gasto proporcionalmente a la eslora. Nos veíamos fuera de la marina, yo solitario en el *Gandul* (hubo que bautizarlo en España) y él en el suyo, acompañado de parejas de amigos, cuyas risas y festejos se podían oír de lejos, los días de calma. Alejandro tenía que usar de paciencia cuando llegaban a puerto, pues sus tripulantes seguían charlando y moviéndose por cubierta, ajenos a la maniobra de atraque. Tan ajenos como partidarios de bajar al camarote a la hora de llenar los depósitos de gasolina (he dicho bien lo de gasolina, porque el barco era americano) para dos potentes motores Volvo. Fue Juan Vicente quien propuso vender el Derrochón y el Gandul y comprar entre los tres un velero

suficientemente grande. Velero pensando en mí y suficientemente grande pensando en Alejandro. En la marina había una oficina de venta de barcos, con un vendedor astuto y simpático que se llamaba Tomás. Juan Vicente congenió con él (o fue al revés) y sin más nos vimos adjudicatarios de un Jeanneau *Sun Oddissey 35*. Cuando llegó el momento de la compraventa en la oficina de la marina, Juan Vicente tampoco apareció.

El Maltés

Parte de la fantasía previa a la posesión del barco tripartito era la idea de viajar con él a Malta, por lo que ya antes de comprarlo tenía nombre. Yo había vendido el Pacific Dolphin a dos malagueños que se acercaron a verlo con la misma ilusión con que lo había comprado yo treinta años antes. Tomás dijo que nos devolvía el Derrochón. Faltaba ver qué decía yo. Y quedamos en que dieran orden de traer El Maltés a Málaga.

Trafalgar

El 21 de octubre de ese mismo año se cumplían doscientos desde la batalla de Trafalgar. Compramos un ramo de flores, con lazos de la bandera de España, para dejarlo flotando sobre las aguas donde se libró la gran contienda naval. Libby me pidió que llevásemos también otro con la bandera británica. Habíamos hecho noche en La Línea para llegar a la hora exacta. Brillaba sol radiante cuando nos vimos frente al famoso cabo. Ningún otro barco, pese a que se había anunciado la presencia de navíos ingleses y españoles. Hicimos fotos a los dos ramos flotando juntos y luego separándose poco a poco. Brindamos con champagne

por los que murieron por ambos bandos. Y volvimos conmovidos por la visión de las ofrendas y por haber sido los únicos en acordarnos. (Luego supimos que, ya por la tarde, llegaron navíos de guerra. La batalla de Trafalgar empezó al mediodía, justo a la hora en que nosotros aparecimos por allí).

Alejandro

Alejandro sabía de Historia más que muchos especialistas. Navegar con él ofrecía escuchar la voz del pasado en cada lugar de la costa. Recorrimos varias veces la del sur de España hasta Portugal y la del norte de África, desde Melilla a Tánger. Era patrón de yate y tenía más experiencia que yo en atracar, rellenar papeles, cuidar la estiba, y mantener el barco en condición *marlinspike*. Sabía más de motores y de aparatos de medida. Se las arreglaba mejor para hablar con los marineros o tripulantes de barcos abarloados o vecinos de atraque. No se quejaba nunca. Era completamente feliz, y a veces, esa felicidad se transmutaba en somnolencia. Gustaba de ir a proa y mantenerse allí de pie, con una mano en el estay y la otra haciendo visera para otear el horizonte. Se pasaba así horas, y yo me preguntaba en qué estaría él pensando. Le gustaba preparar desayunos y comidas. A las 13,30 servía un *cocacola-rum* que posteriormente sustituyó por *martinis dry*. Durante la siesta, empezaba leyendo un tomo de Historia, para caer dormido con la gorra tapándole la cara.

Gandía

La primera travesía larga la hicimos desde nuestro

puerto de Benalmádena hasta el de Gandía. Motivo: que Alejandro tenía un apartamento justo enfrente de la gran playa de la villa, donde podíamos descansar antes de hacer el tornaviaje. Era una travesía cómoda, de marina en marina, con la excepción del cabo de Gata. Julio Calleja, en mis tiempos del INI, me había prevenido. Todos los años iba a las Baleares en una bella goleta clásica de doce metros. Frente al cabo de Gata perdió el palo de la mayor. En el cuaderno de bitácora (que ahora releo pese a ser muy aburrido) consta que el 16 de junio de 2006, domingo, a las 15,40 decidimos abortar el primer intento, por mal tiempo, y poner rumbo a Almería. Teníamos marejada y viento del Sur Este, lo que dificultaba poder fondear una vez superado el cabo. Al día siguiente, con los chubasqueros y arneses puestos, afrontamos un Levante por proa de 27 nudos. Vimos un velero que nos precedía y decidimos seguirlo a una distancia constante. Habíamos salido a las 10:30 (tarde) y doblamos el cabo a las 12:45. Llegamos a Garrucha a las 18:30. El encuentro con la ursulina en ese pequeño puerto quedaría para el viaje de vuelta.

La travesía de Melilla

Pasados dos años, nos tentaba más la costa africana que la de Sefarad. Alejandro tenía parientes en Melilla. De Málaga a Melilla hay más de sesenta millas náuticas, que equivalían (en lenguaje de El Maltés) a 12 horas de viaje. Vendría con nosotros un Juan Vicente dubitativo. Habíamos comido los boquerones de siempre en *El Buzo* para salir satisfechos. El cielo estaba encapotado y había marejada. El mismo viento SE malo para la vela, pues llevábamos rumbo 133°.

Alejandro durmió hasta las 17:45. Dos horas más tarde salió el sol y Alejandro se entretenía con los prismáticos, observando el intenso tráfico. Poco después Juan Vicente exigió servicio de bar. A las 21:55 habíamos cubierto la mitad de la travesía. Había luna y nos acompañaban los delfines. Alejandro quería seguir. Juan Vicente insistía en regresar. Llamé a Alejandro aparte y le propuse devolver Juan Vicente a tierra firme, repetir el viaje solos, siguiendo desde Melilla a Alhucemas y de allí a Smir, para volver a visitar Ceuta, cruzar el Estrecho, hacer noche en el Puerto de la Duquesa y al día siguiente llegar a Benalmádena.

Alhucemas

En Melilla nos recibieron con gran afecto los parientes de Alejandro. Tengo apuntado en el cuaderno que estuvimos en el Casino militar con Pedro, que era general retirado, y su mujer Pilar. Cenamos en el club Marítimo, corvina y patatas al atún. Pero aquello era todavía España y ya había ganas de pisar suelo marroquí. Salimos al día 14 de junio de 2008 y por capricho de lo trivial repito aquí:

10:35 Doblamos el cabo Tres Forcas por la punta del Fraile, salvando los Farallones

Distancia recorrida: 12,4 mn.

Corredera : 6,31 kt.

SOG : 4,5 kt.

Rumbo actual : 322°

Para Alhucemas:

Distancia desde aquí: 48,14 mn.

Nuevo rumbo : 260°

Corredera : 6,2 kt.

SOG : 4,1 kt.(corriente en contra)

*Posición : 35° 27' 357 N
2° 52' 57 W*

El puerto ofrecía un aspecto fantasmagórico. Solo había una pareja de belgas en una motora portuguesa que se disponía a zarpar. El edificio de Capitanía, moderno, grande, con muchas cristaleras, estaba vacío. El muelle, invadido por miles de gaviotas y sucio con sus excrementos. ¿Esta desolación, por qué? Al parecer una empresa marroquí había financiado un ferry Málaga-Alhucemas para impulsar el turismo en la zona. La falta de curiosidad hispana hizo que aquello fracasase estrepitosamente. Alhucemas me pareció una villa interesante. Está en un alto al que se accedía en taxi, que hacía dos o tres paradas, recogiendo viajeros. Arriba, una plaza con vistas amplias. Abajo, ensenada con playa de aguas cristalinas, lo que explica la frecuencia de taxis. Nos dijeron que bastantes españoles habían comprado casas, supongo que para animarnos. Lo difícil era llegar hasta allí.

Una noche memorable

El pronóstico, según pude comprobar en un local de accesos a internet, era malo para *el Maltés*. Vientos de 22 nudos de madrugada y oleaje. Al principio, aunque con viento fuerte, la mar estaba aceptable, así que decidimos arriesgarnos. La puesta de sol ayudaba al ánimo. Para evitar pantocazos, pusimos rumbo a la costa en lugar de ir por derecho hacia Smir. El viento cedió al acercarnos y pudimos navegar tranquilamente. La idea de hacer noche en Yebra era impensable. Si en Alhucemas habían bajado desde la villa al puerto cuatro autoridades distintas a autorizar el desembarco (la del puerto, la policía local, la gendarmería real y el delegado de Hacienda) en Yebra, a esas horas nos meterían directamente en la cárcel. A la una de la

noche la sonda todavía marcaba 900 metros de profundidad. A las dos nos acercamos más: 500 metros. A partir de entonces, ya no era sensato acercarse más. El truco de tomar las olas del través ya no era posible. Hasta las 8: 35 de la mañana no hay más anotaciones en el cuaderno de bitácora. Seis horas de lucha contra olas y viento. Esa noche aprendimos que, si eres capaz de aguantar una ola y un roción por fuertes que sean, también eres capaz de aguantar tres mil doscientos más.

La tristeza de Walter Mitty

Juan Vicente había perdido a Chiky, la compañera de su vida, y se sentía solo. Estaba arrepentido de no haber participado en la compra del *Maltés*. Yo le dije que daba igual, que podía venir cuando quisiera, y que era mejor que se comprase un apartamento en Benalmádena. Sus hijos opinaban que mejor no se compraba nada. Pero insistió tanto que, al cabo, Alejandro y yo le hicimos un sitio en la asociación, pagándonos su parte. Para celebrarlo propusimos una excursión a Tánger. Al llegar a puerto Juan Vicente estaba cansado. Habíamos planeado el viaje con ilusión, y sin embargo nuestro amigo dijo que prefería quedarse en el barco. No sabíamos que le quedaba poco de vida. Cuando murió, Alejandro me decía que se arrepentía de las veces que había interrumpido sus discursos con preguntas dirigidas a la línea de flotación de sus quimeras. Mi padre lo conocía porque los ingenieros de minas forman una especie de secta. Cuando suspendí el Castañeda, Juan Vicente me dio clases de matemáticas. Venía a casa y estudiábamos en el despacho. Ahora pienso que Juan Vicente, al unir la

navegación a vela con la de motor, indirectamente favoreció mi amistad con Alejandro. Por el contrario, las salidas en el Derrochón quedaron reducidas a interminables partidas de dominó entre cuatro de los antiguos tripulantes. Pili prefería quedarse frente a la chimenea, viendo la televisión.

Natalia y Dani

He hablado poco de Natalia. Recordarás que estuvo internada por su padre en una clínica para recibir tratamiento psicológico, después de hacerse daño en una muñeca. De allí se escapó y había mejorado mucho, pero desde entonces tenía condición oficial de persona dependiente. En teoría seguía viviendo en casa de su padre. Tenía una hermana, Clara, hija de su madrastra, Cristina Montenegro. Nos decía que trabajaba en la empresa privada de su padre, a quien admiraba por sus excursiones en moto y aventuras en el Amazonas. Y aceptaba una tutela por parte de un amigo a quien llamaba cariñosamente “Ramones”. Cuando salía de casa, lo hacía para sacar a sus perros o para comprar zapatos, bolsos o pañuelos de seda en las tiendas de la calle Serrano. Podía hacerlo con el dinero que recibía mensualmente de su padre. El resto del tiempo lo pasaba como dependiente en tiendas de ropa o bolsos muy caros o charlando con Libby en la terraza de casa. Tanto hablaban y tanto tiempo, que hubo ocasiones en que me ausenté de Madrid, para no enfadarme de modo irreversible. Por lo demás ambos sentíamos afecto y lo demostrábamos a nuestra manera. Natalia me compraba chalecos de Hermes o corbatas de Ferragamo y yo le regalaba perros, motos, libros y perfumes. Un día nos sorprendió diciendo que tenía

novio. Y poco tiempo después nos sorprendió aún más, diciendo que se casaba. De siempre, la madre de Libby había tenido una asistente de esas que parecen nacidas dentro de la familia. Se llamaba Meli. Había asistido a todos los cumpleaños de Emma. Cuando murió Dixie, seguía viniendo a casa de vez en cuando. Me preguntó “¿Qué piensa Vd. de la boda de la señorita Natalia?” Tardé un poco en contestar “¿Qué pienso yo? Pues que no va a ser”. Los preparativos se sucedieron. Se celebraría en la iglesia catedral de las Fuerzas Armadas. Acudimos a hablar con los capellanes. Aparentemente, nuestras vidas iban a tomar nuevos rumbos. Pero me resultaba imposible imaginar a Natalia viviendo lejos de Libby.



Emma en el Derrochón



Lars



Natalia



Basilio en Rafael Calvo 30



Flores en Trafalgar



Emma con Wellys



Timón de El Maltés



Alejandro a la rueda



Capítulo XXIX

Este capítulo va dedicado a la hija de Libby y de Carlos Martínez de Campos, que nos dejó repentinamente un 20 de agosto de 2010, en un hospital de Montpellier y solo aparece en la edición para circulación limitada a familiares.

(página en blanco)

(página en blanco)

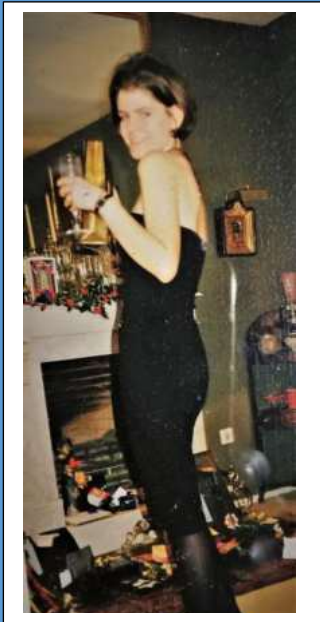
(página en blanco)

(página en blanco)

(página en blanco)

(página en blanco)

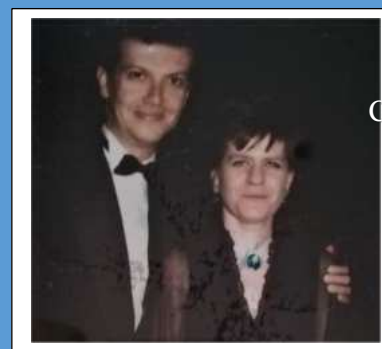
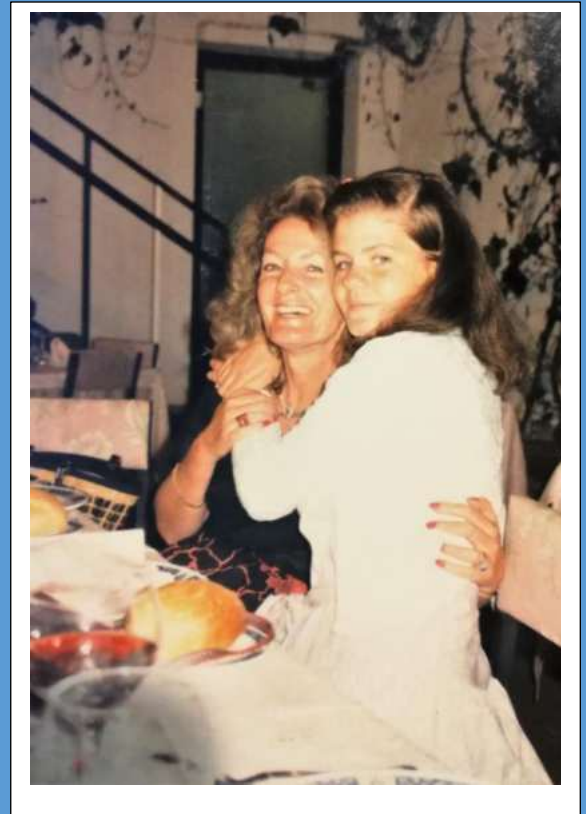
(página en blanco)



Natalia



Con su padre y hermana Clara



Con Dani

Capítulo XXX

Se repite la historia

Cuarenta años después de la huida de Lene, la mujer de nuestro hijo, Sonia, decidió hacer lo mismo que ella. Traté de consolarle, pero sabía por experiencia que la herida cicatriza con el tiempo y lo único que cabe es procurar que no se infecte. La de David se infectó por la custodia del David más pequeño. Eran tiempos en que se concedía a la madre toda entera, salvo los fines de semana. David litigó y consiguió que fuera compartida. Y no se han vuelto a ver.

Un vacío imposible de llenar

La pugna entre David y Sonia por la custodia del hijo tenía una componente del lado de David, que le daba mayor agresividad y persistencia. Me refiero al recuerdo de lo que supusieron para David mis prolongadas ausencias. Por nada del mundo quería él que su pequeño David sufriera el mismo sentimiento de falta de calor paternal. Al escribir estas memorias me

doy cuenta de que la cantidad de horas (y la dosis de paciencia) que mi hijo dedica a mis nietos son, en cierto modo, una forma de compensar aquel vacío, dando lo que él no tuvo. La tradición segoviana de despego se quiebra a partir de su generación. No me imagino a los hijos de David sentados en lo alto de la escalera de su casa, inventando torturas contra los amigos de sus padres, como hacíamos Piti y yo (Capítulo I) cuando volvían del Club Náutico de Gijón.

Isabel y Rita

Aunque, después de lo de Sonia, las mujeres le parecían seres a evitar, David vio que una, al menos, podía ser excepción. Isabel cuidaba de David, se mostraba comprensiva, silenciosa y casi invisible. Con el tiempo y la familiaridad, la relación se fue fortaleciendo. Prueba de ello fue la venida al mundo de Rita. Con Rita, la casa de Alhaurín de la Torre recuperó la alegría. Mi primera impresión fue que tenía la frente un poquito grande. Poco a poco, su cara fue cambiando. Cuando supo que era decididamente guapa, dejó de llorar tan fuerte y guardó los lamentos para situaciones en que su sonrisa no funcionase a la primera.

Llega Oliver

Dos años después, David y Rita supieron que tenían un hermanito y les pareció bien. Fui invitado al bautizo, en Vélez Málaga, ciudad natal de la familia Olucha. Yo no conocía Vélez Málaga, y el viaje de Madrid, además de ver a Oliver, ofrecía el aliciente de deambular por esa ciudad con ojos de vecino. El bautizo tenía a la familia de Isabel muy concentrada en los preparativos. Cuando

llegué a Málaga, comprendí que debía dejarlos en paz y acudir de la forma más discreta posible.

En lo alto de la colina

Vélez-Málaga tienes dos colinas prominentes. Encima de una está el castillo y encima de otra, la iglesia. Y entre las dos colinas: la ciudad, una ciudad medio cristiana medio árabe. Con palacios y con calles empinadas. Esa mañana me sentía feliz. En coche no se podía subir hasta la iglesia. Los senderos y bancos del parque, sin un alma, parecían existir únicamente para mí. Arriba del todo, una esplanada sin árboles. La iglesia tenía adosada una casa, presumiblemente del cura. No me pareció mal, porque el balcón con geranios contrastaba y resaltaba la blancura del templo. Ya dentro, me senté a esperar. Por una vez, no iba a ser impuntual, faltaban dos horas. Me entretuve en ver unos murales de hechura suave y contemporánea. (Estás divagando). Todo me parecía bien. Pasada una media hora, el banco de madera empezó a estar harto de mis posaderas. Pensé que debería volver al jardín, porque en mi ascensión a la cumbre algunos rincones más sombríos se habían quedado defraudados con mis prisas. Efectivamente, gracias a mi anticipación aún tenía tiempo y pude sentarme en otros bancos menos gruñones y degustar perspectivas diferentes. A la una y media me di por satisfecho y regresé a la iglesia. Había una joven sentada detrás de una vitrina, con rosarios, estampas y libritos. El altar seguía poco iluminado. Finalmente me levanté con curiosidad por ver aquellas copias de las mercancías que tanto irritaban a Cristo. “Buenos días” “Buenos días” “¿Puede decirme a qué hora es el bautizo?” “¿Qué bautizo?”

La caperuza

Había tanta gente en la iglesia correcta que nadie se dio cuenta de que yo llegaba tarde. Al mismo tiempo que Oliver se bautizaba a unos cuantos niños más. Por eso era tan fácil pasar desapercibido. En el almuerzo, abundante como pocas veces, enfrente tenía a mis felices suegros, y a un lado un cuñado de Isabel, que me explicaba la importancia y significado de las cofradías. En mi subconsciente quedaba el recuerdo medroso de alguna procesión en Asturias. Desde entonces abrigaba dudas sobre mi compatibilidad con los fervores de Semana Santa (exceptuando los conciertos de Stabat Mater). En Vélez Málaga aprendí a ver el fenómeno con ojos de andaluz, que es como hay que verlo. “¿Y yo podría salir como nazareno aquí, con vosotros?” “Claro, eres de la familia”. “¿Con caperuza?” “Con caperuza”.

La familia danesa

Viendo a David rodeado de andaluces profundos se me aparecía otra familia nuestra: la danesa. Mi admiración juvenil por el Norte de Europa contrastaba con las pocas ganas que ha mostrado David de vivir en ese país. Él podía hacerlo. Su sueldo proviene del Estado danés. Ha nacido en Dinamarca. Le habría sido fácil establecerse allí, al menos unos años. Ni siquiera se le pasaba por la cabeza.

El helado frente al puerto

“David ¿No te gustaría volver a Bornholm?” Dice que sí, pero queda pendiente de encontrar un buen momento. Yo iba y sigo yendo dos veces al año a visitar a Lars. En verano alquilamos una casa cerca de Gudhjem para

evocar su infancia y mi juventud, dando paseos. Lars siempre quiere ir a una heladería que frecuentaba en su niñez. Se tomaba su trofeo sentado en el muelle, mirando las llegadas o salidas del vapor que comunica Bornholm con la islita de Chritiansee. Es ya una ceremonia. La casa que era de sus abuelos en la colina siempre está vacía, lo que nos permite sentarnos en su jardín, como antaño. Los paseos por el bosque llevan a los mismos lagos, los mismos nenúfares y las mismas piedras votivas, ancestrales. Reponemos fuerzas tomando arenques ahumados. Antes eran la comida diaria en el pueblo.

Las patatas azules

La segunda visita es en invierno. La noche de llegada duermo en el apartamento de Tranegaardsvej. Lars me regalaba cintas con grabaciones suyas, acompañándose con la guitarra. Unas eran originales y otras de compositores favoritos. Tenían algo de relajante, aunque siempre con algún *melos* inesperado, que yo notaba y hacía señal de haber captado. A la mañana siguiente solemos ir a un restaurante redondo mirando la costa sueca desde su balaustrada de cristal y madera vieja. Lars, como si siguiera siendo un niño, pide tarta, aunque sean las once de la mañana. Luego el viaje a Koge. Allí alquilamos otra casa los dos días que dura la celebración del cumpleaños de Lars. Acude toda la familia. Trine es la encargada de la tarta y las velas. Thérèse es la que siempre se sienta a su lado y le habla como una hermana. Marianne prepara una cena no tan copiosa como las de Vélez-Málaga, pero muy cuidada en cuanto a especies y sorpresas. Una vez la guarnición del plato principal eran unas patatas azules. “Marianne,

este año no has puesto patatas azules” “Luis, este año no he puesto patatas azules”.

Una trama

Desde que murió su marido Anders, Marianne nos acompaña a Lars y a mí en las visitas a Bornholm. El puente que une Copenhague con Suecia ha hecho más fácil y rápida esa ruta que la antigua en ferry toda la noche desde Koge. Durante el viaje en coche por Suecia recuerdo haber imaginado una novela a medias con Marianne. En la isleta de Christiansee hay solo un fuerte, un hotel y una docena de casas. Está prohibido construir, de manera que si alguien quiere quedarse a vivir allí tiene que ser en el hotel. O esperar a que uno de los propietarios se muera y los herederos opten por poner la casa en venta. La trama consiste en pintar un personaje que tenga tal interés en vivir en la isla (hay que buscar motivos plausibles) que no esté dispuesto a esperar tanto tiempo. Consigue que uno de los propietarios se muera (¿cómo? buscar formas de eliminar). Entonces compra la casa y es feliz. Pero alguien (¿quién? imaginar una persona rara e interesante) sospecha...y se pone a indagar. “Lars ¿Qué te parece?” Sonríe “No estaba escuchando” “Sí estabas escuchando”. Bueno, dejamos eso, porque en el supermercado cercano al ferry hay que comprar quesos suecos, lo mismo que los suecos compran quesos daneses en Bornholm.

Lene

Antes de regresar, las flores y la visita a la tumba de los Gram al pie de la iglesia, en el *kirkegaard*, frente al mar, donde una piedra redonda me repite su nombre.

Otro cementerio

Este de ficción. En la novela *No sé quién eres*, del malagueño Miguel Torres López, el protagonista compra una casa muy barata a un sudamericano que guarda unas plantas misteriosas en el piso. El bajo precio se debe a que el gran ventanal del salón da a un cementerio. Todos los sábados acude una joven enlutada quien se sitúa frente a una tumba, deposita unas flores y permanece inmóvil largo tiempo. La novela, por obra de las plantas del sudamericano, oscila entre la realidad y la fantasía, lo palpable y lo onírico. Termina con la visita al cementerio para averiguar el nombre escrito en la lápida: *Zoe Livermore*. “Miguel, ¿Cómo se te ocurrió este nombre?” “No sé. Me parecía misterioso y malagueño”.

Las hermanas Livermore

Cuando Miguel vino a casa con funcionarias del Archivo Municipal de Málaga su misión era registrar los libros de la familia y llevárselos a un lugar más seguro contra la acción del tiempo. Terminada su tarea, enseñé el resto de la casa y en una pared del comedor pudo ver el retrato de Petronila Livermore. Para entonces ya había escrito la novela. Nada dijo. Como tenía todavía ejemplares de mi librito sobre las hermanas Livermore, le entregué una copia con la dedicatoria “Para Miguel, en recuerdo de un sueño”. Firmado: *Zoe Livermore*.

Los jardines de la Concepción

¿Es posible vivir en Málaga y no haber visto los jardines de la Concepción? Es posible. Hasta hace poco estaban

abandonados. Caen lejos. No hay transporte público. Lo de *Botánico* resulta demasiado científico. Gracias a la falta de público los disfruto como si fueran míos. ¿Fueran o fueron?

El museo de cristal

Apenas aparece en los reclamos. Una vez, paseando por Málaga con la idea de comprar un piso que me ayudase a pagar facturas domiciliadas, entré en la iglesia de San Felipe de Neri. Dentro había mucha gente y un coro cantando música que me recordaba a la Katia Romansky del capítulo V. Los allí reunidos eran rusos asistiendo a una misa ortodoxa. Sólo algunos domingos. A la salida, junto a un ciprés en plena calle, un pequeño cartel rezaba “museo de vidrio y cristal”. El edificio era de esos con un gran patio central, fuente y corredores arriba; parecido al palacio de Oneto, aunque sin mármoles ni columnas. Había escapado por poco de ser demolido. Era propiedad de un inglés y un italiano. El primero puso su colección de piezas de vidrio y el segundo los muebles heredados de un *palazzo* familiar. Vasos del siglo XV fabricados por judíos catalanes, pianos de cola más antiguos que el Chickering, vajillas reales, cristaleras de iglesias británicas... “¿A qué viene esto ahora?” No sé, se me ha ocurrido pensando en las cosas que fueron tocadas y apreciadas por gentes que ya no existen, como nosotros dentro de poco.

Los trucos del subconsciente

Después de venderla, Aldeallana, dejó de existir. Yo creía que iba a echarla de menos, pero los mecanismos de defensa del subconsciente funcionaron. Tampoco

estaba muy seguro de que existiera Segovia. El espacio vacío de la vieja finca fue ocupado por vivencias malagueñas, y la provincia cedió protagonismo al mar Mediterráneo. Luego, el péndulo de los sentimientos recuperó memoria y humildad. Fue entonces cuando mi hermana y yo decidimos hacer una visita al pasado, empezando por la calle Sol, junto a la catedral y continuando fuera de Segovia hasta volver a pisar Aldeallana.

La semilla de Abraham Senior

La casa de *las niñas de Guitián*, donde metí la cabeza entre los hierros de un balcón (Capítulo I) estaba en el corazón de la judería vieja. Su perímetro se extendía desde la muralla oriental hasta las mismas torres del Alcázar, con un frente de casas pegadas a la muralla. Piti y yo nos acercamos con cautela a la fachada del inmenso edificio y nos sorprendió una placa del Ayuntamiento. El texto invitaba a cruzar la puerta y ver un museo. Sí, un museo. Entramos sorprendidos y vimos que el viejo patio había sido remozado con demasiada imaginación. Nada del maderamen era auténtico. La gran puerta de entrada a la casa de las *tías Mallenes* había desaparecido. Sólo el brocal del pozo y las columnas de piedra me recordaban la infancia, tirando de una cuerda para pasear coches de madera como si fueran mascotas. Entramos y mi primera impresión visual fue que las paredes estaban pintadas de rojo. La intelectual: que aquello era un museo dedicado a la historia judía de la ciudad. Y la económica: que había que pagar tres euros por estar en las habitaciones donde dormíamos, comíamos y yo tocaba el Ronisch de la abuela o jugaba con el teatro de los niños. “Mira Piti, aquí estaba la cocina” “Y aquí es

donde desayunaba el abuelo huevos fritos con torreznos”. Los otros visitantes miraban y Piti me dijo que hablase más bajo. Nos fuimos adentrando con intención de llegar al comedor, luego al salón y finalmente a la camilla del mirador de la muralla, con aquella radio que el tío Luis se había traído de Alemania, y que tenía un ojo verde que hacía guiños al mover el dial. Pero no había tal pasillo. Una pared y una ventana impedían seguir adelante. El museo terminaba allí. Abrí la ventana para mirar y vi que daba a una calle.

No era mi imaginación

Supimos que la casa original de Abraham Senior no llegaba hasta la muralla. En medio hubo una calle que los siguientes propietarios engulleron. Por eso la gran escalinata de las tías ya no tenía sentido, al separarse las dos manzanas. Salimos a ver cómo había quedado la segunda mitad de la casa. También era del Ayuntamiento. No entramos a verla convertida en galería de pintura y exposiciones.

El Salón

Los segovianos llamaban Salón a un breve parque extramuros de la muralla. Las primeras fotos de este que escribe lo retratan metido en un coche de niños de la época. De madera, sustancioso, con un asa enorme y cuatro ruedas muy pequeñas, no como las de ahora. Desde el mirador, allá arriba, la abuela podía ver una amplia zona del parque y vigilar y hasta hacer señas de que era hora de volver. La bajada al Salón había sido envejecida con un arco curvado donde estuvo una de las puertas de Segovia.

Gerardo Pérez Durias

En Aldeallana nos recibió con amabilidad aquel comprador que callaba mientras su mujer peruana decidía. Yo sabía que lo primero que hicieron fue construir una casa superlativa para vivir ellos. Nuestra vivienda había sido remozada por una diseñadora, convirtiéndola en un espacio como los que salen en las revistas tipo Hola. Al interior se podía acceder por varias puertas donde antes hubo ventanas. Lo que más me llamó la atención fue el decorado en el desván. Recuerdo que cuando empezó la telefonía sin hilos, el único sitio en toda la finca que tenía cobertura era una esquina de aquel segundo piso. Gerardo nos explicó que el espacio estaba reservado para noches de bodas. Aldeallana era entonces una de las posibles fincas donde invitar a la boda de una hija en una ermita insospechada. Pero la Iglesia, celosa de esas ceremonias, decidió cortar por lo sano. A partir de entonces no podrían celebrarse en la ermita. Gerardo pensó en adecuar el caserío para convenciones de directivos de empresas. Nuevas esperanzas, planes, decoradores, etc. todo ello pensando en la foto final. En esta ocasión el proyecto fracasó por algo que yo podría haberle advertido. Algunas habitaciones carecían de aseo y ducha individual.

Empatía

Lo vi preocupado. Hablamos de la pesadez de rellenar los impresos de la PAC. Y algo dentro de mí me reconcilió con la idea de que él siguiera intentándolo. “¿Intentar qué, Luis?” Lo diré con palabras de economista: liberar aquellas pobres tierras de su esclavitud en el sector primario y pasarlas de golpe al

terciario. Dicho así me gusta más: sin romanticismo. Y por si a alguien ve en ello una amenaza a lo primigenio: hacer que lo que sólo unos privilegiados podían (pudimos) disfrutar, ahora diera satisfacciones, recuerdos, vivencias y alegrías a más personas que en los últimos veinte siglos. Algo parecido pasaba con el fresquito patio segoviano de mi niñez y la fascinante *casa de las tías Mallenes*.

De Alcázares

En el museo de los judíos aprendimos que la casa de Abraham Senior no se construyó cerca de la catedral, porque en tiempos de los Reinos Católicos la catedral estaba mucho más lejos, junto al alcázar. La judería llegaba hasta allí. Y el alcázar era un castillo como los de la Mota o Turégano. El abuelo escribió una *Guía de Segovia* donde critica el gusto de los restauradores, después del incendio, por los castillos germánicos, impropios de Castilla. Hablando de castillos, la primera amiga que Libby tuvo en España, cuando llegó con sus padres, se llamaba Anna Thomas, era sueca y gustaba de rodearse de amigos interesantes. Uno de ellos, lo era en gran medida. Nada sueco, muy español, había heredado una gran fortuna de dos tías, y, cuando invitaba generosamente a comer en su casa a las afueras de Madrid, regalaba medallas de plata y vasos labrados. Se ocupaba personalmente de los cortes de carne y de la elección de los quesos. En el jardín tenía un camión pintado de verde militar de tiempos de la guerra civil española. Ese camión sí que lo pude conducir, dando algunas vueltas en redondo. “¿Qué tiene esto que ver con el alcázar de Segovia?” Mucho.

Los castillos de Enrique

Enrique (de apellido Calle) compraba castillos en España. No en sentido figurado, sino como propietario que los visitaba y mantenía, conforme a la legislación. Tenía varios. Un día, sus hijos vieron que en la Alemania del Este se vendían castillos y advirtieron a Enrique que a su madre alemana le gustaría tener uno allí. No uno sino dos castillos alemanes compraron Enrique y Anette. Y, efectivamente, se parecían al alcázar de Segovia. Libby y yo fuimos invitados a la presentación del de Reinsberg, cerca de Dresde. En las calles del pueblo veíamos y saludábamos a amigos de Enrique. Hicimos el viaje, acompañados por Hedvig Elkstram. La ceremonia de toma de posesión fue como sigue. Los invitados nos acercamos en grupo al puente levadizo. En la torre del homenaje ondeaban las banderas de España y Alemania. Dentro, en la plaza de armas, se encontraban los nuevos señores acompañados por la banda de música de Reinsberg. Al ver que llegábamos sonó la marcha real en medio de un silencio respetuoso. Luego vinieron los saludos y las visitas a los aposentos. Camas con doseles. Escudos en las paredes. “¿Enrique, puedo visitar el resto?” “Ten cuidado; puedes perderte”. Tenía más de cincuenta habitaciones, en mal estado. Había sido utilizado como hotel laboral de los gobiernos comunistas para premiar a los trabajadores más industriuosos.

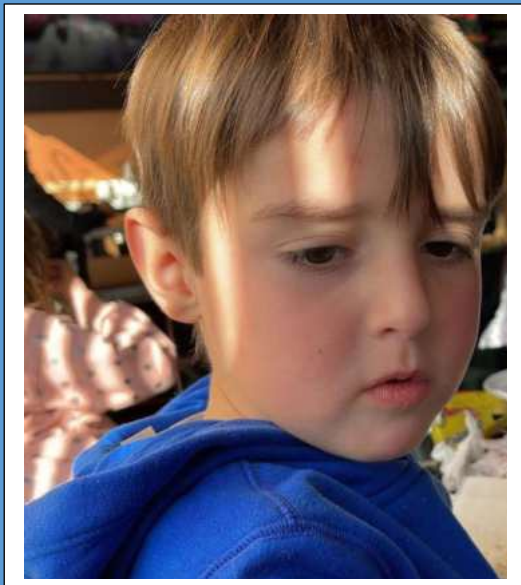
Canena

Enseguida te diré por qué me he acordado ahora del castillo de Canena. Una tarde en Málaga creí oír una voz, muy bajito, que me preguntaba “¿Cuándo te mueras qué va a ser de nosotras?”. Era una de mis

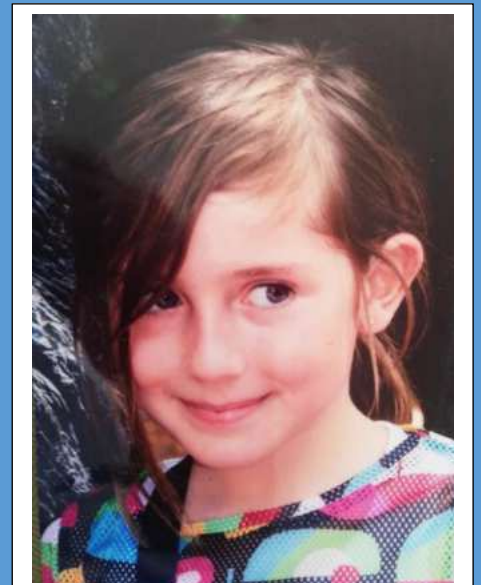
reglas de cálculo, la francesa (un poco snob) Tavernier-Gratet. “¿Cómo se te ha ocurrido preguntar eso?” “Lo he oído a uno de los teatros de juguete, que también están preocupados” “¿Sí? ¿A cuál?” “Al inglés Pollock”. Yo sabía que a mis hijos y nietos no les importaban gran cosa. No me extrañó que reglas y teatros desearan que su subsistencia no dependiese de la mía. Me hice cargo y en esa encomienda conocí a Antonio Lorite. Antonio, en tres segundos, era capaz de usar una regla de cálculo para calcular su precio con dos decimales, algo que a las reglas les humillaba bastante. Me confesó que sus ahorros mensuales los destinaba a llevárselas a su casa, por lo que el traspaso no podía producirse de golpe, sin que su mujer protestase con razón. Cuando hubo concluido, le pregunté qué hacer con los teatros. Entonces apareció el arcángel jienense Manuel. Había adquirido la vieja escuela de Canena y la conservaba como un museo, con sus pupitres, mapas, tinteros y juguetes. Manuel vivía en un piso con balcones a la plaza de Cascorro. En su casa, las paredes mostraban largas repisas de un extremo a otro. Y en las repisas: sólo *Teatros*. Cuando informé a los míos que se iban a vivir a Madrid, fue un jolgorio. Yo los tenía metidos en maletas, en el garaje de Málaga. A Manuel le dijeron que con cualquier otro amo estarían mejor que conmigo. Antes de conocer a Manuel, en lugar de llevarlos al hospicio, o dejarlos en la puerta de una iglesia, traté de los aceptase Lucía Contreras Flores en su residencia de lujo. Estaba al completo. Ya me callo. Solo añado que no creo que haya un lugar más entrañable para antiguos teatros de papel que la casa de Manuel Jódar en Madrid o la escuela de Canena, a los pies del castillo de la orden de Calatrava. Cuando veo allí los míos, me saludan fríamente.



Isabel



Oliver



Rita



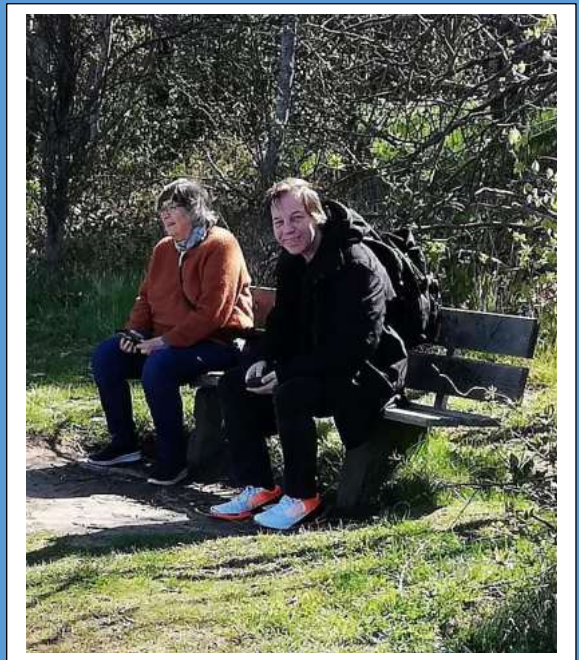
Vélez-Málaga



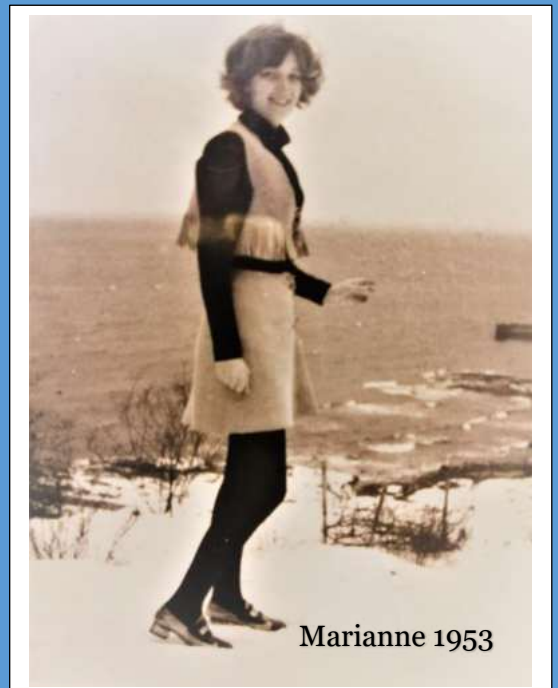
Gudhjem



Koge



Cumpleaños Lars



Marianne 1953



Museo Judío



Casa de las tías Mallenes



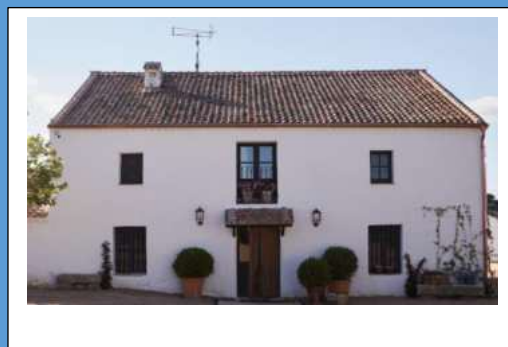
El patio de Abraham Senior



Aldeallana Boutique

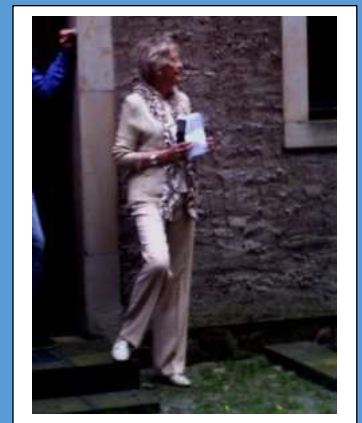


Antes

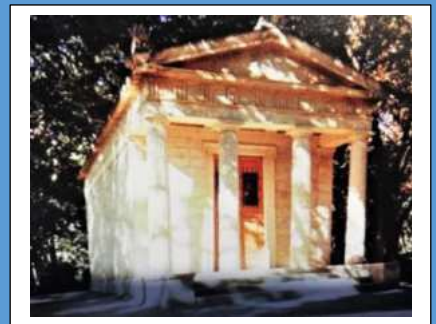




El castillo alemán
de Enrique y Anette



El Jardín de
La Concepción



Capítulo XXXI

La venta de El Maltés

Yo pensaba que Juan Vicente había disfrutado poco del barco antes de morir. Sus hijos opinaban lo mismo. Pero Alejandro sostenía que gracias al barco Juan Vicente había sido muy feliz en unos años donde campeaba la tristeza y el desasosiego en su entorno familiar. Yo añadía medio en broma que, gracias a *El Maltés*, Juan Vicente podía oír Scherezade imaginando ser Simbad. El comprador resultó ser un francés establecido en Cádiz. Sus abogados, después de cerrar el trato, le aconsejaron que se asegurase de que el barco estaba libre de cargas. Yo dije que lo aseguraba. Pero no bastaba mi palabra. Esta condición sobrevenida me pilló en mal momento, por lo que accedí siempre que me asegurasen de que lo que pedían era práctica habitual en Francia. “Es bastante corriente” “Ya, pero ¿podrían aportar documentación?”

Malta

Cuando El Maltés dejó de existir, su vacío fue ocupado inmediatamente por la isla de Malta. Alquilamos un velero con 41 pies de eslora, seis más que el *Sun Odyssey 35*. Yo dormí mal abordo la primera noche pensando en la maniobra de salida de la mañana siguiente. El puerto lo forman tres lenguas de mar encerradas en un gran espacio de largas penínsulas elevadas. Para ir de una a otra hay servicio de lanchas con bancos de madera, toldos protectores del sol y la lluvia y motor fuera borda. La marina está en una de las ensenadas, al costado Sur. Para acceder al tráfico intenso hay que parar el barco en una boya a modo de semáforo, contactar con capitanía y esperar permiso. El auricular del teléfono deja oír otras llamadas, advertencias, avisos, preguntas y ruidos indescifrables. Pasados unos cinco minutos, llega la voz dando autorización para salir y advirtiéndome de cómo hacerlo para estorbar lo menos posible. Cuando el velero sale a mar abierto, atrás queda el recuerdo de haber surcado aguas en la misma bocana que lo hicieron La Valette, Nelson, y los caballeros de la Orden de San Juan. (*Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es vana*).

Lo menos importante de Malta

Tú, a lo trivial. Pues lo trivial en La Valette es que no hay café. Sólo Nescafé. Recorrimos toda la ciudad después de haber investigado las tiendas más cercanas. “¿Tienen café?” “Sí. Ahí” Pero siempre era Nescafé. A la vuelta de la isla de Gozo, dejando a estribor la de Comino (¿Puedo decir que allí naufragó la nave de San

Pablo?) nos pusimos al paio esperando autorización para entrar en La Valette. Pocos minutos después apareció en gran crucero que paró sus motores y quedó igualmente inmóvil. Vimos salir dos barcos pilotos que se abarloadon a un costado del crucero. Algunos de los prácticos subían a hacerse cargo de la maniobra de atraque. Los pilotos regresaron y el crucero empezó a moverse. “Alejandro. ¿no te dan envidia los capitanes de los cruceros? Lo tienen más fácil que nosotros”.

Naxos

Yo lo siento, pero tengo que hablar de Ariadna. No de la ópera, sino del mito. Si ya lo sabes, te saltas las líneas siguientes. Ariadna era una princesa en Creta. Su padre: el rey Minos. Un día conoció a Teseo y experimentó un súbito sentimiento amoroso. Teseo estaba prisionero en el laberinto que guardaba el Minotauro. Es entonces cuando sale a relucir *el hilo de Ariadna*, ese que sirve para los peores momentos. Teseo y Ariadna se embarcan rumbo a Atenas, huyendo de las iras de Minos. Para hacer aguada su barco atraca en la isla de Naxos, donde duermen tranquilos en una zona arenosa cercana a la playa. Cuando Ariadna despierta a su lado solo queda el hueco de la presencia de Teseo. Alza los ojos y en el horizonte todavía alcanza a ver el velero que ha zarpado sin ella. Lo demás es lo de menos.

Paros y Antiparos

Nosotros alquilamos nuestro velero en Paros. De Paros navegamos a Naxos y de Naxos a Antiparos. Fondeamos y usábamos la balsa para llegar a tierra.

Con nosotros venía Ana Pernas y su marido Javier Tardieu. El camino más corto de Antiparos a Paros es un canal estrecho con muy poca profundidad. Alejandro iba a la rueda, era de noche y yo en proa con una linterna apuntando al fondo del agua. La parte arenosa era blanca. Las rocas: manchas negras. Se me oía dando avisos. Roca a babor, roca a estribor. Y así, navegando muy lentamente salimos a mar abierto y regresamos a Paros a devolver el yate y regresar a Atenas. Íbamos volando justo por encima de la ruta del velero de Teseo, ya sin Ariadna.

Stromboli

No hace falta que diga que la razón de visitar Stromboli tenía como origen la película de Rosellini, no por él, sino por Ingrid Bergman (capítulo II). Llegamos de noche, con dificultad para fondear en un lugar oscuro y con exceso de compañía de otros barcos. Recuerdo que las calles de la villa están trazadas como salidas de emergencia. El cráter del volcán, humeante, cae al lado Occidental de la isla, y las casas están orientadas hacia Levante. Un algo de ansiedad infinitesimal flota en el ambiente. De vuelta, rumbo a Messina, pasamos entre Escila y Caribdis. Suponiendo que Escila fuera el monstruo a estribor, allí sólo había una playa pacífica con bañistas. En el lado de la península posiblemente estaría Caribdis, más amenazante. Mirando de frente por proa, advertí que las aguas se arremolinaban como si estuvieran hirviendo. Viré a estribor buscando la protección de la costa y entonces comprendí la leyenda: Escila nos esperaba agazapada con sus doce patas. Pero ¿Dónde estaba el acantilado? ¿Dónde la cueva?

Nápoles

De Nápoles, lo más trivial que recuerdo es Alejandro a popa observando una estela blanca que íbamos dejando atrás, distinta de lo que podría ser un reflejo del surco producido por la quilla. Estaba muy ensimismado mirando aquel extraño fenómeno. Con nosotros navegaban mis dos sobrinos daneses Jesper y Trine. “Venir a ver esto”. Arriamos las velas para observar mejor aquello y pronto descubrimos que la estela no era otra cosa que un plástico largo y blanco, como el hilo de Ariadna. Lo llevábamos enganchado a la hélice y afortunadamente íbamos a vela. Alguien tenía que tirarse al agua a desenroscarlo. Nos mirábamos unos a otros, pero Jesper lo tenía claro. Trine siempre es la más valiente y la más decidida de los cuatro. Jesper el más hábil para arreglar cosas de tuberías y motores. Y Alejandro para cocinar y preparar *Martinis* en el momento oportuno. “¿Y tú?” ¿Yo? No sé. Para nada. Para elegir el sitio y el barco.

Croacia

Lo más intrascendente de Croacia para mí pudo ser mortal. Había hecho un vuelo combinado con KLM y escala en Amsterdam. Cuando el avión se acercaba a Split, mirando por la ventanilla noté que el piloto volaba muy bajo entre cerros. No había nada de viento, el avión iba lleno y descendía demasiado rápido. Faltaba aún para la pista y sentí que nos íbamos a estrellar. En ese momento el avión puso motores a tope y se elevó en ángulo agudo. Aterrizamos en otro aeropuerto. Cuando los motores pararon, con el avión en pista, el comandante salió de la cabina diciendo que

habían tenido que abortar el aterrizaje por (¡exceso!) de viento. Estuvimos parados media hora esperando instrucciones de Amsterdam. Cuando volvió a decir que nos llevarían a Split en autobuses, un pasajero se levantó del asiento gritando “Capitán, en Split había viento cero”. Mi compañero de asiento susurró que el copiloto era muy joven y que el comandante sin duda le habría dejado intentar la toma. Varios pasajeros nos unimos en el aeropuerto para coger un taxi en comandita. Tardamos más de una hora en llegar a la marina de Split. Alejandro no había podido venir, víctima del covid horas antes de salir de Madrid. El resto de la tripulación estaba en el barco.

El país de las mil islas

Croacia para los amantes de la vela es como poner a un niño hambriento en una pastelería muy grande y preguntarle qué le gustaría comer. Además de Jesper y Trine, la tripulación del *Mia* incluía a Carlos Pascual y su mujer Angelita. El último día hubo un pequeño problema, bastante trivial. Se puede contar. Habíamos recargado el depósito de combustible debidamente. Uno de los empleados (Esteban) que venía a revisar el barco antes de la entrega nos preguntó cuántos litros habíamos echado. Yo respondí que no lo recordaba. Él contestó que era necesario ponerlo en el informe. Y como lo dijo de forma impertinente, le sugerí que volviese a la oficina a informarse del motivo. No volvió. Pero yo fui, hablé con Tatjana, la jefa, y le pedí que viniese conmigo al barco. Le pareció estupenda la idea, en el trayecto nos hicimos amigos, y se disculpó con gracia. Dijo que Esteban había trasnochado. Y añadió

que también tenía que confesar ser hincha del Barcelona.

Xauen

El segundo viaje a Xauen fue en el yate de Carlos Pascual, *A mi bola blue*, también con Alejandro, Jesper y Trine. Voy a mirar qué escribí entonces y elegir las tres o cuatro líneas menos serias. Primera observación nimia: Angelita tiene afán por tomar té verde. Segunda: Alejandro y yo estuvimos dando la tabarra con lo bueno que era el hotel *Hassam* de Xauen, lo mucho que les iba a gustar, que merecía la pena el viaje sólo por el hotel, etc. etc. Estaba lleno. Tercera: En el hotel *Guernika*, propiedad de Ana María, vasca, el marido se arrodillaba en el suelo y rezaba mirando a La Meca, al lado de las mesas donde y mientras tomábamos el desayuno. Cuarta: Contemplación absorto de Angelita regateando el precio de unas alfombras. El dueño de la tienda reconoce que ella domina el arte del regateo, que requiere dotes de inspiración, humor y saber frenar a tiempo. Y la felicita. Y quinta: Carlos y Alejandro hablaron desde las once de la noche hasta las cinco de la mañana. Me di cuenta cuando me desperté.

Deyá

La travesía de Mallorca empezó mal, porque el molinete del ancla no funcionaba y había que hacer noche en Puerto Colom esperando a que llegase repuesto de la Península. Alejandro quiso volver a ver la casa donde pasaba veranos de pequeño con sus padres, en Pollensa, frente al mar. Estuvimos merodeando por el lugar, pero aquello estaba, según

me dijo, muy cambiado. A la vuelta hicimos un recorrido por el Norte. Mis pupilas se agrandaron a la vista de un lugar fascinante, misterioso, como soñado. Un acantilado muy pendiente, recóndito, con casas de piedra y buganvillas, por las que se subía y bajaba en un recorrido serpenteante. “¿y este sitio cómo se llama”? (No sigas, piensa en algo menos genérico). Pues decir que en Cala Murada nos dimos cuenta de que el ancla garreaba casi demasiado tarde. Casi, porque cuando la popa del barco estaba como a tres o cuatro metros del muro de tierra que da nombre al fondeadero, corrí al mando del motor y arrancó a la primera. (Curioso, cómo las cosas de las que más se acuerda uno, no son las que cree en el momento de vivirlas). También me viene a la memoria nuestra carrera por los pasillos del aeropuerto de Palma, buscando la oficina de la Policía, antes de volver a la puerta de embarque con un papel sustitutivo de un DNI huido.



Croacia



Mallorca



Xauen



Capri



Naxos



Stromboli



Malta

Capítulo XXXII

(de algunos reencuentros)

Salisbury

Jack Thomas no acudía a las comidas de nostálgicos de Xerox en Phyllis Court porque a partir de la tercera le parecían todas iguales. Para no por eso dejar de vernos, me invitó a pasar unos días en su casa de Salisbury. Dejé el coche aparcado un poco más arriba y antes de llamar al timbre me paré a contemplar la fachada. Toda la casa era suya, imposible adivinar la edad, pero más de cien años seguro. Recuerdo cada rincón, lo que había en las mesas, los cuadros, los sillones, todo. Liz me acompañó a ver una de esas mansiones que la aristocracia inglesa gusta de enseñar para pagar al menos los gastos de calefacción. Pero ese día estaba cerrada. A la catedral fui yo solo. Era por la tarde y se celebraba misa con comunión, en nada distinta a la católica. ¿Dónde estaba la diferencia? ¡Pensar que Europa vivió siglos de guerras por algo apenas perceptible! Casi podría decirse que en lo único que nos parecíamos era en las misas. Los desayunos con Liz y Jack me hacían sentir apreciado sin

reservas mentales. “Lo dices como si fuera algo raro” “Es que lo es”.

El mesón de El Pardo

Juan José Morera me informó de que compañeros de Rank Xerox se reunían de vez en cuando a comer en ese mesón que hay cerca del palacio. A ver si me acuerdo bien de los demás nombres: Carlos Pascual, Juan Catalá, Ramón Sobera, Pepe Rodríguez y Honorio Gayo. Si aplicamos el filtro de las reservas mentales, el único que superaría la prueba sería Ramón Sobera. En esas reuniones, cuando se hablaba de mí, oí contar anécdotas como si hablasen de otra persona.

Nuevas *Oruetadas*

La Oruetada de Aldeallana tuvo su continuidad en Valencia, donde vivió María Eugenia antes de venir a Madrid. Era una casa muy grande, construida casi al borde del mar y lejos de cualquier tienda, hospital, iglesia o cuartel. Ocupaba una extensa parcela, propiedad del tío José María Laviña y de Amparo, la hermana de mi padre. Murió Amparo, murió José María y no se sabía cómo repartir aquello. Una constructora avispada ofreció permutar la parte más alejada del mar, a cambio de regalar tantos adosados como hermanos herederos. Por esa razón, en verano los Laviña son un clan bien avenido que se ayudan y me recuerdan en eso a los Hvid daneses. En el mes de junio, Jaime organiza la *Oruetada* a la que siempre he viajado animoso. No hay que pagar como en Aldeallana; basta con aportar viandas o licores en reconocimiento al esfuerzo de unos y otros. Yo duermo en el apartamento más cerca del

mar, el de Jaime y Carmen. Con respecto a lo de las reservas mentales, también las detecto en estas ocasiones. Exceptúo a mi prima María Luisa. La gran mayoría de asistentes se sienten animados por un espíritu de superación de las desigualdades sociales que se alimenta de suponer carencia de esos mismos sentimientos en la mitad de la población del país. A mí me sitúan en esa segunda mitad insensible.

La llamada de Málaga

La raíz de ese izquierdismo gregario hay que buscarla en la Asociación de la Institución Libre Enseñanza personalizada en Giner de los Ríos, malagueño de Ronda. Su continuación en la Residencia de Estudiantes sirvió de albergue entre otros a Ricardo de Orueta, impulsor de la iniciativa y eterno residente célibe. El alcalde de Málaga nos invitó a la inauguración de una exposición sobre su legado en defensa del arte. En el tren íbamos Paco de Luis Orueta y Manuel de Orueta González. En esta ocasión el reencuentro era con alguien muerto antes de nacer nosotros. Olvidado para prevenir la urticaria que las ideas de la Institución producían en la piel de la jerarquía eclesiástica.

La segunda llamada de Málaga

También de la alcaldía. Esta vez no era una exposición sino un monumento. El presidente de la Academia Malagueña de Ciencias tuvo la ocurrencia de honrar a su fundador (1872) Domingo Orueta Aguirre, tatarabuelo, y a su hijo Domingo Orueta Duarte, el geólogo. El monumento iba a ser un monolito de roca extraída en la Serranía de Ronda, pero, durante su transporte a la

ciudad en camión, se rompió por la mitad. La más grande iban a colocarla bajo un árbol en un pedestal situado en el Parque frente a Cortina del Muelle. Durante el acto, después de un discurso estudiado la víspera y bien memorizado, el alcalde iba llamando a cada uno para entregarnos una placa conmemorativa. “David de Orueta Gram” “David de Orueta Rincón” “Rita de Orueta Olucha” “Oliver de Orueta Olucha”. Al terminar la ceremonia me acerqué para ofrecer al Jardín Botánico la biblioteca de Serafín Estébanez Calderón. Francisco de la Torre tiene mucha paciencia: “Claro, perfecto” Me dio su tarjeta y escribió *Lourdes Campos*. Luego resultó que al Archivo Municipal le interesaba más el contenido que el continente.

En Casa Carmen

No era la primera vez que nos reuníamos. En esta ocasión el nombre del restaurante estaba bien averiguado. El adjetivo era una aportación de Paulina de Beato al coloquio durante los reencuentros con Carmen Mestre, María Paz Gordillo y Martín Gallego. Fuimos en una furgoneta de María Paz hasta la granja de San Ildefonso invitados por Rodrigo Keller. Durante el viaje comentábamos vivencias. Hablaban como si hubieran sucedido ayer. En el restaurante de casa Carmen estuvimos Mestre, Beato, Gordillo y yo. María Paz me reñía porque una vez la pedí que hiciera una presentación sin darle tiempo a ir a la peluquería. Paulina dijo que yo tenía obsesión por mejorar el arte de presentar proyectos. Que contraté a una profesora llamada Ana Uriarte. Será todo verdad.

Malvarrosa

Una casualidad hizo que yo volviera a ver la casita de Malvarrosa. *A casinha pequenina onde o nosso amor nasceu*. Parecía mentira que siguiera allí casi igual, aunque pintada de blanco (página 94). María Ángeles Herrá, viuda de mi primo José Mari, *El Colo*, nos había invitado a mi prima Mili Colorado y a mí, a conocer su nueva casa de El Plantío. De camino, me desvié con poca esperanza y la vi como diciéndome: “aquí sigo”. La cena fue uno de esos reencuentros reconfortantes que me vienen a la memoria en este penúltimo capítulo.

La cúpula del INI

Carlos Espinosa me hablaba de reuniones en un restaurante regentado por una hija de José Miguel de la Rica. Le pregunté si podría unirme al grupo y dijo que lo consultaría. Supongo que gané la votación por mayoría simple, aunque me dijeron que hubo unanimidad. Desgraciadamente, de la Rica murió antes de la segunda convocatoria, aunque seguimos yendo al local de su hija por un tiempo. Cuando había pleno éramos ocho: Tristán Martín Urquijo, Eduardo Serra, Carlos Bustelo, Alfonso Ballestero, Juan Miguel Antoñanzas, Tomás Galán, Carlos Espinosa de los Monteros y el que escribe. Las tres últimas reuniones han sido en un local que no tiene otra ventaja que su ascensor, imprescindible para que Juan Miguel pueda asistir.

El libro del abuelo

En el colegio, Antoñanzas era de los *mayores*, sinónimo de *mejores*. En su caso, además, estaba muy justificada

la diferencia. Nos envió por correo tres tomos de una colección que contiene fotografías, textos y recortes de prensa para que sus nietos sepan lo que hizo casi desde que nació. Cada volumen cubre un período. Los que nos ha regalado se refieren a los años en que fue presidente del INI y luego de Seat. He admirado su valiente negativa en someter el INI a criterios de gestión emanados directamente del ministro Pérez de Bricio. Al leer sus memorias, se me ocurrió que yo podía intentar escribir algo parecido, a mi manera.

Carlos Espinosa de los Monteros

Resulta difícil saber si seguimos siendo verdaderos amigos. En todo caso, apena la certeza de que esa amistad conoció tiempos mejores. Me serviré de un símil. En un platillo están los favores recibidos durante años. En el otro, mi reconocimiento y afecto, que no bastan. Para nivelar la balanza tendría que quitar beneficios del platillo, como los llama Cicerón, lo cual es ontológicamente imposible, o bien aumentar mi afecto y reconocimiento, que ya están al límite. Ergo, me temo que la cosa va a seguir así de por vida.

Tomás Galán

Recuerdo su casa de Porto Cristo y su velero, un Puma 28 en el que hicimos algunas bordadas, allá por los años 80. Tomás es persona de pocas palabras, dicho como elogio. Si fuera más proclive a manifestar sus pensamientos, alguna vez habría mostrado su disconformidad con mi forma de gestionar los asuntos del INI. No sé, posiblemente sea capaz de sentir afecto hacia mí, más por el lado del corazón y que del cerebro.

Carlos Bustelo

El símil de los platillos también es aplicable a este Carlos compañero del Pilar, antes de que desertase al Colegio Estudio. En su caso, las vivencias compartidas desde la adolescencia hacen que me sienta más cómodo en su compañía que en la del otro Carlos.

Eduardo Serra

Cuando hablamos de política española la mira con perspectiva europea, y en eso coincidimos. Sabe cosas que yo ignoro y su conversación tiende a iluminar áreas borrosas o equivocadas. Para Eduardo, la emergencia de una amplia clase media es el factor más importante en la historia de España del siglo XX.

Los demás comensales

Alfonso Ballestero sería más asequible si tuviera algún defecto. Tal vez su mayordomo esté en el secreto de alguno, como solía decirse de la gente perfecta. De Manuel Azpilicueta pienso que es un ser altamente extrapolable. Si todos fuéramos como él, el mundo sería más agradable y también más inteligente. Tristán Martín Urquijo sigue conservando las cualidades de yerno ideal según el baremo de los cronistas de Sociedad. Para saber lo que pienso de mí tienes que ir al último capítulo.

El café Gijón

Los camareros de este café no sólo se sienten superiores a sus clientes, sino que procuran demostrarlo. Mientras el nombre no cambie, es sitio que concita reencuentros.

Además, está a tiro de piedra (¡qué dices!) de la Biblioteca Nacional, lo que facilita la presencia de Rubén Caba y Eloísa. Ahí nos reunimos con Alejandro y con Andrés Ruiz Tarazona y su mujer Fifi.

Gabriel Tortella

Lo habíamos dejado como delegado de curso en el Capítulo II. Desde entonces ha aprovechado bien el tiempo. Estudió en Wisconsin casi al mismo tiempo que yo vivía en América. Después se doctoró en Londres y es uno de los pocos catedráticos de Universidad de los que cabe presumir en España. Su manifiesta anglofilia ha fructificado en libros memorables como *Capitalismo y Revolución*, donde demuestra que el progreso se consigue mejor con el primero que con la segunda. Es afectuoso y nada pagado de sí mismo. Nuestras reuniones son virtuales. Los asistentes formamos parte de una lista de destinatarios en la que el menos conocido soy yo.

La estación de Torrelodones

Después del funeral por Pepe Rodríguez, bajé andando hasta casa de Andrés. Pepe había sido mi primer ayudante y yo le tenía más afecto que él a mí. Muy cerca estaba la casa de Andrés. Nos veíamos menos. Durante años solía invitarme a conciertos cuando Fifi no usaba la segunda entrada que le mandaban como crítico. A la salida, yo correspondía con un pisco labis y él me dejaba en casa, conduciendo su BMW con gran pericia. Ya no le parecía una actividad altamente peligrosa, como cuando hablábamos de ello, en el colegio. Por eso, cuando concluyó el funeral de Pepe, me dije: “Vete a ver cómo

sigue Andrés” Fifi me había dicho que estaba “Un poco raro”. Encontré la puerta cerrada, llamé por el móvil y se puso Fifi, que no podía salir por guardar cama, indispuesta. Me dijo que podría encontrar a Andrés en la estación del ferrocarril. “¿En la estación?” “Sí, le gusta ir allí a pasar un rato”. Cuando entré en el recinto iluminado con tubos anticuados de neón, había dos personas: Una dependienta de color detrás de un mostrador, delante de una cafetera y Andrés, frente a la vitrina de los dulces. indeciso. Meditaba las diferencias de precio y sabor. La responsable de poner taza y dulce miraba a mi amigo con algo de impaciencia. Al aparecer yo dentro de su ángulo de visión, volvió ella la vista y él hizo lo propio. Me reconoció sin sorprenderse. Le pregunté: “¿Vas mucho por tu casa de Segovia?” “Iba, pero ahora no me vale el carné de conducir”.

Mercedes Martínez en *Maddock*

Vive en un cuarto piso de la calle Monteleón. Voy a recogerla en coche porque una de sus rodillas no funciona tan bien como cuando me tomó bajo su protección en el Instituto Nacional de Industria. Se acuerda de cosas olvidadas por mí. “Estuviste a punto de comprarte una casa en la calle Angosta de los Mancebos. Era como una corrala. Los vecinos compartían guisos” Ni idea. ¿Fue muy difícil importar el barco? “Tuve que ir a la calle Montesquenza. Me recibió en su despacho José Ramón Bustelo y gracias a él se pudo arreglar, que si no...” ¿Cómo te fue con Claudio Aranzadi? “Me llevaba bien con él. Sencillo y amable. Rehuía las invitaciones por el cargo. No era del partido socialista” Cuéntame algo curioso “Vale. ¿Te acuerdas de José Manuel García Hermoso?” Vagamente. “Aranzadi lo puso como

director del proyecto CSI para unir Ensidesa y Altos Hornos. Ya nombrado, vino al despacho y, antes de entrar a ver a Claudio, me ofreció el doble del sueldo si me iba de secretaria con él” ¿Y qué hiciste? “Se lo conté a Aranzadi” ¿Cómo sigue tu hermana de su ictus? “Mal, la pobre no se ha recuperado” Libby en cambio está bastante bien. Ya la verás en casa. Te espera con mucha ilusión.

Desayuno en una cafetería

Por fin he vuelto a ver a Milota. Vienen juntas, Carmen Mestre y ella. Hablamos de su finca de Extremadura, contigua a la de Mariano Rubio e Isabel Azcárate. Lo primero que hizo Juan Manuel Kindelán en la parcela que compraron fue construir establos para sus caballos. Los invitados se sentaban en sillas plegables o en el mismo campo. La comida venía de Madrid. Juan Manuel tenía dos aficiones intensas: a) los caballos; b) ir en coche a todos los sitios. “Iba en coche hasta la esquina”. ¿Y tú montabas? “También. Yo tenía un caballo dócil, pero muy asustadizo”. Carmen ¿Tu hijo sigue viviendo en Estados Unidos? “No. Tú estás pensando en cuando estuvo estudiando en Boston” ¿Y tus hijos, Milota? “Uno vive en Noruega, casado con una alemana”. Carmen, recuérdame: ¿Por qué fuimos a ver a Rodrigo Keller a la Granja? “Porque tenía un principio de Alzheimer” Volviendo al INI, tú aguantabas mal a Pedro Castañeda. “Venía por las tardes a comprobar si seguíamos trabajando. Le dije: ¿Vienes para inspeccionar? Yo siempre he sido la dura y difícil. Por eso me llevé a Paz a la Comisión de la Energía: para que me ayudase a suavizar relaciones” ¿Sigues leyendo a

Montaigne? “Me interesa la geopolítica. Robert Kaplan. De Montaigne leo, sobre todo: los libros II y IV”

Continuación del Centón

Bajo el Volcán; de Malcolm Lowry, *La vida de Samuel Johnson*, de James Boswell; *Vida y opiniones de Tristram Shandy*, de Lawrence Sterne; *Decamerón*, Boccaccio; *La arboleda perdida*, de Rafael Alberti; *No sé quién eres*, de Miguel Torres López; *Capitalismo y Revolución*, de Gabriel Tortella; *Cartas de España*; de José María Blanco White; *The Brussels Effect*, de Anu Bradford; *Vida del soldado Alonso de Contreras*, de Alonso de Contreras; *Meditaciones*, Marco Aurelio; *Expedición al Paraíso* de Eloísa Gómez Lucena; *Elementos*, Euclides; *Los virreyes españoles de América* de Lewis Hanke; *Al Sur de Granada*, de Gerald Brenan; *A la sombra de las muchachas en flor*; de Marcel Proust. Van catorce.

El balcón de Europa

Un lugar en la costa malagueña, frente al mar, sobre una colina y un viejo camino de hierro, del que solo queda un túnel. Desciendo por calles ajardinadas, entre casitas llenas de geranios, donde descansan escribiendo Rubén y Eloísa. Recordarás que Rubén dejó todo para dedicarse por entero a una pasión: el oficio de escribir. Años después, las librerías acogen títulos sugerentes como *La puerta de marfil*, *Días de gloria*, *Por la ruta serrana del Arcipreste*, y otros varios. Una vida rectilínea y sin despistes como los míos. A su lado, una mujer enamorada y escritora. Rubén es selectivo y no necesita otra compañía que Eloísa, sus libros y la gata

Yuca. Que estuviese dispuesto a perder un día escuchando mi cháchara me hizo sentir algo culpable.

Domínguez

Otro amigo capaz de aguantarme sin desesperar es Manuel Domínguez. Como quien habla a un espejo, le he ido mandando cada capítulo de estas memorias según salían del ordenador. Antes molestaba a Alejandro, pero me di cuenta de que todo tiene un límite. Nos parecemos algo en nuestras muchas dudas. En cuanto a sacar mejores notas en el Colegio, me ganaba todas las semanas.

Una señal, tal vez

Te traían en la silla de ruedas al salón. Mirabas al vacío y no se podía saber en qué pensabas. Alguna vez llegué a tomar tu mano y apretar a ver si me respondías. Pasaron meses y meses y no fui capaz de darte un mínimo de compañía. Las pocas veces que estuve en tu casa, hablaba con Alejandro, sin hacerte caso. Pili, si me perdonas, hazme una señal. Una rama que se mueva en un día sin viento. Un pájaro que entre aturdido por la ventana. Una nube en forma de estrella. Algo.

Diálogo en la farmacia

“Eso es mejor que lo hable con su hermano. Vendrá dentro de un rato” Salí de la farmacia y me fui a esperar en el parque de Vista Alegre. Estaba recién abierto. Por todas partes se veían jardineros agachados o de rodillas arreglando plantas o limpiando fuentes. Me acordé de la *Zoe Livermore*, obsesión de Torres López. Y del retrato de Petronila Livermore en el comedor de Málaga.

Debería donarlo para que lo pongan en el palacio *Nuevo*, cuando terminen las obras de reconstrucción. Había sido la dueña de todo aquello. Sentado en el banco frente al palacio nuevo, tuve el presentimiento de que la ursulina no me iba a recibir.

Mientras esperaba

Medité sobre la “socialización” de algunas vivencias familiares. Para dormir en una de las seis habitaciones del *Caserío Boutique Aldeallana*, bastaban 240 euros, Iva incluido, *parking* gratuito, reservas en booking.com. Para deambular por el *Jardín Botánico de la Concepción* de Amalia Loring Heredia, hay que desprenderse de 6 euros, 3 para la tercera edad. Para entrar a *la casa de Abraham Senior* y conocer (con mapas, objetos, audio y folleto explicativo) lo que fue la judería vieja de Segovia: 3 euros. Y para visitar los palacios de *Vista Alegre* del marqués de Salamanca y su mujer Petronila Livermore: nada. Gratis.

Aparcamiento gratuito

A mi hermana lo de *parking gratuito* en Aldeallana le parecía apoteósico, inmarcesible y un poco etíope. Yo traté de disculpar a los Pérez Durías. “Probablemente lo habrá escrito un robot. Veamos: ¿Tiene *parking*? Si. ¿Cuánto cuesta? Nada. Luego: *parking gratis*”.

Diálogo en la farmacia (2)

“No habla con nadie. Yo me cruzo con ella en la calle. Está muy afectada por la muerte de su hijo”

Los hijos de la ursulina

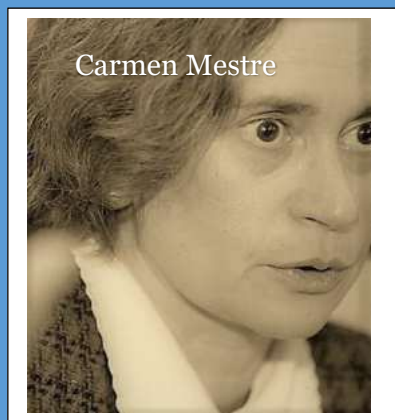
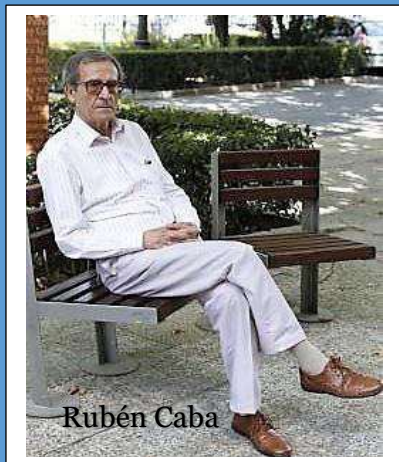
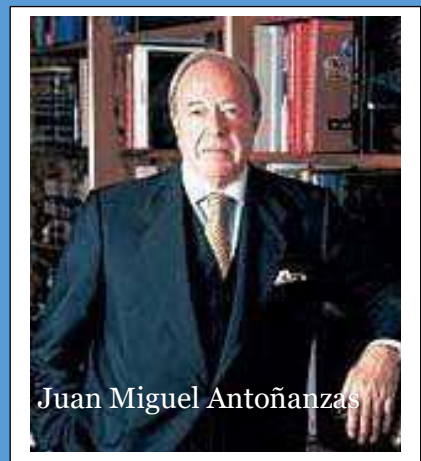
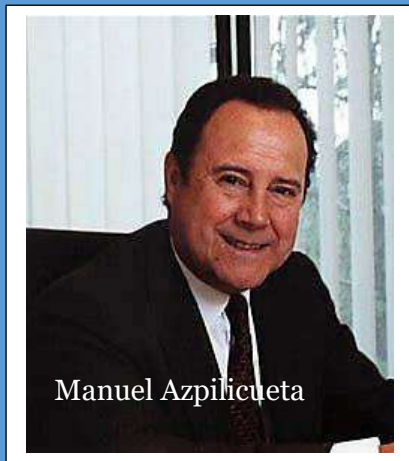
Uno había muerto en un accidente de moto. Pero no se refería a Jorge, sino a Pedro. La última vez que lo vi fue en Garrucha, a la vuelta de la travesía a Gandía. Quiso ver el barco. Alejandro y yo le acompañamos por el muelle. “Un cáncer. Duró dos años”. ¿Y el padre? ¿Viene a visitarla? “También ha muerto” ¿Hace mucho? “Hace dos años”. Así que quedaba solamente Clara. Sentí algo raro, como un amargor de vivir. “¿Podrías decirle que estoy aquí?”

Castelló 20

Cuando todavía llevaba pantalón corto, me enfrenté por primera vez con el portal donde vivía, dudando si dar la vuelta o penetrar y averiguar algo más sobre su existencia. Recuerdo que en situación anímica tan agitada y extremosa, me hacía gracia una pequeña placa metálica, incrustada junto al umbral, que decía: *Rufilanchas Salcedo*. En lugar de portero me recibió una joven a quien expliqué mi deseo de subir al cuarto piso. Hizo las preguntas pertinentes y apareció su padre. “Ya no viven aquí. Antes vivía Candelas, su hermana. No se llevan bien. Bueno, ella casi no habla con ninguno. Vive en Carabanchel, en la casa de la farmacia”

Dialogo en la farmacia (3) y llamada telefónica

“¿Podrías decirle que estoy aquí?” Lo piensa unos instantes “Podría hablar con su hija Clara” Se retiró del mostrador, a una habitación interior. Volvió a decirme: “No contesta. Déjeme un teléfono y le llamaré”. Llamó dos días después “Dice Clara que no lo ve conveniente”.





Petronila Livermore



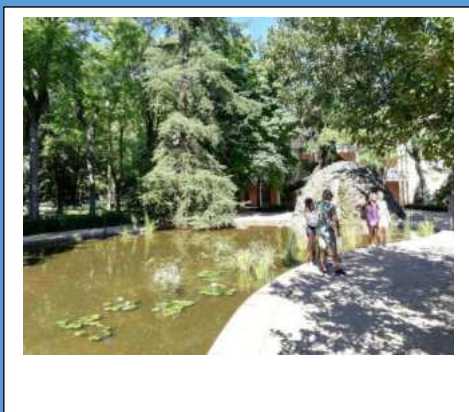
Marqués de Salamanca



Ex libris de Cánovas



Palacios y Jaardines de Vista Alegre



Reencuentro con mis primas Mili y Angelines

Capítulo XXXIII

Covidiotas

Es el título de una narración de Gabriela, hija de Carlos Bustelo y de Tere Tortella. El título recuerda a “pestíferos” hablando de la peste. Sin embargo, es un libro poético y un testimonio con perspectiva histórica de lo que fueron aquellos meses de pandemia en Madrid y fuera de Madrid. A él me remito para destacar la singularidad de aquellas jornadas. Si hablar del pasado me resulta difícil, por mala memoria, peor se me presenta hacerlo sobre el presente, demasiado cercano.

Un año fatídico

En nuestro caso, aunque nos libramos de la pandemia, los últimos días de diciembre fuimos zarandeados por la diosa Mala Salud. Después de meses de confinamientos soportados con buen humor y muchas precauciones, por fin pude viajar a Málaga sin miedo a que me parase la policía. Libby disfrutaba de la nueva libertad y Emma me animaba a seguir allí, menos expuesto al virus.

La Mala Salud

Una mañana me sorprendió ver manchas de sangre en la almohada. Resultó ser cáncer de piel. Con el análisis preoperatorio un médico de aspecto cansado vio que las plaquetas estaban demasiado bajas y dijo que había que esperar, cuidando la dieta. Resultado de tal dieta fue una dolorosa infección de orina. Para librarme de ella empecé a tomar pastillas de paracetamol. Demasiadas. Se me bloqueó el estómago. En urgencias me dieron un remedio advirtiéndome de que si no funcionaba habría que operar. Pero no con las plaquetas bajas. El dolor me impedía dormir. Paseaba por el pasillo, desde la cocina al dormitorio, contando las idas y venidas: “trescientas veinticuatro” “trescientas veinticinco” Aguantaba hasta el amanecer. Me acordé de la travesía Alhucemas/Smir. Pasaron dos noches. El 30 me creí con fuerzas para volver a Madrid. Todos los días hablaba con Libby dos veces: por la mañana a las nueve y por la tarde a las ocho, terminando con las buenas noches. Además, solía hacerlo a media mañana para comentar acontecimientos. Aquel día 30, era importante saber que al mediodía Libby estaba bien. Porque a las ocho de la noche su teléfono no contestaba.

Los bomberos

Llamé a mi vecino Javier Sirvent para que subiese dos pisos y llamase al timbre. Sólo oyó el gruñido de Basilio. Eso quería decir que ella estaba dentro. Pedí a Emma que acudiese con su llave, pero no pudo usarla, porque Libby había dejado la suya dentro del cerrojo. Llamaron a la policía y vinieron dos agentes que rehusaron forzar la puerta, porque los bomberos son

más hábiles en estos casos. Cuando llegaron, se fueron derechos a la azotea y se descolgaron hasta la terraza. Desde allí entraron fácilmente a la casa. Encontraron a Libby en el dormitorio, tendida en el suelo.

En el hospital

Tomé el Ave esa misma noche y a primera hora del día 31 de diciembre llegué a verla precipitadamente en su habitación del Sanatorio del Rosario. Estaba consciente, pero sin poder hablar. Había sufrido un ictus. Las enfermeras prepararon el sofá para que pudiera descansar del viaje y me dormí.

Filomena

Pasaban los días. No convenía salir a los pasillos por temor al virus. Tampoco bajar a la cafetería que permanecía desierta, salvo para el equipo médico y enfermeras, que recogían vasos de plásticos con café y bandejas de cartón con ensaimadas. Yo salía a la calle, donde las bacterias eran menos y más pacíficas. Una mañana amaneció todo blanco. Libby empezaba a hablar. “Va mejorando” Las enfermeras daban ánimos. Yo sospeché que tenía un hueso roto y vino un traumatólogo. Efectivamente, tenía un hueso roto y escayolaron su pie. Pero la mitad derecha del cuerpo seguía paralizada.

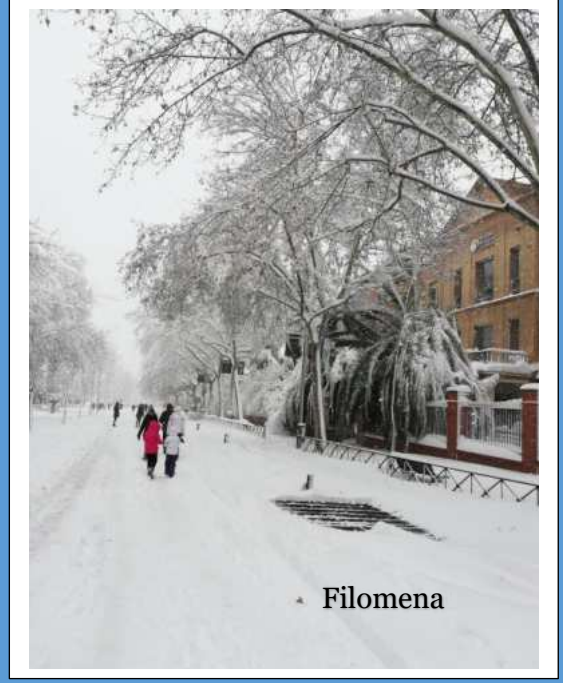
La rehabilitación

La casa se llenó de cuidadoras. Gloria seguía viniendo como siempre. Hubo que elegir interna. Se presentó una joven gigante, de origen hondureño. David me dijo que la fuerza era un valor a tener en cuenta. Diana

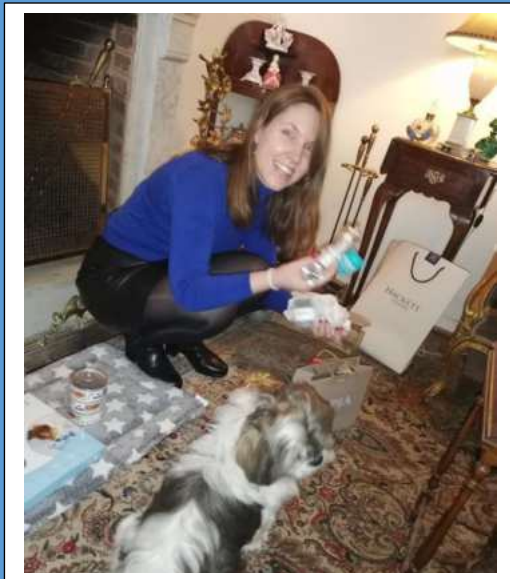
sustituía a Marisol los fines de semana. Venían fisioterapeutas y logopedas interesadas en hablar inglés. Libby no lograba mover la mano derecha. En un centro me hablaron de estancia en casa rural con la mano izquierda atada. Era un remedio drástico que podía ser efectivo en un plazo de quince días. Lo deseché. Entonces la diosa Buena Salud se dejó ver encarnada en la persona de Laura, una terapeuta del Hospital de la Milagrosa. Escuchó mi relato dándose cuenta de que yo estaba casi sin esperanzas. “Tráigamela a mí” Hablaba en nombre de un ser superior. Cuando Libby la conoció quise quedarme a presenciar la cura, pero Laura dijo. “Usted váyase a pasear y no vuelva hasta dentro de una hora”.

Libby dice que ha tenido mucha suerte

Vivimos más unidos en la enfermedad que en la salud. Yo elijo cuidadosamente lo que más le gusta en el supermercado. Ella me supera haciendo el café y evitando que la chimenea expulse humo al salón. Yo le recojo el pelo con un aro elástico y ella me trae una bandeja con taza de sopa de espárragos a la cama. Ella saca a Basilio y yo le ayudo a encontrar las llaves, el mando del televisor y el teléfono móvil. Ella encuentra gafas mías de vez en cuando y me pregunta cuántas tengo. También quiere saber qué día es hoy y yo le digo que ya me lo ha preguntado tres veces. Entonces suena el timbre y es Emma.



Filomena

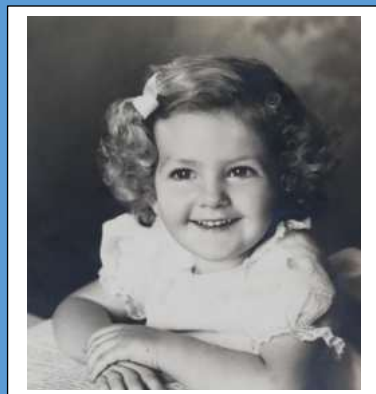


Emma y Basilio



Libby 2023

Libby 1948



Capítulo Final

Valoración

Después de más de cuatrocientas páginas de contenido autocomplaciente ¿Qué es lo que queda? En atención a tu paciencia, voy a ser todo lo sincero posible. Reconozco que el veredicto no puede ser positivo. La fortuna fue generosa conmigo y no he sabido corresponder, ni con una aportación aceptada por la sociedad ni con el afecto que los demás esperaban de mí. En el origen de ambos fracasos hay egoísmo y vanidad. Podrás estar pensando que digo esto sin sentirlo realmente. Así que seré un poco más preciso.

En la multinacional

En Rank Xerox y en Xerox, tras un inicio brillante, me mostré más interesado en decir lo que había que hacer, que en considerar si ese protagonismo era solicitado o bienvenido. Mi propuesta de que Xerox usase su conexión japonesa para reducir costes de producción no prosperó. A partir de entonces traté de contrarrestar la influencia francesa y alemana. Publiqué estadísticas reveladoras, que no lograron cambiar la situación. Los directivos españoles acabaron siendo postergados.

“Vale. pero tú, como persona, fuiste apreciado” En España tampoco. Recientemente, departiendo en mi casa con un compañero de aquellos años, Juan José Morera le decía a su mujer Concha “En la compañía había miedo de que volviese como director general”.

En el INI

Se repite la historia. Afán de protagonismo, en este caso agravado por el apoyo del ministro, que se transluce en un estilo tosco y desconsiderado. En ese tratar de encontrar lo que otros no han visto, en ser más intuitivo, mi proyecto estrella fue un Plan Estratégico ampliamente divulgado. La idea matriz era que los fondos del Estado no sufragasen pérdidas directamente, sino condicionadas al cumplimiento de objetivos pactados. La noción nunca se tomó en serio. No digamos ya, la poca gracia que producía en los departamentos financieros y en la Administración. Sólo cayó bien al sindicalista Nicolás Redondo y a periodistas económicos. Imagino que en el INI mi partida sería celebrada por muchos presidentes de empresas.

En Construcciones Aeronáuticas

Aquí mi obsesión era relanzar el avión de ataque aire-tierra, aprovechable para entrenamiento. Estaban muy de acuerdo los generales Santos Peralba y Gabriel de la Cruz. Pero no fue apoyada dentro de la empresa. Ante esta realidad, en lugar de aceptar los hechos, pedí apoyo al ministro de Defensa Eduardo Serra, pero quienes tenían que diseñar los sistemas siguiendo a los acuerdos con los americanos estaban más cómodos trabajando para Boeing y Airbus como subcontratistas. Sin duda mi

renuncia final supuso un pequeño alivio para el director de proyectos y su pausado equipo.

Con Carlos Espinosa y Alfonso Ballesteros

Me acogieron con cariño y no supe o no pude corresponder como ellos esperaban. Ya comenté los fracasos de Hispasegur en España y de IntraExpo en Miami. En Hispasegur traté de salir del negocio de las grúas y pasar a los seguros marítimos. Al final, ni lo uno ni lo otro. En Miami casi logré promover Intra Expo como escaparate para la industria valenciana e italiana de la cerámica. A pesar de remover Roma con Santiago, el pie forzado de un local situado en el barrio más negro de la ciudad hizo fracasar el proyecto.

Intentos de volver a la empresa privada

Seleccionado por amigos, me presenté como candidato a puestos vacantes en Telefónica, Banco de Santander, Puleva y Explosivos Río Tinto. No superé las entrevistas.

Como consultor

Las empresas alemanas que Carlos Espinosa me proporcionaba aceptaron mi original propuesta de instalarse en Soria. Recibieron cantidad de ayudas en forma de edificios gratuitos y llave en mano, amén del máximo de subvenciones autorizadas. Nada que objetar. En Cruz Roja, en cambio, mi diagnóstico y remedios para los ruinosos hospitales de CR en Cataluña contribuyeron a la caída de Carmen Mestre, acosada por Narcís Serra. En el principado de Asturias, Carmen negó su apoyo a figuras como Ana Belén, Víctor Manuel y el mundo del espectáculo, al no aceptar sugerencias

urbanísticas inviables, salvo para ellos mismos. Es sintomático que quienes más me han apoyado en momentos difíciles fueran antiguos amigos y colaboradores, como Jack Thomas, John Duerden, Luis González Camino, Jorge Fabra, Paulina de Beato y Carmen Mestre. Todos ocuparon puestos de presidentes de empresas y me ofrecieron cargos como consejero y trabajos de consultoría, pero se cuidaron de proponerme destinos en plantilla. ¿Puedo pensar en otra razón que mi manera de ser? Con mi experiencia, una persona discreta y menos excéntrica, sin duda habría sido invitada a unirse a sus equipos.

Mis socios

Probablemente, tanto Antonio Escorial como su mujer Begoña y su hermana Ana Pernas tengan una opinión poco favorable de mí. No supe dar la compañía y el afecto que hubiera sido esperable cuando Antonio perdió la memoria.

En el Consejo de Xerox

A instancias de Honorio Gayo, mis compañeros de Rank Xerox se repartieron mi contribución al fondo de pensiones. Aquello pareció mal en Londres y reaccionaron nombrándome miembro del Consejo de Administración, con una remuneración generosa. Esta vez agradecí la gentileza no hablando más de la cuenta. No por falta de ganas. La nueva política de gestión basada en “divisiones de negocios” me parecía no ya estéril, sino contraproducente y retardataria. Pero nada dije. Y transcurrieron felices los años hasta mi

jubilación, en paz y armonía con los diversos presidentes y consejeros. *Quod erat demonstrandum.*

Como agricultor

Mi idea de convertir en zonas forestales las tierras más pobres de una finca como Aldeallana ha carecido de seguidores treinta años después. “¿Pero no dijiste que fue un éxito económico, y que estás muy orgulloso de haber plantado 50.000 árboles?” Sí, pero no se trata de saber si tuve o no razón. Mi hermana, por ejemplo, cree que Aldeallana estaba mucho mejor antes. Opina que los compradores se equivocaron pagando un precio excesivo e invirtiendo en un concepto ilusorio.

Como padre o marido

Mis hijos y mi mujer también piensan que soy egoísta y vanidoso, que hablo demasiado y no escucho lo bastante. Que soy poco afectuoso y que sólo me interesan mis cosas. “¿Y tienen razón?” Me temo que sí, excepto en lo de egoísta.

Como autor

Aquí mi originalidad era combatir la leyenda negra subrayando la longevidad y extensión del dominio español sobre el planeta, un hecho inexplicable si España fuese tan ignara como la describen algunos. Nada de lo que he escrito sobre el tema ha sido publicado, a pesar de tener un amigo, Javier Santillana, que estaría muy contento de hacerlo si creyera que iba a venderse. Con una idea parecida, la escritora Elvira Roca se ha hecho millonaria. ¿La diferencia? Gabriel

Tortella dictaminaba: “Luis, cuando escribes, no sabes ponerte en el lugar del lector”.

“¿Y con la ursulina?”

Igual de mal. Tan perdido como el primer día. Me vienen a la mente... (¿por qué dices mente, dí mejor corazón). Sí, me vienen al corazón los versos del Stabat Mater. *Mihi jam non sis amara. Penas mecum divide*. Veremos qué se me ocurre, todavía.

Mi credo después del veredicto

No sé si te has dado cuenta. Pero mi consuelo es que sigo creyendo que casi siempre tuve razón. En mis fracasos como padre y marido creo haber obrado conforme a mi conciencia, y que esa conciencia era desinteresada. Creo que Xerox se equivocó. Creo que el INI debió dejar de hablar de subvenciones a pérdidas y, en su lugar, dotar un sistema de financiación menos paternalista y condicionado al cumplimiento de objetivos, al estilo de la Unión Europea. Creo que Casa debió fabricar el AX. Creo que Hispasegur era un cáncer. Creo que en Miami no se hacen salones de exposición en edificios de negros. Y creo que hice bien en desligarme de mi socio en Consulfirma, dado que los impuestos hay que pagarlos. Y también creo que algún día Castilla tendrá más de la mitad de sus tierras convertidas en bosques. Y que en la Península Ibérica los descendientes de los españoles serán una minoría reducida en el año 2100. Y que antes de ese año los partidos políticos españoles habrán sido absorbidos por sus correspondientes europeos, por lo que su actual protagonismo parecerá materia anticuada a los historiadores.

La conciencia

Está siendo mi último amigo. Yo diría que amiga. Las mujeres que me han conocido fueron más tolerantes conmigo que los hombres. Y, sin embargo, la ursulina no ha querido saber de mí. Posiblemente crea que tanto soneto y tanto amor infinito no son otra cosa que una forma idealizada de vanidad de autor y egoísmo de amante (en eso se parece mucho a Cynthia). *Versus ure mihi*. “¿Y qué es la conciencia?” Una voz que susurra y cuyos consejos no suelen coincidir con nuestra comodidad, conveniencia y recreo del momento... pero tampoco necesariamente con los gustos y creencias de quienes nos rodean o nos puedan favorecer. (De todos modos: sobre la fiabilidad de la conciencia ver *Tristram Shandy*, vol. II; cap. 16 y 17)

Relatividad de lo humano

En el museo del Espacio de Washington había una pequeña sala totalmente a oscuras y provista de cómodas butacas. Una pantalla blanca llamaba la atención del visitante. Cada media hora se proyectaba una película sin título, que comenzaba con la imagen de las agujas de un reloj de pulsera. En el extremo izquierdo podían leerse dos guarismos: millas y tiempo. La cámara empezaba alejándose del reloj como si estuviese situada en un helicóptero. Pudo verse que el reloj pertenecía a un hombre tumbado en una hamaca junto a una piscina. Luego, que la piscina estaba en una zona residencial; luego, una gran urbe. No había transcurrido un minuto cuando el horizonte empezó a curvarse. La curva se iba haciendo más y más redonda hasta conformar la Tierra. El marcador de distancia

indicaba miles de millas y la velocidad iba en aumento vertiginoso. En la pantalla se sucedían momentos de oscuridad y otros de luminosidad intensa, cuando la cámara pasaba cerca de un planeta o una estrella. En menos de cinco minutos alcanzamos la Vía Láctea. La huida espacial seguía aumentando el marcador millones de millas. Llegados a un punto lejanísimo, el realizador consideró oportuno regresar a la Tierra, por lo que la película se repetía en sentido inverso. Cuando apareció La Luna, sabíamos que faltaba poco para ver La Tierra, y así hasta la esfera redonda del reloj del bañista.

Dentro del reloj

Lo impresionante vino después porque, lejos de detenerse en las agujas del reloj, el viaje continuó dentro del mecanismo. Moléculas, átomos, centésimas de átomos: la progresión no cesaba, los contadores oscilaban vertiginosos, penetrando un Espacio Interior cuyas dimensiones eran simétricas al del Exterior, dando a entender que el tamaño del reloj no podía ser considerado ni pequeño ni grande. Estaba justo en el medio. Tardamos otros quince minutos en regresar a las manillas del reloj. Cuando concluyó la proyección y se iluminó la sala, pensé lo infinitamente cerca que estamos de la hormiga y del elefante. Eso en cuanto al Espacio. En cuanto al Tiempo: basta saber que algunos restos de animales datan de millones de años. Es como si Proust y Ovidio hubieran muerto hace nada, unos segundos.

Un soneto a propósito

Reconozco que puede parecer chocante traer a colación

unos versos demasiado pomposos para el tono intrascendente de estas páginas. Pero los pongo porque enuncian la pregunta que ha estado revoloteando por encima de cada una de ellas.

*Dejo este barro que cuidé un momento
Y ya me voy acelerando el paso
Quede con Dios, si algo queda acaso
Y no muere del todo, el pensamiento*

*Quede con Dios, y sirva de escarmiento
El barro, el polvo o nada y el fracaso
De la alegre paciencia y el ocaso
De la vana esperanza que aún siento*

*Que aún siento y quisiera ver al menos
De quien esto leyere recordada
No por vana, sino por lo vivido*

*No sean menos ciertos por ajenos
Los cuidados que se quedan en nada
Y esa Nada que busca su sentido*

El sentido de la Nada

Releyendo este Capricho, y rebuscando en mi centón de libros, a ver si en ellos cabía encontrar una respuesta a la pregunta, creo haberla hallado en las últimas palabras de la segunda parte del Fausto. Algo parecido debió ocurrirle a Gustav Mahler. Con esa intención he elegido las dos fotos que cierran el Capítulo. La segunda algo borrosa, como corresponde a un final evanescente.



Con mi prima Lolita

Capítulo final



En El Salón de Segovia. 1939

Índice Onomástico

A

Abril Martorell, Fernando; 229,
 Abril Martorell, Joaquín; 229,
 Aguirre, Jaime; 63,
 Aguirre, Javier; 63
 Aijón, Alfonso; 63,64,
 Alarcón, Pedro de; 228,
 Albéniz, Isaac; 20,
 Alberti, Rafael; 395,
 Alegre, Victorino; 24,26,29,
 Alfaro Founier, Heraclio; 69,
 Alighieri, Dante; 30,
 Allaire, Jay; 120,175,
 Allaire, Paul; 120,160,166,167,169,170f,171,
 174,175,
 Alonso, Dámaso; 340,
 Álvarez Couceiro, Antonio; 189,
 Álvarez Vara, Javier; 210,214ff,
 Andreiev, Leonid; 71,
 Angeli, Pier; 83,
 Angoloti, Joaquín; 337,
 Antoñanzas, Juan Miguel; 184,193,211,212,
 389,390,398,
 Aprahamian, Thérèse; 128,
 Aragoneses, Clemente; 276,297,298,
 Aranegui, Merche; 57,
 Aranzadi, Claudio; 223,395,
 Arburúa, Manuel; 42,
 Archer-Shee, Mary; 176,213,224ff,
 Aretino, Pietro; 226,
 Asís, Francisco de; 59,
 Astarloa, Ildefonso; 28,29,
 Asumendi, Josefina (Fifi); 83,84,305,391,
 Atienza,Luis; 317,
 Azcárate, Isabel; 394,
 Azpilicueta, Manuel; 389,391,398f,

B

Bach Johann Sebastian; 271,
 Baecque, Danielito;171,209,214ff,245,305
 Baecque, Emmanuel; 171,202ff,
 Baecque, familia; 82,
 Baecque, Jacques; 87,
 Balanzat, Javier; 283,

Ballestero, Alfonso; 240,243,247,247f,250,
 251,252,256,269,279,280-287,389,395,404
 Báñez, Fátima; 241,
 Barea, Arturo; 115,
 Baroja, Pío; 72,
 Baroja, Ricardo; 313,
 Bayle, Henry; 71,
 Beato, Paulina de; 194,244,319,388,389,406
 Becquer, Gustavo Adolfo; 129,
 Beethoven,Ludwig von; 74,
 Beinum von, Edward; 36,
 Bekket, Samuel; 115,
 Belén, Ana; 405,
 Benjumea, Javier; 77,
 Bergia, Pablo de; 228,
 Bergman, Ingrid; 20,83,379,
 Betteley, John; 112,292,
 Blaco White, José María; 395,
 Blanco, Alberto; 240,257,268,279,280,283,
 Blanco, Yiyita; 291,
 Blasco Ibáñez, Emilio; 71,
 Blyth, Ann; 83,84,
 Bocaccio; 395,
 Bocherini, Luigi; 275,
 Bonaparte, Napoleón; 137,
 Bonifacio XIII, papa; 138,
 Borau, José Luis; 101,
 Borbón Dampierre, Alfonso de; 44,
 Borbón, Don Felipe de; 162,
 Borbón, Juan Carlos Don; 102,
 Bordone, Alfonso; 103,
 Borrell, José; 195,197,200,201,223,
 Boswell, James; 395,
 Boticelli, Sandro; 234,
 Boyer, Miguel; 184,215,
 Bradford, Anu; 395,
 Brahms, Johannes; 64,
 Brañas, familia; 290,291,
 Bredsdorff, Axel; 65,299,
 Brenan, Gerald; 395,
 Bronet, José Ramón; 254,
 Brown, Diana; 175,178,180,
 Bulgaria, Simeón de; 234,235,
 Buridan, Jean; 140,
 Burriel, Eugenio; 278ff,
 Burrow, George; 274,

Capricho de lo trivial

Bustelo, Carlos; 36,42,58,59,60,66,68,70, Catalá, Juan; 386,
84,179,180,196,202f,217,224,225,390, Cattaneo, Dave; 160,
391,399, Cervantes, Miguel de; 302,
Bustelo, Carlota (Milota); 59,81,394,398f, Chambliss, Carol; 152,153,155,
Bustelo, Carlota; 59,153, Chaikowski, Peter Illych; 74,
Bustelo, familia; 69, Chávarry, Manuel; 26,
Bustelo, Francisco; 59,73, Chickering, Jonas; 307,
Bustelo Gabriela; 399, Chopin, Frederik; 307,
Bustelo, Jose Ramón (Jipi); 59,153,393, Cicerón, Marco Tulio; 228,390,
Buzzatti, Dino; 58, Cieza de León, Pedro; 340,

C

Caba, Rubén; 40f,58,66,81,82,87,302,
305,392,395,398f,
Caballero de Rodas, Fernando; 13,35,
Caballero de Rodas, Natacha; 13,14,
Caballero de Rodas, Taluca; 13,14,
Calderón de la Barca, Pedro; 107,274,
Calle, Enrique; 376,
Calleja y G. Camino, Julio; 184,349,
Calvo Sotelo, José; 222,
Calvo Sotelo, Leopoldo; 215,220,230,
Camarero, Julio; 105,
Campos, Lourdes; 388,
Candeira, Clara; 397,398,
Candeira, Jorge; 397,
Candeira, Pedro; 397,
Candil, Mariano; 183,
Cangas, Barbarina; 15,
Cánovas del Castillo, Antonio; 66,272,
Cantarrana, Ángeles; 383,383f,
Caralt, Fernando de; 228,229,233,
Cardenal, Javier; 239,
Carolus Barré, Geva; 70,81,
Carosone, Renato; 34,
Carrero Blanco, Luis; 163,
Carroll, Lewis; 340,
Casanova, Berta; 246,260,
Castañeda, José; 42,
Castañeda, Pedro; 394,
Castells, Juan; 268,
Castro y Bravo, Federico de; 41,42,
Castro y Bravo, Federico de; 41,42,
Castro, Fernando de; 229,230,250,260,
264,268,269,280,283,287,
Cleland, John; 115,
Cloos, fru; 80,
Cohen, Leonard; 113,
Colás O'Shea, Manuel; 40f,
Colón, Cristóbal; 338,
Colorado Eugenio; 5,153,373,375,
Colorado Guitián, Carlos; 306,
Colorado Guitián, Fuencisla; 306,
Colorado Guitián, Luis; 306,310,371,
Colorado Guitián, Manolo; 306,
Colorado Guitián, María Eugenia; 5,19,33
34, 53-55,84,88,113,153,154,161,173,202ff,
203,245,270,290,304,305,306f,386,
Colorado Guitián, Milagros; 306,
Colorado Guitián, Pilar; 306,
Colorado Guitián, Ramón; 21,306,
Colorado Laca, Eugenio; 5,17,153,335,
Colorado, Milagros; 389,398f,
Colrado Guitián, Caridad; 304,
Contreras Flores, Lucía; 376,
Contreras, Alonso de; 395,
Cotta, Alain; 91,
Crespo, Fernando; 40f,
Croissier, Luis Carlos; 112,197,223,224,236,
237,242,
Crompton, Richard; 228,
Cruz, Gabriel de la; 230-232,238f,404,

D

Dampierre, Emmanuelle; 44,
Davis, Bette; 147,
Dehesa, Guillermo de la; 195,
Delgado, Alicia; 40f,

Índice Onomástico

- Dickens, Charles; 145,
 Diez Fuentes, Joaquín; 90,
 Domínguez, Manuel; 26,38,108,154,318,
 319,395,396,398f,
 Donovan, Moppy; 308,309,
 Donovan, Sheila; 308,309,
 D'Ors, Eugenio; 58,
 Dostoiewsky, Fiodor; 71,
 Dozy, Reinhardt; 272,
 Drake, Francis; 292,
 Duerden, John; 108f, 112,115,148,152,
 156,159,171,174,175,207,214f,292,293,406,
 Duerden, Wendy; 113,148,156,159,
 Dumas, Alejandro; 302,
 Duro, familia; 187,
 Dvorak, Antonin; 276,
- E
- Earle, Francis; 171,
 Ekhölm, Anna; 29
 Elexpuru, Manuel; 103,
 Elkstrandt, Hedvig; 376,
 Emerson, Ralf Waldo; 181,
 Epicteto; 340,
 Escario, Pilar; 90,
 Escorial, Antonio; 269,304,309,310,406,
 Escorial, José; 309,
 Espinosa de los Monteros, Carlos; 192,202f
 202ff,210,211,214ff,239-243,247f,250-252,
 256,268,269,272,279,280,283-288,390,
 391,404,406,
 Espinosa de los Monteros, Gabina; 241,
 Espinosa de los Monteros, Iván; 354,
 Espronceda, José de; 302,
 Esteban, Juan Vicente; 345-350,352,377,
 Estébanez Calderón Orueta, Serafín; 333
 Estébanez Calderón, Serafín; 272,333,434f,
 Estébanez Calderón, Tomás; 333,
 Euclides ; 395,
 Eximeno, Antonio; 115,
- F
- Fabra, Jorge; 194,244,313,406,
 Falck, Ulla; 107
- Farrás, Antonio; 29,30,
 Faulkner, William; 274,
 Fei, John;92,
 Felgueroso, familia; 187,
 Felipe II; 264,
 Fernández Díaz, Francisco; 233,
 Fernández Felgueroso, Manuel; 186,204,
 Fernández Herrero, Agustín; 313,314,
 Fernández Macho, Blanca; 360,
 Fernández Macho, José Luis; 360,
 Fernández Ordóñez, Francisco; 214,
 Fernández Pirla, José María; 42,
 Fernández Romero, Andrés; 184,
 Fernánez, Juanita; 70,71,160,
 Ferrer Salat, Carlos; 200,
 Fierro, Paloma; 243,
 Figaredo, familia; 187,
 Finat, Fernando; 42,
 Flaubert, Gustave; 72,228,
 Flavin, Joe; 114,116,118f,149,150,
 Fonseca, Rafael; 40f,
 Forbes, Alexandre; 287,
 Fournier, Bernard; 175,
 Fraga Iribarne, Manuel; 66,67,
 Franco, Francisco; 40,76,82,203,339,
 Frutos, Paco de; 51,
 Frutos, Pilar de; 276,
 Fúster, Feliciano; 201,
 Fyfe, John; 292,
- G
- Gabriel, Jose Ignacio de; 25,
 Galán, Tomás; 184,201,210,214ff,389,
 390
 Galilei, Galileo; 274,
 Gallart, Prio, Alejandro; 259,260,262,
 264,265,266f,
 Gallego, Martín; 389,
 García de Santa María, Alvar; 274,
 García del Real, Carlota; 36,
 García Escalera, Guillermo; 20,
 García Escalera, Inés; 5,37,82,
 García Escalera, María; 20,
 García Escalera, Pepita; 20,
 García Escalera, Pilar; 20,

Capricho de lo trivial

- García Gordillo, Paz; 194,388,389,394,
 García Hermoso, José Manuel; 393,
 García Lorca, Federico; 71,
 García Márquez, Gabriel; 115,
 García Palencia, Luis; 37,38,
 García Palencia, Rafael; 37,
 Gracilaso de la Vega; 274,
 Garre, Jaime; 40f,
 Garre, Pilar; 40f,
 Gates, Bill; 170,
 Gayo, Honorio; 96,98,178,179,246,386,406,
 Gila, Ana; 309,
 Gil de Biedma, Santiago; 279,282,286,
 287,288,335,
 Gila, Alfonso; 77,
 Gila, Ambrosia; 11,
 Gila, familia; 9,
 Gila, Hilario; 9, 11,
 Giménez Altolaguirre, Paloma; 40f,
 Glavin, Bill; 170f,
 Glibery, Frank; 95,
 Glover, Joe; 112,
 Goethe, Johann Wolfgang von; 140,228,411,
 Gómez Acebo, Margarita; 234,235,
 Gómez-Lucena, Eloísa; 392,395,398f,
 Góngora, Luis de; 228,
 González de Aledo, Guillermo; 95,96,104,
 González, Felipe; 222,
 González, Javier (Ramones); 353,355,
 356-358,
 González-Camino, Luis; 100,103-106,
 108f,175,406,
 González-Camino, Sheila; 105,175,
 Gracián, Baltasar; 302,
 Gram, Bo; 65,299,
 Gram, Borge; 65,106,300,
 Gram, familia; 368,
 Gram, Marianne; 65,299,312,329,369,
 Gram, familia; 368,
 Gram, Lene; 65,80-84,85f,87-93,94f,106,
 107,248fff,299,300,301,302f,312,330,331,
 363,369
 Gram, Marianne; 65,299,312,329,369,
 Green, Graham; 71,
 Grubb, Peter; 112,
 Gudmann, Esther; 106,300,
 Gudmann, family; 301,
 Guillén, Jorge; 31,
 Guillén, Nicolás; 31,,
 Guitián Bahamonte, Dolores; 17,18,272,
 334,371,372,
 Guitián Bahamonte, María; 19,372,375,376f,
 Guitián Bahamonte, Pilar; 19,372,375,376f,
 Gutiérrez Mellado, Andrés; 246,
 Guzmán. Enrique de; 226,227,238f,
- H
- Haase, Emilio; 227,237,246,260,267,
 Haedeler, Hanfried; 160,164,168,
 Hamilto, Pamela; 292,
 Hamsun, Knut; 58,
 Hanke Lewis; 395,
 Havard, Jim; 112,
 Haydn, Franz Josef; 74,
 Henk, Anne; 64,
 Heredia Barron, Guillermina; 334,
 Heredia Barron, María Luisa; 334
 Heredia, Concha; 34,
 Heredia, familia; 303,
 Heredia, Manuel Agustín; 257,
 Heredia, Maria Luisa; 272,
 Hernández, Milagros (Meli); 353,354,
 Hernández, Miguel; 71,
 Hernández Canut, Juan; 360,361,
 Herrá, María Ángeles; 389,398f,
 Hesse, Herman; 58,
 Holiday, Henry; 30,
 Holms, Dick; 108f,
 Horacio, Quinto Flaco; 226,
 Horcher, Melanie; 176,213,303,
 Hornby, Derek; 108f,
 Huarte Mendicoa, Adolfo; 40f,
 Hughes, Michael; 110,111,149,160,
 Huidobro, José María; 101,
 Humes, Elmer; 116,
 Hurley, Carol; 152,155,
 Hurst, Nelson; 287,
 Hurtado de Mendoza, Enrique; 21,22,
 Hurtado de Mendoza, Jaime; 21,
 Hurtado de Mendoza, Laurita; 21,
 Hurtado de Mendoza, M. Jesús; 21,203

Índice Onomástico

- Hurtado de Mendoza, Ramón; 21,319, Lamo de Espinosa, Emilio; 206,
Hurtado de Mendoza, Yayo; 21, Lamo de Espinosa, José María; 206,275,292,
Huxley, Aldous; 71, Lamo de Espinosa, Toya; 206,
Hvid, Anders;329-331,369, Landaluce, Luz; 23,
Hvid, Anna;330, Landboe-Christensen, Trine; 369,380-382,
Hvid, Jersper; 329,378,380,381, Laroche, Alicia de; 139,140f,
Hvid, Josephine;329, Laura, fisioterapeuta; 402,
Hvid, Julia;329, Laviña, Agustín; 278ff,
Hvid, Thérèse; 369, Laviña, Jaime; 270,278f,309,386,
Hydn, Franz Josef; 276, Laviña, José María;85f,107,386,
Laviña, María Luisa; 386,
Lawrence, David. H.; 58,
Leibniz, Gottfried; 75,246,
Lemon, Jack; 145,
Lewis, Arthur; 92,
Lezo, Blas de; 338,
Linares, José Luis; 241,
Linos, Daniel de; 90,92,
Liszt, Franz; 73,172,
Livermore, family; 301,
Livermore, hermanas; 77,183,
Livermore, Matilde; 333,
Livermore, Petronila; 371,397,399f,
Llorente, Juan ; 196,
López Candeira, Jose Antonio; 83,
López, Cándido (mesonero); 82,
López, Virgilio; 100,
Loring Heredia, Amalia; 397,
Lorite, Antonio; 376,
Lowder, Tony; 74,
Lowry, Malcolm; 392
Lucas, Juan José; 273,
Luis de Orueta, Francisco de; 385,
Luis, Atanasio de; 85f,
Lutero, Martin; 275,
- I
- Isaacs, Jorge; 19,
Isla, Alberto;280,
Istúriz, Francisco Javier; 333,
- J
- Jacob,Néstor; 88,
Jerome K.,Jerome; 115,
Jerónimo, San; 83,
Jessen, Jens; 160,270,
Jiménez Vivar, Javier; 273,293,294,
Jobs, Steve; 170,
Jódar, Manuel; 376,
- K
- Kauffman, Michael; 157,
Kaye, Danny; 345,
Kearns, David; 166,
Kecker, Ivo; 100,
Keller, Rodrigo; 194,386,394,
Kelly, Grace; 34,
Kennedy, familia; 59,
Kindelán, Juan Manuel; 73,81,394,
King, Carole; 145,
Kobayashi, Yotaro; 151-152,165,
Korsakoff, Rimsky; 20,
- L
- La Valette, Jean Persisot de la; 378,
Laertio, Diógenes;226,
Lafuente, Eduardo; 100,
- M
- MacCuloug, Peter;151,
Macintosh N., Charles; 216-218,224f,234,
304,360,
Macintosh R. Sir David;216,224f,
Macintosh, Elizabeth; 217-220,224f,224ff,
224fff,229,233-235,238ff,245,246,249,258ff,
261,274,295,303,308,329,337,338,342,343,347,
354,356-362,375,393,399,400,401,402,402f,

Capricho de lo trivial

- Macintosh, Johnny; 218,234,274,303,
 Macintosh, Petra; 274,
 Madoz, Pascual; 7,
 Magnin, Roland; 108f,176,
 Mahler Schindler, Alma; 71,
 Mahler, Gustav; 32,33,36,39,171,411,
 Maldonado, Fernando; 22,
 Maldonado, Jacinto; 241,
 Malory, Thomas; 302,
 Mañeru, familia; 89,
 Marcial, Marco Valerio; 115,
 Marco Aurelio, emperador; 395,
 Markevitch, Igor; 310,
 Marllow, John; 161,
 Marsh, Jordan; 259.
 Martí, Cristina; 237,
 Martín Urquijo, Tristán; 260,395,
 Martin, Carol; 39,40f,43,44,68,73,85f,153,
 Martínez de Campos, Carlos; 355,354ff,358,
 359,361,362f,
 Martínez de Campos, Natalia; 233,234,236,
 238ff,248ff,249,258ff,261,303,308,341,342,
 353,354f,354ff,358-362,362f,
 Martínez, Mercedes; 184,203,205,213,214,
 223,224,227,230,268f,274,393,
 Martínez Sarmiento, Carmen; 286,
 Martorell, Joanot; 228,
 Martos, Federico; 88,
 Más Samora; 265,
 Massa Saavedra, Julián; 188,
 Maudson, Dorothy (Dixie); 218,224ff,234,
 249,303,304,308,309,
 McArdell, Archibald; 158,170,170f,196,257,
 Meier, Richard; 117,125,140,141,145,
 147,215,243,
 Menéndez, Manolito; 14,16,19,51,
 Menéndez, Olvido; 14,19,
 Merimée, Próspero; 272,
 Merino, Pilar; 84,
 Mestre, Carmen; 194,244,255,256,388,
 389,393,398f,406,
 Mielgo, Pedro; 313,314,317,
 Miller, Barbara; 119,123,127f,
 Milligan, Jack; 108f,
 Milton, John; 75,
 Mingarro, Carlos; 27,
 Miserendino, barón de ; 253,
 Molière; 302,
 Molinero, Mario; 268,
 Monasterio, Rocío; 354,
 Montaigne, Michel de; 115,394,
 Montenegro, Cristina; 353,
 Montero, Pedro; 23,
 Moore, Caroline; 139,
 Morales Badía, Conchita; 57,
 Morán, Gregorio; 292,
 Morera, Juan José; 105,303,385,
 Morris, Margarita; 40f,
 Moya, Enrique; 220-224,240,
 Mozart, Wolfgang Amadeus; 32,
 Muguerza, Javier; 30,31,36,42,67,
 Mújica, Enrique; 67,
 Muñoz, Luis; 228,
- N
- Neilsen, Anne; 64,65,
 Nelson, Horacio; 378,
 Neri, San Felipe; 371,
 Neruda, Pablo; 39,68,
 Nespral, familia; 187,
 Nespral, Héctor; 18,
 Nespral, Jesús; 18,
 Neubert, Karl; 294,296,
 Neukens, Claire; 62,63,
 Neukens, familia; 62,
 Neukens, Pierre; 63,
 Newman, Paul; 120,
 Nickolson, Nick; 108f
 Nietzsche, Friedrich; 71,
 Noal, familia; 39,
 Noal, Rachel; 39,40,
 Novais, Juan Antonio; 59,
- O
- Olavarría, Pedro; 211,
 Oliú, José; 194,284,286,
 Oliva, Mario; 90,
 Olucha, Isabel; 365,367,376f,
 O'Neil, James; 164,
 Orr-Ewing, Hamish; 108f,118f,292,

Índice Onomástico

- Orueta Aguirre, Domingo de; 387,
- Orueta Blanco, Anouska; 313,
- Orueta Colorado, Guillermo; 37,85,104, 113,153,271,272,278ff,290,291,313,334,
- Orueta Colorado, María Eugenia; 6,11,32, 74,85f,87,154,171,202ff,209,241,305,311 313,334,335,336,337,344ff,372,373,397,
- Orueta Duarte, Domingo de; 387,
- Orueta Estébanez Calderón, José; 333
- Orueta González, Manuel de; 387,
- Orueta Gram, David de; 106,109,115,141, 159,160,170f,180,207,209,219,245,248fff, 251,267,274,275,299,300,307,308,329,331, 341,344ff, 365,367,368,388,401,
- Orueta Gram, Lars de; 94f,106,109,115, 141,146,159,160,170f,180,209,219,220, 245,248fff,251,257,275,300,301,312,329, 330-332,354f,368,369,
- Orueta Heredia, Conchita; 20,107,
- Orueta Heredia, Luis de; 5,12,13,17-19,36, 51-55,59-60,77,84-85,85f,87,243,290, 301,305,352,
- Orueta Heredia, Amparo; 85f,386, 248ff,258ff,261,275,308,312,338,342, 344ff,354f,360,399,400,402,402f,
- Orueta Olucha, Oliver; 365,366,376,376f, 388
- Orueta Olucha, Margarita (Rita); 365,376f,
- Orueta Rincón, David; 344ff,365,388,
- Orueta Walwork, Marta; 85f,
- Orueta, Alfonso; 300,301,302f,311,
- Orueta, Estébanez Calderón, Alfonso ; 8,33,
- Orueta, Estébanez Calderón, Serafín; 8,43,
- Orueta, Estébanez Calderón, Paco; 8,43,
- Orueta, Georgina; 85f,
- Orueta, Petronila (Tolita), 311,312,
- Orueta, Pilar; 306,
- Orueta y Duarte, Ricardo de; 387,
- Otero de Frutos, familia; 9,
- Otero de Frutos, Gerardo Antonio; 10,11
- Otero de Frutos, Milagros; 10,
- Otero, Gerardo; 9,11,77,
- Ouspensky, Peter Demianovic; 142,143, 215
- Ovelleiru, Manuel; 53,
- Ovidio Nason, Publio; 115,410,
- P
- Pablo, San; 378,
- Paquita, secretaria; 97,
- Parsons, Carol; 152,
- Pärt, Arvo; 276,
- Pascual, Carlos; 105,175,381,382,382f,386
- Pascual, Carmela; 105,
- Pascual, Jeannie; 105,
- Pellegrini, Luigi; 145,
- Pellew Urquijo, María Rosa; 311,
- Pérez Durias, Gerardo; 374,375,397,
- Pernas, Ana; 269,309,310,318,379,406,
- Pernas, Begoña; 269,309,310,406,
- Pernaute, Iabel; 241,267,
- Perry, Bob; 160,270,
- Perry, Liz; 160,270,
- Pessoa, Fernando; 302,
- Picasso, Pablo; 313,
- Pinker, Anette; 376,376f,
- Pinto Coehlo, Kit; 309,
- Pinto Coelho, Luis da Camara; 308,
- Pippit, Robert (Bob); 115,
- Pirandello, Luigi; 340,
- Platón; 274,289,
- Plauto, Tito Maccio; 302,
- Pleyel, Joseph; 307,
- Polo, Martín; 70,
- Porras, Carmen; 278ff,
- Potaki, Ian; 228,
- Prendes, Candelas; 31,141,
- Price, Rosemary; 109,
- Prieto Castro, Leonardo; 41,
- Primo de Rivera, Miguel (hijo); 198,
- Propercio, Sexto; 115,
- Proust, Marcel; 395, 410,
- Q
- Quesada, Ricardo; 311,312,
- Quevedo, Francisco de; 302,
- Quílez, Javier; 194,
- R
- Rabelais, Francois; 228,

Capricho de lo trivial

- Raff, Joachim; 171,172,
 Rahuio, Erki; 176,
 Ramírez, Pilar; 40f,114,117,160,161,305,
 344ff,353,394,
 Ramirez, Tomás; 27,
 Raniero, Alberto; 34,
 Ranis, Gustav; 92,
 Rank, Arthur; 95,
 Rapaport, Carlos; 313,314,
 Raventós, Higinio; 237,
 Rato, Ramón; 263,264,
 Renard, Carmen; 40f,
 Rensselaer, John van; 148,152,
 Requena, Antonio; 31,40f,
 Revenga, Juanita; 203,205,
 Rica de la, José Miguel; 179,183,185,200,
 202f,202ff,208,224,387,
 Richardt, Bjorn; 296,
 Rico, Mercedes; 161,
 Rincón, Sonia; 341,344ff,363,
 Rios, Giner de los; 387,
 Riva, Juan; 280,284,285,
 Rivera y Forasté, Mariano de; 96,206,
 Roberts, Cecil; 28,
 Roca, Elvira; 407,
 Roca de Togores, María Teresa; 206,
 Rodriguez Colorado, José María; 102,223,
 Rodriguez de Montalvo; 115,
 Rodríguez Rodríguez, Antonio; 222,
 Rodríguez, Pepe; 385,392,
 Roig, Fernando; 264,
 Rojas y Pérez del Pulgar, Leticia; 206,
 Rojas y Pérez del Pulgar, María Teresa; 206
 Romagni, Joanne; 344,
 Romansky, Katia; 74,371,
 Romeo Gorriá, Jesús; 189,
 Ronnie, secretaria; 99,
 Rosa, Martínez de la; 272,
 Rosellini, Pier Paolo; 379,
 Rosen, Ann; 138,140,
 Rosen, Walter; 138,140,
 Rossini, Gioachino; 276,
 Rubinstein, Arthur; 139,
 Rubio, Fernando; 197,198,202f,269,280,
 283
 Rubio, Mariano; 394,
 Rudruejo, Donisio; 35,
 Rufo, Juan; 228,
 Ruiz Apolinario, Matilde; 40f,
 Ruiz Tarazona, Andrés; 32,33,39,40f,40f,
 42,61-65,78,79,83,87,104,305,391,392,398f,
 Ruiz Tarazona, Manolo; 104,
 Ruiz, Andrés; 77,
 Rush, George; 112,
- S
- Saint-Aubin, Philippe; 241,
 Salamanca, José de; 66,183,272,333,397,
 399f,
 Salas, Isabel; 77,
 Salcedo, Rupilanchas; 398,
 Salgari, Emilo; 271,
 Salinas, Pedro; 31,
 Salote, reina de Tonga; 228,229,
 Salustio, Cayo Crispo; 226,
 San Martín, Dani; 353, 362f,
 San Martín, Julio; 259,260,263,264,265,
 San Miguel, Rafael; 75,
 Sánchez del Toro, Juan Manuel; 256,
 Sánchez Dragó, Fernando; 36,67,
 Sánchez Guzmán; 25,
 Santillana, Javier; 407,
 Santos Peralba, José; 230-232,238f,404,
 Santos, Eduardo; 195,
 Sarabum, Carol; 168,208,250f,
 Sargisson, Evelyn; 104,106,108f.
 Sargisson, Harold; 95-99,102-104,
 108f,149,218,
 Saroglia, Helena ; 153,
 Scarlatti, Domenico; 276,
 Schopenhauer, Arturo; 340,
 Schubert, Franz; 276,
 Schumann, Robert; 63,76,
 Segovia, Fernando; 310
 Segovia, María Teresa; 310,
 Segovia, Marujita; 310,311,
 Segovia, Rafael; 310,
 Segrelles, Paloma; 263,
 Seller, Joao van; 254,
 Senior, Abraham; 17,372,373,375,397,376f,
 Serra, Eduardo; 202f, 233,238f,389,391,404

Índice Onomástico

- Serra, Narcís; 405,
Serrano Fernández, Alejandro; 35,40f,
61-64,70,73,83,87,114,117,160,305,
345-352,354ff,377,377,380,391,396,,399,
Shakespeare, William;207,
Sheppard, Marjorie; 127f,168,
Sierra, Fermín de la; 67,
Silvela, Enrique; 40f,
Sirvent, Javier; 400,,
Smith, Adam; 67,302,
Smith, Carole; 123-125,
Smith, Frederick; 123-125
Sobera, Ramón; 99,386,
Solana, Javier; 36,42,
Solana, Luis; 36,42,
Solchaga, Carlos; 223,
Sopeña, Federico; 83,
Sota, Sara de la; 229,
Sotomayor, Fedrico; 196;
Souders, William; 166,170f,
Sparkman Stephens, Drake+Olin;168,
Stainway, Heinrich; 307,
Stansfield, John; 74,
Sterne, Lawrence; 395
Strassmann, Paul; 149-151,166,170,
Strauss, Richard; 61,
Suanzes, Juan Antonio; 252,268,
Suárez, Adolfo; 203,229,
Suárez, Fernando; 203,
Swift, Jonathan; 340,
- T
- Taberna, Manuel; 51,
Tacito, Publio Cornelio; 85,340,
Tackheray, William; 302,
Tamames, Ramón; 67,
Tarazona, Mercedes; 78,
Tardieu, Javier; 379,
Teilhard de Chardin, Henri; 35,
Terceiro, Jaime; 222,
Termen, Leo; 138,
Terry, familia; 339,343,
Thomas, Anna; 375,
Thomas, Deborah;113
Thomas, Helen;103,
Thomas, Jack; 108f,147,292,385,386,406,
Thomas, Jessica; 113,
Thomas, Liz; 113,147,385,
Thomas, Matt; 103,
Thomson, David;108f
Tibulo, Albio; 274,
Tierney, Gene; 83,
Tolson, Caroline; 178,182f,208,213,214f,
224ff,
Tolstoy, Leo; 72,308,
Torre, Alfredo de la; 270,314,
Torre, Francisco de la; 270,314.388,
Torre, Isabel de la; 314,
Torrego, Vicente; 204,
Torres López, Miguel; 368,369,371,395,396
Tortella Casares, Gabriel; 50,67,391,392,
395,407,
Tortella, Teresa; 190,397,
Toyoda, Eiji; 210,211,
Traberg, Ebbe; 106,
Traude; 40f,81,
Triana-Souto, José Manuel; 260,264,
Troitier, hermanas; 73,
Tuya, Socorro; 14,
- U
- Unamuno, Miguel de; 71,
- V
- Valdés Leal, Milagros; 40f,
Valera, Juan; 272,
Vali, Alida; 74,
Valle Inclán, Ramon María del; 72,
Vallori, Jaime; 220,
Vega de Seoane, Javier; 221,224,
Vega, Kary; 22,
Vian, Boris; 340,
Victor Manuel; 405,
Villafruela, Luis; 244,
Villaseñor, Ángel; 47,48,
Virgilio, Maron; 274,
Vivaldi, Antonio; 276,
Vivas, Manuel; 287,
Vlady, Marina; 65,83,

Capricho de lo trivial

Voltaire; 340,
Vuelta, José; 100,

W

Walter, Bruno; 139,
Weick, Clara; 63,
Weiss, Florence; 28,29,
White, Eric; 112,
Wilde, Oscar; 274,341,
Wilder, Thornton; 71,
Wittnack, Rex; 76,
Wolf, Albert; 296,
Wolf, family; 296,
Wolf, Franz Josef; 273,293,378f,
Wolf, Virginia; 274,
Woodhouse P.G.; 302,

Y

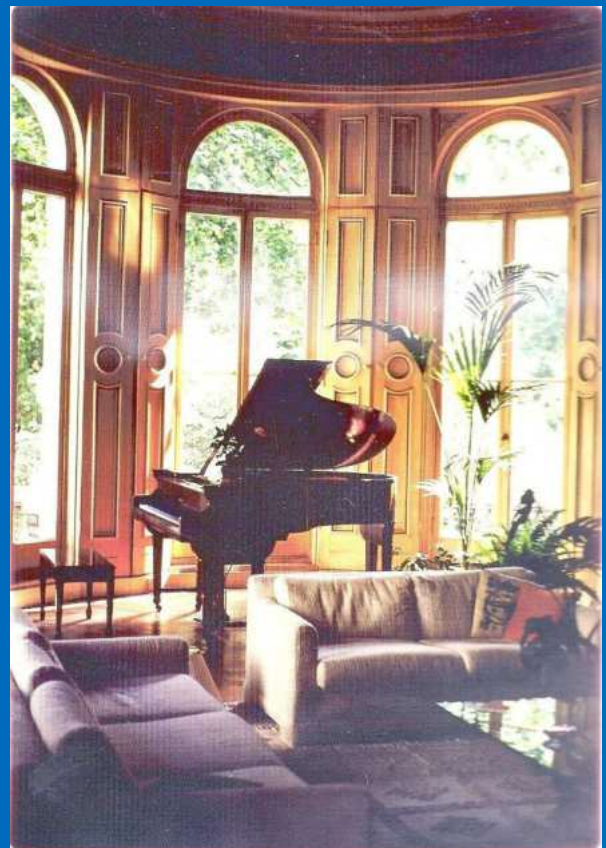
Yanso, Román; 311,

Z

Zamora, Tomás; 41-44,49,50f,
Zanichi, Iva; 145,
Zumalacárregui, Tomás; 40f,
Zurbano, Martín; 272,
Zweig, Stefan; 72,



Richard Meier's Smith House



4 Cornwall House London SW 17

Capricho
de
lo trivial

Luis de Orueta